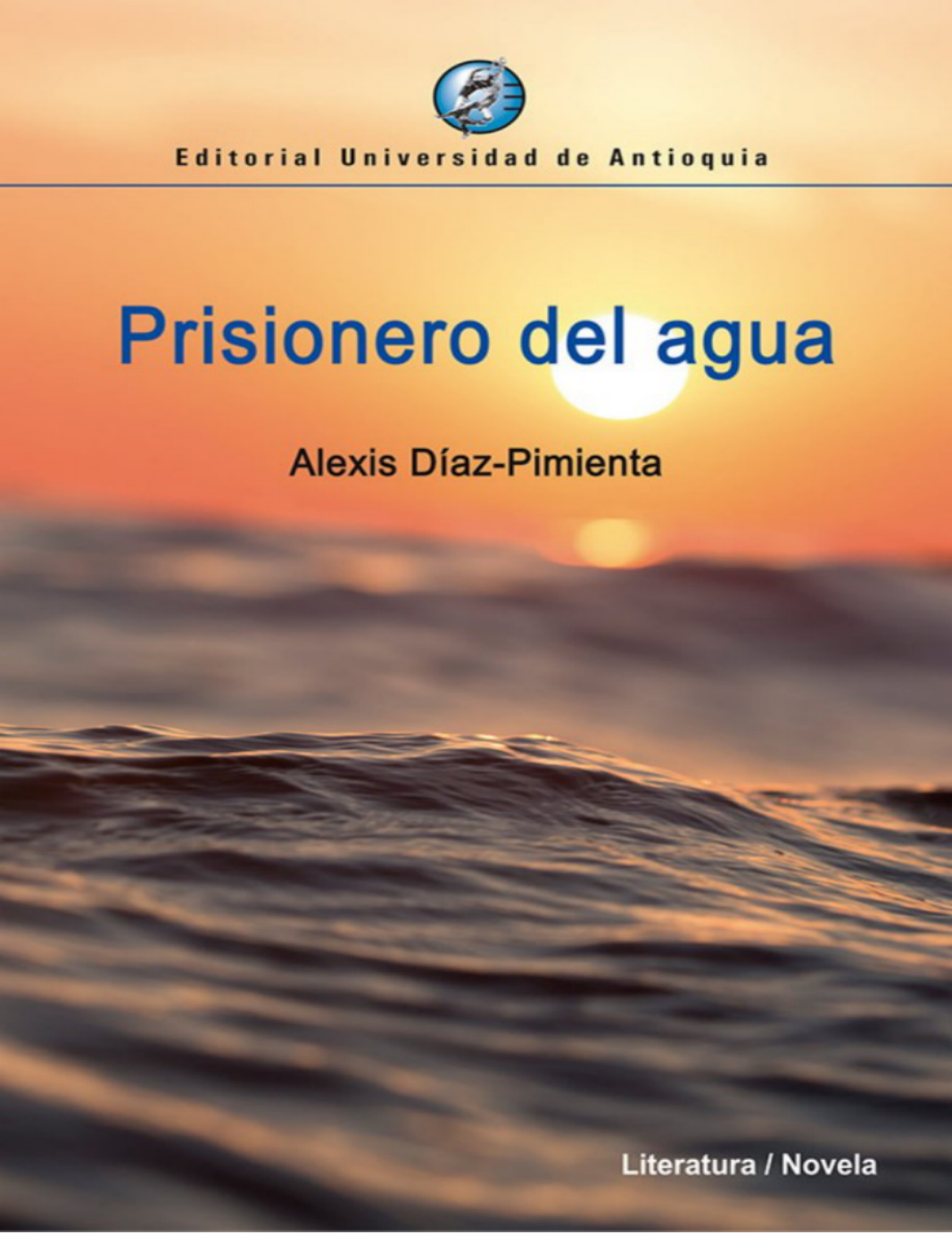
Editorial Universidad de Antioquia

Prisionero del agua

Alexis Díaz-Pimienta



Literatura / Novela

PRISIONERO DEL AGUA

ALEXIS DÍAZ-PIMIENTA

Literatura / Novela
Editorial Universidad de Antioquia

Colección *Literatura / Novela*
© Alexis Díaz-Pimienta
© Del prólogo: Luis Fernando Macías
© Editorial Universidad de Antioquia®
ISBN: 978-958-714-834-3
ISBNe: 978-958-714-833-6

Primera edición: Editorial Alba, 1998
Segunda edición: Editorial Letras Cubanas, 2003
Tercera edición: julio de 2018
Motivo de cubierta: imagen tomada de Pixabay, bajo licencia CC0
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia

Editorial Universidad de Antioquia®
(574) 219 50 10
editorial@udea.edu.co
http://editorial.udea.edu.co
Apartado 1226. Medellín, Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia
(574) 219 53 30
imprenta@udea.edu.co

A la memoria de mi abuela, Ana Martínez
A mi madre, Albertina Pimienta

Si los delfines mueren de amor, ¡triste de mí!, ¿qué harán los hombres que tiernos tienen los corazones?

Canto popular

Dijiste: "Iré a otra tierra, iré a otro mar, una ciudad habrá mejor que esta". No hallarás otras tierras, no hallarás otros mares. La ciudad te seguirá

Constantino Cavafis

PRÓLOGO

LUIS FERNANDO MACÍAS

La novela que propone con mayor diplomacia una mediación ideológico-espacial entre la isla y la diáspora, y entre sus correspondientes ciudades-conceptos [La Habana y Miami] es Prisionero del agua, *de Alexis Díaz-Pimienta…*

Lizandro Arbolay Alfonso (McGill University)[1]

Prisionero del agua se publicó por primera vez en 1998, en España. Llega hasta nosotros veinte años después. Parece un hecho simple, el proceso natural de divulgación de una novela que se va dando en el secreto tejido de la historia, cuyo sentido está siempre por encima, más allá de los anhelos y de la comprensión individual, puesto que pertenece al orden colectivo.

Este hecho favorece su lectura, porque permite acercarse a la novela lejos del ruido del entorno ideológico, que tiene el poder de sesgar las interpretaciones y alejarnos de la verdadera esencia de la ficción, cuya naturaleza se pregunta por la condición humana y por las leyes de la existencia en la profundidad del ser, y no en la superficie de la sociedad, donde todo se subordina finalmente al interés.

Empiezo por dar noticia de su autor: Alexis Díaz- Pimienta, nacido en La Habana en 1966, pertenece a una especie de seres a los que podríamos llamar hombres- ruiseñor, puesto que nacieron para cantar. Todo en su naturaleza viene dispuesto para la celebración de la vida, por medio del placer del canto. Y su cantar sirve de solaz, alivia el dolor de ser y es evidencia de lo que se es, "ser siendo, entendiendo"… Alexis es improvisador en el difícil formato de la décima, cuya estructura obliga a perseverar en la rima y a redondear un mensaje a la vez lírico y filosófico; es poeta, de poemas infantiles, libros en verso y cantos de verso libre. Además es narrador, músico y profesor; pero es también autor de

manuales para la enseñanza del repentismo… Como quien dice, es un caudal de palabras, un venero verbal. No vive, fluye. Su capacidad de producir es mucho mayor que la nuestra de seguirlo.

Cuando se publicó por primera vez, esta novela tuvo gran acogida entre el público y la crítica. Obtuvo el Premio Alba-Prensa Canaria ese mismo año. En enero de 1999 la ya desaparecida revista literaria *Ajoblanco* la seleccionó como uno de los cinco libros "más buscados" por los españoles. En diciembre de 1998, en el suplemento *El Cultural*, del diario *ABC* de España, fue seleccionada por la periodista y novelista Care Santos como una de las diez mejores óperas primas en el género novela del año en España.

En Cuba se publicó en el año 2003, y siete años después ganó el Premio Puertas de Espejo al libro más solicitado y leído en la Red Nacional de Bibliotecas de Cuba. Al preguntarle al autor por la importancia de este premio, responde: "Me emocionó mucho, pues demostró, una vez más, cómo los lectores cubanos fueron descubriendo al Alexis escritor, quien ha vivido todo el tiempo sepultado bajo la sombra del Alexis repentista. Solo así se entiende que un autor con cuarenta libros publicados en todos los géneros, con siete premios internacionales de poesía (no décima) y cuatro de narrativa (novela y cuento), con libros editados por importantes editoriales en Cuba, México y España, sea mayoritariamente visto, citado y recordado como improvisador de décimas. Mucho han tardado los lectores cubanos en llegar a mi narrativa, porque para la mayoría, sigo siendo *el repentista de la televisión*".

Prisionero del agua pertenece al subgénero de la literatura de balseros, producto de un momento en la historia de Cuba y, a su vez, resultado de unas condiciones sociopolíticas definidas. La revolución había sobrevivido al bloqueo norteamericano, gracias a la protección de la Unión Soviética, como un elemento más de la guerra fría; pero después de la Perestroika sufre el revés que da ocasión al llamado "período especial" de comienzos de los años noventa, cuyas consecuencias: desocupación, hambre y cambios radicales en la noción del mundo y los modos de pensar y de comportarse de las gentes, constituyen un despertar del sueño de la patria revolucionaria al desorden de la vida sin recursos, es decir, al rebusque, la desprofesionalización, la prostitución y la emigración masiva. Durante poco más o menos de una década, miles de cubanos se aventuraron a cruzar en balsa el estrecho de La Florida para, al llegar a Miami, acogerse a la *ley de ajuste cubano*. Miami, el espejo en la sombra de La Habana, el otro lado de la moneda de la patria-revolución.

Prisionero del agua, como todos los textos del subgénero, se desarrolla en los tres escenarios: de este lado, La Habana, es decir, los ancestros, la infancia, la vida en el útero de la madre patria; del otro lado, Miami, es decir, lo desconocido, el mundo capitalista, la otredad; y en el medio, la balsa en el mar, la metáfora de la desolación, la incertidumbre, la fragilidad extrema, el diminuto ser individual frente a las fuerzas de la naturaleza.

A este respecto el autor aclara que, aunque su novela ha sido ubicada y pertenece al conjunto de "novelas de balseros", en realidad es anterior a "dicha moda" en la literatura cubana. Agrega que fue escrita, "en libretas que aún conservo", entre 1986 y 1991, cuando en la literatura cubana todavía nadie hablaba de balseros, pues ni siquiera en la vida cotidiana se hablada de esto: "era un secreto a voces, algo muy clandestino". Conviene recordar que la "Crisis de los balseros" se presentó en 1994 y *Prisionero del agua* se había concluido en 1991. A continuación, el autor agrega que la reescribió entre 1995 y 1997, cuando residía en España. Allí la envió al concurso y fue publicada en el 98. Esta publicación coincidió con un grupo de novelas inspiradas en la Crisis del 94 y también con cierto boom de la literatura cubana en España: "Zoe Valdés, Daína Chaviano, Pedro Juan Gutiérrez y yo ganamos premios y sacamos novelas en España ese mismo año y el siguiente".

El presente de la novela de Alexis es la balsa en la que se aventuran los cuatro amigos. Hay dos realidades ya ilusorias, la que se deja, que es la vida entera, y la que se anhela del otro lado del estrecho. Es común en este subgénero que la literatura sirva de desahogo ideológico, ya que quienes se embarcan son los más desprotegidos del régimen, los que carecen de oportunidades y, en consecuencia, viven desesperados en el nudo ciego de la miseria y el abandono. Tanto los personajes como los autores toman partido, los de allá y los de acá; unos para atacar y otros para defender… Pero Alexis Díaz-Pimienta, más sabio que sus compatriotas encerrados en la disputa contra la sombra, sabe que sus personajes tienen razones más profundas como motivos para lanzarse a la aventura. Enildo Niebla no se sube a la balsa en busca de objetos o espejismos materiales, sino en busca del amor de Yindra Skármeta. El autor supera la trampa de la disputa ideológica y nos plantea un conflicto existencial, donde la tragedia nos recuerda que todo en este mundo es vana ilusión.

Febrero de 2018

1

Había miedo, nadie lo confesaba pero había miedo. El miedo era evidente en la tos silenciosa de Pepe Gibara, y en esa intermitencia con que Lorenzo al Cubo encendía la linterna cada dos minutos, poniendo nerviosos a los demás, obligándolos a blasfemar, así, en voz baja. Había miedo, nadie se lo decía al otro, pero había muchísimo miedo. Por eso no se sorprendieron cuando Gustavo comenzó a quejarse y en la voz se le notaba la cercanía al llanto; Enildo Niebla permaneció en silencio, absorto en sí mismo, pero Pepe Gibara y Lorenzo al Cubo buscaron la manera de desahogar su propio temor gritándole, cállate ya, cobarde, huevón del coño de tu madre, cállate o te tiramos.

¡Oh, Santísima y dulcísima Virgen María, Madre de Dios, hija del Sumo Rey y Señora de los Ángeles, Madre del Creador de todos, Reina de las misericordias, inmenso abismo de piedad!

La oscuridad, el mar, el silencio, la lejanía a todo, la cercanía a todo, ellos mismos: el miedo. De vez en cuando estiraban las piernas, las entrechocaban, y Lorenzo al Cubo encendía la linterna otra vez, sin querer, nervioso. Pero ya a estas alturas los otros solamente intentaban calmarlo, comenzaban a sisearle, sst, ssst, sssst, porque el fino haz de luz seguía sonando como una palabrota, como un grito delator en alta mar. A medida que se alejaban de la costa sus actitudes iban cambiando, apenas respiraban, temían moverse y hacer zozobrar la balsa, hablaban poco y bajo, como si temieran que hubiera alguien escuchando tras la oscura pared del aire.

No veían nada. Lorenzo había dejado, al fin, de encender la linterna y ahora los cuatro parecían ciegos. Sentían sus cuerpos, sus ropas, la balsa, el mar, pero no los veían. Como precaución —una de esas ideas brillantes tan caras a Lorenzo Lorenzo Lorenzo, el gran Lorenzo al Cubo— todos se habían vestido de negro, especial camuflaje para esta travesía de una noche sin luna. Su ropa era negra, el mar era negro, la balsa era negra, el cielo era negro, el miedo era negro; atrás la costa negra, delante el océano

infinitamente negro; noche sin luna, noche negra de ciegos tanteándose en medio de la negritud, ciegos de nueva adquisición, ciegos inhábiles y torpes, brazos que reman alocadamente, piernas que chocan y golpean, linterna que se enciende otra vez sin propósito. Es el miedo. Es el quinto balsero, al que ninguno de ellos logra ver: el miedo. Pero el miedo sí ve, él es nictálope y campea por toda la balsa. Si la balsa zozobra es que el miedo se mueve, salta, cambia de sitio. Enildo lo sabe. Y para evitarlo mira al cielo, se esconde de sí mismo en las estrellas. Nunca antes hubo tantos astros ni tanto frío ni tantas ganas de borrar la memoria, de matarla, de no acordarse de nada ni de nadie. Pero es inevitable, la memoria es un don y él es su víctima. ¿Qué estarían haciendo, a esta hora, todos sus amigos y sus familiares? ¿Y, en fin, qué hora sería? ¿Cuál de sus seres queridos estaría, en este mismo instante en que él se rasca la piel de lo que debe de ser su espalda, y se apretuja más bajo su ropa negra, bajo la lona negra que lo protege del agua y del frío; cuál de sus primas, primos, amigos, amigas, antiguas novias, vecinos y vecinas de años, estaría amando, disfrutando un segundo de amor en cualquier sitio de La Habana? ¿O cuántos estarían simplemente durmiendo, soñando, descansando para incorporarse a la vida al día siguiente? ¿Qué hacía él, Enildo Niebla Freire, en una balsa en medio del océano? En todo esto pensaba, a la vez que calculaba mentalmente sus fuerzas, su capacidad de adaptación y de supervivencia. Él estaba acostumbrado a cambiar de lugar, de hogar, de vida; esta sería, en fin, una última permuta. Solo existía una verdad: se iba. La decisión fue, como se dice, de hoy para mañana: se iba. Nilka, me voy. Electra, Vladimir, Alicia Pereyo, Santos Coheira, me voy. Cuba, me voy. Adiós, Diezmero, Luyanó, San Matías, Mantilla, Párraga, Caballo Blanco, San Francisco de Paula; adiós, Mar Azul, Hotel Capri, Hotel Itabo, Hotel Habana Libre; adiós, Virgen del Camino, bares de La Habana Vieja, pilotos del Puerto, Malecón, Carretera Central, Varadero, Matanzas; adiós, Nilka, otra vez; Alicia Pereyo, otra vez; Electra, otra vez; y Enildito, mijo; adiós, mijo, me voy, papi se va, tú no lo sabes, tú no lo entiendes, pero papi se va; tú estás tranquilo, dormido en tu cunita torneada y bien vestida, con ese olor tan puro y suave, mosquitero de holán y sábanas bordadas, pero papi se va, Enildito, papi sólo ha venido a despedirse; no te preocupes dormilón, yo sí puedo mirarte mientras duermes porque los padres no hacemos mal de ojo… El sábado me voy, adiós, mijo. Y lo besó en la frente, clásico beso paternal, copiado, trasmitido, adaptado, de siglo en siglo, de libro en libro, de filme en filme; beso en la frente: frente

del hijo y boca del padre: la misma boca de beber cervezas y rones y bebidas caseras; la misma boca del salbutamol y los continuos aerosoles; la misma boca de comer y de besar mujeres, siempre mujeres, Hilda, Irasema, Virgen, Nereida, Eva, Leticia, Alicia, Nilka, Electra, Yindra, cien veces Yindra, mil veces Yindra, siempre Yindra; la misma boca de besarlas en la mano, en la boca, en los senos, en la espalda, en el vientre, en los pies, en el sexo; o incluso en los codos, o incluso en las rodillas; en cualquier parte menos en la frente (en la frente es el beso a los hijos); la misma boca de gritar ¡Patria o Muerte!, ¡Seremos como el Che!, ¡Todos a la Plaza! y de cuchichear después, esto no hay quien lo arregle… no hay quien lo tumbe, pero no hay quien lo arregle; boca que ha olido a pasta Perla comprada por libreta y a Colgate regalado en los hoteles; boca que ha bebido aguardiente Bocoy a un peso la línea, alcoholifán gratuito y azuquín incobrable —la mezcla repugnante del alcohol y el agua, los minutos de espera hasta que se "asiente", el goteo del serpentín y el hedor infame del brebaje más socorrido en todo el barrio: ceremonia pedestre—; pero también Osborne y JB y Johnnie Walker regalados en los mejores hoteles; boca que besa y chiquea y enamora y grita y canta y escupe y muerde y lame y blasfema y pondera y mastica; la misma boca de Enildo Niebla (padre) sobre la frente de Enildo Niebla (hijo).

… tú nos recibas bajo tu protección y amparo a todos los que solicitamos favor, remediando poderosa las necesidades de todos los que afligidos te invocan como lo refieren las historias, y pregonan los que en todos los tiempos han implorado tu patrocinio visitando devotamente tus templos, y especialmente el Santuario en imagen de Regla, en que parece has querido ostentar más tu poder y caridad, pues en este templo, y por esta tu imagen, todos hallan su remedio y consuelo…

Por un momento Enildo pensó que Lorenzo al Cubo se había dormido, o caído al mar, o desaparecido en aquella oscuridad contagiosa; no lo sentía, no lo escuchaba decir nada.

—Lorenzo… Lorenzo —murmuró, como en una casa donde todos duermen y el que llega no quisiera despertarlos—… ¡Loren..!

La mano fría de Lorenzo le apretó la muñeca.

—¿Te dormiste, compadre? —preguntó Enildo, con el mismo tono.

—No, estoy rezando —respondió Lorenzo.

… los navegantes en las mayores tempestades invocándote como Señora de Regla se libran de tan manifiesto peligro y en las navegaciones más dilatadas y peligrosas, haciendo voto a su Santuario de Regla, logran con felicidad el puerto que desean…

—Oye, esto no es una iglesia —murmuró Gustavo.

—¿A qué distancia estamos, Loren? —dijo Enildo, moviendo la cabeza como los ciegos, de un lado hacia otro, buscando el sitio exacto donde creía que Lorenzo estaba.

Lorenzo al Cubo, con parsimonia, encendió la linterna y consultó la brújula:

—A dos millas y pico.

… los perseguidos de sus enemigos se salvan por la devoción a esta tu imagen…

—¿Estás seguro?

—Claro, compadre, yo soy Lorenzo al Cubo, ¿no? Todos rieron, sin reír, mirando cada uno las otras tres hileras de dientes en el fondo de negritud vasta.

—¿Llegaremos, Enildo? —murmuró Lorenzo luego de unos segundos, esta vez con cierto tono de preocupación y escepticismo.

… los enfermos de todas las enfermedades (hasta los deplorados ya de médicos) en esta tu casa y por ti sanan…

—Lo peor era la costa y ya pasamos —respondió Enildo.

—Hasta que llegue no voy a estar tranquilo —dijo Gustavo—; tengo una cosa aquí, en el estómago…

—Eso se llama miedo —dijo, maliciosamente, el grandulón Gibara.

—¿Tú no tienes?, ¿tú no? —gruñó Gustavo, en voz baja también, como si alguien le apretara la garganta.

Enildo: Yo no tengo tanto miedo, lo que quiero es que esto acabe, salir ya de todo esto.

Otra vez el silencio. Solo de vez en cuando cada uno emitía una pequeña señal de su presencia: Gustavo tosía, Gibara se quejaba de la rodilla herida, Enildo se sonaba la nariz o carraspeaba, Lorenzo al Cubo encendía la linterna. El silencio y el paso del tiempo, mezclados con el miedo y la inexactitud de la distancia, acrecentaban la impaciencia.

—¿A qué distancia estamos, Loren?

—A tres, o a tres y pico.

—Caballeros, yo sí tengo miedo.

… los miembros débiles o impedidos, aquí cobran fuerzas, y generalmente todos los males aquí tienen remedio, como lo publican las paredes de este templo y los milagros puestos en ellas…

—Qué miedo de qué, si ya salimos de lo peor. Oye, esta es la mejor balsa del Diezmero, la mejor del mundo, vaya… Yo lo que tengo es hambre.

—Como siempre, Pepe —sonrió Lorenzo al Cubo y volvió a encender la linterna. Alumbró sobre el suelo de la balsa, un oscuro tablado con doble forro de lona atado fuertemente a la cámara con sogas y cables. Buscó. Envueltas en linóleo iban varias libras de pan con queso—. Pero mejor esperamos a más tarde, Pepe —y siguió revisando con el haz de luz el suelo de la rústica embarcación, casi ocupado totalmente por los pomos con agua, las libras de pan con queso, latas de leche, latas de troncho, lonas y nailons para taparse, todo revuelto entre sus pies, bajo sus cuerpos.

… Venerando, ¡oh, Reina del Cielo!, esta tu imagen de regla, imploramos tu patrocinio y favor pidiéndote nos alcances de tu hijo precioso el consuelo de la buena conciencia, salud y fuerzas para servirte y venerarte…

Hicieron silencio. Durante largos minutos solo se escuchó el ruido del mar, el viento y el mar siempre.

—Caballeros, ¿no les parece mentira? —dijo Gibara—: ¡Yuma estrí, caballeros!

—Todavía, todavía —aclaró Enildo.

—¿Cómo? —soltó Gustavo— Según tú, que naciste en zurrón, todo saldrá bien, ¿no?; tú tienes buena estrella, ¿no?

… el remedio de nuestras necesidades y especialmente aquellas por las que os hacemos esta oración…

—Cállense un poco —sugirió Lorenzo. Pero a Enildo algo le había sugerido que tenía que desperezarse, que era él, precisamente, quien tenía que insuflarles fuerzas a los otros.

—¡Yo soy el balsinauta número uno! —gritó, lo más bajo que pudo, golpeando con la mano una rodilla que tenía cerca, y que resultó ser la de Pepe Gibara, precisamente la rodilla que se había herido con el diente de perro de la costa, y el negro Gibara lanzó el coño más bajo que gritara en su vida, agarrándose la rodilla y mordiéndose el labio inferior de dolor y de rabia, de ganas de darle un puñetazo a Enildo que ni siquiera se había dado cuenta, absorto en su entusiasmo.

—¿El qué? —preguntó Gustavo mientras Lorenzo se adelantaba y gritaba que el balsinauta número dos era él, y entonces Gustavo dijo, y yo soy el tres…, sin saber aún el tres qué, y Pepe Gibara, sin saber tampoco, se proclamó el cuarto balsinauta, aún dolorido, pero dejándose arrastrar por el embullo de los otros. Por ser el último de los balsinautas los demás comenzaron a burlarse. Enildo dijo que Gibara era un polizón y Lorenzo al Cubo que no tanto, no tanto, Pepe es nuestro grumete, el grumete de a bordo. Y se rieron. Por primera vez en muchas horas se rieron. Gibara más que todos. Con

toda su bocaza, con su estentóreo vozarrón de oriental y de guanabacoense, se reía a todo pulmón,

como en las fiestas del Diezmero, o como cuando hacía trampas en el dominó y lo descubrían. La risa de los otros no se oía, solo la de Gibara, pero los cuatro balsinautas estaban riéndose. Despedazaban el silencio. Pepe Gibara, Gustavo Enríquez, Lorenzo al Cubo, Enildo Niebla, todos reían en el preciso instante en que sintieron la explosión bajo sus cuerpos y cayeron al agua. Fue un súbito golpe, seco, sin tiempo más que para cerrar las bocas y los ojos, contener la respiración, entrar al agua cada uno por su lado y emerger a los pocos segundos braceando como locos, sin ver nada, tratando infructuosamente de asirse a la balsa que ahora era un enredijo de caucho dobladizo y endeble, maderas, sogas, lonas, cables, ¡mierda de balsa, coño…!

… esperamos, Señora, por tu intercesión conseguir lo que pedimos, aunque lo desmerecen nuestras culpas, por la eficacia de tus ruegos. Amén.

—¡Loren..!

—¡Gibar..!

—¡Enil… Loren..!

—¡Gustavo..!

—¡Coño..!

El agua entraba por las bocas, los ojos, las narices, interrumpía la respiración, las palabras, las fuerzas. Braceaban desesperados. Por suerte, Lorenzo no había soltado la linterna. La encendió bajo el agua, sacó el brazo y buscó a los otros.

—¡Se reventó, Loren! —logró gritar Enildo.

—Espe… espe… —intentó decir Lorenzo al Cubo, pero tragaba agua, agua negra y salada, fría y salada, salada y agorera.

Comenzaron a hablar todos al mismo tiempo y se confundían sus voces inconclusas con el chapotear desesperado sobre el agua. Pero fueron calmándose, solo trataban de mantenerse a flote y de mirar hacia la linterna encendida de Lorenzo.

—… ¿Dónde estamos? —logró gritar Gibara.

—… Cuatro millas —gritó Lorenzo al Cubo— … o menos…

GIBARA: Caballeros, se jodió esto… (tragó) … hay que virar… (sopló) … a nado… (tragó).

LORENZO: Oye… (tragó).

ENILDO: ¡Coño!…

LORENZO: Oye… (sopló) ¡llegaremos, coño!…

GUSTAVO: ¡Ay, Virgencita…! (sopló).

ENILDO: … ¿cuatro?… (tragó).

GIBARA: … hay que poder (tragó) … hay que… (sopló).

GUSTAVO: ¡ay, mi madre!… (tragó) … (tragó)…

LORENZO: … despacio (tragó)… naden despacio (sopló) … no se separen… (tragó).

GUSTAVO: ¡Ay, Virgencita, ayúdame!

ENILDO: … ¡coño! (tragó)… ¡yo no puedo!

GIBARA - LORENZO: ¡Tú sí puedes, cojones!

LORENZO: … despacio (sopló) no naden todo el tiempo…

ENILDO: … tengo miedo… (sopló).

LORENZO: … no se separen… (tragó).

GIBARA: ¡Vamos, coño! (tragó, contuvo la respiración, se fue alejando).

LORENZO: ¡Síganme!…

Ahora son cuatro sombras, cuatro fantasmas negros dentro del mar negro, asustados, bloqueados por el miedo, sin ver nada a no ser la opaca luz de la linterna en la mano derecha de Lorenzo al Cubo. Quisieran hablarse, darse ánimos, empujarse con la voz unos a otros. Ya no es el miedo aquel a si los guardacostas, a si los tiburones, a si te cogen y vas para la cárcel; ahora es un miedo real, un miedo a todo, incluso al miedo mismo. Quisieran ayudarse pero falta tiempo, falta fuerza, falta aire. Y falta la certeza de que llegarán, creer de veras que alcanzarán la costa a nado; falta zafarse el miedo, botarlo, ahogarlo, hundirlo para siempre en el océano. Nadan. Los cuatro. Sin verse casi. Viendo apenas la luz de la linterna.

2

Es el primer día del año y el primer cumpleaños de Enildito, doble felicidad, doble motivo para el jolgorio y la reunión de la familia.

Aún quedan pasteles, caramelos y confituras de la Nochevieja, aún queda cerveza dentro de un viejo tanque con dos bloques de hielo semiderretidos, y cerdo asado sobre la bandeja, y yuca con mojo de naranja agria y ajo, y chicharrones crocantes, eterno desafío para las buenas muelas, y tamales olorosos a manteca de cerdo, sabrosos y picantes; pero queda, también, lo principal: esa euforia gratuita que dejan en todos la resaca y la negligencia navideñas, ese entusiasmo que se repite cada fin de año y que sirve para borrar los malos recuerdos de los últimos meses, como si en cada primero de enero comenzara todo, incluidos ellos, cíclico entusiasmo al que se suma ahora el primer cumpleaños de Enildito. Él sí comienza ahora, él sí puede decir que a partir de ahora "Año nuevo, vida nueva", como decimos absurdamente todos, aunque no entienda tanta algarabía adulta, tanta gente en la casa, tantas mutuas felicitaciones, tantos besos y risas y conversaciones y cantos que le impiden dormir, que lo hacen llorar precisamente hoy, en el día de su cumpleaños.

Es la familia, es Navidad, hay fiesta: todos están borrachos, o pre-borrachos, o pos-borrachos, todos idos del mundo, de espaldas al mundo, recluidos en sí mismos y en esa inaudita mezcla de sabores y olores, anestesiados por el alcohol e hipnotizados por la música, todavía eructando cerveza y cerdo, champán y cerdo, falta de sueño y cerdo, brindando por el año que empieza, ¡salud!, y por el año que termina, ¡salud!, y por el niño, el sobrinito, el nieto, el primo, el lindo hijito de Zoila y Enildo, ¡salud, salud!, aprovechando incluso los restos de las copas.

Como casi siempre, desde muy temprano, Enildo y Zoila se habían repartido las labores: ella barrería, limpiaría, ordenaría, sacudiría, prepararía la mesa, y bañaría, vestiría, peinaría, cuidaría al niño; él, buscaría al fotógrafo. Doce y media. Ahora Zoila es una buena madre con el niño en los brazos, sentada frente al cake, casi

un metro de pastel con olas de merengue azul y una velita sin encender en el centro, custodiado por ocho pepsi-colas y croquetas y bocaditos y pasteles. Tampoco faltan torticas de Morón y panqués de Jamaica y la especialidad de Zoila: ensalada de macarrones con bastante cebolla, jamón, trozos de piña, adornada con finas lascas de pimiento maduro sobre la opaca mayonesa. Zoila trata de que el niño no llore y de no despeinarse el alto moño ni estropearse el maquillaje pese a tener que entretenerlo. Doce y media. Ahora Enildo es un buen padre atravesando Galiano con la tarjeta del fotógrafo en la mano, *Fotógrafo Perales, las mejores fotos, San Rafael, 415*. Sabe que la ciudad está convulsa, que el trono presidencial amaneció vacío y la gente anda loca, gritando por las calles, tocando trompetas, abrazándose, disparando, lanzando piedras, besándose, saliendo a la luz los que estaban escondidos y escondiéndose otros. Hay caos, inquietud, violencia. Enildo anda muy lentamente, con las manos en los bolsillos, ajeno a todo, respirando desde lejos ese ambiente de novedad y escándalo, cláxones, disparos, cornetas, matracas, ¡happy new year! y más disparos.

La calle Galiano está llovida de serpentinas y hormigueante de autos. Enildo vuelve a mirar la tarjeta del fotógrafo y se detiene a contemplar el espectáculo de dos muchachos que han enlazado el cartel de la redacción de *Tiempo*, el periódico de Masferrer; lo han enlazado como si fuera un toro, y tiran de él con fuerza y furia, tratando de desprenderlo de la pared. Se queda mirando. Aparecen de alguna parte tres muchachos más, cinco más, diez más, hombres y mujeres, y entran en la redacción y en los talleres de Masferrer, gritando, pateando, destrozando, saqueando los burós y los gaveteros, prendiéndole fuego a esa papelería llena de horror y sangre. Enildo, a varios metros, mira el reloj: es la una y cuarto. Ahora Zoila deja al niño en su sillita de madera contrachapada y se muestra atenta con los vecinos y los invitados que van llegando, la hermosísima Zoila oliente a New Horizons de Ciro, *la fragancia que promete inolvidables Sensaciones bajo Exóticos Cielos…*, la complaciente Zoila invitando a pasar, a acomodarse, a sentirse bien, como en sus casas, Enildo está al llegar con el fotógrafo, linda risa, lindas uñas, lindo vestido de percal escotado, Enildo está al llegar, ¿quieren un trago? Y claro que Tres Cepas, con hielo y absorbente, porque *el que sabe sabe que Domecq sabe mejor*. Los invitados beben y conversan, ríen y conversan, miran a Zoila y conversan, hablan de Zoila como si el cumpleaños fuera de ella, qué chula está Zoila, dicen los maridos de las mujeres invitadas que comentan lo grande

que está el niño; qué bien le sienta ese vestido a Zoila, dicen las esposas de los hombres invitados que comentan lo mono que está el niño. Zoila atiende, sirve, ríe, entra al cuarto y se rocía con su atomizador mágico, dice otra vez que Enildo está al llegar con el fotógrafo, se arregla el moño en el espejo y mira su reloj: dos menos cuarto. Ahora Enildo está recostado en un poste, mirando cómo otro grupo de mujeres y hombres apedrea e incendia el Morocco Club. Ni siquiera se pregunta por qué lo hacen, ni siquiera le preocupa que lo hagan o no. Observa desde cerca pero sin inmiscuirse, sin mezclarse con esa turba iracunda que aborda a golpes de palos y picos y tridentes los vitrales de los casinos, los parquímetros, las máquinas traganíqueles, las vitrolas. Va de acera en acera, mirando el humo, el polvo, la algazara furiosa, mirándolo todo, pero eso sí, velando la pulcritud de sus zapatos de dos tonos y de su blanco pantalón de dril almidonado.

Estando recostado en un poste rodó a sus pies un resto de vitrola, lleno de abolladuras, descascarado, y por instinto lo pateó lejos, con rabia. Fue más que instinto inercia, fue más que inercia reflejo, fue como el golpe del martillito sobre la rodilla. Y fue también irresponsable mimetismo, impensada traición a sus principios de supervivencia. Pero sin darse cuenta había sumado su patada a la ira colectiva. Luego, sin pensarlo tampoco, se agachó y tomó una piedra que fue a crisparse contra el cristal de una panadería. Luego tomó otra piedra, y luego otra. Y anduvo así por varias calles, lanzando piedras como un loco. Estaba entusiasmado y sorprendido de sí mismo. Se sentía raramente feliz, fuerte, distinto, como si estuviera él, y solo él, mirándose a sí mismo. En una acera de San Rafael halló un zapato viejo y lo disparó contra la vidriera de la joyería El Gallo. Las calles estaban locas, atiborradas, sucias, y él comenzó a sentirse, por primera vez, parte de algo, no sabía de qué, pero parte de algo. No podía saber —ni llegó a saber nunca— que era parte simplemente de un día, de ese día específico en que buscaba al fotógrafo del cumpleaños de su hijo, de ese día primero de enero distinto al anterior, aquel en el que Zoila pujaba durante el parto más difícil de toda su familia, mientras él se emborrachaba para disimular el miedo que le daba pensar en el parto; y distinto también al resto de los días de Año Nuevo; un día en que empezaba una época distinta en su isla. Simplemente de eso era parte Enildo Niebla, pero él no podía saberlo.

Pasaban huyendo los chivatos, llorando las mujeres, gritando los niños, rompiendo los hombres y alzando letreros enormes de ¡Viva Fidel! ¡Abajo Batista!, riéndose, abrazándose, aprendiendo allí

mismo a usar el arma que les habían dado esa mañana, porque a partir de ahora tú eres soldado y tú eres guardia y tú eres miliciano, y tú y tú y tú, son responsables de ajusticiar a fulano y a esperancejo, que asesinaron o torturaron o chivatearon a mengano y a zutano. Enildo se detuvo sorprendido de lo que estaba haciendo. Miró hacia todos lados, con cara de espanto, se sacudió las manos y la ropa, sacó la tarjeta que había guardado en el bolsillo, la leyó, volvió a guardarla, y se puso otra vez a mirar, a contemplar, a ser, como había sido hasta hoy, un observador pasivo, un simple espectador de fondo; pasó a ser parte de su verdadero grupo anímico, el grupo de los que miran, de los que no comprenden, de los que no hacen, de los que no se abalanzan ni se dejan arrastrar por nada, los nulos, los nadie, los Enildo Niebla que si dicen mañana que él tiró una piedra gritará una y mil veces que no; si dicen que él rompió un parquímetro gritará una y mil veces que no; como cuando ponían un petardo o pegaban pasquines en el barrio: él no, él no; como cuando en el 55 la policía salió a "pescar" a los que habían ido a escuchar a Naborí y Valiente, esos pichones de comunistas, rimadores contra el gobierno y la república: él no, él no, Enildo Niebla no, lo jura, él los había oído por radio y sí, fue a San Antonio de los Baños en el mes de junio, pero a Campo Armada no, teniente, se lo juro, teniente, a Campo Armada no; como cuando a Fructuoso, el esposo de Marta, lo mataron en la calle Humboldt, en el 58, y eso que Marta Jiménez era como su hermana, su amiga de la infancia, pero él no se atrevió a protestar ni en silencio ni en grupo, él no tuvo valor ni para darle el pésame a su amiga la viuda, a su Marta llorosa sobre el féretro del líder de la feu asesinado, separada del féretro por el tremendo bulto de su vientre grávido; como cuando nació el huérfano hijo de Fructuoso y Marta: él no, Enildo Niebla no, ni se llegó a la clínica, ni le envió flores, porque Martica ya estaba marcada por culpa del difunto, porque eso es peligroso, Zoila: él no, él nunca.

Así volvía a andar ahora, sonámbulo y despierto entre el bullicio y la locura de aquel primer día de año, el día del cumpleaños de su hijo. Miró el reloj: las dos en punto. Ahora Zoila bebía un largo trago de coñac y repartía dulces y pasteles a los muchachos ayudada por su suegra Humbelina, la fastidiosa madre de Enildo, abuela de Enildito, la insoportable suegra que lo critica todo, que se mete en todo, pero que, bueno, tiene que soportarla, porque eso sí, la ayuda con el niño. Y quien evita que los muchachos halen antes de tiempo la piñata y se forme el desorden y la algarabía es Chela, la vecina de enfrente, la hermana solterona de Diosdado, el

apuntador de la charada, el tramposo del barrio, ese señor enorme y bigotudo que ahora contempla a Zoila a través de la enrejada ventana de la sala, y ella sabe que la está mirando sin tener que voltearse, siente el peso de su vista en la nuca y aprovecha un momento de risa espontánea para volverse un poco y cruzarle un sablazo de ojos verdes por toda la cara, así, de golpe, pero el muy sinvergüenza ni se turba, sigue mirándola, así, así, profundamente, y se relame. Ella vuelve a enseñar la envidiable dentadura, los labios purpúreos, las pupilas de un verde vidrioso, y él alza la copa y brinda con el aire, a la salud de Zoila, a la belleza de Zoila, a las piernas, las caderas, las nalgas de Zoila que se aleja y toma al niño de los brazos de su suegra y mira, desesperada ya, la hora: dos y cinco. Enildo vuelve a guardar la tarjeta en el bolsillo. Sabe que Zoila y los demás deben de estar desesperados, pero ahora, hoy, es un día único, está permitido tirar piedras y él está tirándolas, está permitido romper y está rompiendo, es posible y fácil y no peligroso cagarse en la madre de cualquier hijoeputa y él está aprovechando para soltar todo el silencio que lleva años escondido en su pecho. Total, ¿quién lo sabría luego? Él era uno más en el tumulto, un loco más en aquella barahúnda de picos y piedras y palos y revólveres; era un fantasma, una sombra, y el miedo se escondía, se agazapaba en el fondo de su cuerpo. Tan solo un raro salto y un recogimiento testicular le advertían que el miedo no había salido de su cuerpo, que estaba ahí, escondido entre la próstata y el caño de la orina. Otra piedra y qué importa, una pedrada más y quién se dará cuenta, Enildo Niebla pítcher, Enildo-Conrado Marrero-Niebla: strike en un cristal, strike two en un maniquí, strike three en una lámpara. Mesas patas arriba, sillas rotas, fuego, humo. Llegaría tarde al cumpleaños de Enildito. Ni siquiera había llegado a buscar al fotógrafo. Pero un día es un día, y hoy es un día loco. Palos, piedras. Es un día de pedos y escupidas contra los modales. Piedras, palos. Es un día de ¡Abajo Batista! y de cazar chivatos. Palos, piedras. Es un día de tumulto alegre y a la vez furioso, de pueblo disparado como un resorte que llevara muchos años contenido. Piedras, palos. Es un día de barbas y damajuanas y fusiles y música y abrazos y llantos y Santa Bárbara Purísima y ¡Viva Fidel! y sangre. Palos, piedras. Es un día de ajuste de cuentas: un día de apedrear a los guardias, a los corruptos, a los chivatos, a los torturadores, a los asesinos. Un día para que las mujeres se agachen a recoger sus improvisados proyectiles sin preocuparse por las faldas que levanta el viento. Un día patas arriba como las mesas y sillas del casino. Un día roto y remendado, remendado y vuelto a romper, agujereado,

sanguinolento, feliz, borrascoso, turbio, gritón, un día gritón las veinticuatro horas.

—¡Ataja… ataja!

—¡Al chivato, al chivato…!

—¡Cójanlo!

—¡Mátenlo!

—¡Que no escape, cojones!

Enildo mira su reloj: las dos y media. A esta hora Zoila le ofrece un vaso de coñac al vecino Diosdado y siente cómo él, intencionadamente, con poco disimulo, roza primero y retiene después su dedo meñique, unos segundos nada más, solo algunos segundos, suficientes para tanto mensaje clandestino, y ella, como toda una dama, lo retira lentamente, con sonrisa estudiada, mirando de un modo mecánico el reloj y diciéndole, chico, cómo demora Enildo. Enildo está sudado y agotado de tanto lanzar piedras y de tanto gritar, lamenta lo que ha hecho a sus zapatos y a sus pantalones. ¿Y el cumpleaños de Enildito? ¿Y el fotógrafo? Lanza con fuerza la última piedra contra una vidriera, pero no hace blanco y el pedrusco se estrella sobre una columna, dejando una informe mancha blanca. Se sacude las manos. Va a marcharse. Pero escucha los gritos. Por su lado pasa corriendo, desordenadamente, camisa abierta y ojos fuera de órbita, un hombre al que persigue la gran turba. El hombre trastrabilla, zigzaguea, mira hacia atrás, mira hacia los lados, y a la vez corre. ¡Al chivato, al chivato!, gritan los otros mientras le hacen la caza, en grupo, alzando palos, ¡cójanlo, cójanlo!, gritándole improperios, ¡atrápenlo!, todos atropellándose, disputándose el privilegio de capturar a aquel verdugo de la lengua, artista en el oficio de “echar p’lante” a alguien, ¡que no se escape, coño!

Enildo no tuvo tiempo de quitarse de en medio, de apartarse; Enildo no se sumó a la turba sino que fue arrastrado por ella, empujado por ella; la turba lo encontró en el camino y lo arrastró como arrastran los ríos crecidos cuanto encuentran. Y helo ahora en punta, Enildo Niebla corriendo a la cabeza de aquel grupo iracundo, corriendo para apresar o ajusticiar a ese chivato. Él sí, esta vez Enildo Niebla sí. Estaba emocionado, el miedo le brincaba en los cojones pero no subía, ¡al chivato, al chivato!, él entre los primeros, casi pisándole los talones al desgraciado ese, Enildo Niebla cazador de chivatos, Enildo-el nulo-Niebla en la avanzada pública, ah, si Zoila lo viera, si su madre lo viera, si su hijito, tan chiquillo aún, pudiera mirarlo y admirarlo: él de primero, él casi el líder. Ya estaban a punto de cogerlo (lo cogería él, seguramente), ya lo

tenían cercado, acorralado (lo agarraría él, por el cogote), ya estaban a tres metros, a dos metros, a un metro, a medio metr… Pero sonó un disparo. Y el chivato se detuvo en seco. Sonó otro disparo y la multitud se detuvo poco a poco. Estaban ya tan cerca, era tan fácil ya, pero sonó el disparo y el chivato cayó de bruces contra el suelo, muerto; estaban ya tan cerca, era tan fácil ya, pero sonó el otro disparo y Enildo Niebla cayó de cara contra la espalda del chivato, muerto; no tuvo tiempo de pensar en el cumpleaños de Enildito y cayó muerto; no se acordó de que el miedo estaba allí, en sus pantalones, y cayó muerto; Enildo Niebla, él sí, esta vez él sí, bien muertecito, muerto, el mismo día del primer cumpleaños de su hijo.

Zoila miró el reloj: eran las tres en punto.

—Vamos a comenzar —sugirió entonces, con un tonillo de tácito desdén y de fastidio, mientras ponía la copa de coñac sobre la mesa.

Hubo un raro silencio, como una muda rebelión en las pupilas, y Zoila, indiferente, tomó al niño en los brazos y argumentó, para evitar irreverencias: —Ayúdame, Diosdado. Comencemos… Enildo ya vendrá con el fotógrafo.

3

En nombre de San Lázaro, que los buenos espíritus me ayuden y que vengan en mi auxilio, cuando yo padezca algún mal o esté en algún peligro que me los detenga, y que a mí no lleguen… Mientras la Abuela rezaba en un rincón del cuarto, Enildito jugaba con su vecino Pasi, el pecoso chiringuero de la loma del Mirador, y organizaba los carritos en un parqueo ilusorio para que Pasi luego lo enseñara cómo hacer las chiringas. Pasi parecía no prestarle atención pero lo cierto es que no le quitaba la vista de encima y no podía ocultar cierta risa burlona mientras lo miraba. De pronto fue a su casa, y regresó corriendo con algo en el bolsillo, se detuvo delante de Enildito y le dijo riéndose, mírate. Enildito, inocentemente, puso su rostro ante el pedazo de espejo que Pasi extrajo del bolsillo y descubrió, por vez primera, su rostro salpicado de viruelas, toda la cara invadida por pequeñas pupas y ampollas, con la madre, la más grande de todas, sobre el párpado inferior izquierdo, tapiándole prácticamente el ojo, deformándolo. … *y haced, San Lázaro, que tu espíritu sea mi fe y que esto sirva de una prueba de vuestra protección para mí y todo el que a mi lado estuviere…* El ojo era una mancha pustulosa, un nudo de pestañas, legañas y pus, rojinegro, inflamado, putrescible. Pasi escandalizaba con su risa burlona, manoteando al aire para poder reírse con más fuerza, y Enildito fue pasando del asombro al miedo, del miedo al puchero, del puchero al llanto, todo esto gradualmente, marcado cada cambio por pequeños mohínes, cada uno desfigurando el rostro de manera distinta. En el trozo de espejo, desazogado en varias partes, poligonal, su rostro se volvió una mueca repulsiva, virulenta, el ojo enfermo y la boca hecha una ranura salivosa que dejaba ver, con el llanto, la roja encía sin dientes, esa mudanza dental propia de los seis años, pero que ahora contribuía a lo grotesco. Pasi se reía y él lloraba sin atinar a quitar el espejo de su vista, petrificado, sufriendo la monstruosidad de su imagen atrófica … *y que en ti, patrón, encuentre la fuerza que necesita mi materia para poder llevar estas pruebas de este planeta en que habitamos y de este camino que hay que pasar, mandado por Dios,*

nuestro Padre, pues… Pasi seguía doblándose de risa y Enildito era un puro temblor ante la fealdad de su imagen draculina y llagosa, anegadas en lágrimas las pústulas. No podía dejar de mirarse, estaba como hipnotizado. Esa, su imagen enferma y llorosa —rostro poligonal como el trozo de espejo, rostro desdentado y lleno de pústulas—, sería luego, durante años, una perpetua pesadilla. Su propia cara se volvería, para toda su infancia, monstruo acechante en las oscuridades, coco, güije, babujal, fantasma, ruido anónimo tras la pared del cuarto, causa de sobresaltos nocturnos y micciones durante el sueño, de soliloquios oníricos, de claustrofobia, un miedo primigenio y subconsciente … *y en ti pongo mi fe para que me salves de estos grandes atrasos y mis muchas penas que mi materia tiene, mandados por Dios, nuestro Padre, pues…* Pasi se marchó, riéndose. Se llevó el trozo de espejo, riéndose. Y Enildito se quedó hecho un ovillo, sentado sobre el suelo, con las piernas recogidas de manera que abrazaba las rodillas contra el pecho, entre un triciclo, una pelota desinflada, unos carritos plásticos y la chiringa a medio hacer, recostado en un silloncito de madera contrachapada que estaba apoyado en la pared, bajo la luz de una bombilla que caía perpendicular sobre su cabeza. Se quedó solo, con su miedo y con un hipo lacrimoso que entrecortaba el temblor de su cuerpo. Apenas se movía. Desde ese ángulo de la casa —el pasillo que comunicaba la sala con el comedor y los dos cuartos, pasillo estrecho, con baldosines rosados llenos de manchas blancas que formaban figuras indefinidas que Enildito se entretenía en descifrar y bautizar, el estrecho pasillo de sus juegos con Pasi o con el negrito Pepe—; desde ese sitio de la casa en el que temblaba, Enildito podía divisar, casi completo, el retrato amarillento de su padre pendiendo a mucha distancia de él, en la pared de la sala, entre un retrato de Fidel y uno del Che fumándose un puro. Le dio pena llorar ante la vista fija del padre muerto, el héroe de La Abuela, su héroe. Para Enildito la muerte era eso, una foto colgada en alguna pared, un no hablar, no reírse, no moverse, no quitarle la vista de encima a los niños … *en ti pongo mi fe para que me salves de este y me des consuelo a mis grandes males y que por tu valor tenga otro porvenir mejor a este que tengo, y…* “No llores, hijo, que los hombres no lloran”, dijo el padre sin mover los ojos. Enildito alzó el rostro para que el padre viera su ojo izquierdo tapiado, su cara agujereada por vejiguillas sepias, y el padre solo dijo, “No llores, hijo, te lo dice un héroe”. Enildito se paró, hipando aún, para que el padre pudiera ver bien sus brazos, su pecho y su vientre, minados de viruela, pero el padre solo dijo, “Ya sé, ya sé, pero el hijo de un mártir no llora”. Lo

miraba fijo, lo miraba duramente fijo: ahora, a los seis años; pero lo seguiría mirando así para siempre: a los siete, a los ocho, a los diez, a los doce: siempre el héroe, el mártir de la revolución Enildo Niebla, mirándolo fijo, exigiéndole no temer, no llorar, no aflojarse. Enildo Niebla (hijo) creció vigilado por aquel retrato de Enildo Niebla (padre). Esa imagen le serviría de amuleto, de talismán, de asidero en los momentos graves, de conjuro ante las maldiciones, de ángel guardián, de estímulo y de reto. Desde el marco de pino barnizado lo aguijoneaban aquellos ojos duros. Primero fue a Enildito (el huérfano, el travieso, el ay-qué-niño-más-lindo, el ay-pobrecito-¿tiene asma?, el estudioso, el buen nieto, el buen sobrino, el vecino de, el amigo de, el novio de y de y de…); y luego a Enildo (el estudiante de Lengua y Literatura Inglesas, el profesor de Inglés, el profesor privado de Seducción, el barman, el sin empleo); pero también al otro Enildo (el mesalino, el macho lindón y loco de hoteles y posadas, de matorrales y parques, vacilador de todas las hembras de La Habana menos de Yindra Skármeta, Don Juan incorregible, sábelo-todo-yjode hasta que Yindra lo volvió niño-de-teta-y-mama); y luego al último Enildo del Diezmero (al Enildo socio, asere, consorte, ecobio, monina). Todo Enildo, formado por cada uno de estos Enildos diferentes, sentía cómo los ojos de su padre muerto, mártir Enildo Niebla, héroe de la revolución Enildo Niebla, lo cercaban, lo seguían, lo vigilaban siempre … *que en el nombre de San Lázaro los espíritus malos se alejen de mí con esta protección: "San Lázaro conmigo, yo con él; él delante, yo tras él", para que todos mis males los haga desaparecer, la gloria para todos, Amén*.

La Abuela se levantó, lentamente, con muchas dificultades, de la esquina oscura del cuarto en el que leía la oración a San Lázaro, arrodillada entre gajos de escoba amarga, jícaras con vino seco y ramitas de perejil, leyendo en alta voz, muy despacio, intercediendo ante El Resucitado de Jesús a favor de su nieto, rezando ante un pequeño San Lázaro de yeso con astilladas muletas de madera y dos perros detenidos en el sagrado gesto de lamerle las llagas, rojas lenguas estáticas que no dejaban de apuntar hacia la túnica rotosa del santo, hacia sus pústulas eternas. La Abuela estaba segura de que San Lázaro había escuchado, aceptado, recibido aquella oración para que Enildito sanara pronto su cuerpecito roto de postillas.

—Oh, Glorioso Patrón de los pobres, sagrado hermano de Marta y María, que Enildito cure ya, que sane ya, que ya no tenga los humores revueltos.

Fue caminando hacia la sala, con la misma lentitud, y halló a Enildito inmóvil, paralizado, hecho un puro temblor frente al

retrato de su padre. Lo abrazó, emocionada, apretándole la cabecita contra su vientre blando y ancho, y luego lo llevó a la cama, sin pronunciar palabras. Enildito se acostó, todavía llorando, y La Abuela tomó una vieja jofaina esmaltada, descascarada por todo el borde, vertió en ella un poco de agua de manzanilla y con pequeños pedazos de tela antiséptica lavó, con suavidad, las llagas de su nieto. Luego puso un algodón chorreante de aquella agua amarillenta y olorosa sobre el ojo obstruido, arropó bien a Enildito, y se alejó implorando que el llanto y la humedad de los fomentos de manzanilla fría no le provocaran otro ataque de asma: ¡el asma no, Dios mío, el asma no!

Aquel domingo había amanecido con un sol demasiado débil, con un aspecto raramente otoñal en pleno julio. Al llegar el mediodía, en los portales de todas las casas de calle Primera la ropa lavada se oreaba bajo el golpe de un viento desacostumbrado. El cielo gris, nuboso, y el viento fuerte, presagiaban la llegada de un aguacero que no comenzaría sino en la madrugada del lunes y que no cesaría hasta el jueves por la tarde, cuatro días después, una tormenta que nadie sospechó, ni siquiera el meteorólogo del noticiero que solo había hablado, como casi siempre, de marejadas peligrosas en la costa norte, temperaturas altas y aislados chubascos. Solo la fina nariz de Enildito descubrió, desde el primer momento, la tremenda tormenta que se avecinaba; su nariz, sus pulmones de asmático, comenzaron desde por la mañana a advertir grandes lluvias y tormentas eléctricas.

4

A las cuatro y treinta de la tarde de aquel domingo, cuando aún no había caído ni una gota de lluvia, todos los muchachos del Mirador del Diezmero corrían calle arriba y calle abajo, felices con aquel clima otoñal tan agradable, con aquel aire perfecto para empinar los papaguapos, las picúas, los coroneles y la tan socorrida chiringa, tan fácil de hacer, tan asequible a todos, nada de varillas de cedro o de güín, nada de tanto rabo, de tanto frenillo, de tanto hilo; basta con la hoja central de una libreta de Enildito o de Pasi, basta con un pedazo de hilo de coser pedido o cogido del cuarto de La Abuela o de la madre de Pasi; basta una leve carrera de impulso en sentido contrario al que sopla el viento, para que la chiringa se eleve gozosa por el aire, más alta que los techos, esquivando los cables del alumbrado público y los gajos de los pinos. La chiringa de Enildo es la mejor de todas (para Enildo). La chiringa de Pasi es la mejor de todas (para Pasi). La de Enildo se eleva más. La de Pasi "cambea" más. Pero la chiringa de Pepe, el niño orientalito que se mudó para el fondo del callejón de Freire, la del chiquito nuevo en el barrio, ni "cambea" mucho, ni es linda, ni se eleva por encima de postes y techos, pero tiene cuchilla, después del noveno papelillo del rabo tiene atada una cuchilla negra, y muy pronto caerá la chiringa de Pasi, allá lejos, sobre un tanque de la basura, y habrá molote de muchachos gritando ¡al boli, al boli, una chiringa al boli!, corriendo a tropezones para ver quién la coge; y muy pronto caerá también la chiringa de Enildo, cortada por dos partes, en medio de los muchachos cazadores de papalotes y chiringas que se van a bolina; y muy pronto el niño nuevo, Pepe, el oriental que se mudó para el fondo del callejón de Freire, se reirá escandalosamente, feliz de ser maldito, feliz con su chiringa que es el terror de todos, y moverá con fuerza su chiringa pirata mientras Pasi corre lloroso a recoger los restos de la suya como un cadáver íntimo, a arrebatarle a los otros los pedazos de papel, los trozos de hilo; muy pronto el niño nuevo gritará para que todos lo oigan, ¡yo soy el mejor, soy el mejor!, y Enildo saltará furioso sobre su cuello, sorpresivamente, y

se enredarán a golpes durante varios minutos, se empolvarán, se rasgarán las ropas sobre la dura calle de gravillas, entre un corro bullicioso de niños que gritan y estimulan a uno y a otro, ¡arriba, Enildo!, ¡dale duro, negrito!, hasta que los dos sienten que alguien los levanta en vilo, a cada uno por un brazo, y ese alguien resulta ser la madre de "el orientalito", que grita y los zarandea fuertemente a los dos, con más fuerza que ambos.

Así recuerda Enildo Niebla su primer encuentro con Pepe Gibara. Pero aún recuerda más. Recuerda que la madre de "el orientalito", o sea, "la orientala", fue a darle las quejas a La Abuela, Pepe en un brazo y Enildo en el otro, y le mostró en qué estado se encontraba su hijo, sucio, magullado, lloroso, con sangre y tierra en los codos y el vientre, e inmediatamente después señaló al culpable, al niño malo que atacó a su hijo, fue su nieto, señora, mírelo ahí, tranquilo, tranquilito, apenas despeinado y con la ropa un poco sucia, pero sin un arañacito, señora, y recalcó que su Pepito era más chico, era mucho más chico, todo esto dicho con un énfasis y un tono tan doloroso y convincente que La Abuela terminó rogándole que se sentara, que se calmara, trajo agua, café, y le ordenó a Enildito encerrarse en su cuarto, castigado, "hasta que yo me acuerde".

Las dos mujeres entablaron una conversación tan amistosa que parecían conocerse de toda la vida, mientras Enildo miraba, por la rendija de su puerta entreabierta, lleno de rabia, cómo "el orientalito" jugaba con sus carritos plásticos.

Años después, Enildo y Pepe Gibara se reían recordando todo aquello; Gibara se reía de haberle roto las chiringas y haber salido absuelto, de haber jugado con sus carritos plásticos en sus propias narices, de imaginarse todavía a su madre y a La Abuela, sentadas después de todo a conversar de cosas que nada tenían que ver con ellos y la bronca. Pero Enildo se reía de algo más: le daba risa la paliza que le había dado aquel día a ese grandulón que hoy es Pepe Gibara, le daba risa constatar cómo Pepe, siendo más joven que él, siendo "mucho más chico", ya le sacaba una cabeza de estatura, varias libras de peso y varios centímetros de ancho, todos estos centímetros repartidos entre bíceps, tríceps, pectorales…

Aquel domingo de julio con cielo otoñal el Diezmero siguió siendo un lugarejo agitado y monótono. La chiquillada se sentía feliz, retozona: unos jugaban a las bolas, otros empinaban sus chiringas y sus papalotes corriendo calle abajo o desde la punta de la loma del Mirador, y entre juego y juego sorbían durofríos, chupaban pirulíes, mordían crocantes chiviricos, crujientes

chicharritas, se enmelcochaban las manos y las bocas con cremitas de leche, merenguitos, coquitos, cuanta chuchería expendiese la clandestina gastronomía arrabalera, viejas y amas de casa que se ganaban sus quilitos endulzando la infancia de los chicos del barrio; los mayorcitos jugaban pelota, a la mano, en la esquina, o soñaban ser José Figuerola o Jesse Owens dándole vueltas a la rotonda de la cafetería, estorbándole con sus carreras a los hombres que pasaban arrastrando grandes carretillas con tanques de agua, monotonía diaria de ruido metálico, rostros fatigados, agua cayendo por el borde de los tanques hacia el pavimento y provocando que los pequeños atletas resbalasen y perdiesen el paso, a punto ya de llegar a la meta. A los muchachos les alegraba ver que ellos corrían en aquella ilusión de campo y pista, mientras los hombres sudaban arrastrando grandes y rústicas carretillas con tanques de agua. Ese desfile escandaloso de hombres halando o empujando aquellos carros rústicos, le infundía a Enildo un terrible temor a ser grande, no quería crecer entre otras cosas para no formar parte de aquella caravana de abastecedores del agua doméstica. Por suerte, La Abuela había logrado que el tío Bárbaro, una vez por semana, les trajera en su Chevrolet dos botellones de agua potable para beber y cocinar, y además, la familia de Pasi, sabiendo que ellos eran un niño y una vieja solos, no se negaba a ofrecerles agua de su cisterna para el aseo y la limpieza de la casa.

Aquel domingo nublado desde el amanecer, las madres no llegaron a quejarse por la ausencia de sol desde temprano, ya que las ropas se secaban rápidamente gracias al fuerte viento, y además, lo agradable de la temperatura les hacía más fáciles los trajines hogareños. Pero ya a las diez de la noche comenzó a relampaguear constantemente, fucilazos cada tres minutos, y el aire se tornó húmedo y frío. Era una noche perfecta para que los niños se acostaran temprano y durmieran bien arropaditos, encogidos bajo las tibias mantas. Era una noche magnífica para que las abuelas, tan cargadas de años, arrugas y ropas, sudaran menos y se quejaran menos del calor del verano. Era una noche inmejorable para los novios y para los esposos, que tendrían, así, una justificación más para juntarse y darse calorcito. Era una linda noche de julio, agradable y tranquila, hasta que el viento enloqueció de pronto y comenzó a cerrar puertas y ventanas con golpes bruscos, a volar papeles y tumbar adornos de encima de los muebles y de las paredes; era una linda noche hasta que la lluvia cayó, de golpe, sobre todas las casas.

Ya la gente pensaba que no iba a llover. Desde media mañana

amenazaba y nada. Solo la nariz de Enildito, sus pulmones, no se equivocaron. Enildito había presentido el aguacero al despertarse. Y lo había corroborado cuando lo sorprendió la coriza mientras estaba castigado en su cuarto, viendo cómo "el orientalito" jugaba con su carros plásticos. Primero pensó que aquel líquido por la nariz era una especie de antesala al llanto que estaba tratando de aguantar todo el tiempo, llanto de rabia y de impotencia por lo de la chiringa y por aquella complicidad de La Abuela con los orientales, pero luego comprendió que no, que simplemente su nariz le advertía que iba a llover, y mucho. Y lo volvió a corroborar con los tres estornudos que le sobrevinieron mientras veía los muñes, a las seis de la tarde, cuando La Abuela "se acordó" del castigo; y lo volvió a corroborar con los dos estornudos de hacía unos momentos, ya metido en la cama y arropado.

Durante toda la madrugada del lunes y todo el martes no escampó ni un minuto. Arreciaba, amainaba, arreciaba otra vez, amainaba otra vez, pero lo que se dice escampar, nunca. Ningún niño del barrio había ido a la escuela. Las calles estaban llenas de gente con capas, sombrillas, nailons, periódicos abiertos sobre las cabezas, vecinos que desafiaban la tormenta para ir a comprar pan o leche o mantequilla o huevos. Enildo, sentado en el umbral, a través de la tela metálica, observaba a los demás muchachos correr, retozar bajo la lluvia, y les gritaba cosas, sobre todo a Pasi y al orientalito. Veía, con cierta desazón, que incluso había niños más pequeños que él chapoteando en los charcos, capitaneando pedazos de madera y papeles que arrastraba el agua y que constituían sus navíos de guerra. Enildo envidiaba a esos otros niños que podían disfrutar de la humedad del agua, envidiaba aquellos rostros empapados, las camisas pegadas a las espaldas, transparentando sus cuerpos saludables; envidiaba aquellos pelos que goteaban, aquellos shorts empapados, y no podía evitar sentir un odio ingenuo hacia La Abuela, a su vigilancia estricta, a su manía de tocarle la frente cada cinco minutos para sorprender los indicios de fiebre, a su obsesión por contarle las toses diarias, los estornudos, las aspiraciones nasales de la mucosidad. Enildo soñaba con estar algún día en medio de un gran charco, ser, como aquellos niños, prisionero del agua, esclavo de la lluvia, tener todo el tiempo del mundo para esa dulce servidumbre, lejos de la aspirina, del aerosol y de los cocimientos. Ya tenía en todo el barrio fama de enfermizo. Una fama que le debía a La Abuela y que le acarreaba grandes sesiones de burlas entre los otros niños. Lo consolaba una conversación que había oído un día entre uno de los vecinos y La Abuela, uno de esos

días en que el asma atacaba con toda su fuerza y La Abuela se desesperaba y no sabía hablar de otra cosa, a todo el que pasaba le comentaba lo mal que estaba el niño, pobrecito, temo que se me ahogue, ay, este nieto mío, siempre tiene algo, siempre está malito, y el vecino le dijo que no se preocupara, que eso hasta era bueno, que las personas que empezaban siendo niños enfermizos después resultaban ser adultos muy sanos, como si agotaran todas las enfermedades en la infancia para vivir una adultez tranquila. Enildo no recordaba exactamente quién había dicho aquello, pero lo consolaba muchísimo en medio de sus crisis, o cuando La Abuela extremaba, mortificadora, sus cuidados.

El miércoles fue un día de lluvia total, de tos, de ahogo, y de radio encendida las veinticuatro horas, escuchando los partes meteorológicos, los movimientos del ciclón estival que había provocado tantas inundaciones en Pinar del Río, con cuatro muertos. Varias provincias, incluida La Habana, estaban en fase de alerta ciclónica, otras en fase de emergencia; solo se oía hablar de miles de personas evacuadas, de inundaciones, de desaparecidos, de derrumbes, en Pinar, en La Isla, en Matanzas. O allí mismo, en la Virgen del Camino, en Cuatro Caminos, en Guanabacoa. La radio y la televisión eran la cosa más aburrida en esos días, todo el mundo dando consejos que parecían órdenes: limpien y destupan los tragantes, frieguen las azoteas y las alcantarillas, no intenten cruzar ríos, no caminen por debajo del tendido eléctrico, retiren las antenas, mantengan encendida la radio. Y La Abuela cumplía las indicaciones con una disciplina militar. Pero además de la radio encendía sus velas, rezaba a cuanto santo le venía a la mente y arropaba a Enildito.

Al mediodía del miércoles el tío Bárbaro, el más pequeño de los hermanos Niebla, vino a traer algunos víveres para su madre y su sobrino, en uno de esos gestos de profundo sentido familiar que tenía a veces. Llegó empapado, trajo pollo, pan, leche, caramelos, y estuvo un rato hablando con La Abuela sobre ciclones y niños asmáticos. Se fue aprovechando un momento en que pareció que iba a escampar definitivamente, pero no hizo más que cerrar la portezuela de su Chevrolet 56, y el agua arremetió con tanta fuerza que parecían piedras las gotas rebotando sobre el techo del carro.

Al poco rato llegó la madre de Pepe, con Pepe cargado, los dos tapados con un nailon negro y chorreando agua por los cuatro costados: habían decidido hacer una autoevacuación urgente, y como apenas conocían a ningún vecino, ya estaba ella explicándole a La Abuela las pésimas condiciones en que estaba su casa, que los

que permutaron con ella la habían engañado, allí se filtra todo, señora, no se puede ni estar, escampa afuera y dentro sigue lloviendo durante cinco horas, en la cocina, en el baño, en la sala, encima de las camas y los otros muebles, es terrible, señora, todo dicho con el mismo tono lastimero y convincente de cuando aseguraba que su Pepe era demasiado chico para que Enildo le hiciera aquel destrozo. Y Pepe sin hablar, solo mirando hacia el piso de la sala por si veía otra vez los carritos plásticos, y aceptando, con rabia, que ya a Enildo lo habían liberado del castigo.

—Se moja todo, Abuela, todo, y las ventanas y las puertas no cierran bien, Abuela, entonces me da miedo de que este niño se me enferme.

Fue la frase mágica. Con eso bastó para que La Abuela dijera que no se preocupara, que ella sabía bien lo que era un niño enfermo, séquense con esta toalla y siéntense, que voy a hacer café, no tengas pena.

Así que finalmente el niño nuevo y Enildito hicieron las paces y olvidaron la reyerta del domingo con esa facilidad que solo tienen los niños para olvidarlo todo, sobre todo los odios, las ofensas, y terminaron jugando juntos con los carros plásticos, y una hora después compitieron puerilmente a ver quién terminaba de tomarse primero la sopa, porque el que gane es el mejor, y el que se tome toda la sopa será el que más crezca y el que más engorde, y el que repita, ese sí que tendrá muchas novias. Al parecer tenían razón las viejas, porque Pepe Gibara acabó con el plato de sopa a una velocidad increíble, sin detenerse pese a que la madre no paraba de decirle que no sorbiera de esa forma, que no hiciera ese ruido, y se volvió, con los años, el gigantón del barrio. Pero no repitió, se tomó un solo plato, y Enildo, para contrarrestar su derrota en la velocidad, pidió otro plato más, bien lleno, Abuela, y se lo tomó también, de modo que, con el paso de los años, todas las novias fueron a parar al brazo del segundo lugar de aquella competencia. Mientras el primer lugar se entretenía haciendo pesas, paralelas, planchas y abdominales, y se paseaba sin camisa enseñando su musculatura, y se fajaba y se hacía respetar a puñetazos, las novias más lindas de La Habana fueron a parar a los brazos de Enildo, a su pecho de adolescente enamorado sin llegar nunca a saber que eran el resultado de dos platos de sopa.

Esa noche Pepe y su madre durmieron en el sofá cama de la sala, y en poco tiempo La Abuela y Enildito se enteraron de casi todo acerca de sus vidas. Supieron que eran oriundos de Gibara, en Holguín, y que llevaban solamente un año en La Habana, que

habían venido con un hombre que no era el padre de Pepito y que el hombre les salió una mierda, y que se habían quedado solos a los tres meses de estar aquí, viviendo en un solar del barrio Atarés, imagínese, Abuela, yo sola, con un niño pequeño, y en Atarés, ese barrio es de anjá, la delincuencia y las malas palabras, no pude, Abuela, busqué una permuta, y como lo mío era un solar, no podía exigir, cogí esa misma casa de madera, vieja y fea, pero lejos de aquello; ahora, eso sí, ellos no me dijeron que se mojaba todo cuando llovía, eso sí fue un descaro, Abuela. La Abuela se las arreglaba para darle la razón en todo, argumentando siempre cosas que reafirmaban lo que aquella decía. Y Enildito y Pepito terminaron durmiéndose delante del televisor, los dos junticos, la cabeza de uno recostada sobre la del otro.

Luego de aquello "la orientala" dejó de ser "la orientala", pasó a ser Luisa, la madre de Pepito, y "el orientalito" pasó a ser Pepe o Pepito, como el de los cuentos, y llegó incluso a desplazar a Pasi en las preferencias de Enildito en los juegos. Se pasaban las horas en el pasillo de la casa, jugando a cualquier cosa, dificultando el paso de La Abuela en los trajines de la casa, pero ella se quejaba muy poco, así lograba que Enildito no saliera tanto tiempo de casa.

Aquel Pepito pasó a ser Pepe Gibara luego, años más tarde, cuando llegó a la secundaria, después de que su madre volviera a permutar, esta vez para Guanabacoa, y ya Enildo no volvió nunca a verla. Pepe vivía orgulloso de su antigua Gibara, se defendía de los habaneros exagerando las virtudes de su pueblo en Holguín. No sea vaina, compay, se burlaban algunos; uté, no sabe ni ónde etá la cutara, se burlaban otros; pero en Gibara esto, pero en Gibara aquello, se defendía Pepe; de ahí que todos le comenzaron a decir Pepe Gibara: los amigos nuevos en Guanabacoa, los compañeros de aula, los antiguos amigos del Diezmero, hasta la madre, "la orientala", que prefería que a su hijo le dijeran Gibara que "el orientalito" o el negrito; hasta a Enildo, que se había acostumbrado a llamarlo Pepe, le hacía gracia aquello de Gibara, y fácilmente se adaptó al nuevo mote.

Para Pepe el hecho de que lo llamaran Pepe Gibara significaba algo así como la mayoría de edad: ya no era Pepe a secas, o peor, Pepito, como el de los cuentos; ya no era el negrito ni "el orientalito"; ahora era Pepe Gibara, y punto. Ya era grande, ya tenía un mote serio, un alias, ya podía coger las guaguas solo para ir de Guanabacoa hasta el Diezmero y regresar de noche (¡ya lo dejaban regresar de noche!). Él vivía por Los Escolapios pero su barrio seguía siendo ese. No dejaba de ir al Mirador del Diezmero dos o

tres veces cada semana, incluso se escapaba de la escuela para empinar papalotes o jugar pelota o buscar mangos en la finca con Enildo y Pasi. Después de observarlo muchas veces Enildo se dio cuenta de que ya Pepito era Pepe Gibara, que había decidido para siempre ser Pepe Gibara, que hablaba y caminaba como Pepe Gibara, no como Pepito, y mucho menos como “el orientalito”. Una mañana Pepito llegó al Diezmero casi mudo, totalmente ronco, gesticulando para poder comunicarse, gruñendo para decir cualquier palabra. La Abuela y los demás vecinos dijeron que era la edad, que estaba cambiando la voz, pero Enildo comprendió que aquello era el principio de su decisión, era que sus amígdalas y sus cuerdas vocales y su lengua habían aceptado, a partir de entonces, no hablar como Pepito sino como Gibara. Y el vozarrón de Pepe Gibara comenzó a ser famoso.

De todas estas cosas se reían ahora, una de esas tardes en que se sentaban a recordar el pasado detrás de una botella de ron; primero se reían de todo, desaforadamente, pero luego Pepe Gibara comenzaba a hablar con tristeza de su madre muerta y Enildo comenzaba a recordar que no la había visto más después de la permuta, que era una lástima, que él también la quería, y luego comenzaba a quejarse por lo viejita que ya estaba La Abuela, todo esto después del séptimo o del octavo trago; y si Enildo tosía terminaba diciendo lo jodido que lo tenía el asma. Entonces Pepe Gibara pronunciaba las palabras claves:

—Un trago de ron es lo que te hace falta, socio —y volvían a servirse medio vaso cada uno, y volvían a encontrar la risa, y olvidaban la lluvia, el Diezmero, las chiringas, los carritos plásticos, los sopas mágicas que hacían crecer y tener novias, para ponerse a hablar esas banalidades que provocan las reuniones entre amigos que, de tanto verse, ya no encuentran nada nuevo que decirse.

5

El mar de noche, el miedo. Siempre ha tenido miedo al mar de noche. Bajo la luz del sol el agua quieta o erizada del mar es todo un espectáculo, una sublime invitación al éxtasis o al baño, una patética extensión de azules diferentes; pero de noche, no. La oscuridad hace más imponente su presencia, más terrible. Estar hundido allí, en medio del océano, a esa hora de la noche, lo hacía más difícil todo. ¡Y ni siquiera había reparado en ello cuando decidió dar este paso! Se irían, sí, él iría con ellos, sí, pero el viaje, eso ni se discute, tiene que ser de noche. Y el miedo al mar nocturno continuaba allí, en su pecho, en sus pulmones, en su memoria indetenible.

Enildo supo su temor al mar de noche, por primera vez, y muchas veces luego, en los viajes que hacía con Electra a Matanzas, mientras atravesaban la bahía habanera para tomar el tren de Hersey, en Casablanca, casi todos los viernes por la noche. La zozobrante lancha atravesaba el mar oscuro y Enildo sentía que se ahogaba, que le faltaba el aire, un asma psicológica, puro temor a aquel pedazo de embarcación flotando sobre ese inmenso monstruo líquido. Permanecía todo el viaje en silencio, la vista fija en las manos de Electra o en sus propias manos, adormilado por el miedo y el ronroneo del motor. No podía evitarlo, sentía mucho miedo, fobia inconfesa delante de su novia, ahogo temporal que solo acabaría cuando estuviera ya sentado en el tren, tomando el aire que entraba por la ventanilla.

El tren de Hersey es lento, lento, lento: más de tres horas y cuarenta paradas de La Habana a Matanzas. Es un trenzucho eléctrico, viejo, con dos o tres vagones bril o werdigen, mal pintados de azul y óxido, o de rojo y óxido, incómodos. El tren de Hersey a Enildo siempre le recordaba aquella escena en que Melanie Griffith escapaba de los SS en la Alemania nazi, asustada, nerviosa, corriendo al encuentro del espía Michael Douglas, mientras al fondo pasaba un tranvía pendiente de dos gruesos cables, con dos coches idénticos a los de ese viejo trasto. El tren de Hersey es lento, lento,

lento. Sale de Casablanca, ese rincón poético de Regla, poético desde su Cristo agujereado por los rayos hasta el agua grasienta de su muelle, sucio pedazo de bahía por el que pasan, sonámbulamente, los grandes pesqueros, los grandes mercantes, y parece una broma de mal gusto esa escuálida lancha donde Electra sonríe y Enildo busca aire.

Y la lancha, como el tren, es lenta, lenta, lenta. Pero el trayecto es corto, esa es la suerte. Es tan corto que apenas deja espuma a su paso por el mar oscuro, apenas da mareos. Se ven los salvavidas aburridos bajo los asientos, y los muchachos entran por una puerta y se paran en la otra, listos para saltar a tierra, listos para ser los primeros en la cola para el tren de Hersey.

La ventaja de viajar de noche, pese al miedo, era que el tren iba casi vacío, no se formaban colas enormes ni se llenaban los coches como por las mañanas y las tardes. Ya que el viaje era incómodo, valía la pena encontrar al menos un asiento desocupado para subir los pies o poner las maletas; o sentarse cada uno en asientos distintos, frente a frente, solo cambiando uno de los respaldos para poder conversar a sus anchas. Algunos pasajeros intentaban dormir, entre frenazos, saltos, arrancadas, paradas, pífanos, pero solo conseguían un sueño fragmentario, discontinuo, que cansaba al cuerpo en vez de descansarlo.

Cuando se viaja de Casablanca a Matanzas, en pleno día, es hermoso contemplar el paisaje lleno de pequeñas lomas, riachuelos, palmas, aguinaldos, yerba de guinea, marabúes; y vacas, cabras, caballos, ovejas; y grandes garzas blancas posadas con molicie sobre bostas y postes, y auras tiñosas, también con molicie, planeando en la distancia. Los caseríos se suceden lentamente, casuchas esmirriadas, famélicas, con paredes de tabla de palma y tejados de zinc, cartón, fibrocemento. Ya a la salida de Casablanca, por el ala izquierda, es curiosa y pintoresca la hilera de casitas, algo menos famélicas que los lejanos caseríos, apiñadas todas a escasos centímetros de la línea férrea, temblando por el paso del tren, ensordecidas por el ruido, como si el ruido fuera la quinta pared de cada una.

Involuntariamente, los pasajeros husmean sus intimidades: cocinas, cuartos, baños; el orinal del niño, sucio, en medio del pasillo; la mínima tendedera en el retrete, llena de blúmeres, sostenes, toallas, calzoncillos; la pobre vajilla aún sobre la mesa, con los restos de la última comida; el fogón de keroseno humeando; la niña de la casa, que ya no es tan niña, acostada sobre una cama destendida, con las piernas abiertas en flagrante imprudencia;

ventanas, portezuelas, cercas page, cercas pearle; los pasajeros, aunque no quieran, meten las narices en la vida privada de aquellos vecinos, en la pobreza de aquellos vecinos, sin tiempo para seleccionar sus preferencias, lo mismo en el humillo del potaje que en la acritud de la orina y de las heces. El tren pasa, remueve la tierra, y los cacharros de aluminio tiemblan, los vasos, los adornos, las paredes tiemblan, se estremecen, no se sabe si por el efecto físico o por la pena de ser vistos de esa forma.

El tren de Hersey atraviesa un largo océano de yerbas silvestres, oleaje verdiseco, y tres horas más tarde el Versalles matancero lo recibe entre el agua mansa del río Yumurí y el olor a salitre de la bahía cercana, de tal modo que uno parece ir en un barco y no en un tren, ruidoso barco, rodante barco sobre agua vegetal, pero esta vez con Electra al alcance de la mano, el aire despeinándola y ella alardeando de su buena memoria, diciendo, con los ojos cerrados, sin mirar el talonario, el nombre de cada uno de los apeaderos. A Enildo le parece ingenua, ¡mira que alardear de memoria con él!, pero bueno, la deja, disfruta el juego, y disfruta su voz y su risa. Electra dice: Mito Padrón, riéndose, Hersey, riéndose, Caraballo, ja, ja, ja, Jibacoa, riéndose, Concuní, Canasí, San Juan, ja, ja. En cada pueblecito en el que el tren se detiene, se repiten la risa, el ingenuo alarde memorístico de Electra y el paisaje: gallinas asustadas en los trillos, perros gruñones junto a las talanqueras, niños diciendo adiós en las ventanas, guajiritas risueñas. Ahora empiezan los santos, decía Electra sin dejar de reírse: San Juan, San José, San Esteban, San Adrián, San Antonio, sin contar que ya pasamos San Lorenzo, San Mateo, San Matías, San Francisco, decía Electra. Este es un tren hacia la santidad, decía Electra, ¡yo soy beata!, riéndose. Y Enildo también se reía, contemplándola. Esto hacía cortas las incómodas tres horas de los viajes diurnos.

Pero cuando el viaje era de noche, no quedaba sino conversar o leer o dormir o mirar el reflejo del interior del tren en los cristales de las ventanillas, pasajeros y asientos repetidos por la luz de las bombillas sobre el opaco vidrio. O abrir las ventanillas y tomar el aire fresco de la noche, la brisa de aquel mar de yerbas nocturnales, mirando con recelo o con indiferencia el reflejo azulado y verdoso de los chisporroteos que provocaba el tren al pasar por ciertos nudos de los cables eléctricos. A Enildo aquel juego de azules y verdes sobre un fondo negro le despertaba cierto placer estético; eran tonalidades plenamente disfrutables si no significaran que en cualquier momento, como había ocurrido tantas veces, podía haber un verdadero incendio y el tren quedarse varado en medio de aquel

mar de yerbajos y sombras.

La noche era intensa y extensa sobre aquel mar de cañas, espartillo, romerillo, plátanos, algunas tablas de maíz y palmas fantasmales; inmensa sobre el barco rodante en el que Enildo y Electra no deshacían el nudo de los dedos y se besaban, tiernamente. Enildo le acariciaba las manos, esas queridas manos que él miraba con tanta fijeza cada vez que montaba la lancha en Casablanca, los viernes por la noche, para no ver el mar oscuro, el verdadero mar oscuro, el miedo.

Y aquí está otra vez el mar de noche. Y aquí está otra vez el miedo. Pero esta vez sin ella, sin poderle mirar el rojo de las uñas, sin poder tocar la suave piel de sus pequeñas manos; el mar de noche, pero sin apoyarse en el sucio tablado de una lancha lenta, sin refugiarse en el interior de un viejo coche Werdigen. El mar dentro de él, en torno a él, bajo él, sobre él; embetunado mar, jodido mar, y el miedo.

Logró abollarse por enésima vez. Ahora la Osa Mayor había perdido todas las perspectivas, ya no tenía su eterna figura de sartén nocturna; ahora era, allá en lo alto, un reguero de puntos luminosos, un dibujo cubista hecho por un surrealista del impresionismo. Noche sin luna, sin Electra, sin Yindra, noche con mucha niebla y poco Enildo Niebla, reguero de su apellido en torno suyo, oscuro hielo el agua y él miedoso pingüino yendo hacia quién sabe dónde, de los pingüinos de Anatole France, bípedo, palmípedo y anfibio, con branquias y pulmones defectuosos, intentando no pensar en nada, solo en salvarse, en alcanzar a Gibara, a Lorenzo, a Gustavo, en alcanzar la costa.

Pero le era imposible poner la mente en blanco, eso ya lo sabía. Ahora recordaba cuando había leído *Relato de un náufrago*. El colombiano aquel, Alejandro Velázquez, al menos tenía un bote, un remo, el sol durante varias horas para orientarse y un reloj para mirar punticos luminosos en medio de la noche. De modo que todo era distinto. Él no tenía más que su cuerpo en medio de aquel mar oscuro, y posiblemente no tendría a quién contarle luego su agonía, el pavor que había sentido durante ese tiempo en que era prisionero del agua. Alejandro Velázquez había vivido también la soledad del mar de noche, sí, pero tenía al menos el bote y el reloj, o incluso eso, tiempo, tiempo suficiente para contemplar e identificar las constelaciones. Él no. Este mar de noche era distinto. Enildo no tenía tiempo ni ánimos para mantenerse abollado, buscando Orión, Sirio, las dos Osas; todas las estrellas se le confundían, y él tenía que avanzar, que nadar, que tratar de alcanzar a Lorenzo y a los

otros; él tenía que llegar a la costa. No se separen, había dicho Lorenzo, pero él había visto, desde el primer momento, desde que el miedo al mar nocturno comenzó a aflojarle los brazos y las piernas, la imposibilidad de mantenerse junto a ellos. Pronto fue perdiendo las voces, el chapotear de los otros nadadores, el débil haz de luz de la linterna. Nadaba, lejos de todos, enceguecido. Y de pronto su brazo derecho chocó con algo duro. Fue tanta la sorpresa que manoteó con aspaviento y se golpeó la frente, y se hundió, y tragó agua. Eran los restos de la balsa rota. Tanteó la goma, las maderas, las sogas. Al parecer había nadado en círculos y ahora estaba otra vez junto a los restos de la balsa náufraga, sosteniéndose en los maderos, descansando. Un profundo odio le llenaba el pecho contra aquel revoltijo inservible, pero un sentimiento de fatalidad le impedía soltarlo. Estuvo así largo rato. Una piedra de llanto le subía a la garganta. El silencio era espantoso, hondo. "Así debe de ser la muerte", pensó, "esta es la muerte y lo demás es lo que llaman 'la otra vida'". Era un momento de contradicciones: ¿qué sería mejor: soltar la balsa y avanzar a nado, alcanzar a los otros; o mantenerse allí, a flote, sostenido en ella, y dejar pasar los minutos, las horas, el miedo, hasta que amaneciera? ¿Qué sería mejor?: ¿quedarse hundido en aquel silencio insoportable, o ponerse a gritar desaforadamente: ¡Pepe Gibara, Lorenzo al Cubo, Gustavo!, ¡vengan a ayudarme!? ¿Y cuándo llegarán los tiburones? Este no es aquel mar colombiano donde los tiburones llegaban con puntualidad todas las noches a disputarse su pedacito de Alejandro; este es el mar tranquilo de Cojímar, el mar de aquel Santiago pescador que Hemingway puso a arrastrar un pez por medio mundo. Pero qué haría él: ¿aguardaría allí a que llegaran los jaquetones, los azules, los blancos, a engordar con su cuerpo? ¿O lucharía, como el Santiago aquel, sin perder la esperanza, hasta la orilla? ¿Defendería su vida como aquel viejo pescador defendió la comida de sus hijos? Pero, además, ¿tendría fuerzas, aire, voluntad para hacerlo?

Esperamos, Señora, por tu intercesión conseguir lo que pedimos, aunque lo desmerecen nuestras culpas, por la eficacia de tus ruegos — Amén.

6

La memoria es un don. There is not bad memory, there is not good memory. Only there is trained memory or untrained memory. Yo, por ejemplo, activo la memoria como una cinta magnetofónica y desando el camino vivido, no como el inverosímil y patológico Funes de Borges, sino que hago una retrospectiva exacta y puntillosa de los actos y hechos que me han traído hasta este cuerpo, esta posición social, estas costumbres. Recuerdo, fácilmente, sin el mínimo margen para equívocos, cualquier rostro que haya tropezado alguna vez con mis pupilas, cualquier pasaje de novela que haya leído, con nombre de personajes y autor y a veces hasta página. La memoria es un don. Y compadezco a los desmemoriados, los infelices que chasquean los dedos y se muerden la lengua y se apenan delante de alguien que creen reconocer y no recuerdan. Como ahora. Esa mujer me está mirando de soslayo, con el rabillo del ojo estudia mis facciones y cierra los ojos preguntándose de dónde, de dónde me conoce. Me da lástima Nereida Mustelier que ha extraviado la identidad de un rostro y se mortifica, de dónde lo conozco, quién es ese muchacho. Yo sigo siendo el mismo de hace siete años, quizás más patilludo, más musculoso, más alto, pero el mismo, y ella cierra los ojos y porfía y lucha contra su amnesia temporal sin atreverse ni a acercarse ni a quitarme la vista de encima. Yo lo disfruto. Cruzo dos o tres veces la mirada con ella que baja los ojos al instante, indecisa, y vuelvo indiferente a mirar hacia la calle que corre al lado de la guagua pero en sentido opuesto. Su rabillo del ojo me vigila, me estudia, me cala hasta los huesos. Pero su cinta magnetofónica se traba, se enreda, está borrosa. Pobre Nereida Mustelier, que ha de tener todavía un lunar sobre el ombligo, un lunar sepia con la forma exacta de Isla de Pinos y el ombligo en medio. Ha de erizarse todavía cuando alguien anda por la Punta de Cocodrilo o hunde la lengua en el centro de Nueva Gerona, y ha de reírse todavía del travieso turista de turno; Nereida Mustelier, aventurilla de fiesta sabatina, accidente sexual y alcohólico, ahora amnésica pasajera de la ruta 10 que no soporta

más y se me acerca, y seguramente va a decir, perdone, pero… ¿usted no es…?, y a turbarse y a quedarse estúpidamente sonriendo y haciendo memoria delante de mí para que yo finja sorpresa y le diga ¡Nereida!, y entonces ella reírse, aún sin saber quién soy, pero contenta de que al menos yo sepa quién es ella, y chocar conmigo por un frenazo de la guagua para que yo le diga nuevamente, pero si soy yo, Enildo, ¿no te acuerdas?, y ella, ah, Enildo… claro, ¿cómo te va?

La memoria es un don. Ella ni siquiera recuerda que siempre me va bien, que yo nací en zurrón y que por eso me fue fácil acostarme con ella; ni siquiera recuerda que aquel sábado llovía y se filtraba el agua por el techo de Villa Laurel, encima de la cama y de nosotros que estábamos tan cerca como ahora, tan sudados como ahora en esta ruta 10 que ella abandonará en la próxima parada. My trained memory. Her untrained memory. Adiós, good bye, Nereida.

Después de estos incidentes siempre juego a recordarlo todo, detalle a detalle, lo que hice o hablé o planifiqué con el olvidadizo personaje del reencuentro. Rastreo hasta el final: los vericuetos, los atajos, los huecos más oscuros de la memoria; vacío el recuerdo, lo destripo, lo zanjo, lo pulverizo, y entonces vuelvo a decir que soy mejor que Funes, soy un memorizador práctico y no un simple teórico de la memoria, no un obsoleto y literario archivo gnóseo-recordador salido de la pluma de un europeo nacido en Argentina. ¡El memorioso soy yo! My trained memory!… Good bye, Nereida Mustelier, número 67.

Cuando aquello teníamos concurso de donjuanes: Cristóbal, Lorenzo al Cubo, el mulato Ray Charles y yo. El margen de tiempo era la duración del curso: de septiembre hasta julio. Había todo un sistema competitivo, con reglas, requisitos y estadísticas. Evaluábamos a las hembras con el mismo sistema que nos evaluaban a nosotros en clase: el mínimo era 2 y el máximo 5, así que había hembras de 3 puntos, de 4, de 5, según la calidad somatotípica, según la cara, el pecho, las caderas, los muslos, las nalgas, las piernas, todo. Pero también las había de 2-, de 3+, de 4-, o incluso hembras de 5+ (estas eran las mejores, las verdaderas Criollitas de Wilson, especímenes raros y carísimos). En los signos + y - influían casi siempre detalles externos: la ropa, el peinado, el color de los ojos, el carácter. Pero los signos no contaban para las estadísticas, más bien era un problema moral: era mejor pasearse con una 4- que con una 3+. Y cada signo se discutía en exhaustivas sesiones de análisis detallado de la hembra, donde nos guiábamos por los parámetros del talonario-examen:

- Rostro: color de los ojos, dentadura, pelo, cutis
- Cuerpo (proporciones y formas): tetas, nalgas, vientre y piernas
- Vestuario
- Forma de caminar
- Carácter
- Posición social: estudiante, trabajadora, soltera o casada, carro, vivienda, hijos

Era requisito indispensable para computar cualquier conquista que uno de los otros fuera testigo. Y la fórmula para sacar el ganador del concurso era muy simple:

Calidad + 10 + Relaciones íntimas

Es decir, la puntuación cualitativa de la "niña", más los 10 puntos que significaba conquistarla, más los puntos de las relaciones íntimas, que se distribuían de la siguiente forma: 20 si lograbas acostártela y 25 si lo lograbas el mismo día de conocerla o de enamorarla.

Cada uno llevaba la puntuación propia y la de los otros, sumando día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Al final se sumaba el total de puntos y ya teníamos al Don Juan del Año, siempre Lorenzo al Cubo, o Cristóbal, o yo, nunca Ray Charles. El mulato Ray Charles se enroló en el evento porque era nuestro socio, pero nunca ganaba, cada año quedaba en el cuarto lugar, no en el último, decía él, sino en el cuarto, y el cuarto lugar es un buen puesto, Charles, decíamos nosotros, y Charles decía que sí, que sí, detrás de sus hondos cristales de miope, poniéndose a cantar cualquier fragmento de canción raycharleana, y felicitando a Lorenzo, a Cristóbal o a mí, asombrándose del elevado elo del campeón de turno (1.529, por ejemplo) y yendo a celebrarlo con nosotros sin ningún tipo de complejo o recelo.

Un día, ya en tercer año, en medio de un turno de clases, cuando dábamos un viaje imaginario Across the United States of America, Ray Charles me pasó un "chivo" con una nueva fórmula:

N.º de Jeba x Cal. + 10 + Relaciones íntimas

Luego nos explicó lo que nadie entendía. Se había pasado toda la noche inventando la fórmula. Era sencilla, decía, y más justa, más equitativa. Era, simplemente, multiplicar el número de la jeba conquistada (o sea, si era la primera o la quinta o la

vigesimosegunda) por su calidad somatotípica, y sumar los diez puntos de la conquista más los 20 o los 25 de las relaciones íntimas. Era una fórmula más trabajada. Sin duda, el mulato Ray Charles había ideado una fórmula con la que podría, al menos, tener cierta posibilidad de triunfo:

N.º de Jeba x Cal. + 10 + Relaciones íntimas

El problema de Charles no era que no ligara, sino que ligaba muchos 2, 2+, 3, 3-, y hasta algún 2- de vez en cuando. Y ligaba también algunas "niñas" de tan pésima imagen, de tan nulo encanto, que nosotros nos negábamos a evaluarlas, esa no tiene derecho a examen, decíamos, ni a revalorización, ni a arrastre, nos burlábamos. Solo una vez Charles logró tumbar una 5 y al otro día hubo fiesta de la grande, romería y ronería con los gastos pagados, felicitaciones de todos en el aula, congratulations, Charles, congratulations, todo esto contra su voluntad, claro, él se hundía los espejuelos en la cara y decía, caballeros, dejen eso… caballeros, es normal, qué se pensaban. Eso fue en tercer año, en marzo, no se me olvida. Ese día Charles cantó sus canciones habituales (con sus "forros" habituales) bañándose (I love only for you…), en el aula (If I give you my love…), comiendo (No more lonely nights, con la boca llena de arroz y los granos cayendo sobre su mano zurda), en la calle, en la guagua (Honey… honey!…), y hasta en la cama, sobre el cuerpo de la 5: porque se la acostó el miope, soltó los espejuelos y le cayó encima el mismitico día de conocerla: ¡25 puntos! Nosotros esperamos a Ray Charles en las afueras de la posada y lo cargamos en hombros, le echamos ron y ron y más ron, por la cabeza, por la ropa, en los zapatos, y lo paseamos en hombros por todo el Malecón, y lo subimos hasta el corazón de La Rampa y lo bajamos por La Rampa hasta la cascada de 23, ¡Charles, Charles!, borrachos y alegres, ¡Charles, Charles!, hasta que la 5 se molestó y nos mandó a todos para el carajo y se agachó, lentamente, a cagarse en la madre de Ray Charles, me cago en tu madre, ciego, y Charles le gritó, ¡ciego no, miope!, y nos reímos como locos, como borrachos, y la 5 empujó a Charles hacia el interior de la cascada y allí quedó, patas arriba, riéndose, borracho, feliz, el Don Juan Charles, Ray Charles el singador de 5.

Eso fue en tercer año, en marzo, un jueves por la noche que fuimos al teatro a ver *Un tranvía llamado deseo* y a Ray Charles se le ocurrió ir diciendo el texto en inglés, el original, mientras los actores gritaban su versión, o la versión de su versión, sin darse cuenta de que la muchacha que tenía al lado estaba oyéndolo, una

joven periodista que esa misma tarde habían botado de la redacción de Juventud Rebelde por haber dicho algo que no se dice, impublicable, y que se había tomado, ella sola, medio litro de aguardiente con lágrimas. Ella había entrado en el Hubert de Blanck sin motivo aparente, sin pensarlo, y se había quedado lela oyendo a ese muchacho de los espejuelos que hablaba solo, en inglés, hasta que se dio cuenta de que el joven estaba rectificando a los actores y recitando *A Streetcar Named Desire*. La periodista se acercó más al hombro de Charles y Charles se dio cuenta; cerró los ojos y se acomodó sobre el hombro de Charles, y Charles se dio cuenta y cambió el texto de Tennessee Williams por pequeños fragmentos del Romeo y Julieta original, y la enamoró, bajito, en inglés, y le tomó la mano y le acarició la mejilla a la llorosa borrachita que él enseguida calculó que era un 4, y le acarició el pelo mientras ella mascullaba yes, yes, yes, y se dejaba besar y consolar por Charles que ya no era Stanley Kowalski sino el joven amante de Verona. El mulato Ray Charles besó a la 5 con fruición y la señora que estaba al lado nuestro se dio cuenta; con más fruición y otra mujer y un señor calvo de bigote canoso, que estaban dos butacas más allá, se dieron cuenta; le hundió la mano entre los muslos, donde se estrujaba la ancha saya de lienzo, y Lorenzo al Cubo y yo nos dimos cuenta. Le empujé con la rodilla el pie a Cristóbal para que él también se diera cuenta y para que viera cómo Ray Charles se levantaba con la futura 5, pedía permiso y pasaba entre las espaldas de unos y las rodillas de otros, abrazado con ella, como recién casados, hasta alejarse por el pasillo oscuro. Nos levantamos y seguimos a la melosa pareja que antes de abandonar del todo el lunetario se enroló en un beso larguísimo, beso de vuelta y vuelta, como los bistecs, y empujaron las hojas de la puerta como en las tabernas de los western.

Una vez fuera Ray Charles nos presentó y nosotros comenzamos a estudiar a la hembra, a evaluarla mentalmente mientras nos identificábamos. Ray Charles se despidió, orgulloso, mirándonos todo el tiempo por encima del hombro y por debajo de los espejuelos. Se despidió seguro de que iba a acostársela y sumando 25 de golpe y calculando que había ligado un buen 4, porque el pobre miope no veía las piernazas, las caderas como paréntesis de carne bajo la saya ancha y los ojos de felina loca que tenía aquella periodista que lo empujaría, horas más tarde, hacia la cascada fría de Malecón y 23, luego de hundirlo en su cascada íntima.

Eso fue en tercer año. A partir de entonces y antes de entonces el récord de Ray Charles siguió siendo de 2, 2+, 3, algún 3+ y

algunos 2-. Siempre inferior a nuestros récords. Por eso no dudamos en decirle que 5, esa jeba es una 5, Charles, sacándolo del agua y abrazándolo, ¡una 5, Charles!, ¡eureka, Charles!, ¡hurra, Charles!, abrazándolo y mojándonos con él, y bebiendo con él el ron que nos quedaba.

Lorenzo cogió el "chivo" y copió la fórmula en la pizarra:

N.º de jeba x Cal. + 10 + Relaciones íntimas

Nos habíamos quedado solos en el aula y ahora discutiríamos la Fórmula Ray Charles. Lorenzo se dio cuenta, como yo, de que Charles intentaba con esa fórmula mejorar su escasa possibilities of championship. Porque nuestra fórmula era mucho más simple: Cal. + 10 + Relaciones íntimas, clarísimo, el que más jebas ligaba, y mejores, era el campeón del año. Pero mediante la Fórmula Ray Charles (y Lorenzo nos erizaba rayando la pizarra), mediante esta nueva y enrevesada fórmula, Ray Charles podría aventajarnos ligando grillos y más grillos, 2 y 2 y 2-, en una desenfrenada (se alteraba Lorenzo) y meteórica carrera de conquista (miraba fijamente a Charles) en detrimento sobre todo de la moral del grupo (atravesaba a Charles con la vista) tumbando cáncamos y multiplicando por el número de orden (gritaba) y además (hacía una pausa enfática), sumando 25 puntos de relaciones íntimas, porque esos cáncamos se le dan a cualquiera (se acercaba cada vez más a Charles) y no va, Charles, no va, your formula is shit, shit, shit!

Charles dijo que no entendía lo que Lorenzo quería decir, que esa fórmula era más justa y que incluso decía quién era verdaderamente el que más "niñas" ligaba en el año y hasta quién ligaba las mejores; él no tenía ninguna ventaja. Cristóbal y yo no argüímos nada aunque Charles buscaba apoyo emocional en nosotros achinando los ojos y clavándonos, alternativamente, los espejuelos.

—Mira, por ejemplo —dijo Lorenzo ya más calmado, yendo hacia la pizarra—, supongamos el siguiente caso: A y B ligan la misma cantidad de jebas, 45 (la tiza se partió y rayó la pizarra de modo que a los cuatro nos rechinaron los dientes)… O no, no (borró con la palma de una mano y luego se frotó una palma con la otra)… mejor supongamos que A liga más jebas que B: A liga 60 y B liga 30 (fíjate, A liga el doble). Supongamos que las jebas límites, la 60 y la 30, las tumban el mismo día. Entonces tu dichosa fórmula quedaría así:

A	B
N.º de Jeba = 60	N.º de Jeba = 30

Aquí Lorenzo volvió a borrar con furia la pizarra y se quedó mirando el manchón blanco con un dedo en la boca.

—No, no… Hay algo raro, algo que no me gusta en esta fórmula, pero ahora no sé qué es.

—No es nada, Loren —soltó alegre Ray Charles y se paró frente a nosotros; hablaba con él pero trataba de tenernos de su lado—. Oye, esa fórmula está pensada y requetepensada. Es justa, exacta…

—Mira, Charles —interrumpió Lorenzo, con tono compasivo; evidentemente estaba improvisando, él no entendía la fórmula de Charles pero además no quería entenderla, solo quería demostrar que en fórmulas matemáticas nadie podía hacerle un cuento—, si tú ligas 30 jebas nada más y yo 60 (es una hipótesis), pero la número 30 tuya es una 5 y te la tiemplas y la número 60 mía es una 2 y no templamos (todo esto es una hipótesis, repito), entonces tu dichosa fórmula quedaría así:

YO	TÚ
$60 \times 2 + 10$	$30 \times 5 + 10 + 25$
$120 + 10$	$150 + 10 + 25$
130	185

—O sea —continuó Lorenzo— que tú… (es un ejemplo) —insistió Lorenzo, que parecía intentar convencerse a sí mismo— con 30 jebas nada más acumularías 55 puntos más que yo que voy por 60. Si esto se repite con frecuencia, entonces resulta que alguien que ligue menos puede ser, al final, el de mayor elo. Charles estuvo defendiendo su fórmula hasta última hora pero Lorenzo sacaba cuentas y más cuentas, complicaba adrede el asunto, números y más números, cifras enormes. Confundidos con tanta matemática forzada, Cristóbal y yo comenzamos a apoyarlo y Charles se fue quedando solo, solo con su fórmula, solo con sus deseos de tener, al menos, posibilidades. Como último recurso lanzó una variante de la fórmula que permitía sacar el promedio de elo diario:

N.º de Jeba x Cal. + 10 + Relaciones íntimas

300 era el número aproximado de los días que duraban el curso y la competencia. Lorenzo al Cubo se rio y le tiró a guasa la variante. A quién le importaría el promedio diario si lo que valía era quién ganara al final, como él, que iba en punta ese año. Por eso se aferró tanto a no cambiar de fórmula. Y también por eso Cristóbal y yo nos abstuvimos de tomar partido en esa discusión, temíamos que una fórmula nueva alejara más a Lorenzo o permitiera que Ray Charles se acercara; porque Cristóbal y yo estábamos ahí mismo, cerquita de Lorenzo, y ya estábamos a finales de mayo. El Championship terminaba el 21 de junio, último día de examen, y el día 20 por la noche fue que logré dormir sobre el ombligo pinero de Nereida Mustelier. Fue la 67, mi último engarce para imponer la cifra récord de los cinco años de carrera: 67 jebas, niñas, mamas, titis, pollos, nenas, hembras, novias; 67, una más que Lorenzo y tres más que Cristóbal, Nereida Mustelier Nº 67; 4 según yo, 4- según Charles, 3+ según Cristóbal, y 3 según Lorenzo, linda la muy cabrona pero un poco flaca. Discutimos y votamos (o votaron los otros tres, como siempre) y Nereida Mustelier logró un 3+ con Lorenzo en contra, porque a Lorenzo al Cubo no le gustaban los zapatos de Nereida, ni la pequeña giba de su espalda, pequeña giba que solo él vio, que nadie pudo confirmar. En fin, 3 en la 67, 3 + 10 = 13, más 25 (porque, claro, esa noche logré acostármela… ¿o habrá sido ella la que "me acostó" a mí, borrachita Nereida Mustelier, con Isla de Pinos cubriéndole el ombligo y yo lamiéndole la mancha como si pudiera desteñírsela?); y 13 + 25 = 38. ¡38 puntos más! Yo ya tenía 1.491 de elo y Lorenzo al Cubo, el gran Lorenzo al Cubo, se había quedado en 1.518. ¡38 puntos más para mí, para yo, para Enildo: 1.491 + 38 = 1.529 puntos, elo final y récord, récord, récord. Aquel sábado, loco de alegría, abracé a Nereida Mustelier y la paseé valsando por toda la sala. Los Latinos tocaban un estridente son, y yo bailaba vals con la 67, se la paseaba por delante a Lorenzo que sonreía amargamente abrazando a Yolanda, su novia desde hacía un mes, la culpable, la victimaria, la que lo había atrapado, agarrado, jodido, ¡30 días con la misma novia!, ni una aventura más, ni una salida más de putería, 1.518 puntos y stop, se jodió Lorenzo al Cubo. Mi alegría era una danza ecléctica: sonaba un son y yo bailaba un vals pero cantando la *Yolanda* de Pablo Milanés, para burlarme, *Esto no puede ser no más que una canción de amor…*, y daba un giro, *abro la puerta y grito*

en mi ventana, y daba otro giro, fragmentos desordenados de la hermosa canción, para al final gritar, girando locamente: *Yolandaaa, Yolanda… eternamente, Yolanda*… Y me reía. Miren, miren: Nereida Mustelier 3+ está bailando, Nereida Mustelier 3+ está riendo, Nereida Mustelier 3+ bebe en mis brazos, me besa, me acaricia; 13 punticos por ahora y 25 luego. Te jodiste, Lorenzo al Cubo, te jodió Enildo Niebla, the champion otra vez, por tercera vez en cinco años. Mira, Yolanda: yo bailo, yo bebo, yo me río; mira, Lorenzo al Cubo, choca esos cinco, socio, y yo valsando hasta marearla, ya estamos en el pasillo, ya estamos en la puerta, valsando, valsando; y pronto estaremos en Villa Laurel, y pronto goteará el techo encima de la cama, y de nosotros. Adiós Lorenzo al Cubo, adiós Yolanda, se van Enildo Niebla y Nereida Mustelier, Nº 67. Stop.

Pero ella, la pobre, qué va a acordarse. La miro alejarse por la ventanilla: —Adiós, good bye, Nereida. La memoria es un don intransferible.

7

El agua. El silencio. El frío. El miedo. El agua. La noche. El viento. La soledad. El agua. Enildo. El agua. La balsa rota. El agua. Lorenzo al Cubo. Los tiburones. Gustavo. El agua. El asma. El sábado. El agua. La sed. El cansancio. El calambre. El agua. La memoria. La mala suerte. El agua. Enildito, mijo. El agua. Electra. Nilka. Yindra. El agua. El recuerdo de La Abuela. El padre mártir. El agua. Cuba. El agua. Miami. El agua. Diezmero. El agua. Manhattan. El agua. Enildo Niebla. El agua. Y cerró, al fin, la ducha.

El pelo le caía sobre los ojos y lo apartó con los dedos pulgar e índice de la mano derecha, engurruñados de tanto estar dentro del agua, las yemas blandas, frías y casi transparentes. Buena ducha. Reconfortante. Tomó la toalla y sin secarse se envolvió la cintura y salió al cuarto. Yindra estaba con una copa en la mano, sentada en la cama sobre un almohadón, como los japoneses, mirando el cuerpo chorreante y semidesnudo de Enildo, la frente perlada, el pecho velludo y encharcado, la toalla pudorosa. Bebió, mordió el borde de la copa contemplando a Enildo y sonrió con malicia, sin tragar, el buche de ron quemándole la lengua, hasta arderle, hasta que empezó a reír y se dejó caer de espaldas sobre el lecho, volcándose el Havana Club sobre el pecho turgente, Havana Club que baja hacia el ombligo y sigue como un fino riachuelo, sinuoso, hasta la pelvis, y allí se bifurca, se estanca, busca nuevos atajos para seguir su lento descenso entre los vellos, descenso ahora alterado por el ritmo ventral de la risa de Yindra y por la lengua de Enildo que trata de absorberlo, lamiendo como un gato, lengua-frazada-aspiradora, desandando el camino del Havana Club, desde la pelvis hasta los pezones, y de las areolas oscuras hasta la noche púbica, secando el ron pero dejando sobre ella una estela de saliva y agua, agua fría y salobre de la ducha del Habana Libre, agua para Enildo y para Yindra y para la sábana y para el almohadón y para el suelo y para las cortinas; agua y sudor, sudor y ron, ron y agua, agua y esperma. Enildo está tumbado, exhausto, sobre ella. Y ella, tumbada, exhausta, bajo él, sobre el suelo. Dulcemente lo empuja,

lo levanta un poco, saca un brazo y un hombro y un seno, y alcanza la botella que está sobre la mesita. Él se incorpora. Ella se incorpora y se vuelve de espaldas. Él le besa la nuca. Ella toma la copa, se sienta, la llena hasta el borde. No hablan. Sonríen. Ella se aleja de espaldas, cuadrúpedamente, va hacia la pared y arranca el chicle que había pegado una hora antes. Se lo lleva a la boca y mastica lentamente, lindo mentón que sube, y baja, y se ladea, la blanca dentadura asomándose a instantes. Se alza. Enildo está mirándola hacer. "Esta muchacha, Yindra, es mejor que las otras, es mejor que todas; me enloquece, pero yo soy Enildo Niebla, qué carajo". Y ya las uñas hialinas de Yindra le recorren la cara, lenta, suavemente, bajando por el cuello, el pecho, el vientre, las entrepiernas, bajando insinuadoras, provocadoras, lindas uñas pintadas de azul, cosquilleantes, incapaces de arañar, ineptas para dar pellizcos, uñas para erizarlo, para excitarlo, así, y ya se anudan otra vez, jadeantes, y ya no se sabe si la penetra él o ella está penetrándose, si él perfora su oquedad húmeda y tibia, o ella se está tragando el pene con aquel oscuro pasadizo hacia sí misma. Giran, giran. Frenética la danza de las pelvis, escandalosas las miradas. ¡Yindra, Yindra! Él es Enildo Niebla, él se las sabe todas, toditas: muévete así, hacia el Sur, hacia el Norte, hacia el Este, hacia el Oeste, al Norte-sur-sur-este, así, Yindra, así, triángulos, rectángulos, poliedros, circunferencias, así, malas palabras, sí, jadeos, ayes, y un beso isósceles, y una caricia elíptica, y un estregón rectangular y luego una penetración a 85 grados, casi recta, y otra penetración aguda y otra obtusa y alguna sobreobtusa. ¡Yindra, Yindra, pepillita que huele a celofán y a chicle! ¡yo soy Enildo Niebla, coño! Y jadea, sopla, busca aire, Enildo corredor de fondo, Enildo pesista, Enildo boxeador, Enildo nadador sobre el cuerpo de Yindra, hacia el este, hacia el norte, hacia el sur, Yindra como un hirviente charco de agua. Enildo y agua. Yindra y agua. Cansancio y agua. La noche y agua. Yindra y más agua. La memoria y agua.

Escupió, una vez más, tanta agua salada, movió la cabeza y volvió a gritar, en vano, seguro de que no lo oirían. Estaba solo. Enildo Niebla y el mar, solos. Pero lo último que se pierde es la esperanza. ¡Oh, Virgencita, ayúdame!

8

Permutar: ese ha de ser, ya para siempre, el entretenimiento, el hobby, el vicio de La Abuela.

Dicen que las personas cuando están seniles piensan y actúan como cuando tenían pocos años. Y no es que La Abuela estuviera senil, pero cualquiera que la conociese diría que ese deseo de nomadismo no le entró de repente, sino que venía, indirectamente, de su lejana infancia en los campos de Güines, en las tierras de Los Vergara, cuando aquello de los desalojos. Ella y su familia, como muchas otras, prácticamente vivían en el camino, encima del carretón con bueyes que los transportaba. Y al casarse, a los 13 años, con Enildo, el hijo menor del isleño Estanislao Niebla, no mejoró su estatus: de Güines fue a parar a Catalina, de Catalina a Zaragoza, y luego a San José, Jamaica, Tapaste, Cuatro Caminos, Cotorro y otros lugarejos que ni nombre tienen; pero estas últimas mudanzas ya no eran por los desalojos, sino porque el isleño Estanislao Niebla buscaba trabajo y no encontraba, y si encontraba, le duraba poco.

De errar y errar llegaron al Diezmero. Entonces ya tenían cuatro hijos: Enildo, el primogénito, que heredó, como era lógico, el nombre de su padre; Estanislao José, que heredó, como era también lógico, el nombre de su abuelo paterno; Humbelina, la única hembra, que tomó, por supuesto, el nombre de la madre; y Bárbaro, el más chico, que al nacer nadie sabía cómo nombrarlo, en homenaje a quién, en memoria de quién, porque Humbelina no había conocido a su padre, y Enildo y ella hacía tiempo que se habían olvidado del santoral, no señor, a sus hijos lo nombraban ellos y se acabó, nada de Luis, José, Lázaro, etc. El niño nació y estuvo los seis primeros meses de su vida sin nombre. Todos los guajiros de tres kilómetros a la redonda debatían por las noches cuál sería el nombre del niño de los Niebla, y por las mañanas pasaban en sus caballos y gritaban proposiciones frente a su portal, de modo que Humbelina los memorizaba, nombre y ponente, y luego se los repetía a Enildo por las tardes, cuando este regresaba

del campo. Enildo se apeaba de la bestia, oía el nombre, encendía la pipa, repetía el nombre mirando bien al niño, volteándolo, tocándolo, y finalmente decía que no. Durante esos seis meses todos le llamaban El Niño Sin Nombre. Hasta que un día Enildo lo tomó en sus brazos, en uno de sus tantos arrebatos de euforia paternal, y comenzó con uno de sus juegos preferidos: lanzar el niño al aire y fildearlo ya llegando al suelo, una, dos, tres veces. El Niño Sin Nombre se reía y lloraba a la vez, gimoteaba al subir, lloraba al bajar, y se reía al caer en los brazos del padre. Enildo sonreía sin quitarse la pipa de los labios. Pero entonces Humbelina lo vio, dejó la batea donde estaba lavando, se secó la espuma de jabón sobre la falda, y comenzó a gritarle asustadísima, irritadísima, mientras se acercaba: ¡No seas bárbaro, Enildo, no seas bárbaro! Llegó a tiempo para evitar el próximo lanzamiento de El Niño Sin Nombre, que ahora lloraba sin control, y que echó los bracitos al cuello de la madre salvadora. Enildo se había quedado quieto, en la misma postura de iniciar el lanzamiento, la pipa en la boca y los brazos abiertos. Vio cómo Humbelina se alejaba con el niño abrazado a su cuello, mascullando, eres un bruto, un bárbaro… eres un bárbaro, Enildo, y estuvo así, mirándola, largos segundos. Luego se quitó la pipa, escupió sobre el suelo, delante de sus botas, golpeó la pipa boca abajo sobre el palanganero, sopló los restos de picadura dos, tres veces, y se acercó lentamente a Humbelina que intentaba todavía calmar al pequeño. La detuvo suavemente por el hombro, y le dijo con seriedad y a la vez con rudeza, como si hubiera llegado a una importante conclusión después de mucho esfuerzo:

—Bárbaro, se llamará Bárbaro.

Y nada más. Dio una palmada cariñosa en el culito del pequeño recién bautizado, y se alejó hacia el campo, encendiendo nuevamente la pipa.

Cuando llegaron al Diezmero ya Bárbaro tenía cinco años y Enildo y Estanislao José eran dos hombrecitos, con pelos y todo. Fue entonces cuando Humbelina dijo que ya, que allí se quedarían, que allí mismo levantarían definitivamente el rancho. Pero en lugar de un rancho hicieron una casa. Humbelina lo decidió todo. Por primera vez tendrían una casa de mampostería y placa. Costara lo que costara: una casa, allí mismo, en la calle Primera del Mirador del Diezmero. Comenzaron a hacer la casa solos: ella, Enildo, Enildo hijo, y Estanislao José. Luego vinieron a ayudar algunos lugareños y en poco tiempo terminaron.

De aquella casa, con el decursar de los años, saldrían poco a poco todos, menos Enildo nieto y Humbelina: el viejo Enildo Niebla

para el cementerio, muerto por un cáncer prostático a los cincuentaytantos, dejando sola a Humbelina con sus cuatro hijos, que ya, por suerte, eran mayores; Enildo hijo, en el 59, muerto en un tiroteo el mismitico día del primer cumpleaños de su hijo; Estanislao José para la lucha clandestina, y de ahí para la Sierra, y de la Sierra, hecho todo un coronel, para su casa en Miramar, donde se convirtió en el "pincho" y el burgués de la familia, siempre ocupado y siempre olvidadizo; Bárbaro, el más pequeño, para el servicio militar, y de ahí para la casa de una novia, y de ahí, años más tarde, para una beca, y de ahí para su casa en Monterrey, definitiva, especie de guarida que La Abuela no quería visitar ni estando enferma; y Humbelina, del brazo de su esposo, bien casada, del Mirador del Diezmero al Palacio Matrimonial y de ahí para su nueva casa. Y también saldría Zoila Freire, la madre de Enildito, la viuda de Enildo, la nuera de Humbelina, también ella que entraba y salía, entraba y salía, salió una tarde definitivamente. Así quedaron solos en la casa familiar Enildo Niebla, el nieto, y Humbelina, La Abuela. Soledad interrumpida solamente por las entradas y salidas de la viuda, la madre, la nuera (¿o la exnuera?) Zoila Freire.

Todo esto sucedió como en cámara rápida, sin que se dieran cuenta: la salida de todos, el nacimiento de Enildito, la muerte heroica de Enildo, los largos años de convivencia y desconvivencia con Zoila, la abierta entrega de Zoila al tal Diosdado, el tránsfuga del barrio, el bolitero, su despreocupación hacia el hijo, su nuevo matrimonio y su salida de la casa.

—Pero al niño no, al niño sí que no, Enildito se queda conmigo —dijo La Abuela.

—Uaá, unm, uaaaá —dijo Enildito.

—No sé, no sé… Está bien, sí, está bien —concluyó Zoila.

Y Enildito comenzó a crecer bajo el cuidado de La Abuela, bajo el efluvio económico de los tíos, con las visitas cada vez más esporádicas de la madre.

Pero fueron solo tres años. Zoila regresó. Regresó arrepentida, llorosa, desengañada de aquel chulo machista y mujeriego, ya nunca más dejaría la casa, perdóname, Humbelina, perdóname, mi hijo, ya nunca más, lo juro. La Abuela, después de un gran discurso recriminatorio, después de varias miradas torvas y con toda la desconfianza del mundo, la perdonó, aceptó que Zoila ya nunca más dejaría la casa. Aunque tampoco dejaría —ambas lo sabían— a Diosdado. Seguiría viéndolo a escondidas, a deshoras, en lugares disímiles. Solo se había hecho una inversión en cuanto a términos: Zoila y Diosdado de cónyuges pasaron a ser otra vez amantes

furtivos, donde La Abuela no se enterase, y Enildito tampoco, que ya es grande. ¡Pero, claro, ya es grande! Y un niño grande interfiere recados, escucha chismes, oye, accidentalmente, conversaciones telefónicas, encuentra notas extraviadas, se los tropieza cualquier día en la calle.

La convivencia era cada vez más difícil. Así y todo convivieron hasta el año 80, Enildito y La Abuela cada vez más unidos, y Zoila, arrinconada, como una paloma en palomar ajeno.

En los últimos meses de Zoila en Cuba La Abuela estaba enferma, se agudizaban sus problemas renales, se angustiaba y peleaba por todo. Fue por esa época que comenzó su manía de llevar apuntes. En una libreta controlaba —secretamente, según ella — la frecuencia de visitas de cada uno de sus hijos, la ayuda en dinero y en comida que le daban, y sus horarios de entrada y salida al visitarla. También apuntaba las noches que Zoila dormía fuera, los días que llegaba pasada medianoche, los días que salía muy temprano y regresaba después que oscurecía, o las tardes que salía muy perfumada y vestida con un atuendo indigno de una viuda o de una divorciada. Solo Enildo escapaba a sus apuntes, a su pesquisa y control casi policiales: él sí tenía entera libertad de movimientos.

Y en abril del 80, casi un mes antes de Zoila irse, comenzó a apuntar, de memoria, todos aquellos lugares donde había vivido desde que era una niña. Escribía con mucha lentitud, con mala ortografía y peor dominio caligráfico, con una letra enorme y mal trazada. Fue entonces cuando, por primera vez, le vino a la mente la palabra permuta. Se dio cuenta de que ella nunca había permutado, ella siempre se había ido, o se había tenido que ir, siempre había abandonado una casa para buscar otra, sin voluntad, sin proponérselo. Y entonces quiso un cambio.

Mientras vivía con Zoila se sentía amarrada, encarcelada en su propia casa, acorralada por la madre de su nieto, la exmujer de su hijo, la tal Zoila, como solía llamarla, que la obligaba a estar despierta hasta altas horas, y a trabajar el doble: cuidando a su hijo y vigilándola a ella. Para aliviarse a veces se iba a pasar unos días a casa de sus hijos. Alguna vez a Miramar, con Estanislao José, el burgués de la familia, pero duraba poco allí, molesta con tanto remilgo de su señora esposa y tanto vozarrón y pedantería militar del mayor de sus hijos. Y nunca a casa de Bárbaro, porque su hijo menor era un desastre, y además vivía solo, se aburriría mucho, y en fin, si quería salir no iba a quedarse allí mismo, al fondo del Diezmero, en Monterrey, ¿me entiendes, Barbarito? A donde más solía ir era a casa de Humbelina, quizás por ser la hembra, la que

más la mimaba y la atendía, y allí se pasaba los días disfrutando la higiene de una cocina azulejada, la limpieza de los cuartos, de la ropa de cama, de la vajilla y del cuarto de baño con bañera y todo, con agua en la cisterna y todo, descansando durante un tiempo de la mugre y del polvo y el mal olor inevitables de su vieja casa, mugre y polvo y mal olor mucho más nocivos al mezclarse con la indeseada presencia de Zoila.

Al irse Zoila del país La Abuela casi se alegró públicamente. Lo sintió por Enildo, pero ahí mismo encontró la coyuntura para el primer intento de permuta.

—Hay que escapar, hay que alejar el recuerdo de Zoila —dijo. Enildo tenía entonces 22 años, y se hundía en un sillón, leyendo un libro, mientras los tíos y La Abuela discutían el asunto.

—Pero mima…

—Mima nada, esta casa está sucia, está marcada por la tal Zoila… Todavía siento los gritos de la gente, el cerco, todavía la miran a una como si fuera un bicho.

—Pero mamá, aquella casa es más pequeña.

—Pero mamá, aquel barrio…

—Todos los barrios son iguales, mijo. Yo necesito irme.

Enildo continuaba hundido entre el sillón y el libro, pero estaba pendiente de las palabras de La Abuela y de los tíos. A él también le golpeaban todavía en los oídos los gritos de la gente. Fueron tres noches consecutivas, y cada noche más, y cada vez más alto, gritos, palos, latas, matracas, cientos de personas cercando la casa, cientos de hombres y mujeres que hasta el día anterior habían sido vecinos, compañeros del barrio, y que ahora eran un hormiguero furioso que subía por calle Primera, sitiaba la casa de Zoila Freire y vociferaba, ¡Que se vaya!, golpeaba las latas y repetía, ¡Que se vaya la escoria, que se vaya!, y Zoila llorando detrás de la ventana, ¡Escoria, escoria!, y Zoila cada noche bajaba de peso, se ponía ojerosa. El portal de la casa asaltado por niños, adolescentes, jóvenes y viejos, ¡Quesevaya!, asaltado por mujeres y hombres, negros y chinos, blancos y mulatos, ¡quesevayalaescoria! Y la escoria era ella, Zoila, la madre, la viuda, la nuera o la exnuera, pero dentro de la casa estaban también Enildo y La Abuela, el hijo y la suegra o la exsuegra, que no se iban, que deberían de estar gritándole también, ¡apátrida, traidora!, para ponerla entre dos fuegos, pero no, en vez de hacerlo le rogaban, cada uno a su forma, que no se fuera, que no cometiera esa locura, que aún estaba a tiempo, que no le hiciera caso al tal Diosdado. Zoila lloraba, y a cada rato miraba por la persiana de la sala. Los niños iban con su uniforme escolar, como en

los actos solemnes y oficiales, como si aquello fuera una tarea de la escuela, niños y jóvenes vestidos de blanco y rojo, o de blanco y mostaza, o de azul, o de verde, o de carmelita, con pañoletas o sin ellas, ¡quesevaya!, lindo y terrible coro de voces infantiles, escolanía inacorde con el ronco y furioso coro de los adultos, inarmónicos todos con el rústico acompañamiento de palos y latas, matracas y palmadas.

Anocheció, y no faltó quien estrellara un huevo, o dos, contra la puerta. Y una naranja y una papa podridas. Nadie pensó que solo un tercio de esa casa era la escoria, y que ese bombardeo pestilente, ese ataque coral y vocinglero afectaba también a los otros dos tercios. Solo al principio, al comenzar el acto de repudio, Nancy, la de vigilancia en el Comité, había gritado desde el contén de la acera, como temiendo contagiarse, ¡Enildo… Abuela… salgan! ¿Salgan? ¿Para qué? ¿Para gritarle ellos también escoria a Zoila? ¿Para exigirle que se fuera? ¿Ellos? ¿Precisamente ellos, que estarían hasta el último instante persuadiéndola para que se quedara? Están locos. Era verdad que Zoila no había sido la gran madre: viuda desde temprano, adúltera antes que viuda, bínuba a los seis meses de enviudar, con el mismo Diosdado de los cornazos conyugales. Y además, siempre había arrastrado cierto resentimiento, cierto aire de burguesa frustrada, de muchacha vedadense que no cabía en el Diezmero, porque lo que ella merecía era tener una casona en Miramar, como Estanislao José, un chalet en el que lucir su pedigrí y glamour, su clase. Todo esto lo llevaba ella por dentro, era algo que la separaba de los Niebla. Pero ella no lo supo, o no lo aceptó bien, hasta ese día en que Diosdado le tomó una mano, le besó una mejilla, brindó una vez más a su salud, el vaso de ron chocando con el aire, alabó sus ojos, sus labios, sus nalgas, y la convenció de que ella había nacido para estrella de cine, para rostro-portada de la revista *Bohemia*, y que podría ser, si quería, ahora, rostro-portada de cualquier magazine surfloridano, foto a toda plana de cualquier newspaper. Se rieron, se abrazaron, ella posó de mil maneras para el scout improvisado que era ahora su amante, este es el momento, esta es la oportunidad de tu vida, Zoilita, y a los dos días ya estaban en la Oficina de Inmigración llenando papeles, confundidos con la masa informe de personas que se iban del país, obreros, profesionales, militares, delincuentes, lumpens, arrepentidos militantes del partido, homosexuales de carroza y falsos maricones, tipos que ahora cambiaban la castidad del culo por un permiso de salida vía Mariel-Miami. Y a los tres días ya estaba el barrio entero frente a su casa, furibundo, uniformado,

decepcionado con la viuda de un mártir y cumpliendo el último mandato de la patria: ¡Escoria, escoria!

Ni tiempo tuvo de hablar con Enildo. Y con La Abuela, ¿para qué?, ¿qué le importaba? Se alegraría, seguramente. Sin embargo, La Abuela fue quien le arrancó las primeras lágrimas. Se sentó junto a ella, en el sofá, y le habló fuerte, muy fuerte, la hizo encarar la soledad y la tristeza de Enildo, le exigió respeto a la memoria de su primer marido, de su hijo el mártir de la revolución Enildo Niebla, por eso es que te gritan tanto, Zoila, no te lo perdonan, y le volvió a señalar el retrato en la sala y le rogó que no abandonara a su propio hijo, que no lo hiciera más de lo que ya lo había hecho, que era un milagro que Enildito no hubiera salido delincuente, criado así, entre tanto muchacho descarriado, sin padre y prácticamente sin madre.

—No te vayas, Zoila, por favor —y por primera vez en muchos años La Abuela y su exnuera se abrazaron y lloraron juntas.

Pero Zoila se iría. No la convencerían ni La Abuela, ni Enildo, ni nadie. Cuando llegó el momento Enildo le habló sin dramatismo, con parquedad, yendo a los detalles más oscuros del sentimiento, sin mencionar para nada a la patria ni al imperialismo, pero reprochándole, por primera vez, su abandono de todos estos años, enorme abandono que se empequeñecía ahora, ante el gran abandono final, el que se avecinaba, el que solo se empequeñecería ante la muerte. Enildo no lloró. (Ya había llorado, muchas veces, antes). Se abrazaron fuerte, junto a la puerta, en el mismo momento en que un huevo se crispaba contra el vidrio, y estuvieron así varios minutos, ella llorando y él tratando de dominar el llanto y el asma, dándose cuenta de que ese podría ser el último abrazo de su madre.

—¡Que se vaya la escoria!

—¡Abajo la escoria!

—¡Pin-pon-fuera!, ¡abajo la gusanera!

Los gritos, esa última noche, eran atronadores. Quizás si Zoila hubiera sido una buena vecina, una vecina cordial, sin tanto aire de señorona inconforme, a alguien del barrio le hubiera dado pena, se hubiera compadecido. Pero no. Ahora todos gritaban, y alzaban pancartas: ¡Que se vaya! Y si hubiera salido no faltaría, seguro, quien la golpeara un poco, no tanto por animadversión política como por la frenética fuerza del tumulto.

El huevo se estrelló contra el cristal de la puerta, justamente a la altura de los ojos de Enildo, y formó sobre el vidrio una especie de estrella maléfica, con incontables puntas que iban resbalando encima de sí mismas. Esta mancha en la puerta, y otra, idéntica, en la pared bajo la ventana, eran parte del estigma, de la mácula que

La Abuela no podría quitar ya nunca de esa casa y que ahora la obligaban a irse, a permutar.

—Todos los barrios son iguales, mijo.

Así que a los 20 días de irse Zoila Freire del brazo de Diosdado, flotando entre su rostro de primera plana y su recuperado boato señoril, ya La Abuela estaba, triste por una parte pero alegre por otra, visitando su futura casa del reparto Juanelo.

—Pero mamá…

—Pero mamá…

—Pero mima…

Inútil. Ya los muebles de La Abuela y Enildo están sobre la cama de un B-8 alquilado, todo bien atado con sogas y cables, las piezas de cristal forradas con papel periódico y cartones, patas arriba las mesas y las sillas, el televisor sobre un colchón, entre varias almohadas, la ropa y los zapatos en cuatro cajas de cartón y en otras cajas, calderos, cubiertos, platos, vasos, y sobre el piso del camión percheros, restos de papel, tres platos de aluminio esmaltado y la vieja jofaina que perderá aún más esmalte durante el viaje, y a todo lo largo de las barandas del camión, sentados, sujetando los muebles y soportando los bruscos movimientos del camión, pasándose de unos a otros una botella de aguardiente, Enildo, el tío Bárbaro, Pasi, Pepe Gibara y cuatro o cinco vecinos del barrio, de la calle Primera del Mirador del Diezmero, ayudantes voluntarios para la carga y la descarga de la permuta de La Abuela, cuatro o cinco jóvenes que ahora bromean y ríen con Enildo como si ellos no fueran los mismos que aquella noche, meses antes, le gritaban a Zoila que se fuera sin pensar en que Enildo y La Abuela estaban dentro, sin pensar en que la escoria era la madre de su compañero de la infancia, ¡Escoria, escoria!, ¿y cuál de ellos habrá sido el del huevo?

El camión se arrimó bien a la acera y el grupo de muchachos se tiró por la borda, rapidísimo, y comenzó a bajar los muebles. Entre el chofer y Bárbaro ayudaron a La Abuela, que viajaba en la cabina. La Abuela se acomodó en la primera butaca que apearon, y Bárbaro y el chofer la alzaron con butaca y todo, como en una volanta, como a una vieja princesa hindú, y la depositaron con todo miramiento en el portal, desde donde comenzó a dirigir las operaciones. El ruido de los muebles y la voz de los otros se tragaba su voz, pero ella insistía, no arrastres esa silla, Pepe, ten cuidado con el televisor, Enildo, no tiren las cosas, lleven eso para la cocina, lleven aquello para el cuarto.

La nueva casa era en la calle Rita, número 134. Una casa de un

color amarillo pálido, con amplio portal, puntal alto y tejado de losas coloradas. Tenía sala, cocina, comedor, patio interior, dos cuartos, aunque todo era de menores dimensiones que en su antigua casa de la calle Primera. En la parte trasera, al fondo, había un cocotero que se erigió en el argumento definitivo de La Abuela para convencer a sus hijos: ¡el coco!, ¡viva el coco!, ¡qué bien me viene el coco para los riñones! Y junto al cocotero había una pequeña habitación con forma de torre, aislada y fresca, donde su anterior dueño tenía una biblioteca y dedicaba horas a la lectura y a la escritura de poemas. Cuando Enildo la vio, dijo, perfecto, una torre apartada estilo Hemingway, este será mi refugio amoroso, sin molestar a La Abuela, mi motel intelectual. Mantendría la estantería que el viejo escritor había abandonado y sumaría más libros a cuatro tomos del uteha, dos apolillados Somerset Maugham, un polvoriento Larousse ilustrado, las obras completas de Martí, la *Ofrenda lírica* de Tagore y otros libros dejados con dolor por el poeta octogenario, ya medio ciego a causa del glaucoma, medio incapacitado para la creación por la esclerosis. Gracias a esto Enildo quedó maravillado con la nueva casa. Y La Abuela feliz de verlo alegre. Y sus hijos, en fin, encogidos de hombros.

9

Pronto la casa se llenó de curiosos. En estos barrios los nuevos vecinos siempre son bien recibidos, se les hace favores, se les brinda café, se les pregunta el nombre y se les habla bien del antiguo vecino que se ha ido, en este caso del anciano Raúl Vera, el poeta del barrio, buena gente, buena familia, la verdad, vamos a extrañarlos.

El mismo primer día La Abuela chancleteó a lo largo de la cuadra presentándose, y ya todos, invariablemente, le llamaban La Abuela: mire, Abuela, mucho gusto, Abuela, cómo no, Abuela, como usted mande. Porque ella era la abuela prototípica, el molde perfecto, la imagen exacta para ser abuela: ancha, canosa, desdentada, un poco arqueada hacia adelante, con espejuelos de ancho cristal, con chancletas, con sayas de piqué, con arrugas colgantes, con los senos cayendo, anchos y fofos, sobre el vientre abultado, con pasos cortos, lentos, con mirada sabia, con voz tenue y segura, con demasiados años.

Juanelo era un barrio más bullicioso que el Diezmero, al menos que la calle Primera, con más tráfico, con más gente, y también más pendenciero. Los muchachos, ya grandes, se fajaban por cualquier episodio y pasaban de un empujón y un manotazo a buscar un machete o un pedazo de hierro que nunca usaban, que se quedaban con mero valor decorativo. Pero el escándalo era enorme, las malas palabras, la agitación de padres y vecinos por las broncas.

La Abuela se sentaba en el portal y pronto tenía que entrar a refugiarse, por una cosa u otra. La calle Rita por las tardes se volvía un hervidero de fiñes con bolas, papalotes y chiringas que se enredaban en los cables del tendido eléctrico, pelotas de goma que saltaban hasta el atardecer, tiradas, lanzadas de esquina a esquina, de acera a acera, a veces escapándose y entrando en los portales y en las casas, rompiendo un cuadro aquí, una ventana allá, más allá algún búcaro, y luego los muchachos escapaban corriendo, dando por perdidas las pelotas pero por salvadas sus cabezas.

Enildo, ya con 22 años, lo más que podía hacer era mirarlos,

recordar su infancia y tranquilizar a La Abuela. En ellos veía al Enildo que él fuera años atrás, y aquel es Pasi, y aquel Pepe Gibara, todos con el mismo estilo, la misma despreocupación, las mismas trampas y habilidades para el juego. Jugaban una minúscula, original y práctica variante del béisbol: el Cuatro Esquinas. Allí donde se cortaran dos calles ya estaba el estadio. Era un aporte sin precedentes de la urbanística al deporte. Los muchachos lo entendieron así, no tenían por qué esperar a que, algún día, acondicionaran el famoso terreno que el Poder Popular había prometido. *Prohibido jugar pelota en la calle, pnr*, decían los carteles, pero ellos tenían que jugar, y era un crimen presionar más al pobre Delegado, al compañero Delegado, el terreno llevaba años sin terminarse, estaba prometido, pero no era culpa suya que la promesa durara tantas Rendiciones de Cuentas, tantas reuniones del Comité, tantas ventanas y cuadros y búcaros rotos. *Prohibido jugar pelota en la calle, pnr*, decían los carteles, pero los muchachos tenían alguna contraorden secreta, algo así como *Prohibido no jugar pelota*. Así fue como surgió el famoso Cuatro Esquinas, juego sin mucho lujo, sin implementos deportivos, bastaba una pelota de goma, dos equipos de cinco o seis jugadores cada uno y un árbitro. Las bases eran cada una de las esquinas, y home, siempre, era la esquina del poste del alumbrado público. Era un aporte, sin antecedentes, de la Empresa Eléctrica al deporte.

Los muchachos de la calle Rita eran verdaderos artífices con estas pelotas, allá va Pasi y hace una jugada como Dios, allá va Pepe Gibara engarzando una bola que parecía incogible, y ese soy yo, ¡así se juega, Enildo!, lanzado de cabeza sobre el pavimento. Y los pítchers rotaban las muñecas al lanzar, de modo que la bola les salía "amarrada", curveante, ponchadora. Enildo disfrutaba sentado en el portal, tranquilizando a La Abuela, recordándose a él mismo en otra época y aprendiendo aquel juego que en el Mirador no se conocía, al menos de esta forma.

Los equipos hacían colas. Venían incluso de otros barrios, de Martín Pérez, California, Luyanó, La Cumbre, a disputar peleados campeonatos. Eran tardes enteras de escándalo cuatriesquinero, los portales y las aceras convertidas en verdaderas graderías, los vecinos de Rita como legítimos fans del equipo del barrio.

Sentado sobre una lata un negro viejo, Prío, carretonero, yerbero y mandadero de las amas de casa, hacía de comentarista deportivo. Tenía una voz gruesa, de barítono malogrado, y un estilo de narrar constante, mortificador a veces: el juego se detenía por algunas incidencias —una trifulca o un policía de paso— y él seguía

narrando, describía los gritos y los golpes, opinaba, argumentaba a favor de alguno de los jugadores o a favor del árbitro, o describía, cambiando de tono, el paso silencioso del policía y la estampida de los chicos. El juego se acababa y algún vecino tenía que despedir las trasmisiones a la fuerza.

La calle Rita es larga y curva, empieza en la misma Calzada de Güines y se pierde en el fondo de Juanelo. Pero tiene muy pocas esquinas, y ninguna tan idónea para el Cuatroesquinas como esa. La Abuela y Enildo eran, con frecuencia y por fuerza, espectadores de los campeonatos. Las pelotas saltaban, volaban, rodaban, y claro, alguna vez una pelota roja, de las duras, chocaría contra la ventana de La Abuela, lindo tubey del nuevo Enildo; y algún día un fly travieso, empujado y desviado por la presión del aire, entraría por la ventana y rompería un vaso sobre la mesita de centro de la sala, quién fue, quién fue, ¿Pepe Gibara, Enildo, Pasi? Otras pelotas, verdes o amarillas, de esponja o de goma, seguramente habían dado muchas veces contra las paredes de la casa, e incluso entrado por la ventana o por la puerta, pero La Abuela nunca lo hubiera sabido a no ser por el ruido de aquel vaso y el reguero de vidrios sobre la mesita. A partir de ese día ya todas las pelotas, hasta las que no estaban en juego, hasta cuando no había juego, le podían romper algo: otro vaso, un plato, un búcaro, el televisor, hasta el cuadro de su difunto hijo. A partir de ese día se le tornó difícil a la muchachada jugar en la esquina perfecta. Allí estaba, siempre, esa mole de arrugas y canas, la prototípica abuela, en su sillón, en su portal, pero esta vez muy seria, con la mirada fija en el poste del alumbrado público. No dijo nada, ni nadie dijo nada, pero se intuía, se traducía en sus ojos, en aquella voz tenue pero firme que preguntó qué es eso, en aquella mano temblorosa que entregó la pelota, enseñó los vidrios e hizo que el árbitro, el nuevo Pepe Gibara, los recogiera, los echara en el latón de la basura y suspendiera el juego.

Y así pasaron los días, La Abuela sentada en el sillón, seria y callada, disfrutando aquella paz respetuosa, y ellos cruzados de brazos, observándola. Y así estaba La Abuela aquella tarde en que Enildo llegó desencajado, con un fuerte ataque de asma, sin poder hablar, se metió en su cama y apenas quiso probar bocado. Al otro día no fue a trabajar, y al otro día tampoco; el asma proseguía. Al fin, La Abuela lo convenció para que fuera a ver al doctor Santos Coheira, y Enildo acumuló todas sus fuerzas, todo su ánimo y salió rumbo a La Benéfica.

Lo esperó sentada en su sillón, sin dejar de mirar al poste del

alumbrado público, pero muy preocupada. ¿Y ese repentino ataque de asma?, si no había mal tiempo, si hacía meses que Enildo estaba bien, desde que Santos Coheira le había conseguido el Asmacán y el Blecoasma. No se adaptaba. Pese a los tantos años de verlo casi ahogado, de asistirlo, de darle tisanas e inyectarle aminofilina o cortisona, de vigilarle el sueño y forrarle las almohadas y el colchón con nailon, de evitar que jugara con gatos y animales de plumas, pese a todo, La Abuela no se adaptaba a ver a Enildo con la boca abierta, el rostro colorado, el continuo jipido en el pecho, las venas de la frente a flor de piel y las del cuello hinchadas. Al mirarlo así, parecía que era ella quien se asfixiaba. ¿A quién habría salido Enildo asmático?

Tardaba mucho y La Abuela entró a su cuarto, a peinarse, se sentó en el borde de la cama, frente a su radio Vef y su ventilador ruidoso, de espaldas al espejo, como siempre: no resistía ni verse al espejo ni fotografiarse.

Largas guedejas de pelo blanco, con dispares mechones amarillos, se escurrían entre los dientes bicolores de la peineta de carey, sobre su oreja izquierda, mientras la trenza derecha descansaba, presillada ya, como un cintillo de laurel alrededor de la cabeza. La Abuela se peinaba lenta, suavemente, mirándose las puntas de los pies que descansaban sobre las chanclas rústicas. A su derecha, sobre el suelo, una vela de aceite se gastaba temblorosa, puntual recompensa para San Dimas que le había ayudado a encontrar su extraviada chequera, oh, su querido San Dimas, hasta hace unos minutos era un cordón atado a la falleba de la persiana y ahora era esa boca invisible consumiendo la llama de una vela de aceite.

Presilló la otra trenza y puso la peineta de carey junto a un vaso de agua que parecía alegre, la dentadura tras la doble transparencia del cristal y el agua. Comprobó la simetría de ambas trenzas, al tacto, sin mirarse al espejo. Miró el reloj y fue a la cocina, a revisar la olla de presión donde borboteaban los granos de frijoles negros. Sobre la mesa del comedor un paño blanco esperaba, lleno de nudos de fideos —pequeños remolinos de finísimos hilos de pasta amarilla — por el litro de leche vacío que La Abuela usaría a modo de rodillo para convertirlos en minúsculos granos, del tamaño del arroz, el litro rodando sobre ellos, de atrás hacia adelante y viceversa, bajo el empuje y el peso de aquellos brazos de pellejo colgante, aquellas tetazas cabizbajas y enormes, aquella mirada de especialista en ese plato, alegre con la música crujiente de los fideos y el vidrio.

El arroz de fideos era su plato favorito, rara predilección dictada por la costumbre de años enteros de miseria, en Güines, en Tapaste, en Jamaica, en el Diezmero, donde siempre unos quilos de fideos evitaban la orfandad de las ollas. A Enildo le gustaba, esa era la suerte: con huevo frito, con calamar, con aguacates pastosos de las tierras de Güines. Para él era una ceremonia única ver a La Abuela arrollando pelotas de fideos, sentir la música de la pasta y el vidrio y luego mirarla sazonar la frijolada, agregar una exigua latica de arroz blanco, esperar que el arroz se ablandara y secara para verter, entonces, el fideo hecho granos, rociar la mezcla con agua cada ciertos minutos, taparlo con un pedazo de papel de cartucho y servirlo caliente, desgranado y humeante, lindo mestizaje de granos y pastas, lindo humillo llenando primero la nariz y luego el estómago.

La Abuela volvió a mirar el reloj. Tardaba Enildo. Cada cinco minutos arrastraba las chancletas, los pies callosos y el cansancio, del cuarto a la cocina, de la cocina al cuarto, del cuarto a la puerta de la sala y de la puerta a la cocina nuevamente. Miró el reloj: tardaba Enildo. Ya pronto le tocaban el prodectín, el dipiridamol, la isoxuprina. Fue al botiquín, sacó un pomito ámbar, sin etiqueta, y dos cajitas semivacías. Echando la cabeza hacia atrás colocó con la punta del dedo una pastilla al fondo de la boca, junto a la úvula, y luego bebió un solo sorbo de agua, con un gesto que a Enildo siempre le recordaba la sed de los pollos. Hizo la misma operación tres veces, con pastillas distintas. Miró el reloj: estaba tardando demasiado Enildo. Se enfriaría el arroz de fideos.

Sonó el timbre.

—Buenas tardes.

La Abuela saludó e hizo pasar a dos señoras, una alta y musculosa, la otra bajita y algo flaca. Como única carta de presentación las visitantes le habían mostrado un recorte de la sección “Clasificados” de la revista *Opina*, en el que, con tipos negros y mayúsculos, destacaban dos palabras: permuta y ofrezco.

La Abuela sonrió:

—Pasen, siéntense; están en su casa.

La Abuela hablaba y sonreía y las dos señoras la oían pero sin mirarla, los ojos recorriendo paredes, vigas y viguetas, cornisas y artesones, puertas, tabiques, jambajes y baldosas, como si fueran compradoras, turistas o arquitectas.

—Lindas baldosas, ¿eh, Teresa? —dijo al fin la más bajita, sin oír que La Abuela les contaba que su nieto padecía de asma y que tardaba mucho.

—La sala: cuatro por tres, o por tres y medio — contestó la otra —. Con una mano de pintura estaría… ¡correcto!

—Falta iluminación, otra ventana…

—Quizás sea el color… con un azul clarito… —Mitad y mitad, azul y blanco… —Correcto. —Y la mesa de living la ponemos en aquella esquina, con la lámpara…

—Correcto, correcto…

—¿Y el librero, Teresa?

—En la pared aquella, donde está el sofá.

—Y pondríamos una repisa escalonada para dividir la sala del comedor.

—Correcto.

—¿Y el portal?

—Ah, no me fijé, ¿tiene jardín?

Solo ahora miraron a La Abuela. Teresa se había puesto de pie y había ido hacia la puerta.

—Tiene un jardincito, Albertina, quizás con unos toldos para el sol de julio y las lluvias de octubre…

Ellas hablaban y La Abuela las oía, pero sin mirarlas: vigilaba la calle por si veía aparecer a Enildo.

—¡Correcto, correcto! —dijo Teresa, y se sentó de nuevo.

La Abuela seguía mirando la hora mientras las mujeres intercambiaban miradas significativas.

—¡Albertina / Teresa…! —dijeron al unísono, señalando cada una a la otra con el mentón, instándose ambas a pasar a la fase inmediata: pedirían permiso para ver el resto de la casa, los cuartos, el baño, la cocina… Sería Teresa quien lo pediría y Albertina quien daría el primer paso. Pero no antes de que La Abuela suspirara, como una jovencita, feliz con la presencia de aquellas dos expertas permuteras. Se sentía a gusto.

—Qué bueno es permutar —dijo, como si pensara en voz alta. Sabía que pisaba tierra firme. Fue una frase mágica. Albertina unió las manos sobre el pecho, como una devota, y suspiró también.

—Ah, si usted supiera, Abuela —dijo Teresa—. Ahora, cuando veníamos para acá, nos pasó cerca un camión cargado de muebles, un Ebro, todo bien atado con cables y sogas… qué impresión, qué envidia.

Las tres hicieron un silencio cómplice, verdaderamente emocionadas, y pasaron a recorrer la casa. Cada pieza se volvió escenario de un profundo debate entre las dos mujeres, teorías de diseño interior, cálculos, reestructuraciones; cada metro era

transformado al instante por la imaginación de las dos permuteras. La Abuela arrastraba tras ellas, pero a gusto, el dolor de sus callos. En el cuarto de Enildo (cuatro por tres y medio, según Teresa) Albertina pondría la biblioteca.

—¡Correcto! —confirmó Teresa.

Y en el cuarto de La Abuela (cuatro por cuatro, según Albertina) harían un closet.

—Correcto, correcto, pero es por cuatro y medio, no por cuatro —rectificó Teresa.

—Por cuatro, por cuatro —insistió Albertina, extrajo una lienza y midió la pared de la discordia—: ¿Ves, Teresa?

Sonrieron las tres y fueron a la sala. La Abuela ya iba a preguntar el clásico ¿y ustedes qué ofrecen?, cuando entró Enildo por la puerta.

—Es mi nieto —dijo cortésmente, mientras las señoras, ya dueñas del terreno, pasaban hacia la cocina.

Enildo le hizo una señal a La Abuela como que todo estaba bien, que luego le contaba, y fue directamente al cuarto, a su cama, sobrecama de chenilla azul, blanda almohada para hundir el rostro. No iba a dormir: iba a pensar un poco. Se tendió a todo lo largo, en su particular postura de descanso, boca abajo sobre la chenilla, los brazos cruzados bajo el pecho, los pies cruzados a la altura de los tobillos, cambiando a ratos el de arriba, y cambiando, también, la mejilla de poner sobre la almohada.

Las voces de las mujeres le llegaban apagadas en la medida en que iba amodorrándose. Respiraba mejor, estaba más tranquilo. Él sabía que esa asma nada tenía que ver con los cambios de tiempo, ni con el abandono de medicamentos: era emotiva, era consecuencia de preocupaciones que La Abuela ignoraba: expulsado de la escuela, amonestado públicamente, sorprendido in fraganti haciendo el amor con Rebeca, una alumna, en su propia cátedra, cópula sobre el suelo al pie del escritorio, la saya-short de la muchacha sobre el estante de los dictionaries, el pantalón del profesor sobre una pila de Practical Books, su cuerpo sobre el de ella y las piernas de ella abiertas de par en par sobre la mesa, él jadeando, ella jadeando, y, de pronto, abierta de par en par la puerta, y abiertos de par en par los ojos de la subdirectora Ruth, y abierta también de par en par su boca asombradísima. ¡Pero Enildo! ¡Expulsado! Get out! ¡Con una alumna! Intransigente Ruth, jodida Ruth. Get out, Enildo! Botarlo, expulsarlo, good bye, Enildo Niebla, bad teacher, you are more man than teacher, y para colmo había tenido que verle “eso” mientras se levantaba, intentando

esconderlo: good bye, adiós, Enildo, la moral es un don intransferible.

Allí empezó su asma, ahí mismo. Ruth le robaba el aire con sus ojos incriminatorios, con el rostro transido de odio, con el índice hincándole la vista, delante del compañero Director, delante de todos los maestros. Demoníaca Ruth, demoníaca Rebeca, demoníaco turno de guardia, demoníaca zalamería de la hermosa estudiante, demoníaco donjuanismo de Enildo, demoníaco celo, demoníaco encarne, demoníaca asma, demoníaco falo, vulva joven de los mil demonios.

Aunque no quería, durmió algunos minutos, los que tardó La Abuela en despedirse de las permuteras, encantadísima ella y encantadísimas Albertina y Teresa con la nueva casa que habían construido a partir de esa, una casa con toldos en el portal, ventanas nuevas, rejas nuevas, colores alegres, un cuarto de desahogo a la izquierda del patio, un closet en uno de los cuartos, y qué lástima que no sea de puntal alto y no podamos hacer la barbacoa.

Ya todo estaba hecho: La abuela iría la próxima semana a Luyanó, a la calle Pamplona, número 112, sí, Abuela, cerca de la famosa Esquina de Toyo. Iría, arrastraría sus pies hasta su futura casa, con el mismo ritmo lento con que los arrastra ahora hasta el cuarto, hasta la cama, hasta el cuerpo de Enildo.

—Enildito, Enildito —sacudiéndolo—, se te enfría el almuerzo, mijo.

10

Lo asustaba la idea de desorientarse, de estar nadando hacia atrás, o hacia los lados, alejándose en lugar de acercarse a la costa. Pronto amanecería. El sol sería una media naranja ígnea emergiendo del agua a la altura de su nariz, quemando el agua a sus espaldas o a su izquierda o a su derecha o delante de él, no sabía, solo entonces sabría si su brújula instintiva funcionaba. Mientras tanto: nadar, flotar, nadar, respirar poco a poco, ahorrando fuerzas, oxígeno, fe; mantenerse pez, alga, coral, agua en el agua. Relax, Johnny Weissmüller, relax, Enildo-Tarzán en el Caribe. Nunca has sido buen nadador pero tampoco pésimo. Saber nadar es otra de las cosas que agradeces a tío Bárbaro, y Santos Coheira había dicho que era un gran ejercicio para el asma. El cansancio es normal. La falta de aire es normal. Te asombra incluso esa tranquilidad respiratoria, tal vez provocada por el exceso de aerosoles en los días previos. Se hinchan y tragan aire los cornetes nasales, se abren y botan aire los labios, aire tibio que arremolina el agua, agua que choca en toda la cara, cara en la que campea el miedo, miedo que se escurre entre el flecoso pelo, pelo que está engominado de tanta agua salada, agua salada que corre por la frente, frente arrugada sobre los ojos, ojos que arden, parpadean y se cierran a cada segundo, todo esto involuntariamente.

Involuntariamente zigzagueaba Enildo, trastrabillaba bajando la escalera del Pico Blanco, en el Hotel St. John. Llevaba una botella de Havana Club en una mano y a Nilka, tropezona y risueña, en la otra. Estaban borrachos: él y ella, borrachos. Pero Enildo intentaba mantenerse erguido y caminar derecho, mientras ella reía con petulancia y escandalizaba colgada de su brazo, halándolo, fingiendo ser Juana Bacallao, imitando la voz ronca y los chistes extraños y la cara ancha y la perpetua mueca de aquella negra gruñona y excéntrica que hacía temblar al Pico Blanco.

—*Yo soy… Juana Bacallao* —canturreaba Nilka y se reía con desfachatez, culeando junto a Enildo, delante de él, encimándole el culo y moviéndose como si estuviera sobre el tablado de un teatro.

Culeaba, zapateaba, reía, zarandeaba a Enildo, que intentaba mantener la compostura, inútilmente, todo el mundo estaba mirándolos, y él pensó que lo ayudaría a disimular esconder la botella bajo la guayabera, en la cintura, apretada y sostenida con el cinto.

—*Yo soy… Juana Bacallao* —canturreaba, ladraba, gruñía Nilka. Su risa y su escándalo comenzaban a molestar a Enildo, que, en el fondo se creía dueño de su cuerpo y de su equilibrio, pero que, en realidad, iba tumbado hacia el lado izquierdo, despeinado, con un aspecto horrible. Nilka era su punto de referencia, de ahí su arrogancia. Estar curda era cantar como La Bacallao y reírse en voz alta y culear en medio de la calle y dejarse caer, así, contra el pecho de otro. Nilka estaba borracha. "Vieja alcohólica y papelacera", pensó Enildo. Iban subiendo por la calle O, hacia Infanta. Iban por el centro de la calle y Enildo tuvo que quitarse raudo cuando les pitó un taxi. Automáticamente sacó la mano, como si los taxis se cogieran al pasar de largo, por detrás, no por el frente. ¡Bah! Nilka propuso sentarse en el muro del Malecón a terminar de tomarse la botella. Propuso el aire fresco del Malecón, el ron de nuevo, las caricias. Doblaron por 25 y bajaron por Príncipe. La calle oscura y siempre húmeda les haría bien. Nilka comentaba, sin dejar de reírse, lo fea que era Juana Bacallao. Él dijo que sí y la atrajo con fuerza, la estrechó contra su costado quedándole la cara de ella casi junto a la axila. La oscuridad de Príncipe disminuía lo escandalosa y lo papelacera que era Nilka, pensaba Enildo.

—Pero a lo mejor Juana es un buen palo —dijo Enildo y no pudo contener la risa al imaginarse a La Bacallao desnuda, haciéndole el amor, qué gracia. Nilka se torció de la risa y eructó largo, tragó y volvió a eructar con sonidos pequeños y reticentes, carcajeándose.

—¡Voy a mí! —dijo, al fin, calmándose, sonriendo ahora con malicia, y entonces, no con menos malicia, cerró la mano sobre la portañuela de Enildo, buscándole el rabo. Pero calculó mal y sus dedos se cerraron sobre el sólido y cilíndrico cuerpo de la botella oculta.

—¡Coñó, coñó! —exclamó, partida de la risa, subiéndose al contén y tirando toda su cara sobre la de Enildo que también se dio cuenta del ataque fallido y sacó, como un arma, la botella, para poder arquearse de la risa él también, toser de la risa, lagrimear riéndose.

Se calmaron. Bebieron un largo trago cada uno y luego cada uno relamió sus labios y los labios del otro, como dos colegiales, en

plena calle, recorriendo cada lengua la ardiente boca ajena, ladeando las cabezas y acariciándose las nucas, como dos colegiales, clavando ella las uñas en la espalda de él y él arqueándose, empujando cintura y caderas y pelvis hacia ella, hacia su convexidad vestida, en plena calle, como dos colegiales, o como dos borrachos. El beso: un minuto. El beso: dos minutos. Ella succiona, sopla, muerde, unta de ron ensalivado —o de saliva enronecida— los labios de él, sus dientes, su bigote; abre la boca como si quisiera tragárselo, mueve la cabeza como si fuera un perrito juguetón con un trapo, pero el trapo es la boca de Enildo Niebla, su ahora pequeña y dócil boca. Quiere tragárselo, quiere tragárselo. Él trata de corresponder con furia al beso pero las manos de Nilka ahora le aguantan la cabeza, le aprietan la cabeza, la mueven según convenga a su oscular antropofagia. Mordiscos y succiones: tres minutos. Se lo va a tragar, se lo traga, se está ahogando, coño. Enildo intenta empujarla, pero los dientes de Nilka le trozarían el labio inferior. Se ahoga, le falta el aire, está dentro de aquella boca que toma impulso para seguir besando, está dentro de aquella mujer, alcohólica caníbal: se lo traga.

Logró, al fin, separarse, pero no de un empujón, sino por un mínimo y último esfuerzo del instinto, aprovechando que ella abría la bomba de succión para seguir besando. Estaba pálido, flojo. Se reclinó sobre el pecho de Nilka y tomó aire. Sacó el pañuelo y se secó la cara, la boca y el bigote ensalivados. Trató de sonreírle. Ella estaba como si nada, tomó la botella y se dio otro trago. Enildo miraba hacia el Malecón, buscando aire. Bebió también y fueron a sentarse entre otras dos parejas, de espaldas al mar, en silencio.

—¡Voy a mí!… En lo de Juana —aclaró Nilka, y comenzaron a reírse de nuevo. Y terminaron de reírse en la habitación 4-B de La Pampa, habitación ahora de ellos pero anteriormente de todas aquellas parejas que habían dejado sus nombres escritos sobre las paredes: Juanita y Carlos, Rosario y Miguel, Perla y Osvaldo, Milagros y Carlos, Esther y Carlos, y ellos dijeron, ¡qué cómico si fuera el mismo Carlos!, y se pusieron a contar todos los Carlos que había en las paredes, y eran, en total, 28 Carlos, y descubrieron 10 Migueles y 18 Marios y 9 Juanes. Se sintieron felices y orgullosos de sus nombres que no se repetían fácilmente, eran originales, Enildo y Nilka, únicos, Enildo y Nilka, y así lo escribieron encima de la cama, Enildo Y Nilka, en letras grandes, rayando, con una peseta, la cal de la pared.

Él comenzó, torpe y risueño, a desnudar a Nilka, que seguía cantando *Yo soy… Juana Bacallao*, de espaldas sobre la cama, y lo

dejaba hacer, a medias, mientras le convenía, de repente se endurecía, encogía las piernas o se volteaba, traviesa, para desesperarlo. Entonces Enildo, luego de varios intentos infructuosos que solo dieron a exhibición un ombligo profundo, medio seno, el vientre estriado y blandengue; luego de un trago envalentonador, optó por desnudarse él y dejar sola a Juana. Pero La Bacallao lo vio desnudo a los pies de la cama y comenzó, desenfrenada y torpemente, a desvestirse también. Y mientras ella catapultaba su ropa él se mantuvo orondo, triunfal, a los pies de la cama, con los brazos en jarra y el pene señalándola, hasta que Juana Bacallao reptó sobre su espalda y lo haló con las piernas como gordos tentáculos y lo tumbó ruidosamente sobre ella para volver a tragárselo, pero ahora sí, con todo el cuerpo, con toda aquella irregular e hirviente marea de carne amulatada que se le mete a Enildo por los ojos, por la boca, por la nariz, por los poros, como un océano.

El océano seguía siendo una verdad terrible, un macrocosmos tenebroso que engullía todas sus esperanzas. El océano ya no era ese espectáculo sublime de espuma, arena fina, caracoles y sol. Ya no era, ya nunca más sería, la extensa línea azul, los peces de colores, los barcos como edificios fantasmales a lo lejos. Ya no era apetecible nido de corales, conchas, algas. Ya no era apetecible paisaje de cocoteros y bañistas. Qué lejos estaba el mar de ser sublime ahora. ¡Oh, San Melville, oh, San Joseph Conrad, help me!

11

Comió un poco, le sonrió un poco a La Abuela, le demostró que ya respiraba mejor y volvió a acostarse.

La voz chillona de la subdirectora Ruth seguía golpeándole los tímpanos como un silbatazo continuo, insoportable. No lograba sacarse de encima aquella voz de mujer acusándolo ante todo el claustro profesoral y pidiendo su separación definitiva del centro, primer paso para su expulsión definitiva de Educación, y primera causa de su crisis depresiva y asmática.

Durante varios días La Abuela recetó inútiles tisanas y Santos Coheira recetó Asmacán, aerosoles e inyecciones de amenofilina. Durante varios días Enildo intentó distraerse, en vano. No soportaba ni la serie de béisbol, al carajo Industriales y sus fans y sus eternos rivales de Oriente, ni la telenovela brasileña, la buena música, los paisajes de Río, el rostro dulce y lacrimoso de Maité Proença. Poco lo entusiasmaban también los libros de Hemingway, leídos tantas veces. Y de los manuales de inglés no quería ni hablar. Y la prensa para qué, si siempre era lo mismo. Se aburría. Estaba deprimido y La Abuela lo aturdía con consejos ingenuos, mal encaminados, o trataba de estimularlo con los chismes del barrio, o simplemente cambiándole el menú y haciéndole los platos de su gusto. Pero Enildo seguía sumido en una modorra insobornable, en un abatimiento profundo. ¡Tantos años de estudio!: primaria, secundaria, pre, universidad, cientos, miles de horas de estudio para lograr un título profesional y un estatus laboral estable, todo en vano. Él, que había logrado ser el orgullo de toda su familia, la honra de La Abuela, el único universitario entre sus hijos y sus nietos. Desde que tenía doce años La Abuela había jurado que no descansaría hasta verlo subir la escalinata de la universidad, parado junto al Alma Máter. Y cuando Enildo acabó el pre, ella esperó ansiosa que llegara el primer día de clases, henchida de alegría y vanidad: ese día vería a su nieto subir las mismas escaleras que Mella, Villena, José Antonio, Fidel. Ella iría en un taxi, exclusivamente a eso, a verlo subir la escalinata. Por eso Enildo no

le dijo que la Facultad de Lenguas Extranjeras no estaba en La Colina, que sí, que él era un estudiante universitario, pero que no tenía por qué subir la escalinata. De todos modos La Abuela no entendía nada de escalafones ni de orientación vocacional ni de filiales universitarias.

El primero de septiembre fue La Abuela, no en un taxi, sino en el Chevrolet 56 de su hijo Bárbaro, y fotografió a Enildo en varios puntos de la escalinata, junto al Alma Máter, posando muy kitsch, como un modelo de revistas. Y durante los cinco años de carrera La Abuela exhibió aquellas fotos como su gran trofeo, su Título de Excelente Criadora de Nietos.

Todo esto abrumaba a Enildo Niebla ahora que él conservaba su título universitario pero carecía de respaldo moral para ejercerlo. Todo esto acrecentaba su depresión y su crisis de asma. Por supuesto, La Abuela seguía ignorando las causas. Después del tercer día, él aparentó incorporarse a la normalidad, salía diariamente a las cinco de la mañana y fingía tomar el ómnibus hacia Batabanó, hacia la escuela. Pero dentro de sí, en el fondo, un gran peso de culpa, una desazón incompatible con aquel aparente bienestar, lo seguía abrumando. Sobre todo de noche, cuando La Abuela se acostaba y él se tiraba en el sofá a pensar en todo.

Así lo halló, después de mucho tiempo sin verlo, Lorenzo Lorenzo Lorenzo, el gran Lorenzo al Cubo, su antiguo compañero de aula, cofrade de amoríos y amigo de siempre.

Enildo pegó un salto. Verdaderamente lo había sorprendido la visita. Después de la graduación, Lorenzo Lorenzo Lorenzo había sido ubicado en la Isla de la Juventud para cumplir sus dos años de servicio social, y ahora regresaba de pase a La Habana, loco por encontrarse con los suyos. De modo que luego de tantos días de desánimo y de soledad, de asma, Enildo vio llegar a Lorenzo al Cubo como caído del cielo: ¡esto sí es un aerosol, brother!, ¡esto sí que estimula!

Se abrazaron. Se rieron estúpidamente atropellando las palabras, en inglés y español, casi ininteligibles. Se separaron, se miraron, y volvieron a abrazarse. La Abuela se levantó con la algarabía, se alegró de ver a Enildo entusiasmado y a Lorenzo al Cubo después de tanto tiempo, hizo café, conversó un poco, y volvió a acostarse. Enildo sacó una botella de aguardiente a pesar de las protestas de La Abuela, que desde el cuarto decía que no, que él tenía asma, que los medicamentos. Enildo se encogió de hombros, picó limones y preparó dos vasos mediados de aguardiente con limón y trocitos de hielo. Enseguida comenzaron los recuerdos. Llegaron todas las

novias, algunos profesores de los cinco años de carrera, todos los amigos, los campeonatos de donjuanes, Ray Charles, Cristóbal, ¿y qué será de la vida de Yolanda, brother?, y, ¿sabes a quién vi el otro día en la guagua?, a Nereida Mustelier, número 67, riéndose, y ahora está que es un 5, riéndose y golpeando la palma de una mano con el puño de la otra, qué buena se ha puesto. ¿Y qué será de aquella periodista?, ¿te acuerdas?, el mulato Ray Charles comió bueno…

Venía a marejadas la nostalgia. Enildo sacó varios casetes, Roberto Carlos, Feliciano, The Beatles, oh, sí, claro, ¿te acuerdas, Lorenzo?, ¿y recuerdas los combos callejeros?, los viejos casetes, manchados y sin tapa, Fa5, Led Zeppelin y Nino Bravo, rancia mezcolanza de nostalgia musical y vivencias añejas, y Julio Iglesias, claro, *la vida sigue igual*, las jóvenes llorando en la sala del cine, *siempre hay, por quien reír, por quien llorar*, y ellos consolándolas, las manos en los muslos, mejilla con mejilla, aguantando las ganas de mezclar sus lágrimas con las de ellas, porque la vida no seguía igual, cambiaba. Luego Lorenzo al Cubo, con música de fondo —la vieja música que había puesto Enildo, y la más vieja que sonaba en su memoria—, le habló sobre Nueva Gerona, sobre La Fe, sobre la playa Bibijagua con su arena negra, sobre los sábados en el parque de las Cotorras, lleno de jaulas pero sin ninguna de aquellas populares avecillas, tan policromas como parlanchinas. Y habló de los miles de estudiantes africanos que reproducidos como hormigas se encontraba cada semana en la terminal de 26, en el ferry, y cada día en cualquier calle de la isla, llenándolo todo de rostros oscuros, vocablos portugueses y un olor a sudor insoportable. Lorenzo al Cubo ríe alto cuando cuenta los incidentes con algunos de ellos, la fama generalizada de su sobaquina, o lo linda que son algunas guineanas con sus cabezas chatas repletas de trencitas. Luego bebe y comienza a hablar de sus conquistas en el ferry. ¿Sabías que antes había “picolinas”, que así llamaban a las putas del ferry? Antes era más fácil, Enildo, pero ahora no, ahora hay que conquistarlas. Y ponderaba el encanto y la coquetería de la mujer pinera. ¡Ah, pero qué nostalgia, Enildo!, y vuelven a recordar los campeonatos de donjuanes, la evaluación de las muchachas, los buenos años que ya parecen lejanísimos, las escapadas y los escondites para oír a The Beatles o a The Rolling Stones, ¡ah, pero qué nostalgia, Loren!

La Abuela no podía dormir. Salió, fue al baño, les pidió que bajaran un poco la música, que hablaran bajo, insistió en que el asma y los medicamentos, pero los dejó por incorregibles, alegre de que Enildo estuviera animoso, ya ni siquiera parecía tener asma.

Volvió a acostarse. Enildo y Lorenzo apenas repararon en ella. Se reían, se burlaban de las modas de entonces, de tanto pelo en las cabezas y de tan anchas patas en los pantalones, y también de la música, de los grupos que gustaban en el barrio, Los Pencos, Los Rolland, Los Sesiones Ocultas. Entonces Lorenzo al Cubo siguió hablando de él, de su vida, trataba de hablar bajo pero no podía sin que Roberto Carlos metiera alguna palabrita de amor entre las suyas, y alzaba la voz para que Enildo lo escuchara más a él que al brasileño, y Enildo comenzó a hablar de la suya, él sí en voz baja, que La Abuela no me oiga, a mí sí, ayúdame, Roberto Carlos, *el gato que está*, y le habló de la escuela, de Rebeca, de Ruth, *en nuestro cielo*, de su expulsión hacía solo unos días, *no va a volver a casa si no estás*. Contó lo de la expulsión con desagrado, casi con rabia, pero la causa la adornó con exageradas descripciones del cuerpo de Rebeca, sin poder evitar la concupiscencia, el triunfalismo. Lorenzo al Cubo aceptó los calificativos y las incriminaciones hacia Ruth, demoníaca Ruth, saboreó mentalmente el somatotipo de Rebeca, consideró, en tono serio, que la actitud extremista de la subdirectora solo probaba que ella estaba puesta para Enildo, fue un ataque de celos, mi socio, y un extremismo, te repito, y ya Lenin lo dijo, detrás de cada extremista hay un oportunista. Y siguió bebiendo a sorbos cada vez más lentos, mezclando en sus conversaciones los demonios de Ruth, los muslos de Rebeca, la carrera de Enildo, y sus últimas conquistas.

—Bueno, en serio, ¿qué ha sido de Yolanda? —preguntó Enildo, haciendo una pausa, bombeándose salbutamol por gusto.

Lorenzo sonrió. Yolanda, su última novia del último curso, ya había desaparecido de su vida. Era una chica aburridísima, de virginidades y casamientos. Se enfadó mucho cuando él comenzó a iniciarla en las clases de tao, sobre todo cuando intentó llevar a la práctica la natural comunión del yin y el yan. Yolanda había aceptado, con moderado escepticismo y visible curiosidad, todo el lado teórico, los fluidos y energías, los ejercicios de respiración, todo, pero cuando Lorenzo al Cubo quiso entrar al Castillo de Jade, probar la Marea Alta y la Marea Baja, demostrar toda su capacidad taoística para retener la energía seminal en el cuerpo, el yin se plantó en sus trece y ofendió al yan como nunca lo hubiera hecho una iniciada en una alcoba china. Pero no importa, Enildo, tú sabes que ella era muy fina, de las que cogen el rabo con las yemas de los dedos al chuparlo. No cogí lucha, la verdad. Después de esa Yolanda vinieron más Yolandas y todas mordieron el anzuelo del tao, unas por su lado curioso, otras por pura morbosidad, otras por demostrarme su liberalismo, y otras por simple putería intelectual.

Se rieron, bebieron otro trago cada uno y mecánicamente se dieron la mano. Enildo confesó no saber nada sobre Lao Tsé y el tao, y Lorenzo al Cubo, con un fingido asombro, le siguió hablando del libro de las mutaciones, del horóscopo chino, del yin y del yan, de la energía, y fue creando así, sin darse cuenta, la piedra angular de lo que sería la próxima "profesión" de Enildo Niebla.

Lorenzo se extasiaba describiendo raras posiciones coitales, recitó un catálogo increíble de cómo el tao llamaba a las partes del cuerpo femenino y de cómo llamaba a las acciones sexuales, todo muy parabólico, muy oriental, él hablando y Enildo riéndose. Enildo, que se sentía en desventaja de novedad conceptual y práctica, sacó a colación que había leído algunos libros de sexualidad humana, y algo de psicología femenina, y al parecerle insuficiente agregó que aún estaba buscando el *Tratado del amor*, ¿te acuerdas?, aquel libro de José Ingenieros. Ingenieros, chico, el filósofo argentino, el que escribió *El hombre mediocre*, el libro que Ray Charles llevó en tercer año. Ah, sí, claro, cómo olvidarlo. Con *El hombre mediocre* se sumían en interminables discusiones y diletantismos: el hombre y la sociedad, la sociedad y el socialismo, el socialismo y el desenvolvimiento individual del hombre. Cómo olvidarlo. De aquellas discusiones Lorenzo al Cubo emergió diciendo que él era un genio, y Ray Charles se confesó temeroso de mediocrizarse por el medio, y Cristóbal concluyó que Cuba era un país de hombres *ordinarios* y que, ¡cuidado!, la mediocracia en el poder es muy dañina; y otro muchacho que se sumó al grupo le salió al encuentro, miró a Cristóbal y dijo que Fidel era un hombre *extraordinario* y que ese jodido *áurea mediocritas* que decía Ingenieros era menos localizable en la Cuba de ahora que en la de veinte años atrás, que la mediocridad se estaba erradicando; pero Cristóbal argumentó que no quería discutir y cerró su parte con una frase lapidaria: Tú no entiendes, mi socio: aquí, ahora, la mediocridad está oficializada. Enildo concluyó, en contra de todos, que el verdadero mediocre era José Ingenieros, un frustrado filósofo que lo que quiso fue autoflagelarse, poner al descubierto su personalidad, su propio andamiaje psicológico, pero que lo que logró fue enmascararse más, hacer que los lectores miraran hacia otros, hacia ellos mismos, una jugada que le salió bien sin darse cuenta, una jugada *extraordinaria* de un hombre *ordinario*. Aquel criterio abrió enconados debates. El mulato Ray Charles se acaloraba hasta que los espejuelos le resbalaban con el sudor, los ojos se le nublaban y veía menos que nunca. Cristóbal apoyaba sutilmente a Enildo, y los demás entraban en disquisiciones de las

que no se podía concluir nada.

Abrieron enciclopedias, husmearon anaqueles, registraron bibliotecas y hemerotecas en las que hubiera libros o artículos o reseñas sobre José Ingenieros. Pero luego que pasó la fiebre ingenierista lo único que quedó entre todos fue un primitivo amor a la filosofía y un conocimiento bastante amplio sobre la obra del filósofo argentino. Aunque para Enildo Niebla había quedado algo más: el deseo de leer aquel único libro que no habían hallado, el *Tratado del amor*, ¿quién lo tendría?

El solo título lo cautivaba. Y luego le llegaron algunos comentarios: era un tratado, más bien un manual, para conquistar a las féminas a partir de algunos estudios sobre su comportamiento social y psicológico. Un libro raro, pero un arma única. Enildo comenzó a buscar el libro, sobre todo en las librerías de uso, entre los libreros callejeros de La Habana. Uno de ellos —un viejo raro, alto y ventrudo, de una cabeza enorme, que no quiso cobrarle *La expedición de la Kon Tiki* porque Enildo no tenía los dos pesos exactos—, al verlo así, obsesionado con el libro de Ingenieros, le recomendó que consiguiera *Diario de un seductor*, de Sören Kierkegaard, que tal vez le fuera útil.

Enildo se entusiasmó, averiguó bien dónde podría encontrarlo, y, a juzgar por el título, ya se veía como el infalible conquistador, el perfecto Don Juan de las calles habaneras, qué muchacha se le resistiría cuando tuviera aquel vademécum bajo el brazo. Era curioso: a Sören Kierkegaard lo conocía como filósofo, el angustiado Kierkegaard, y no le hacían mucha gracia ni él ni Schopenhauer. Pero… *¿Diario de un seductor?* Hum! El viejo danés parecía haber visto algún lado alegre de la vida.

Pero todas sus expectativas se desvanecieron cuando tuvo ante sí una vieja edición, destartalada, del libro del filósofo. El diario resultó ser una melosa narración epistolar, un amorcito pueril e ingenuo, sin puntos de contacto con la filosofía del danés, ni con la filosofía personal de Enildo, con su forma de concebir el amor y hablar a las mujeres. Él, definitivamente, no había conocido aún a ninguna Cordelia. Yindra sería su Cordelia, ¿Pero él sería capaz de escribirle cosas tan ridículas a Yindra? ¿Sería capaz? Le dio risa pensarlo. Terminó de leer a Kierkegaard con sumo desgano, reconoció que el tipo era mejor como filósofo que como seductor, y olvidó el libro en una de sus tantas cajas de libros “muertos”. En definitiva toda su experiencia mundana era mayor que la del pobre enamorado de Cordelia. Así se lo dijo a Lorenzo al Cubo al regresar del baño, mientras se servía otro trago de aguardiente con limón, el

último, y antes de que Lorenzo hiciera un chiste con algo que él después tomaría muy en serio:

—Con esos dos libros, y el del tao, casi que puedes montar un taller de putería, Enildo.

El chiste fue casi exacto. Solo que en lugar de Taller de Putería Enildo lo llamaría Curso de Seducción, inspirado en el título de Kierkegaard. Y además de usar los libros del danés, y el chino —dos filósofos, coño, un aporte sin precedentes de la filosofía al donjuanismo—, usaría manuales de sexualidad y de psicología, epistolarios clásicos y no tan clásicos —las cartas de la Avellaneda, las de Juana Borrero y Carlos Pío Urbach, por ejemplo—, y claro, algún texto teórico escrito por él mismo, a partir de toda su experiencia. Le jodía no tener el *Tratado del amor*, pero finalmente concluyó que quizás el libro no existía, que tal vez era un invento de los lectores o de los biógrafos de José Ingenieros. Además, el mismo Kierkegaard demostraba que la filosofía y la seducción eran casi excluyentes.

Entonces, varios días después, cuando ya Lorenzo al Cubo estaba en la Isla de la Juventud, entre toronjas, naranjas, mandarinas, mujeres pineras y africanas, Enildo decidió empezar su curso, y decirle casi toda la verdad a La Abuela: ya no estaba trabajando en la escuela, ya no iría más para Batabanó; aunque nunca le aclaró la verdadera causa. Alegó malestar profesional, mucho trabajo y poco salario, incomprensiones y frustraciones, ambiciones, celos y diferencias dentro del claustro profesoral. Y terminó con una frase que halagaría la vanidad herida de La Abuela: Me tienen mucha envidia, Abuela, es eso. La Abuela lo único que pudo hacer fue protestar, quejarse, ¡estudiar tantos años para esto!, pero Enildo la consoló prometiendo que buscaría trabajo como traductor e intérprete en el turismo, pero que, mientras tanto, daría clases particulares, en la casa, en la torre del patio, porque él tenía que luchar los pesos, él sabía que la pensión de su abuela no alcanzaba, mañana mismo abriré la matrícula, y le dio un beso.

12

El cuerpo sigue siendo menos denso que el agua, pese a que el frío pesa, y el cansancio, el asma, la memoria, las premoniciones, pesan. El cuerpo es claraboya humana entre las ondas circulares del mar amanecido. El sol, recién nacido, pesa. O más bien, lo que pesa es la certeza de que el sol está jugando a ser un tenue sol ahora, posado sobre el litoral indefinido, para luego caer con todo su peso ígneo sobre la espalda de Enildo, sobre la sed de Enildo, para morder inmisericorde cada centímetro cutáneo, cada célula, mientras dure aún la superficie como espacio habitado, punto de partida y de regreso, de apoyo y de palanca, de esperanza y de desesperanza.

El agua pesa. Toda esa masa de hipócrita azul, toda esa mezcla natural de hidrógeno y oxígeno, mezcla innatural de amor y odio, de valentía y miedo, pesa. Debajo, encima, en los costados de Enildo Niebla, pesa. Es como un cepo líquido, un cepo circular, infinito, ambidextro, antiEnildo. Él lo sabe. Se da cuenta en el cansancio y en el peso de sus propios brazos. Se da cuenta en el miedo, en la inminente llegada de los dueños del mar, los tiburones, cuerpos fusiformes que no le darán tiempo a nada, él pataleando y las aletas dorsales merodeando, y las cabezas anchas y achatadas dando vueltas, cartílagos y músculos, mandíbulas y dientes, ¡Virgencita, por Dios!, que no lleguen. Mira a su alrededor. El mar sigue sereno. Ahora recuerda la canción infantil, *la mar estaba serena, serena estaba la mar*, letánica, cambiando solo las vocales, *le mer estebe serene, serene estebe le mer*, qué bien cantar para ahuyentar el miedo, *li mir estibi sirini, sirini istibi li mir*, para que no aparezcan los verdaderos dientes de este cepo líquido.

Los brazos pesan demasiado, como si llevara muchas horas remando. Ay, ojalá, ojalá remara, ojalá tuviera simplemente que gritar, ¡tiburón a babor, tiburón a estribor!, como los marineros. Pero no, serán ellos, los jaquetones, los azules, los blancos, los que dirán entre dientes, ¡hombre a babor!, bajito, para que él no los oiga, ¡hombre a estribor!, moviendo con malicia los pequeños ojos. Y yo sin garfios, coño, sin arpones de mano, sin fuerzas, dispuesto a

ser bocado fácil, obligado a integrar con mi sangre este puré de plancton, mis uñas entre las medusillas, entre los huevos de los peces y moluscos, mis ojos confundidos con las ostras, picoteados por los cangrejillos, dándole otro color, el rojo intenso, a esta masa flotante de sabores marinos, adulterándola, jodiéndola.

Traga agua. Mueve la cabeza. ¿Por qué vas a ser tan pesimista, Enildo Niebla? Pueden venir los guardacostas. Puedes, en cualquier momento, sentir el ronroneo de un motor, el vaivén de los olas, y ver aparecer el lomo de una "Griffin", gris y ruidosa, la banderita cubana en lo más alto, ¡hey, hey!, agitando los brazos, ¡aquí, aquí!, y un patrullero lanzando un salvavidas al agua, cerca de ti, dándote gritos de ánimo, ¡calma, calma!, ¡apoyáte en él!, ¡no te desesperes! Claro que sí. Se calma. El mar sigue sereno y monótono como en la canción infantil, no hay aún motor, pero tampoco aletas, *lo mor ostobo sorono*, no tiene por qué pensar siempre lo malo, *sorono ostobo lo mor*, tal vez Lorenzo y los demás llegaron a la costa, han avisado a la patrulla, y ya lo andan buscando, tú eres Enildo Niebla, ¿no?, *lu mur ustubu surunu*, naciste en zurrón, ¿no?, ay, pero cómo pesan los brazos, *surunu ustubu lu mur*.

Estaba confundido, mareado. El sol subía, ganaba intensidad, disipaba la bruma. Ahora podía ver, como nunca antes, la serenidad del agua, su casi solidez azul, extensa, tenebrosa. "The sea", pensó. Solo eso, un pensamiento no, una frase, una frase no, un sintagma, el artículo y el sustantivo, the sea, the sea, the sea, vocablos que giraban en su mente, circulares como el litoral, inabarcables.

Cambió de postura. Dejó de nadar al estilo perrito, tan cómodo, tan fácil, pero tan estático, y se abolló de nuevo. Ahora recordaba a su tío Bárbaro, cómo agradecerle que lo hubiera empujado aquella tarde a la piscina del tío Estanislao, él jugando, con ocho o nueve años, entretenido con las piedras que adornaban el césped junto a la piscina, y tío Bárbaro borracho, quién ha visto que un Niebla le tenga miedo al agua, y ya está Enildo en el recuadro azul, manoteando, gritando, y La Abuela gritando también, no seas bárbaro, Bárbaro, y tío Bárbaro riendo, viendo cómo el sobrino se defiende del agua, a manotazos, con los ojos cerrados, braceando, quién ha visto que un Niebla no sepa nadar, y tú pensando que tío Bárbaro se lanzaría a rescatarte pronto, ahora, pero él ahí, parado en el filo, sobre los azulejos, mirándote y riéndose, y tú tragabas agua, más agua, te hundías, pero pensaste que tenías que aguantar, que si te hundías del todo el tío no te vería porque estaba borracho y no podría saltar a rescatarte, tú luchando por no perderte de la superficie, y los gritos de La Abuela, ¡el niño, Bárbaro, el niño!, y

Bárbaro, ese es un hombre, es un Niebla, retrasando el rescate mientras te viera con fuerzas, con ánimos, que de eso se trata en la lucha contra el agua, el agua es hipócrita, parece mansa pero lo que hace es ablandar el ánimo, engarrotar las fuerzas del que cae en sus redes —nunca mejor dicha esta frase manida: el agua es una enorme red, las propias redes son también sus víctimas—, la maldita agua, el maldito Bárbaro, pero ya ves, las cosas de la vida, cómo agradecerle ahora, cómo pagarle ahora que se lanzara a la piscina en el último instante, que te dejara luchar contra aquel elemento indomable, calculador y frío, antropófago; cómo pagarle que no te sacara rápido, que no se condoliera de ti, los bracitos apretados a su cuello, las lágrimas mojando el agua, salando el agua, la vocecilla cortada por un hipo de miedo y por sorbos de un agua cada vez más salobre, que no le hiciera caso a los gritos de La Abuela, sácalo ya, Bárbaro, ni al vozarrón militar de Estanislao, dando casi una orden, saca ya al niño, Bárbaro, qué va, qué va, ahora te sostenía, ahora te repetía que los Niebla tenían que saber nadar, que te tranquilizaras, que te apoyaras en él, no llores, no llores, pero no me dejes, tío, y él, más tío que nunca, más tierno que nunca, no llores, Enildo, y te apoyó en sus brazos, y te explicó que el agua es una cosa viva, que se asusta si los demás se asustan, que hay que tratarla con amor, con suavidad, sin prisa, y las voces de La Abuela y Estanislao se fueron ahogando, no sabían nadar y se ahogaron muy pronto en los tremendos remolinos que hacían tus brazos, en los huecos de agua que hacían tus piernas, poco a poco, así, bien, y cuando tío Bárbaro quería salir, tú querías seguir aprendiendo, qué magia esto de estar flotando sobre el agua, qué magia este poder avanzar sobre otro cuerpo vivo, como ahora, gracias tío Bárbaro, mil gracias, cuando regrese tendré que decírtelo.

Cambió de estilo, comenzó a nadar crol y olvidó por un instante que no sabía hacia dónde nadaba. Pensó en Yindra, ella era como el mar, serena como el mar, eterna como el mar, indomable y desorientadora. Pensó en los tiburones, pero hizo como si sacudiera la cabeza, como si diera un manotazo sobre una mesa para cambiar de pensamiento: ¡ya! Pero era imposible. El miedo tenía dentadura filosa y ojos pequeños y aletas y mandíbulas de hierro. Lo raro es que a su mente no venían los grandes escualos que había visto, de niño, en el Acuarium, ni los enormes tiburones de los libros de texto; a su mente venían las escenas de Spielberg, los bañistas corriendo por Amity Island, el primer plano de una cabeza chata como nunca había visto el oceonógrafo Hopper, qué miedo, Dios

mío, absurdo este temor hacia una máquina del cine y no hacia los escualos verdaderos, los del Acuarium de La Habana, los que deben de estar ahora mismo olisqueando algún lugar del agua, preguntándose dónde está el desayuno, el condimento que le falta a este puré de plancton. Volvió a dar un manotazo sobre la mesa imaginaria, ¡ya!, pero los brazos le dolían demasiado, él no podía ser el héroe, el Martin Broddy de sí mismo, él tenía miedo y sueño y hambre y cansancio y asma: que desaparezca toda la bruma ya, por Dios, que duela el sol, no importa.

13

La Abuela lo aceptó, pero le preocupaba todo aquello, y encontró la única solución a su alcance:

—Claro, mijo, te lo dije: tantas mujeres, tanta envidia, te tienen enredao, mijo… Hazle caso a tu Abuela, Manolo es el mejor santero de La Habana, mira a su hijo, el tal Rogelio, mira dónde está ahora, a lo que ha llegado: ¡por Manolo! Y mira a Carmen, su vecina: ¡por Manolo! Allí van médicos, ingenieros, militares, ¡hasta los pinchos van allí, escondidos!

Ya varias veces La Abuela había intentado llevar a Enildo a verse con Manolo, una limpieza nada más, Enildo, pero él se negaba. La Abuela le ha rezado a todos los santos para que su nieto se proteja, para que se despoje y se haga un resguardo, ¡que hay mucho mal de ojo, mijo! Ahora Enildo no tiene ni fuerzas ni deseos ni porqués para negarse. "Todo ha salido mal", piensa, "¿tendrá razón Abuela? Nada pierdo con probar". Pero de todos modos dice que no, se levanta y le dice con tono lastimero, conciliativo:

—Tú sabes que no voy a ir, Abuela.

Enildo es ateo por formación y materialista por convicción. Ya no la escucha. La Abuela sigue hablando de lo bueno que es Manolo, de lo inocuo que es probar, nadie lo sabrá, un resguardo pequeño, pequeñito, escondido siempre en el fondo del bolsillo, o un pañuelo rojo, o un cinto rojo, donde no se vea, pero Enildo abre la puerta del viejo Frigidaire, bebe agua, va hacia el cuarto (La Abuela va tras él, hablando), abre el escaparate, lo cierra de nuevo (La Abuela va tras él, hablando), sale al patio, entra a la cocina, escurre el jarro del café, sigue hacia la sala, sin oírla (La Abuela detrás de él, pero él lejos de todo).

—Ya, Abuela, all right, okey —dice de pronto, deteniéndose—: ¿cuándo vamos?

Lo pensó bien. En definitiva, ¿qué pierde? Lo expulsaron de la escuela, no tiene trabajo, está vacío como un bolsillo vuelto al revés.

—Okey, Abuela, vamos donde Manolo, ¿cuándo?

—Esta misma noche —dice La Abuela, incrédula aún, dándole inmediatez a la visita para evitar que se arrepienta.

—Muy bien —dijo Enildo, y juntó las manos en falsa actitud religiosa, burlón, y miró hacia el techo como si equiparara a Manolo con el Ser Supremo, y continuó, como si recitara para él mismo—: Okey. I'll go with my grandma to see the great sorcerer…

—¡Bah!… *Chuchichichulichalappi*… —chamuscó La Abuela para burlarse de aquel palabrerío inglés que ni entendía ni soportaba.

Manolo vivía al fondo de un pasillo, tras una reja en la que un cartel decía: *Cuidado con el perro*. Enildo abrió la reja y pensó que el cartel estaba puesto para que nadie le plantara el pie encima a ese pobre perrito que parecía un roedor, de tan pequeño, y que ahora una mujer llamaba a gritos haciendo más grotesco su tamaño: ¡León, León, entra!

—Buenas tardes —dijo Enildo al llegar a la puerta de la casa, en un lateral, sosteniendo el brazo de La Abuela. Era una amplia habitación muy poco iluminada, una sola bombilla y las paredes pintadas de carmelita, sucias. Dos mujeres, negras como las manchas en el lomo del perro, conversaban con un hombre de mirada hosca, un tabaco enorme en los labios, cuarentón, oscuro y brilloso como un senegalés sudado, pero vestido de blanco desde la gorra bolchevique hasta los grandes botines de tacón alto. Enildo pensó, "así que este es Manolo". Pero nadie respondió al saludo.

—Buenas tardes —dijo La Abuela, adelantándose.

—Eh, Abuela —dijo una de las mujeres, adelantándose también, con una risa de dentadura blanca y encía rosada, demasiado húmeda la boca de dientecillos minúsculos y labios pronunciados—. ¿Cómo está? ¿viene a ver a Manolo? Pase, pase…

—Este es mi nieto —dijo La Abuela señalando a Enildo y mandándolo a pasar con ella. Los otros no dijeron nada. La muchacha de la sonrisa total asintió, con una expresión neutra que todavía era parte de la sonrisa anterior, pero que ahora no dejaba ver los dientecillos sino la encía rosada, húmeda, sin poder esconderla.

El hombre del tabaco y la blanca vestimenta no dijo nada, se levantó y salió de la casa dejando una bocanada de humo flotando en la penumbra de la sala. Enildo pensó ahora: "Ah, ese no era el santero".

—Ahora viene Manolo, Abuela —dijo la otra mujer.

Esta parecía más joven, tenía un rostro menos agradable pero una mirada más ingenua, resaltada por lo poblado de las cejas. Enildo no hablaba. Se entretuvo mirando cómo se reflejaba un

redondel de luz sobre la frente de la muchacha, algún haz que chocaba y se expandía sobre la lisa piel de aquella frente negra, grande, que parecía aún más grande por aquel tipo de peinado, el poco pelo bien echado hacia atrás, pegado al cráneo, atado tras la cabeza con una liga elástica.

Cuando entró Manolo salieron las muchachas. A Enildo todo le parecía extraño, esotérico, oscuro. Al verlo se sorprendió. Pensaba hallar al clásico santero, viejo, gordo, canoso, vestido de blanco y lleno de collares, con cara de sabio africano, serio, imponente, y ahora le estrechaba la mano a un hombre joven, de treinta y tantos años, flaco, despeinado, con un mocho de tabaco en la boca.

—Así que este es el hombre —fue la primera expresión de Manolo, estrechando la mano de Enildo y mirando a La Abuela.

"Así que ya La Abuela te había hablado sobre mí", pensó Enildo, desconfiando ya de todo lo que Manolo pudiera decirle.

Manolo y La Abuela hablan, y Enildo se entretiene escuchando el raro tono de voz de aquel Manolo milagroso. Era el clásico tono de los santeros y paleros, una voz que malpronunciaba las palabras, malconjugaba verbos, hacía chapucerías fonéticas que a Enildo, sin saber al principio por qué, le molestaban. No eran las palabras en sí, entrecortadas y mal dichas, lo que aumentaba la desconfianza de Enildo, sino que tales expresiones salieran de la boca de aquel hombre que estaba sentado frente a él, que parecía un advenedizo, un impostor en ese tipo de lenguaje. Así hablaban los taitas de las aventuras infantiles, así caracterizaban en la televisión y el cine a los cimarrones, a los esclavos domésticos, a los negros curros y bozales de hace dos o tres siglos. Así pueden hablar, a veces, mientras son aprendices del idioma, algunos extranjeros. O los santeros y paleros, sí, pero estando en trance, cuando están "montados", porque esa es la voz de los espíritus, porque los espíritus no pueden hablar igual que los mortales. Pero tú no estás en trance aún, Manolo, no estás "montado" aún, no me estás consultando todavía. ¿Que le ha pasado, entonces, a tu voz? ¿Ya no sabes hablar si no es "en taita"? ¿Así hablarás en la bodega, en el hospital, así pedirás el ticket para el cine, así enamorarás a las muchachas? (¿Pero tendrás que enamorarlas? ¿No te bastará con meter el nombre de la hembra en la prenda y hacerle un trabajito?). ¿Te habrás metido tanto en esto, Manolo, que ya tu voz no existe, que ya no puedes escapar de los espíritus? ¿No serás un espíritu, Manolo?

Empezó a sentir miedo. Se mareó, sacó el salbutamol y abrió la boca, pero en lugar de bombearse se quedó mirándolo. Manolo y La

Abuela hablaban, sonreían. El mocho de tabaco iba constantemente de sus labios a sus dedos y de los dedos otra vez a los labios, apagado y desflecado en la boquilla. Manolo no era tan negro como las mujeres, ni como aquel senagalés sudado y vestido de blanco. Era algo amulatado, tenía la cabeza triangular, la frente ancha y la quijada fina, con los ojos pequeños y muy separados.

—Vamos —dijo La Abuela tocando a Enildo por el hombro, poniéndose de pie con el santero.

Al fondo, junto a un enorme y encorvado cocotero, estaba su cuarto de trabajo. Traqueó la rústica puerta de madera al abrirse, arañó la tierra con el último palo y se quedó temblando, medio abierta.

—Siéntense —dijo Manolo dándole la espalda. La Abuela se dejó caer en una silla colegial con el respaldo destornillado en una parte, y Enildo en otra, coja de una pata. Vio a Manolo de espaldas. Vestía una camisa a rayas y un pantalón oscuro. Los calcañales asomaban, costrosos y cuarteados, sobre los contrafuertes de unos zapatos que usaba a modo de chancletas.

En una esquina del cuarto estaba la prenda: hierros oxidados, el esqueleto de una cabeza de toro con uno de los cuernos roto hacia la base, hierba seca, palos, trapos, una vela encendida, un tabaco sin empezar, un plato de aluminio con quilos y otro con pesos y monedas, varias cazuelas con hierros, arandelas, clavos, tornillos, tierra. El conjunto desprendía un mal olor indescriptible. Enildo se pasó el puño por la nariz y miró hacia La Abuela: estaba contenta, estaba, al fin, ayudando a su nieto.

Manolo, después de buscar y rebuscar en un estante de madera, se sentó frente a ellos. Ahora sí. Ya va a empezar la ceremonia. Enildo está mareado, no puede evitar el nerviosismo. Manolo tiene sobre las piernas un tablero de madera y entre las manos caracoles pequeños que suenan al más leve movimiento. Inclinado por encima del tablero pone una mano sobre el piso de tierra e invoca a sus muertos. Acto seguido reza un padrenuestro que en su voz parece un trabalenguas. Bate y remueve los caracoles y masculla la misma extraña jerigonza. De pronto, se detiene y se los pasa a Enildo, que duda un poco pero que ya tiene los caracoles en la mano, y ya Manolo le dice que los mueva, y ya los mueve, y ya Manolo le dice que les pida algo, lo que él quiera. Pero Enildo vuelve a dudar, mira a La Abuela como buscando ayuda y ella le dice con los ojos, pídeles algo, lo que quieras, hijo, pídeles. Esa mirada le dio confianza. Los batió bien, como si fueran numerosos y pequeños dados de un extraño cubilete, y comenzó el pedido: “Que consiga

trabajo… que me acepten de nuevo en la escuela… que fructifique lo del curso nuevo… que Yindra aparezca este fin de semana…". Piensa que ya está bien. Le devuelve los caracoles a Manolo y este reinicia su jerigonza, su extraño padrenuestro.

—¡Dice Ellegüá! —grita Manolo y lanza los caracoles sobre el tablero. Durante unos segundos escudriña la formación que han hecho—: Hum… ¡48!… Santa Bárbara… —y apunta en un cartón el número.

—¡Dice Ellegüá! —grita Manolo y vuelve a lanzarlos—: ¡57!… La Santísima Caridad del Cobre—. Y vuelve a escribir sobre el cartón el número.

—¡Dice Ellegüá!: ¡48!

Enildo mira fijamente la formación de los caracoles sobre la madera.

—¡Dice Ellegüá!: ¡57 otra vez!

Los caracoles emiten un sonido agradable: al chocar entre sí, al chocar con el tablero, al rozarse con las manos de Manolo.

—¡Dice Ellegüá!: ¡66!… Ellegüá.

—¡Dice Ellegüá!: ¡103!… Obatalá.

Enildo ha ido perdiendo el nerviosismo, ahora lo mueve la curiosidad, el juego secreto de Manolo con los caracoles.

—¡Dice Ellegüá!: ¡101!… Ellegüá Ochún.

—¡Dice Ellegüá!: ¡102!… Oggún.

Manolo ha ido escribiendo en el cartón todas las cifras cabalísticas. La Abuela sigue atenta, ensimismada, los movimientos de sus manos. Ahora Manolo pone los caracoles dentro de una lata y pone el cartón con los números sobre el tablero. Los mira, frunce el entrecejo, cambia el mocho de tabaco de una esquina de la boca a la otra, y con la punta del lápiz comienza a unir, de dos en dos, los números. Cuando termina, mira a Enildo y empuja con el labio inferior el mocho de tabaco hacia arriba, de modo que la punta casi le roza la nariz.

—48 y 57… —dice, y se quita el tabaco de la boca—: Tú ser hijo de la traición, Enildo.

Enildo abre los ojos y esboza una sonrisa incrédula. Pasará a la ofensiva, que engañe a otro con ese cuento. Pero Manolo se le adelanta:

—Piénsalo: una mujer, un amigo, un compañero de trabajo, alguien.

Aquí Enildo vuelve a dudar, pasa a la defensiva: ¿lo de Rebeca habrá sido un chivatazo? ¿Será por venganza la actitud de Ruth?

—Alguien tú ayudar, y traiciona a ti… —ahora la ofensiva de Manolo es total, infalible, directa—: ¿Verdad o no? ¿Sí o no?

—Es posible —termina por decir Enildo, bajito, como si le diera pena. No puede afirmarlo, pero tampoco negarlo categóricamente. Manolo pisa tierra firme, conoce su negocio: un punto para él. Ahora vuelve a la carga. Enlaza otros dos números y dice:

—Tú a veces no tené deseo de hacé na, to da iguá… ¿cierto?

Enlaza otros dos números y sigue:

—Tiene que tené cuidao con bultos que te den, no tocá cosas que te den pá vendé…

Enlaza otros dos y sigue:

—Tiene que tené cuidao cruzá calle, si no tiene deseo salí, tú no salí…

Enlaza los dos últimos:

—¡Hum!… Una saya… una mujer te quié hacé daño…

Todo lo decía con su tono de falso negro bozal, de falso espíritu, pero con una seguridad tremenda, como si fueran consejos únicos, verdades únicas a una persona única. ¡Pero Manolo! ¿Tú no has estudiado probabilidades? ¿Quién no está expuesto a la traición, Manolo? ¿Quién no se cuida de vender nada en estos tiempo? ¿Quién no se cuida al cruzar una calle? ¿Y qué hombre joven no tendrá “una saya” acechándolo? ¿Hasta cuándo, mi socio Manolo? Gracias, viejo.

Enildo es un ateo incorregible y ahora toda la desconfianza se le agolpaba dentro.

—Hijo, tú tené un mal de ojo… mala lengua hace daño… por eso se te cierra lo caminos…

“Eso es verdad, eso sí que es verdad, tengo cerrados todos los caminos”, piensa.

—Mira, tú va a traé —arrancó un pedazo de papel de una libreta vieja—, tú va a traé un coco, un vela, un tabaco, el alcó y flore bianca, y va a ví pa hacé limpieza, pa hacé reguardo, mijo —le dio el papel escrito con una letra pésima, casi con la misma ortografía con que hablaba—. Y tú va a ve cómo se abre camino, cómo tú va p’lante.

La Abuela se puso de pie y Enildo la imitó. ¿Esto era todo? Manolo retomó los caracoles y comenzó a frotarlos. Dijo su jerigonza y los lanzó sobre el tablero:

—¡Dice Ellegüá!: 17… hum, San Lázaro. Son 17 peso, mijo.

Bien. 17 pesos por “el trabajo” y 2.10 por la visita: solo 19.10 por abrirte los caminos, por sacarte adelante, qué más quieres,

Enildo. No valía la pena negarse, si ya estabas en eso, no mortificarías a La Abuela.

A los tres días estabas otra vez frente a la prenda, con los claveles, el alcohol, un tabaco y una vela dentro de un bolso Adidas.

—Me falta el coco, ni siquiera la mata de la casa tiene.

Manolo coloca la vela y el tabaco en un plato, en el suelo, reenciende su viejo mocho (¿será el mismo?) en la llamita de la vela ya casi gastada, pone las flores en un pomo con agua y se queda con el pomo de alcohol en la mano.

—No importa, luego tú vení a ve si cayó alguno —señalando al cocotero junto al cuarto. Párate aquí.

Lo toma de la mano y lo para frente a las cazuelas.

—Un paso atrá —dice. Enildo retrocede sin apartar la vista de los hierros, las flores, la vela de llamita temblorosa, la cabeza de toro maloliente.

Manolo recita su jerigonza introductoria y luego el padrenuestro y a Enildo vuelve a molestarle aquella voz gangosa, tan falseada. Manolo hace un círculo de alcohol alrededor de Enildo y se frota las manos. Pone las yemas del índice y el dedo del medio sobre la línea curva del alcohol, toca después con ellos la llamita y enciende un círculo de fuego.

—Sacúdete —le dice, y Enildo trata de imitar los gestos del despojo santero que ha visto en el cine o ha visto hacer a La Abuela. El fuego va extinguiéndose.

—Un paso atrá —dice Manolo y lo empuja levemente. Ahora hace un charquito de alcohol delante de Enildo. Vuelve a frotarse las manos. Vuelve a untarse los dedos en el alcohol, toca la llamita de la vela y enciende el fuego. Una pequeña pira arde delante de Enildo. Manolo lo toma de las manos y le ordena que gire con él alrededor del fuego. Enildo está otra vez nervioso, se deja guiar, siente el vapor, contempla cómo el fuego se arremolina bajo sus brazos, frente a su cuerpo, entre ellos dos que giran.

—¿Ve? —dice Manolo señalando hacia el fuego—. E la envolvencia, mijo, el mal de ojo —y le muestra el remolino roji-azul de la pira. Su voz deja notar orgullo, seguridad, satisfacción por el trabajo hecho. Es la envolvencia, dice. Y Enildo piensa: “Eso es efecto físico, Manolo, si nosotros giramos gira el aire y el fuego tiende a formar remolinos, eso es física de octavo grado, mi socio Manolo”.

El fuego ha ido extinguiéndose y Manolo termina de apagarlo de un manotazo. Ahora toma las flores, las rocía de alcohol y coloca a Enildo otra vez frente a la prenda. Le pone las flores en la cabeza,

traza una cruz con ellas, y de ahí las arrastra sobre su cuerpo, brazos, piernas, frente, cara, espalda, subiendo y bajando, dejando algunos pétalos sobre su ropa, sincronizando el movimiento del despojo con el ritmo de su jerigonza y de su padrenuestro.

Termina el despojo y arroja las flores sobre el seco montón de vicarias, claveles, escoba amarga, paraíso, rosas.

Enildo se sienta y en ese mismo instante traquetea el portón de madera y entra La Abuela que esta vez se había quedado en la sala, hablando con las dos muchachas.

—¿Ya? —pregunta, mientras Manolo recoge tres claveles del suelo, sin tallos, que se habían desprendido durante el despojo. Las envuelve en papel y se las da a Enildo.

—Déjala caé en cuatro esquina, onde tú no pasa…

Enildo ha tomado el pequeño envoltorio con un rictus de sonrisa incrédula.

—Tú va a ve, mijo… to se arregla. Ven mañana pá date reguardo.

Enildo mira hacia La Abuela con una expresión que vista desde algún lado quiere decir “ni te imagines que vendré de nuevo”, pero que vista desde otro lado quiere decir “¿estás conforme?; ya lo he hecho”. Saca un billete de viente pesos y se lo da a Manolo, con propina y todo.

—Gracia, mijo —dice Manolo, pero Enildo no tiene deseos de ser cortés ni deferente.

—Al fin, mijo —dice La Abuela cuando ya están solos en la casa —. Tú verás ahora cómo se te abren los caminos.

Pero Enildo no confiaba mucho, o mejor dicho, nada, en el famoso santero (o palero, no conocia bien la diferencia). Así que de todo lo que le había pedido a los caracoles milagrosos, emprendió, únicamente, aquello que dependía de su esfuerzo personal, no de fuerzas externas. A la semana ya estaba preparando las clases del Curso de Seducción, la nueva empresa con la que ganaría los pesos para su sostén y el de La Abuela. Y a los diez días ya lo había empezado. Mientras La Abuela lo creía farfullando vocablos en inglés, en su torre, él impartía métodos y medios para conquistar féminas; en lugar de Shakespeare se leía a Lao Tsé, en lugar de idiomatic expresions estudiaba piropos y galanterías, en lugar de english habits and customs estudiaba las costumbres y hábitos de las mujeres habaneras.

14

Enildo había organizado su programa de clases a partir de su larga y fructífera experiencia. Tenía en cuenta, como en los juveniles campeonatos de donjuanes, el tipo de mujer, su estado físico, su edad, su posición social, su estado civil, no ya para evaluarlas, sino para trazar la estrategia mejor en las conquistas. Y gracias a su fama de gran conquistador, de seductor invicto, no le fue difícil conseguir alumnado. Lo halló a montones entre los jóvenes del barrio (aunque incluso los buscó en el Diezmero), y estudiantes de preuniversitario, y solteros fatales hasta entonces con las hembras, un aula llena de seres muy disímiles: desde el bisoño Gustavo Enríquez, el benjamín de clase, solo catorce años pero tremendas perspectivas y entusiasmo, hasta un señor mayor, un viudo alegre.

Todo funcionaba bien: había metodología, hondo conocimiento de la materia, buena y amplia bibliografía, facilidad de exposición del profesor, experiencia docente y habilidades pedagógicas. Podía venir cualquier metodólogo, o venga usted, señor ministro, ¿a quién desea conquistar este fin de semana?

Había tomado con tanta seriedad el asunto que estudiaba hasta la madrugada y preparaba cada clase con más esmero que las de inglés que daba antes. Él aquí lo era todo: profesor, delegado, jefe de cátedra, director, metodólogo. Cobraba veinte pesos mensuales por alumno y ya tenía veinticinco. Tampoco era muy agotador: una clase semanal de dos horas, con quince minutos de receso reglamentario, incumplido casi siempre porque a todos se les pasaba el tiempo volando, entre cartas de amor, poemas, anécdotas y risas.

Enildo recibía a los muchachos —así los llamaba aunque tenía cuatro mayores que él y uno que podía ser hasta su padre, El Temba — a las ocho de la noche, en la torre hemingwayana del patio. Era el lugar idóneo, por su soledad, por su aislamiento, y porque La Abuela no podía subir las escaleras y sorprenderlo hablando, por ejemplo, de la importancia de halagar en la mujer aquella parte de sí, espiritual o física, en que ella más desconfiase.

Casi todas las clases eran teóricas, pero en las pocas clases prácticas, se divertían mucho. Eran clases evaluativas, salían en pequeños grupos de cuatro, o en parejas, e iban a plazas públicas concurridas por hembras —Galiano por las tardes, el Bulevar, La Rampa, el Coppelia, las playas del este— y Enildo se abstenía de participar en la "redada"; soltaba a sus cachorros junto a las inocentes y frágiles presas, ignorantes de la profesionalidad de sus pupilos. Los evaluaba individualmente. Cada uno tenía su expediente, su *currículum conquistae*, con estadísticas y todo, como tiene que ser, decía Enildo.

En las clases prácticas lo primero era evitar el apresuramiento, los pasos en falso, las groserías, las desmesuras, o el "gastar balas por gusto": si una muchacha tiene la categoría de inconquistable, déjala; si insistes y fracasas, perderás más puntos. Para empezar, en un primer encuentro, bastaba conseguir algún detalle de confianza: el nombre, la dirección, el centro de trabajo o la escuela en que estudia, el número telefónico, algo que garantizara un segundo encuentro. Ya en las segundas y terceras ocasiones las técnicas cambiaban y los niveles de triunfo debían ser más evidentes (besos, manos cogidas, caricias, o lo máximo, sexo), de modo que las posibilidades de fracaso también eran mayores.

Solo a veces, cuando había una presa superior, inalcanzable para sus alumnos, buena para él lucirse, Enildo le pedía a los muchachos que observaran, y, con toda maestría y profesionalidad, con estilo y limpieza de movimientos, con habilidad y carácter, asumía su papel de Seductor Supremo, de Máximo Conquistador del Territorio. Eso fue lo que sucedió, no lo olvidaría nunca, una tarde frente al Hotel St. John, casi a la hora del crepúsculo, cuando ya se iban al Malecón a refrescar, a computar los resultados de la jornada. De pronto se detuvo estupefacto a contemplar a una muchacha de ojos azules, se detuvo, fíjense bien, no a mirarla, sino a contemplarla, como frente a un cuadro, oh, los ojos aquellos, los labios aquellos, el pelo negro y revuelto, la esbelta y elegante figura, la fuerza del porte. Les hizo una seña a los muchachos, ordenó silencio para concentrarse, y en apenas unos minutos de somera charla supo que la muchacha se llamaba Yindra, Yindra Skármeta Llórens, y le dio su teléfono, y él no tenía teléfono pero sí, la llamaría, y sin un beso no te puedes ir, preciosa, me dejarías huérfano, los finos labios sobre su cara izquierda, ¿pero eso nada más?, ¿no hay un beso más íntimo?, y los muchachos aplaudieron como locos viendo cómo los labios más increíbles del mundo se posaban sobre los labios especialistas de su maestro. Luego ella se montó en un auto

extranjero, dijo adiós desde la ventanilla, y él enseñó, como magnífico botín, un papel con su nombre y el número de su teléfono. Este día no lo olvidaría nunca.

Enildo llegó a enamorarse de ese trabajo clandestino. Ganaba buen dinero, trabajaba y se divertía, se mantenía vivo. ¡Ah, deja que Lorenzo al Cubo vuelva! ¡Deja que se entere! Y así fue. Lorenzo al Cubo estuvo horas riéndose de aquella locura de Enildo, no podía creerlo, pero Enildo le enseñaba los programas de clases, la bibliografía consultable, el registro de asistencia, y Lorenzo al Cubo se reía cada vez más y empezó a entusiasmarse. Enildo también disfrutaba contando las polémicas que se suscitaban en las clases teóricas y las incidencias más divertidas de las clases prácticas, miles de anécdotas y chistes: dos muchachos fajados por la misma hembra, El Temba que ligó una jovencita en Bacuranao y por poco le da un patatús, la ligó y a la cama, o mejor dicho, a la arena, detrás de una palmera, desnudo el viejo como un adolescente bajo aquel cuerpo febril y alucinante, desnudo y asustado, desnudo y boquiabierto, boquiabierto y que le falta el aire, que le duele el pecho, y corre, Enildo, corre, que este señor se me ha quedado tieso, y todos corriendo, ¡paren un carro, que se jode El Temba!; o el soberbio gaznatón que le dieron a uno de los muchachos en el segundo encuentro; o aquella negrita que dio seis gaznatones consecutivos a seis distintos seductores en el primer encuentro; o la rubia gordita a la que le dio un ataque de risa, carcajadas burlonas, pero qué muela es esa, niño, qué cheo, qué anticuado, partida de la risa con los dos primeros, pero qué es esto, ¡poemitas y todo!, doblada de la risa con los otros dos, pero, pero…, llorando de la risa con el último que le llevaba incluso un ramillete; o al chino Wong cuando se le fue un peo enamorando a una preciosa camarera en el Bulevar; o el día que hubo un accidente de tránsito y uno de los alumnos auxilió a una ciclista, herida la pobre en las rodillas, la auxilió y la sedujo, como era lógico, la ligó, la llevó al hospital, y ya en el hospital conquistó también a una enfermera y casi liga a la hermanita de la ciclista herida y conquistada, tremendo día para el tipo, excelente en la evaluación, ¡bravo, Gustavo!, y eso que eres tan joven, ¡eres un bárbaro, Gustavo!, serás el monitor a partir de ahora; o aquel que cayó preso enamorando a una mujer policía, qué falta de respeto es esa, jovencito, muy seria la mujer, incrédula al principio, pero el muchacho aplicando la más difícil de las técnicas, exagerando la irresistibilidad de los encantos femeninos de la uniformada, usted es hermosa hasta vestida como un hombre, y ella más seria aún, pidiendo documentación, abróchese la camisa, y no

hable, ¿ah, pero no trabaja?, y estuvo tan fatal el seductor que por allí pasaba una patrulla, el pobre, empequeñecido, mirando a Enildo desde la ventanilla del asiento trasero con ojos de Tenorio degollado, sáqueme de aquí, profe, pero ellos, parados en la esquina, muertos de la risa, partidos de la risa como Lorenzo al Cubo ahora.

—Estás loco, Enildo —decía Lorenzo al Cubo lleno de admiración, y Enildo le contaba, ya serio, que estaba contento, ganando buen billete, además, había conocido muchachos muy chéveres, como Gustavo, como El Temba, el del patatús, y que, lo mejor de todo, aún mantenía una relación extraña con la tal Yindra, la niña aquella de la que te hablaba, una fuera de serie, una verdadera Criollita de Wilson, un 5+++: the best, the maximum.

Enildo nunca ha sabido por qué, en definitiva, acabó con el Curso de Seducción. Hubo muchos factores, pero ninguno fue el supremo desencadenante. Por un lado, aunque La Abuela pensaba que él impartía un curso de inglés, como tantos otros en La Habana, nunca había visto con buenos ojos ese entra-y-sale de su casa, aunque fuera en la torre del patio, no importa, refunfuñaba siempre, alegaba que Enildo no tenía papeles, licencia para dar clases como profesor privado, que todo era ilegal, y, la verdad, siempre existía el miedo a que lo descubrieran, a que la gente del comité dijera algo. Sobre todo en las últimas semanas, después de los últimos aportes de Gustavo. Gustavo era el mejor alumno, el más aventajado —hasta le había tumbado una novia a Enildo—, pero también era el más maldito. Un día trajo bibliografía nueva. Para algo era el monitor, ¿no? Las clases de sexualidad son incompletas, Enildo, hay que saber de todo, hay que ser un león con las mujeres, no bastan los poemitas, las flores, las frases lindas y los escarceos psicológicos, cuando la ligues tienes que ser una fiera en la cama, volverla loca, y eso no te lo dan los manualitos, Enildo, eso, mira, está aquí, en las revistas porno.

Enildo al principio dijo que no, pero pronto el anaquel comenzó a llenarse de *Playboys, Pleasures, Penthouses*, fotos y textos pornográficos donde el estudiantado aprendía poses y posiciones atrevidas, más allá incluso de las posturas del tao, y a qué vienen tantos escrúpulos, mira esta jeba, mira: todo, hay que hacerles de todo, ¿sabes? Y Enildo terminó convenciéndose, aunque a partir de entonces aumentó su miedo. La verdad es que a partir de entonces las clases fueron más movidas, los muchachos atendían más, se hacía un silencio sepulcral mientras Enildo leía los fragmentos que después debatirían, y todos se asombraban de la terminología,

distinta a la oriental de Lao Tsé, y disfrutaban la desfachatez con que esos tipos escribían sobre sexo, y se reían como niños si descubrían alguna erección en alguno de ellos.

Todos terminaron enamorándose de la Buffy Davis.

El encanto de la Buffy es el trabajo bien hecho —leía Enildo—. *Es un talento natural. Intuitiva y maliciosa. Su físico no es privilegiado pero le saca buen partido. El bamboleo de sus tetas, poderosas, simpáticas, cálidas, es de ley. Su grupa encendida, vigorosa, hace estragos en la profesión. Sus meneos son de altura. Un ejemplo: Buffy cabalgando a ritmo vertiginoso sobre la verga de Scott Irish en* Como una virgen. *Un traqueteo rítmico imparable que deja a Irish con la lengua fuera, todo sudoroso y derrengado.*

Aquí Gustavo interrumpía para halagar el cine porno, él estaba loco por ver un filme porno; un marinero amigo de su padre le daba las revistas, y tenía una película, pero él todavía no había podido verla. ¿Se lo imaginan, chen?, nada de fotos, la Buffy Davis en carne y hueso, en movimiento, y el tono de lascivia iba in crescendo, y sus ojos de pícaro miraban hacia Enildo con brillo. Enildo lo mandaba callar y continuaba:

—*Su especialidad es múltiple: blow-job, a la cubana, anal y doble penetración. Con las mujeres se desenvuelve con corrección y hasta con fruición…*

—¡Ah, pero si es tortillera! —decía El Temba, y Enildo lo mandaba callar con un gesto del rostro, sin detener la lectura:

—… *con Kelly Richards en* La escapada sexual, *con Purple Passion en* Delantera de Ébano, *más el refuerzo por la retaguardia con la dilecta Sharon Mitchel. En su libro de performance anotad un meneo con Ona Zee, salvaje, eléctrico, jadeante, memorable*—. Ahora Enildo levanta la vista, observa la cara atónita de sus alumnos, y continúa, citando a la propia Buffy Davis: *Es divertido hacerlo con mujeres. Es diferente y relajante. El sexo siempre me pone a cien. Con las mujeres es más delicado, hay una suavidad que la penetración masculina excluye. Sin embargo para mí hacer el amor con una mujer es una suerte de precalentamiento.*

—¡Pero si es un fogón! —se rio El Temba, interrumpiendo.

—*Necesito ser poseída por un hombre. Mi satisfacción básica es heterosexual*—. Enildo hizo una leve pausa. Él también estaba sorprendido. Esta revista Gustavo la había traído directamente a clase, y Enildo no la había podido leer antes. *"La imagen de marca de Buffy Davis es a pleno culo. Sus prestaciones anales son de categoría. Su contribución en* Orgías anales *son de sombrerazo. Es una especialidad más que satisfactoria*—. Enildo tenía una ventaja sobre ellos: leía y a

la vez contemplaba la foto en la que Buffy Davis estaba tirada sobre el respaldo de un sofá, boquiabierta y perniabierta, en un gesto de éxtasis *salvaje, eléctrico, jadeante, memorable*, entre la lengua de un hombre (¿sería el Scot Irich?, y el espaldar del mueble, rodeada de carteles de otras de sus películas, *Rambo-Nabo (Calibre 37), Citas a ciegas, Como una virgen, Jannette (Ángel de la noche)*, y en todas Buffy Davis, y en todas culos, tetas, posturas que le hubieran provocado un segundo patatús al Temba.

Ahora Enildo continuaba, citando otra vez a la protagonista:

—En el sexo no debes cerrar puertas, sino abrir horizontes. En el sexo no hay desviaciones, ni perversiones, ni vicios. Todo está permitido. Los tabúes están para vulnerarlos. El sexo anal me encanta. Es muy picante. Es una experiencia altamente gratificante.

No pudo evitar el comentario. Trató de hacerlo en serio, profesoral, pero enseguida se volvió tan picante como el sexo anal según la Davis, y hasta grosero, y hasta libidinoso, cada uno imaginando ahora ser el tal Scott Irish, unos diciendo, es una loca, y otros, es una enferma, y otros pidiendo, déjame ver la foto, Profe, pero Enildo ha mandado callar otra vez, sobre todo a Gustavo, déjenme terminar que ya es muy tarde.

—Mientras que la especialidad del sandwich, el emparedado por doble penetración, es otra de sus habilidades a retener. Suspiros, gemidos, movimientos de las aletas de la nariz, leve enrojecimiento de las mejillas, lubricante prospección del ano, y ¡zas!: Buffy Davis perforada por Scott Irish y Ray Victory en Orgías anales. *Todo un terremoto. Verla sacudida por latigazos de éxtasis es todo un espectáculo. Un encontronazo con ella es como experimentar el orgasmametrón de* El dormilón, *de Woody Allen.*

Enildo no podía dejar de sonreír, ni evitar los comentarios subidos de tono. Quería que vieran aquello como un texto más, como un fragmento a discutir para sacar provechosas enseñanzas, pero no podía evitar que ellos lo oyeran y que el texto sonara en su voz como una tentación a la libido.

—El camino de la perfección, que no de ascesis, pasa por un culo respingón y un ojete llameante —esto dio mucha risa, eso de "culo res-pingón", en Cuba, era una asociación puramente explosiva—. *Nada baladí es su actividad centrada en la nada retórica figura del blow-job, eyaculación facial* —Enildo ahora vuelve a levantar la vista, e intercambia miradas con Gustavo; vuelven los comentarios y las risas, pero continúa—, *figura a la que muchas ejecutantes son reacias, pero muy del gusto de los aficionados; y su protagonismo en la cubana, sus dos tetas son razones de peso (ya saben: masajeo estimulador del*

pene entre los dos monumentos mamarios: cravate de notaire, en francés).

"Ya saben", decía el texto, pero ellos en realidad no sabían: ¿así que "a la cubana"?, ¿masajes en el rabo con las tetas?, ¿de dónde salió eso?, ¿una cubana lo inventó allá afuera? Oye, eso sí que está bueno. Y Enildo decidió terminar la lectura, vamos a debatir ya, a tomar notas, con orden, por favor, no se rían. Pero antes decidió leer una declaración de Buffy Davis que le parecía concluyente:

—*Me gusta el sexo. Soy actriz porno por dinero y por convicción*.

Se encogió de hombros. Y cerró la revista.

15

Por dinero es que Enildo se había metido en lo del curso. Pero ya los muchachos se estaban volviendo pornoadictos, hasta El Temba. Las clases iban perdiendo gracia, originalidad, romanticismo. Por eso iba a dejarlo. Aunque, a decir verdad, la tapa al pomo se la puso Cristóbal. Llevaba meses sin venir a su casa, meses sin ver a Enildo, estaba terminando su servicio social en un pre de Güira de Melena, pero ya no, my friend, lo dejé, el magisterio no da nada, Enildo. Cristóbal había ejercido menos tiempo que Enildo, y ahora se aparecía en su casa con tremenda ropa, "una coba durísima", montado en una Jawa, contento y con un litro de Caribbean Club.

—Pero si tú eras el más pobre de nosotros, Cristóbal —y se ríen, y hablan de El Floridita, de la Bodeguita del Medio, de lo bueno del trabajo en el turismo, y en voz más baja, confidente, de los dólares, de los fulas, man, si te cogen te parten, sí, pero si no, resuelves, escapas, y todo el mundo se hace el de la vista gorda, no entregas la propina, más lo que se te pega en ropa, curda, jama, esto no es fácil, man, hay que luchar la vida.

Esa fue tal vez la verdadera causa por la que Enildo acabó con el Curso de Seducción en el patio de su casa. O al menos la definitiva. Después del quinto trago de Caribbean Club, Cristóbal continuó martilleando en lo mismo, y además, soy socio fuerte del capitán y del administrador, tú sabes, vaya, que si quieres te guapeo una plaza como cantinero. Todo esto fue después del quinto trago, y Enildo sonreía. Pero después del séptimo trago comenzó a tomarlo en serio, ya lo del Curso de Seducción no daba tanto, incluso había perdido algunos alumnos; además, las peleas de La Abuela por lo del comité, además, el constante peligro de que descubrieran lo de las clases porno, y además, Yindra, esa muchacha le roba tanto tiempo, ya apenas podía preparar bien las clases, dedicaba muchas horas a estar con ella o a pensar en ella, y el dinero hace falta, brother, si no, voy a perderla.

De modo que unos días más tarde Enildo se vio sentado en el sofá de casa de Cristóbal, tomando Hatuey y Pilsen, conversando

como en los viejos tiempos, en inglés y español, de las mujeres, de lo dura que estaba la cosa, del hambre que pasaban él y La Abuela, de lo jodido del curso y la necesidad de resolver la pincha esa en El Floridita. Y para qué eran socios, ambias, amigos de hace años. En menos de un mes Cristóbal logró que Enildo fuera uno de los jóvenes cantineros en El Floridita, fruto de la nueva política de idoneidad para el turismo, alto, elegante, joven, con nivel, mucho mejor que aquellos tres señores que llevan veinte años pero por eso mismo están canosos, lentos, poco idóneos para ese trabajo. Cristóbal lo ayudó con los exámenes y luego su dominio del inglés sirvió para que nadie le quitara la plaza.

Así cambió su vida. En poco tiempo. Ahora volvía a las andanzas con Cristóbal, que estaba en alza, bróder. Cristóbal pagaba cada cerveza a quince pesos, y tenía el congelador, como otras veces, lleno.

—Oye, el que puede puede… Bebe sin pena, bróder, que tú también vas a poder muy pronto.

A Enildo le dolía ver cómo se había resentido el inglés de Cristóbal, su pronunciación era más de guaposo del barrio que de graduado de la Facultad de Lenguas Extranjeras. Cristóbal decía, bebe sin pena, bróder, y Enildo pensaba, "estás jodido, brother, your English is very bad", pero se lo callaba.

Después de un rato de charla y de cervezas, Enildo pasó al baño. Lo sorprendió lo pequeño que era, el espacio apenas alcanzaba para un hombre de pie frente a la taza. A sus espaldas, una lavadora Aurika y un espejo de pared; a su derecha el cesto de los papeles, y a su izquierda, en la esquina, la base de la escalera que conduce hacia la segunda planta. Enildo se entretuvo mirando cómo un grupo de hormigas iba y venía alocadamente por un hueco que había en el cemento, las contemplaba mientras un erizamiento placentero le recorría la espalda y el chorro de micción espumeaba y amarilleaba el redondel del agua.

—Las hormigas te están comiendo la escalera —bromeó al salir.

—¿Cómo? —se sorprendió al principio— ¡Ah!, el hueco en la escalera: ese era mi escondite preferido cuando era chamaco, ahí le escondía las cosas a mi hermano.

Enildo reparó en la importancia que tenía para Cristóbal y su hermano ese pequeño hueco, y se dio cuenta de que él carecía de ese tipo de nostalgias in situ. En su actual casa no tenía un rincón que extrañar, un hueco, un pedazo de patio, una losa, una teja que le recordara su infancia. Lo pensó y se lo dijo.

—Eso es terrible —reafirmó Cristóbal, seriamente convencido.

Se oyeron tres toques en la puerta. Ambos miraron.

—¡Vaya, al fin van a conocerse! —vociferó Cristóbal, levantándose. Fue hacia el umbral y abrazó al recién llegado. Vinieron abrazados hasta Enildo.

—Mira, Enildo, este es Odel Barlía… Odel, mi amigo Enildo.

El "mucho gusto" era tan obvio que no lo dijeron, se dieron las manos con sonrisas cumplidoras y Cristóbal fue a la cocina y trajo tres cervezas frías y otro vaso. Se acomodaron, Odel y Enildo en el sofá, Cristóbal en una butaca frente a ellos.

—¡Así que tú eres el famoso Enildo! —dijo Odel sin mirarlo, agitando la cerveza hasta que la espuma asomó y se derramó por el pico.

—Enildo —dijo Cristóbal, saltando de la butaca y sentándose entre ambos, su mano derecha sobre la rodilla de Enildo y la mirada yendo de uno a otro—, este es Odel Barlía, el que te había dicho que es igual que tú en eso de las jebas, un picha dulce, vaya, pero eso sí, el hombre nada más que liga hembras casadas.

Se rio y bebió un trago, lentamente, como si su intervención hubiera sido más que explícita. Hizo un ruido desagradable al terminar de tragar la cerveza, su aliento chocó en las narices de sus dos amigos, y continuó, esta vez mirando a Enildo solamente:

—Vaya, que mientras seamos solteros no corremos peligro, bróder.

Sonrieron, bebieron, y Enildo estuvo casi todo el tiempo callado, oyendo las historias y las extrañas teorías de este especialista en adulterios, cazador de muchachas con anillos recién comprados y listas de invitados y ajuares. Odel bebía un sorbo y confesaba con mucha seriedad y profesionalismo que él conquistaba a las adúlteras, pero no a las fáciles, a las que lo hacían sin remordimiento, por placer o deporte o venganza —un primer desacuerdo con Enildo: ¿no había amor en ninguna de ellas?—, sino a las más difíciles, a las que se negaban y se retorcían de remordimientos; y además, otro detalle: preferentemente estrenaba en sus cuerpos las primeras traiciones, iba a la caza de adúlteras "vírgenes", esas que lloraban desnudas y calientes, diciendo esta es la primera vez, yo nunca había hecho esto, Odel, lo juro, si se enterase mi marido me mata. Y luego confesaba en tono grave que lo hacían muy feliz las primerizas.

Enildo bebía y Cristóbal contaba entonces anécdotas de los buenos años, de aquellos concursos de donjuanes en los que Enildo era el campeón casi siempre, de su récord de 67 jebas, pollos, titis, mamas, del talonario y las evaluaciones de las hembras; lo

comentaba lleno de orgullo y picardía, feliz de haber sido cofrade del gran Enildo Niebla, este tipo es un bárbaro, Barlía. Y Odel contaba entonces sus hazañas, el estudio casi detectivesco que le hacía a sus víctimas, hablaba de su estoicismo y paciencia, de su planes casi maquiavélicos, tenía hasta algunos "infiltrados" en los bufetes y palacios, socios que le avisaban qué nueva niña se había casado cada fin de semana. Cristóbal solo repetía: son unos bárbaros, son unos champions, ustedes deberían hacer un equipo.

Pero Enildo comprendió que Cristóbal estaba equivocado. Odel Barlía y él solo se parecían en la cáscara, en el vicio y la facilidad para ligar mujeres.

—Eso es un don —insistía Cristóbal—: conquistador se nace, es una gracia de la naturaleza —idealizando más a sus amigos.

"No seas tonto, Cristóbal", pensaba Enildo, "si fuera así qué sentido tenía mi curso, cómo se hicieron seductores mis muchachos". Odel reía rebosante de orgullo. Y Enildo sonreía, no podía evitar la vanidad, aunque seguía pensando que Odel en nada se le parecía. Él era romántico, él no concebía sus conquistas como un engaño a secas. Odel sí. Odel gastaba toda su astucia y maestría en un engaño hueco, irrespetuoso hacia la dama, con demasiada dosis de machismo y misoginia, mientras que él, pensaba Enildo, las amaba de veras, muy poco tiempo pero las amaba, un amor de minutos, horas, días, mientras durara el encuentro, la charla, el beso, el acto sexual, mientras hubiera amor en los ojos de ella y no apareciera amor en los ojos de otra, él se apasionaba y usaba frases lindas, galanteos sinceros, flores, poemas, él conquistaba en el más exacto sentido del término. Odel Barlía no. Odel las engañaba, adulteraba el adulterio. Odel Barlía lo calculaba todo, hasta los sentimientos; lo suyo era conquista, sí, pero conquista con garrote vil, "de león para mona y la mona engañada", y esto los separaba definitivamente.

Cristóbal parecía estar de fiesta entre aquellos dos genios del donjuanismo, disfrutaba anécdotas, comparaba estilos, métodos, radio de acción de cada uno, pero estaba demasiado abierto a la cerveza y a la admiración como para sacar conclusiones válidas.

Se despidieron casi ebrios. Primero Odel, que decía tener una importante cita.

—Hoy tumbaré a La Octava —explicaba—, la más difícil de todas las casadas que he conocido —y bajando la voz, con tono de malicia—: es la mujer de un escritor famoso, un tal Mitrani.

A los pocos minutos se fue Enildo, que tenía también una cita impostergable, con su Yindra, con su modelo 5+++, good bye,

brother, nos vemos.

Enildo llegó, se duchó y se sentó a la mesa con La Abuela. Ella se veía contenta, sospechosamente contenta, tarareaba sin parar una tonada, *la tulibamba, la bamba-ó, la voz clarita la traigo yo*, como si no le doliera nada. Enildo se alegró también, se asombraba de verla así, y no podía explicárselo. Pero ella se encargaría de sorprenderlo, ella estaba feliz y preparada para darle la sublime noticia.

Se lo podía decir de sopetón, o lentamente, gradualmente, de todos modos daba lo mismo, ya nada cambiaría su decisión, ni siquiera la opinión de su nieto. Así que se lo dijo sin rodeos. Y Enildo no opinó, no argumentó, no replicó, lo aceptó todo. Y así fue como, unos meses después de que aquella pelota rompiera un vaso sobre la mesa de la sala —y a pesar del silencio respetuoso y el cero Cuatroesquinas en la mejor esquina de la calle Rita—, poco tiempo después de la visita de las dos permuteras y del ataque de asma de Enildo por lo de Rebeca; después de las tantas y tan largas sesiones de clases en la torre del patio (para La Abuela sobre *Historia de los países de habla inglesa*; para Enildo, ya saben); y precisamente esa tarde que Enildo estaba tan feliz por lo de El Floridita; sentados frente a frente, saboreando otra de las especialidades de La Abuela, el arroz imperial, y ella interrumpiendo su tonada guajira y explicando cuántas capas de arroz, cuántas de queso, cuántas de mayonesa, cuántas de carne (pollo, res, puerco, jamonada); cuando todo parecía normal, tranquilo, La Abuela detuvo en seco la tonada y el tema culinario y el brazo, hundió el cuchillo en el hermoso pastel de arroz sedimentado, lo paró así, en el centro, mirando a Enildo fijamente a los ojos, y le dijo:

—Hoy es lunes, Enildo; el jueves nos mudamos.

Enildo no entendió bien al principio, no se acordaba ya de aquellas dos señoras que estaban en su casa la tarde del ataque de asma, cuando regresó de La Benéfica; y tampoco le parecían motivos suficientes el vaso roto por aquella pelota, la terrible amenaza de que otra esfera de goma chocara contra el cuadro del mártir de la casa, ni la sucinta explicación de La Abuela, sus estadísticas y apuntes de molestias vecinales, que ya no soportaba la majadería de los hijos ajenos, ella ya había criado a sus hijos, incluso a su nieto.

—Pero Abuela, ¿y tu mata de cocos?, ¿y mi torre para dar las clases?

Nada. Se mudaban. Ya: se iban. Lo demás era inútil.

—Ayúdame esta noche a recoger las cosas.

Enildo siguió sin entender. No entendió nada hasta que se vio

otra vez cargando muebles con ayuda de sus nuevos y efímeros amigos de la calle Rita, poniéndolos con cuidado, no tiren eso, no arrastres eso, Enildo, acomodando todo esta vez en el lomo de un Barreiros. Solo entonces lo comprendió de golpe: Ya, se iban.

16

Bracear es un don igual que la memoria. El hemisferio cerebral derecho ordena al brazo izquierdo que bracee; el hemisferio cerebral izquierdo ordena al brazo derecho que bracee. Pero llevan ¿cuatro horas braceando? ¿Tres horas y un siglo? El brazo izquierdo cree que el hemisferio cerebral derecho es un estúpido, un burócrata de los impulsos sensoriales. El brazo derecho cree lo mismo del hemisferio cerebral izquierdo. Hacen caso a desgano. Semibracean. Y el agua, oportunista e inclemente, sube a la frente, al pelo, viene de la nunca hacia los ojos y va de los omóplatos a los cansados músculos dorsales, y otra vez de la espalda a los ojos, y otra vez del pecho hacia la nuca, envolviéndolo, aprovechando la molicie de los hemisferios cerebrales.

Enildo está cansado. Trata de respirar por todo el cuerpo, como esos torturados a los que les meten la cabeza en una bolsa de nailon e intentan respirar por todas partes, por los huesos parietales y los occipitales, por el mentón, por las orejas, por el pelo, pero ahí también está el nailon asfixiante, pero ahí también está el agua, el agua, siempre el agua, hasta ahora líquido precioso, fuente y origen de la vida; a partir de ahora, líquido nefasto, fuente y origen de la muerte: la cabrona agua, la maldita agua, salada y agorera.

Todo esto pesa demasiado sobre el débil espectro que es Enildo Niebla, sobre su suerte, sobre su decisión de continuar braceando, con los brazos arqueados, replegando cada uno una parte del agua. Hay que virar, había dicho Gibara. ¿Gibara? ¿Pepe Gibara? ¿Virar, regresar? ¿Hacia dónde se vira? ¿Cómo se vira? ¿Qué se vira? ¿Cuándo?

—¡Gibaraaaa! —gritó, tragándose la última *a* con un buche de agua.

17

Abandonaron la calle Rita y fueron a vivir a San Matías, un reparto muy cercano al Diezmero, en una casita blanca, también de amplio portal, también con dos cuartos, comedor, cocina, baño, pero sin patio interior para tender la ropa, pero sin la torre hemingwayana que tanto amaba Enildo, casa baja, con amplias ventanas enrejadas y forradas de tela metálica, cerca de un discreto río con el mismo nombre del reparto. En verdad, no era tal río, sino una larga zanja atravesada por dos puentes, y esto bastaba a los pobladores del lugar para elevarla de categoría. Ahora vivían tranquilos sin Cuatroesquinas ni trifulcas diarias, pero a los pocos meses La Abuela comenzó a quejarse del azote perenne de los mosquitos, ni siquiera la salvaba la tela metálica de las ventanas y la puerta. Y Enildo comprendió que los síntomas del nomadismo de La Abuela se aceleraban, acortándose cada vez más el tiempo de estadía en cada casa. Llamó a sus tíos y les contó el asunto. Pero todos hicieron caso omiso. Bárbaro dijo que ella tenía derecho a vivir donde se sintiera cómoda y Humbelina dijo que eran majaderías, caprichos de vieja, que con ella no contaran para nada, que por qué no llamaban al Coronel, que se joda él un poco. Pero ninguno se jodió: ni el Coronel ni ellos. Enildo, con sus nuevos y efímeros amigos de San Matías, cargó todos los muebles. Y fueron a vivir a Luyanó, muy cerca de la Esquina de Toyo. Pero a los once meses y veintidós días La Abuela no soportaba los escándalos diarios de los negros de enfrente. Ya: se iban. Y así vivieron doce meses en Mantilla, cerca del paradero de la ruta 4, motivo suficiente para que el ruido de los ómnibus provocara la próxima permuta. Enildo ya no protestaba, no se sorprendía: lo comprendía todo: el vicio, el hobby, el entretenimiento de La Abuela estaba en este juego de continuas mudanzas, ahora toda su dicha estaba en recortar clasificados de la revista *Opina*, ofrecer y pedir, asistir a la Bolsa de Permutas en Prado los días que la artritis y los callos la dejaban moverse, o cuando Bárbaro la llevaba en su carro.

Pero su estancia en cada nueva casa fue, gradualmente, más

corta. Enildo se mortificaba pero al final se reía. Después de vivir más de treinta años en la calle Primera del Mirador del Diezmero, solo había durado veinte meses en Juanelo, once en Luyanó, quince en San Matías, doce en Mantilla. Apenas empezaban a tomarle cariño a las casas, a las paredes, al patio, al cercado, a las losas; apenas comenzaban a encariñarse con algunos vecinos, a hacer nuevos amigos, y ya La Abuela liaba sus bártulos y sin previo aviso ni discusiones preliminares hacía todas las gestiones para la permuta. De nada le valían a Enildo, una vez anunciada la nueva migración, sus alegatos de generosidad vecinal, sus cálculos de bienestar geográfico y condiciones físicas del actual inmueble. A La Abuela no le importaba ni siquiera perder o ganar en dimensiones y condiciones de vida. Ella no permutaba para mejorar, ni para ampliarse, ni para ganar patio de tierra, ni porque su casa fuera de madera y quisiera una de mampostería, ni porque tuviera techo de tejas y quisiera placa, ni por ninguna de las otras causas comunes entre los asiduos permutantes. Ella permutaba por permutar, por matar el ocio de una vejez vacía, por saberse viva cambiando constantemente el paisaje ante su vista y renovando a las personas con las que se trataba. Y cuando no podía permutar, lo hacía dentro de la misma casa: cambiaba el cuarto de Enildo por su cuarto, o la sala por el comedor, o simplemente cambiaba los muebles dentro de las piezas, los muebles, los adornos, el color de las paredes, todo, para insuflarse a sí misma la idea de que la casa era otra, de que hoy estaba lejos de donde ayer estaba.

Se había ido del Diezmero, no solo por la mácula de Zoila, sino porque ya se lo sabía de memoria: eran los mismos árboles, la misma polvareda, la misma y monótona grosería ambiental, casas bajas, viejas, hechas, como la suya, al libre albedrío de sus habitantes, calles mal trazadas y rotas, terrenos enyerbados. Solo la ataban al Diezmero lazos sentimentales y nostalgia. Por eso, ya: se fueron. Y de Juanelo también se aburrió: el mismo bullicio, la misma opacidad ornamental, las mismas broncas diarias en la esquina. Y en Luyanó el escándalo de los vecinos. Y en San Matías los mosquitos. Y en Mantilla los motores nocturnos de la ruta 4. Pero también duraron solo ocho meses en Párraga, un barrio descolorido, donde ni siquiera hicieron amistades y Enildo tuvo que buscar otra vez a sus amigos mantilleros para la permuta. Y solo siete meses y diez días en El Caballo Blanco, permuta que hizo La Abuela sola, sin Enildo, ella comandando a los nuevos y efímeros vecinos. Enildo estaba para Matanzas, visitando a la familia de Vladimir, su único socio parraguense, y cuando regresó a Párraga

encontró su antigua casa llena de gente extraña, un señor gordo y herniado sentado en el portal, sobre un banquito que parecía no poder soportar el peso de su vientre y sus cojones, y un niño llorón en brazos de una muchacha casi albina, y otro par de niños jugando bolas detrás de la reja. Enildo los miró, y no supo cómo disculparse, cómo pedir permiso, pero la muchacha sonrió, no importa, mijo, pasa, estás en tu casa, ya yo estaba advertida, y le dio la nueva dirección de su antigua vivienda, el actual domicilio de La Abuela y Enildo. La muchacha agregó algo sobre lo simpática que era la viejita, pero Enildo no estaba para halagos ni para cumplidos ahora que tenía que volverse a fajar con las guaguas (la ruta 25, había dicho ella) para poder tirarse a descansar después del viaje.

Al llegar al Caballo Blanco, La Abuela lo recibió con una naturalidad inusitada, como si siempre lo hubiera recibido en aquella casita esmirriada y sin portal, la puerta de la sala separada de la calle solo por un quicio pequeño y la acera. Enildo, antes de decir algo, puso la mochila sobre el suelo y fue pieza por pieza, mirándolo, examinándolo todo. La Abuela lo seguía con su habitual entusiasmo pos-permuta, explicándole comodidades inexistentes. Al terminar de verlo todo, Enildo se detuvo ante ella y optó por decir, no sin ironía:

—Linda, ¿eh?, pequeña pero linda.

La Abuela se ajustó los espejuelos, sonrió, se acomodó en su vieja butaca de muelles rotos, y le explicó a Enildo la magia del Caballo Blanco: ese era el reparto del Benny Moré, allí ese genio popular había tenido su conuco, y todavía vivían ahí sus hijos, un varón y dos hembras, era un orgullo para ella ser vecina de la familia y del fantasma del Benny. Enildo no dijo nada, se encogió de hombros, de la misma manera que lo haría siete meses después, cuando La Abuela dijo que era imposible seguir viviendo allí, porque la viuda del Benny no solo se había casado con uno de sus músicos, sino que ahora había presentado una solicitud para irse con él para el norte. La Abuela había aceptado lo del matrimonio, aunque le parecía una traición de ambos, incluso había aceptado que tuvieran una hija, pero no podía seguir viviendo allí ahora que “esa señora” quería irse abandonando para siempre la tumba de su ídolo.

—Que no les den permiso, que se jodan —decía mientras empapelaba los vasos y los platos—, pero por si las moscas, la que se va de aquí soy yo; no quiero verlos.

Enildo no quiso discutir este último pretexto, como tampoco quiso discutir antes ni después ninguno. Ya: se iban.

Esta sí es la última permuta, Enildo, dijo La Abuela y comenzó a empacar las cosas. Aseguró que esta vez vivirían, definitivamente, en San Francisco de Paula, una pequeña barriada entre el Diezmero y el Cotorro, barrio famoso en todo San Miguel por su Palacio Matrimonial y su presa, frecuente tumba de adolescentes fugados de la escuela. Enildo no contestó, no dijo nada, pero usando la misma filosofía de La Abuela —más que filosofía, ardid, pretexto— se entusiasmó con la idea de que ahora sería vecino del fantasma de Hemingway, que viviría a unas escasas cuadras de la finca Vigía, donde estaba la casa-museo del escritor norteamericano. No decía nada, pero empacaba, empapelaba, guardaba las cosas con mayor gusto que otras veces.

En esos días releyó *Las nieves del Kilimanjaro, Por quién doblan las campanas, El viejo y el mar, Fiesta*. Volvió a ser hemingwayófilo, hizo amistad con las veladoras del museo, con la administradora, con los jardineros y los museólogos. Desde que se mudaron se pasaba largas horas, sobre todo en el crepúsculo vespertino, dentro de la finca, comiendo de sus mangos y de sus zapotes, recorriendo el museo hasta sabérselo de memoria, palmo a palmo. Se aprendió de memoria el orden de cada habitación, el lugar exacto de cada mueble, de cada tapiz, cada cuadro, cada objeto personal de Hemingway. Se sentaba a leer sus libros en la propia terraza donde Hemingway leyera otros, delante de las mismas pérgolas llenas de hipomeas, buganvillas y flores silvestres. Pensaba que leyéndolo allí se comunicaba mejor con el gran suicida de Ketchum, y lograba penetrar sus secretos literarios, sus pasiones exóticas. Repasaba con aire de especialista las cabezas de animales cazados y traídos de África: el kudú macho, el ciervo rojo, la gacela, el búfalo. Miraba y tocaba con tristeza la tumba de los perros, conservada en uno de los laterales de la casa. Fijaba incluso el orden de los libros en los anaqueles, de modo que se convirtió en una especie de guardián voluntario, daba la alarma ante cualquier extravío o desplazamientos de los ejemplares. Memorizaba los nombres originales de las piezas africanas, el número de platos de la vajilla expuesta sobre la mesa del amplio comedor. Se extasiaba contemplando las dimensiones de cada habitación, la biblioteca, el comedor, el cuarto de visitas, el cuarto de estudio, el cuarto de trabajo, la sala, el baño, el bungalow, la envidiable torre, la original, de la que era un pálido reflejo su pequeña torre de la calle Rita. “Así cualquiera es escritor”, pensaba, con recelo, pero se acordaba luego del Ernest Hemingway hambriento de cuando París era una fiesta, de cuando Gertrude Sten y Scott Fitzgerald no habían

sido todavía víctimas de la pluma de su entonces amigo y luego propietario de esta finca. Se retractó, aceptó que bien lo merecía el rey del daiquirí y la pesca de la aguja.

De todas las permutas de La Abuela esta era la que más le había entusiasmado. Y era, por fin, la última, la definitiva.

Un día quiso llevar a La Abuela a conocer la casa de su ilustre vecino fantasmal, pero la vieja se negó rotundamente alegando dolores artríticos y el viejo mal de los riñones, no querrás que me orine sobre las losas de esa casa sagrada. Verdaderamente, a La Abuela no le hacía ninguna gracia la vecindad del tal "Jemin-buey", ella detestaba todo lo que fuera norteamericano, aunque fuera un famoso escritor que vivió en Cuba, y que incluso había sido amigo de Fidel. Ya bastante tenía con que su nieto estudiara, enseñara y hablara esa maldita lengua de enredos y ce-haches, y que se pasara el santo día cantando y escuchando cosas raras. Pero Enildo no cogió lucha. Se complació llevando a sus amigos y a sus novias de turno, sirviendo de guía improvisado a sus nuevos vecinos que, pese a vivir allí, y haber nacido y crecido allí, junto a la finca, apenas conocían la casa más allá de la verja, esas grandes columnas de concreto y madera de obligatoria mirada en el camino, custodiada por una larga hilera de mangos diferentes. Y a todos les contaba que él, en una de sus antiguas casas, había tenido también una torre, como esa, pero de un solo piso, no de cuatro, y algunos, mofándose, lo llamaban Hemingway II.

Tenía el museo como su santuario, un lugar sagrado. Se refugiaba en él cuando estaba triste, cuando estaba borracho, o cuando lo atacaba el asma (un paseo bajo los almendros y los mangos era más efectivo que los aerosoles) o cuando llegaba muy extenuado de su nuevo trabajo como cantinero. Ahora se sentía unido a Hemingway por partida doble: vivía junto a él y trabajaba en El Floridita, su rincón predilecto.

Sin embargo, solo una vez logró llevar a Yindra, la única vez también que Yindra vio a La Abuela. A la anciana no le agradó mucho, no hubo empatía, la encontró frívola y ajena, y disimuló su desencanto —tanto le había hablado Enildo sobre la tal Yindra— encerrándose en su cuarto a escuchar *Fiesta Guajira*, el programa campesino de Radio Progreso. Yindra, en verdad, estaba hermosísima, vestida de negro y sonriente, y Enildo había escogido su horario preferido para visitar la finca: el último crepúsculo, cuando las sombras iban cayendo sobre la alta casa y todo adquiría un velado tono misterioso. Solo él, por su confianza, podía a esa hora atravesar la estrecha carretera interna, rondar la vieja ceiba

rodeada de orquídeas, enseñar las pérgolas, las terrazas, los aljibes, las grandes arboledas. Pero Yindra, tenía razón La Abuela, estaba ajena. Disimulaba su aburrimiento mirando los árboles, mira qué alto ese tamarindo, mira qué bajo ese mamoncillo, y mordiendo luego alguna fruta para besar a Enildo con la boca untada, bien untada, pero sin dejar de masticar su chicle.

Estaba oscureciendo y Enildo sintió un fuerte deseo de hacerle el amor allí mismo, a la sombra de los mangos, junto a las sillas del área de estar los visitantes. La atrajo hacia sí, con fuerza pero con dulzura, insinuándole en ese solo impulso su deseo, pero ella lo alejó diciendo que era tarde, que deberían irse, que aquí no, mi vida, y le volvió a untar con hilachas de mango los labios. Enildo saboreó la fruta ensalivada, la saliva enfrutecida, y le recomendó pasar a despedirse de La Abuela, pero ella lo convenció de volver otro día, con más tiempo, porque ahora vienen muy bien unas cervezas, mi amor, la linda mano sobre la portañuela de Enildo, apretando con fuerza pero con dulzura, unas cervezas y una cama, mi vida, los lindos dedos conjurando el recuerdo y el fantasma de Hemingway. Enildo pensó cómo era posible que Yindra no sintiera nada especial por Hemingway, que no viera lo romántico de hacer el amor allí, realzado el morbo con el voyerismo del excelso fantasma, pero la total sincronía entre la mano y la lengua de Yindra fueron un motivo suficiente para olvidar disquisiciones literarias.

Tomaron un taxi y terminaron la noche como tantas veces, en una habitación de hotel, desnudos y borrachos, sofocados, sudados, olvidados de que el tal "Jemin-buey", qué graciosa La Abuela, alguna vez había existido.

Esto fue un jueves, una semana antes de que Enildo sintiera que el mundo se le venía encima. Otra vez, de súbito, la palabra permuta había salido de labios de La Abuela. Ya: se iban.

—¡Pero Abuela!

Por primera vez Enildo se le encaró, se molestó, no estaba de acuerdo, además, ella había jurado que esta sería la última. Pero La Abuela argumentó y argumentó, y aseguró que esta sí era la última, esta sí, te lo juro, y no aceptó de ninguna manera al fantasma del tal "Jeminbuey" como pretexto para seguir allí, en San Francisco de Paula, un barrio tan aburrido, no pasa nada, no hay broncas, no hay tráfico, no hay mosquitos ni adolescentes cuatriesquineros. Ya: se iban.

Enildo dio un portazo y salió hacia la finca, caminó una vez más bajo los árboles, tocó las piedras, los muebles, subió y bajó dos

veces la torre, y ya, calmado, pensó que no tenía derecho a enfadarse, que La Abuela debería vivir donde quisiera, como decía el tío Bárbaro, que nunca más, fíjate bien, nunca más, Enildo Niebla, protestaría por una permuta aunque tuviera que vivir cada día en un lugar distinto. Pensó en los años que tenía La Abuela, en su jodida artritis, en sus jodidos problemas renales, en los callos que le impedían caminar. Que viva sus últimos años feliz, donde le plazca. Por eso no tuvo más remedio que reírse, pero reírse mucho, cuando La Abuela le dijo que regresaban a Luyanó, a la calle Concha, a pocas cuadras de Juanelo y de la Esquina de Toyo, dos de los sitios donde habían vivido antes.

Permutaron en el mes de abril, y ya en mayo, cuando empezaron las fuertes lluvias y La Abuela comenzó a ver la calzada inundada, las casas inundadas, los patios vueltos una verdadera ciénaga, Enildo comprendió que no acabarían el verano en la calle Concha. La Abuela se despertó una mañana, le brindó el vitalicio café mañanero y le puso una mano definitiva sobre el hombro: Ya, se iban. Y aunque ella había jurado, otra vez, que esta sí era la última, que ya su salud no estaba para tantos trajines, Enildo no protestó, él también estaba agobiado con los atascos, los embotellamientos y el ruidos de los cláxones, los pantalones remangados, los zapatos en la mano, y el agua sucia y grasienta entrando por debajo de la puerta, puntual como un reloj, todos los días a las cuatro de la tarde. Estaba harto de sacar agua con un cubo, un jarro, la jofaina, una colcha; harto de levantar los libros, los aparatos eléctricos, los muebles, el ellegüá de La Abuela que salía nadando de detrás de la puerta, caramelos y dulces y cocos con ojos y bocas flotando en medio de la sala; estaba harto de secar, escurrir, recoger, baldear la casa.

Así que esa misma noche Enildo entró al cuarto y encontró a La Abuela empapelando vasos, tazones, platos, cuadros, y comprendió, esta vez con alivio, que se iban de nuevo.

Enildo no sabía cómo La Abuela tenía esa facilidad para mudarse. Él conocía gente que demoraba años en conseguir una permuta, porque no encontraban lo que querían, o porque lo que tenían ellos no les cuadraba a los que venían proponiendo o buscando. Quizás el secreto estaba en la poca selectividad de La Abuela, en que le daba lo mismo un lugar que otro, una casa que otra. El caso es que ella nunca se vio en estos inconvenientes. Todo el que venía a permutar con ella, al final permutaba. Tampoco comprendía Enildo de qué medios se valía para dar a conocer sus ofertas, porque él no se prestaba para ese juego senil de las mudanzas, él aceptaba irse cada vez que ella quisiera, pero nada de

ir pegando letreros con su dirección por la ciudad, ni nada de sentarse horas y horas en la Bolsa de Permutas de la calle Prado, a proponer y aceptar proposiciones, a ser víctima del escrutinio especulativo de los corredores, que una casa te la permutan por dos y dos por una y un chalé por un bajareque y un bajareque por un biplanta y el biplanta por un apartamento moderno en El Vedado, pero todo con una taimada profesionalidad para al final llevarse ellos una tajada grande de dinero.

Enildo suponía que La Abuela tenía toda una red de agentes secretos para correrle las permutas, agentes que había reclutado en sus primeras visitas a la bolsa, cuando los callos y la artritis y los riñones la dejaban moverse. Enildo se reía y daba rienda suelta a su imaginación —o a sus burlas, si lo comentaba con algún amigo—: imaginaba a La Abuela como la Gran Jefa de una red de permutas en La Habana, la Gran Capo, dirigiéndolo todo desde su casa y permutando constantemente para desorientar a sus mayores enemigos y a la policía. A veces se lo decía a ella y La Abuela no podía evitar una carcajada de satisfacción. Por eso aquella noche que Enildo entró al cuarto y la vio empapelando la cristalería, sonrió y le dijo:

—¿Ya? ¿nos vamos, jefa?

—Hay sorpresa —dijo lacónicamente La Abuela y continuó sacando cajas y doblando ropa. Enildo no se inmutó. Comenzó a desmontar libros y a empacar papeles, sin preguntar cuándo ni hacia dónde se iban, tan adaptado estaba al gitanismo. La Abuela empacaba, guardaba, tarareaba su tonada de siempre, *la tulibamba, la bamba-ó, la voz clarita la traigo yo*.

—Hay sorpresa, hay sorpresa —repetía, y lo repitió incluso sentada en la cabina del camión, la Gran Capo indicando al chofer hacia dónde se iban, sin decírselo a Enildo, el nieto iba detrás con los muebles y sus nuevos y efímeros amigos.

Cuál no sería su sorpresa entonces, al ver que el camión doblaba en La Garita, subía por José Martí, doblaba tras la iglesia, y parqueaba frente a su mítica casa de la calle Primera del Mirador del Diezmero. No podía creerlo. No podía hablar. Sacó el salbutamol y se bombeó. Allí estaban todos los vecinos aplaudiendo, ayudando a bajar los muebles, riendo, abrazando, besando a la Gran Capo que sonreía y daba órdenes sentada en el portal, sobre su viejo butacón de muelles rotos, más contenta que nunca.

—Esta sí que es la última, Enildo, esta sí que es la última —fue lo único que dijo besando a su nieto, que apenas podía responder las preguntas de todos.

Enildo entraba, salía, acomodaba los muebles de la misma forma en que lo tenían antes, lo miraba todo, lo tocaba todo, descubría, ahora, sus huecos preferidos, sus escondites de la infancia, ya no tendría que envidiar a Cristóbal, allí estaba el pasillo de sus juegos con Pasi, y su cuarto y su ventana de ver los aguaceros. Ahora se daba cuenta de que en el fondo nunca había salido de esa casa, de esa calle, de ese rincón oscuro del Diezmero. Andaba por la casa como un sonámbulo, tocándolo todo, reviviéndolo. Y las paredes lo saludaban, ¡hola, Enildo!, y las baldosas, los rodapiés, el techo, todos le halaban la manga para que los mirara, ¡hola, Enildito! Ya se iba apaciguando el alboroto de besos, abrazos, risas, preguntas, lágrimas. La madre de Pasi trajo limonada, galletas dulces de las que habían venido a la bodega, y Pasi trajo ron, bueno, ron no, "Chispa", pero es igual, Enildo, ¿o es que ya no te acuerdas? Enildo sonrió, olió la botella, no pudo disimular una mueca de asco, la agitó un poco, parecía agua sucia, asintió abriendo los brazos y dijo, voy a sorprenderte, para qué soy el mejor barman de El Floridita, brother… no, no te vayas, chofer, no te impacientes, y abrió una caja y sacó una botella de Havana Club irrellenable, coñó, coñó, apretaste, esto sí es una locura, asere, espérense, primero pa los muertos, y Enildo dejó caer un chorro corto, cortísimo, para todos los curdas que no estaban, que no podían celebrar su regreso al Diezmero.

A última hora apareció Pepe Gibara, con su paso alocado y su vozarrón impenitente. A media cuadra empezó a saludar, a decir ¡No, mentira, Enildo! y abrió los brazos musculosos y abrió la boca enorme en una carcajada que debía tener el epicentro en la misma punta de la loma del Mirador. Esa noche hubo fiesta en la cuadra. En menos de una hora Enildo volvió a sorprender a sus viejos y eternos vecinos, esta vez con Caribbean Club, coñó, coñó, asere, este sí que es buenísimo.

Las mujeres se sentaron todas alrededor de La Abuela, escucharon risueñas su loco itinerario de permutas, conversaron, opinaron, pero qué es eso Abuela, si tu casa es esta, si te extrañamos, y ella decía, hay que cambiar, mijita, y la de vigilancia del comité, pero ya usted está muy vieja, Abuela, y ella, ya seria, pero después de aquello, Nancy, y todas a la misma vez, olvídalo, tranquilizándola, acariciándola, dándole la razón, pero si ya han pasado diez años, Abuela, además, mira cómo está la cosa ahora, jodidísima, ahora los marielitos vienen y son los dueños de los hoteles y de todo, decía la madre de Pasi, y le restriegan en la cara a uno lo de entonces, ¿ustedes no querían revolución, ustedes no

querían “fidelito”?, ahora coman mierda, y lo decía Nancy, la de vigilancia, y asentía la presidenta del comité sin decir nada, todo está muy jodido, Abuela. Y no faltó quién preguntara ¿y Zoila? ¿No ha venido con la comunidad? ¿No le ha mandado nada al hijo? Pero ella no quería hablar de eso, que Enildo no te oiga, y convinieron en cambiar de tema, pero qué bien te ves, Abuela, más vieja pero más fuerte.

Los hombres bebían y jugaban al dominó, todos alrededor de Enildo, agasajando a Enildo, pasaban del Havana Club al Caribbean Club y del Caribbean Club al “Chispa e’ tren”, pero qué mezcla es esa, asere, las bocas primero bendecidas y luego envenenadas, haciendo muecas increíbles, a cuál más espantosa, ensordecidos todos por la voz de Gibara que mentía, hablaba tonterías, hacía chistes, hacía trampas, daba golpes tremendos con las fichas del dominó, borracho.

Parecía que La Abuela y Enildo hubieran regresado de una vuelta turística alrededor del mundo. Así me siento, decía Enildo, con sinceridad, y contaba detalles de la expedición, dónde habían estado, qué habían hecho, por qué se habían ido de cada nuevo sitio, cómo, cuándo, y ya les contaré con lujo de detalles, y ellos no dejaban de asombrarse, convertían en proezas cualquier hecho banal, intrascendente. Todo era noticia: Enildo decía que él seguía como siempre, no había cambiado, y que ya La Abuela estaba muy vieja, y además muy enferma, de los pies, de los huesos, de los riñones; y La Abuela decía, por su parte, imagínate, mija, ya uno no me funciona, orino con dificultad, me duele mucho, tendrán que operarme; y Enildo decía, ah, en muchas partes, en Juanelo, en San Matías, en Luyanó dos veces, en el Caballo Blanco, en Párraga, en Mantilla, ¡del carajo, brother!; y La Abuela decía, Enildito ya no es profesor, ahora gana más plata, es cantinero, mija; y Enildo, pero bueno, hay que dejarla, somos los dos solos, imagínate, mis tíos ni se acuerdan; y ella, ¿el asma? ah, sigue igual, y ahora que tiene que trabajar con hielo, imagínate, mija; y Enildo, estoy tranquilo, tengo la novia más linda de La Habana; y ellos, vamos, Enildo, ¿tranquilo tú?, no jodas; y La Abuela, ay, Nancy, lo de siempre, ahora anda con una ahí que lo tiene embobado, pero a mí no me gusta; y Pasi, ¿una sola?, ¡mentira!, tú eres un picha loca, Enildo; y La Abuela (bajando la voz, acercándose a Nancy) y tiene otra (bajando más la voz) ¡embarazada!, y Pepe Gibara (como un ciclón), ja, ja, ja, no le crean, y Enildo, estoy tranquilo, asere, estoy enamorado, y La Abuela, esta sí que es buena, y decente, no como la otra, y Enildo, bueno, bueno, siempre hay sus aventuras, y todos a la vez, en

diferentes tonos, ja, ja, ja, descarado, eres incorregible, lo sabía, lo sabía, palmeándolo y brindando por haber recuperado al mismo Enildo, al Enildo de siempre.

Ese día los padres de Pasi invitaron a comer a La Abuela y a Enildo, nada del otro mundo, Abuela, picadillo y arroz, pero algo es algo. La abuela no quería, la cosa está muy dura, mija, pero aceptó agregando una papas que ella freiría y dos tomates para la ensalada.

El alboroto duró por lo menos tres días más, en los que desfilaron por la casa vecinos, amigos, conocidos y desconocidos, algunos eran nuevos en el barrio y venían a conocer a la mítica Abuela, algunos eran niños que habían crecido y ella ahora no los reconocía, pero sí, claro, eres el hijo de El Ñao, pero cómo has crecido, mijo, dame un beso. Los hijos de La Abuela, tíos de Enildo, vinieron, cada uno un día y a una hora distinta, esta vez sí contentos, esto sí está muy bien, mima, pero cómo lo lograste, mima, y ella seguía escondiendo el secreto, nadie lo sabrá nunca, para eso era la Gran Capo, ¿no?

Fueron días de cuentos y recuentos. Se habló de todo: del difunto Estanislao, del Enildo mártir, de Zoila y de Diosdado, de Enildo y de sus novias, de la tal Yindra que lo tiene loco, y de la tal Electra, la embarazada, tan buena que es, que yo no cambiaría a esta muchacha por la Sara Montiel de los ojos azules, tan pizpireta, pero si nadie la conoce, Abuela, bueno yo sí, la vi una vez, y Bárbaro también, pero bueno, ya saben como es él, apoya a Enildo en todo. Y Enildo se callaba, opinaba solo cuando le convenía, se sentaba en su sillón, en el mismo sillón desde el que había escuchado, hacía diez años, la primera discusión familiar sobre permutas. Respiraba hondo: “El mundo es un pañuelo, la verdad. Ahora estamos donde debíamos haber estado siempre”. Pero no podía evitar presentimientos.

18

Bárbaro Niebla, su tío más joven, era también su amigo. Contrincante de matches de ajedrez, admirador, como él, de Fitcher y de Capablanca, cofrade de fullerías putañeras, cofrade y muchas veces guía, con cierta dosis de sicalipsis y adobe alcohólico, chofer y prestador del Chevrolet 56 que Enildo usaba a veces como imán para las chicas en Coppelia, en Galiano, en 23 y 12, la portezuela abierta y él, estilo proxeneta de los casinos de los años cincuenta, con la vista achinada y conquistadora, con la mano y la sonrisa invitando a pasar, a sentarse, a acomodarse. Tremendo dueto ese: Enildo y su tío Bárbaro, el jovenzuelo carismático y el solterón de la familia, el joven enamoradizo y el solterón mujeriego, tan loco que llegó a pagar trescientos pesos por el libro *Al fin solos, recetas para uno*, y había querido que Enildo lo incluyera en la bibliografía de su curso, o más bien, que diera un curso paralelo sobre las ventajas de la soltería, no bastaba con saber conquistar, hay que saber mantenerse inconquistado, y para eso nada mejor que este best seller del posmodernismo en Francia (poniéndolo en su mano), mi biblia personal (hojeándolo), hazme caso, sobrino, lo que pasa es que yo no tengo tiempo.

Se reunían al menos una vez por semana, en la casa de Bárbaro, escondidos, porque a La Abuela no le gustaba verlos juntos. Eran grandes conversadores, aunque casi siempre hablaban de lo mismo: de mujeres, de ajedrez, de marcas de autos y marcas de bebidas (rones y brandys y whiskys y cervezas), alguna vez de fútbol, ciertas noches de cine y de literatura (Hollywood, los Óscares, Hemingway, Carpentier, últimamente Spielberg y Woody Allen) y otra vez de mujeres, siempre de féminas, blancas, mulatas, negras, rubias, trigueñas, las conquistadas y las conquistables. Este era su tema preferido. Hablaban de sus últimas proezas, de cabronadas machistoides e hímenes perforados, de reyertas y celos por relaciones neblinosas, de novias muy jóvenes y queridas muy viejas. El tío Bárbaro era un misógino incurable. Tenía una filosofía rara sobre las mujeres, en la que Eva no salía de una costilla de Adán

sino más bien de uno de sus pendejos. Vivía solo. Todo su mundo se reducía a su casa, sus muebles, un sinsonte doméstico al que trataba como al rey de los pájaros y su Chevrolet 56 rojo escarlata. Amaba, cuidaba, celaba, mimaba a su auto. Saltaba del volante por las tardes para darse un chapuzón de espuma en una jarra de cerveza clara, y luego, aún mojado, hundía el dedo índice en el ombligo de alguna muchacha veinteañera que terminaba entrando al Chevrolet 56, risueña, triunfal, creyendo haber atrapado al tipo, con casa, con dinero, con carro, ingeniero industrial, qué bueno estás, mi chino, para verse después, húmeda aún de espuma y de esperma, como una gata en la puerta de la calle. Esto, invariablemente. Para Bárbaro todas las hembras eran putas, adúlteras, poliandrias, bígamas, polígamas, y más ahora con tanto liberalismo y tanta decadencia de la falocracia, y más después de Virginia Woolf y el feminismo y el pantalón de zípper posterior y las hermanas Pólgar. Así que adiós, muñeca, y vuelven las caricias y los mimos a su Chevrolet, y vuelve la veneración a su sinsonte.

El tío Bárbaro, sin darse cuenta, sin proponérselo, había influido mucho en la formación de Enildo. Una vez huérfano, una vez abandonado por la madre, él se había erigido en su padrino, amigo, tutor, protector, todo. Y Enildo vio muy bien un padrinazgo, una amistad, una tutela o un protectorado con cuatro ruedas para andar La Habana, con 20 pesos en el bolsillo si le hacían falta, con una casa solitaria en Monterrey, nido apartado de fornicaciones.

La casa de tío Bárbaro era también una atracción en las conquistas, un gancho infalible. Pintada de un blanco impoluto, retocada cada ciertos meses, era de una belleza original y de una limpieza y claridad absolutas, que desentonaban con el resto de las casas de Monterrey, o incluso del Diezmero. Impresionante su portal, espacioso, de muy pulido embaldosado, con la placa apoyada sobre dos columnas que imitaban troncos de caobo desgajados, robustos, pintados de carmelita y blanco, rematados en tres puntas de hormigón que se extendían como dedos sobre cuyas yemas se apoyaba el techo. La originalidad de estas cariátides vegetales siempre arrancaba ohs, ahs, ayes de asombro, pero qué lindo, Enildo, pero qué hermoso, Bárbaro. Luego la puerta y las ventanas, carmelitas también, barnizadas, tallados en relieve los paneles, dorados el picaporte, la placa protectora, los goznes. Y la espaciosa sala con un bar interior, con dos tapices de colores quemantes sobre las paredes, uno con un venado asustadizo y otro con una bañista de carnes tan sueltas como el pelo. Y después el sinsonte, esa reliquia de tío Bárbaro, pájaro-Dios en la jaula

individual más grande y más cómoda del mundo, con ramazones, rocas, ríos artificiales, y la reproducción artesanal de otros animalitos para que no se sienta solo su vedete trinante, aburguesado, posado y posando sobre un trapecio lleno de hierba fina y cundiamores. Ese sinsonte era, junto a su Chevrolet, el otro gran amor de tío Bárbaro. Es único, decía él, a Luisa, a Míriam, a Olga Lidia, a Sara. Es único, decía Enildo, a Iris, a Carmen, a Amarilis, a Nilka. Y luego cada uno comenzaba a silbar, como al descuido, las primeras notas de *La guantanamera*. Y aún no habían terminado el tercer *do* y ya el sinsonte, alzando el pico, dejando ver la blanca pechera de plumaje finísimo, era una flauta, un caramillo alado en el doblaje exacto de Jorrín, la voz de Joseíto Fernández detrás de aquel prodigio armónico, qué música, qué música, boquiabiertas Zenaida, Luz, Magela, Lourdes, incrédulas aún de que esa melodía saliese de aquel piquillo de oro, extasiada Nilvania en su plumaje, María en sus melismas sibilantes, Odalys en su dominio escénico y profesionalismo, todas conteniendo la respiración para no interrumpir el gran concierto, y las manos de Enildo, y las manos de Bárbaro, reposando, paseando, mientras tanto, por las más duras o las más blandas o las más altas o las más bajas o las más tersas o las más grandes nalgas de cada una.

Luego los comentarios, las anécdotas: trescientos fulas me ofreció una turista ecuatoriana hace un año, pero eso es candela, y además, no lo vendo; y por trescientos pesos mensuales me lo alquilaba el intur, pero tampoco quise. Yo le digo Plácido Domingo. Yo le digo Pavarotti. Es un genio. Es un genio. Los dos decían lo mismo, solo cambiando algún detalle. Y luego la descripción, exagerada o no, de los trabajos y la entrega y el sacrificio de Bárbaro para enseñarlo, desde que era un pichonzuelo: días enteros junto a la jaula, silba que silba, silba que silba, no fue fácil. Y ahora es Enildo quien comienza a silbar *La bayamesa*, para que Pavarotti reproduzca la música de José Fornaris ante el asombro de Nilka, la sorpresa de Inés, la sonrisa de Alejandra, el beso incontenible de Yindra que parece hallar mensajes de Afrodita en el trino del ave, tan excitada está, desnudándose, trino mezclado con ginseng y oruzu, desnudándolo, trino mezclado con cuerno de rinoceronte triturado, Pavarotti luciéndose y ella cayendo vorazmente sobre el cuerpo de Enildo, tendidos ya en el suelo, besándose, mordiéndose, con el fondo musical del ave, el trino indetenible ya, in crescendo, saltando de *La bayamesa* a *La guantanamera*, excitado el sinsonte también, pasando de la guajira de Guantánamo a la patriota de Bayamo, Fornaris-Joseíto, Joseíto-Fornaris, indetenible ya la

música, indetenible ya la furia de los cuerpos sobre el suelo, los tres temblando de placer y éxtasis.

Fue la primera vez, y la única, que Enildo consiguió llevar a Yindra a casa de tío Bárbaro. Y fue la primera vez, aunque no la única, que se sintió agredido y dominado sexualmente por ella. Entre jadeos eróticos y suaves gorjeos filarmónicos, comenzaron esa exhaustiva competencia carnal de los primeros coitos, como si fuera esa la primera vez, o la única, ella voraz, temible, abrasadora; él cauteloso, contenido. Ella jugaba a la gula vaginal, al consumo continuo, y él a la resistencia, a la elasticidad de los deseos, la mente lejos de su bálano frágil, el miembro eréctil sometido a un estrangulamiento voluntario, tal vez abusivo, retardando la eyaculación para que ella gozara y se cansara y se aliviara, para que agotara todas las contracciones y gemidos y ayes, para que se rindiera y entonces atacar él, hasta vencerla. Pero Yindra es muy Yindra, deja caer el pelo sobre su rostro, aprovecha las luces, las sombras, los espacios, putísima muchacha oliente a ópalo, a lapislázuli, a refrigerador Hitachi, a hoteles caros, la cinturita envuelta en poliespuma, en celofán, en hilo, la vulva traductora de todos sus orgasmos, impresionantemente húmeda e hirviente. Y él terminó por agotarse, tembló como una hoja, y se deshizo todo bajo aquel cuerpo indómito, y se vació dentro de ella que repetía así, así, no pares, y él no paraba, así, así, apretándola, quería atravesarla, quería salir por el otro lado de su cuerpo, y llegó hasta el final con un jadeo largo, agudo, en do menor, a dúo con el ave.

Así era siempre. Yindra locura, Yindra extenuación, contrincante difícil, diosa trotona, descojonadora, saliva mentolada y pelo rizo, vulva de gelatina y ojos de otra galaxia. Así fue siempre, hasta ese día. Luego Yindra se convirtió —o volvió a ser, para ser más exacto — en la diosa escurridiza del hotel Deauville, en la "no puedo, Enildo, esta noche imposible", en la inquilina fija del hotel Riviera, y del hotel Habana Libre, y del hotel Tritón, mariposa intangible, qué coño te sucede, Enildo Niebla, déjala ya, pero el teléfono rim, rim, rim, y nada; pero el teléfono ocupado-ocupado-ocupado, mala suerte; qué te pasa, Enildo Niebla, busca otra; pero el teléfono rim, rim… Oigo… ¡Yindra, soy yo! ¿Puedes hoy? ¿A comer? ¿Al Mandarín? ¿Al Polinesio? ¿Al Monseñor? ¿Al Castillo de Jagua otra vez? No importa, quiero verte. Y hela entonces otra vez, radiante, sentada frente a Enildo, mujer-imán de otras pupilas, volubilísima, finísima. Ríe, coquetea, pide Filette Mignon o pollo Cordon Blue o bistec de palomilla o escalope, un coctel de langostas y cerveza. Hela dejando huellas de carmín sobre la servilleta, mínimas marcas

rojas sobre la copa de Bohemia. Hela feliz y helo a él, resplandeciente. Ella come. Ella bebe. Ella ríe. Él la mira. Casi no come nada: la mira: rostro perfecto, ojos cautivadores, cejas como paréntesis de asombro ante la luz azul de su mirada, aretes de un barroquismo tintineante, dorados como su gargantilla de varios torces, labios patrón de la cosmética moderna, y un perfume invasor, suavemente invasor de todos sus órganos. Allí están, frente a frente, Yindra Skármeta Llórens y Enildo Niebla Freire. Y ahora están, lado a lado, en el asiento trasero del taxi, Yindra Skármeta Llórens y Enildo Niebla Freire. Y ahora van por el pasillo del hotel tomados de la mano, dentro del ascensor, besándose, Yindra Skármeta Llórens y Enildo Niebla Freire. Once y veinte p. m. Hotel Colina. Tercer piso. Habitación 311. Allí están, desnudos, extraviados, perdiéndose uno dentro del otro, uno sobre el otro, uno bajo el otro, desorden corporal, Yindra Niebla sobre Enildo Skármeta, Enildo Llórens bajo Yindra Freire, un muslo Niebla entre dos muslos Llórens, caderas Freire, grupa Skármeta, sudor SkármetaFreiLlórens, jadeo NieblaFreiSkármeta.

Para eso trabajaba Enildo Niebla, para eso acumulaba las propinas, para eso sacaba mal las cuentas y adulteraba los cócteles: una onza menos de Vermouth rojo en el Colonial, media onza menos de ron Carta Blanca en los daiquiríes, menos ron Carta Oro en el Manhattan Cubano, menos ginebra en el Martini Seco, y un Mulata con menos ron añejo, y un Presidente con más hielo que ron y que Chambery, y un Tom Collins muy suave y una sangría desangrada, con poco vino tinto. Pero eso sí, todo muy bien revuelto, con mucha gracia, con estilo, la pajarita justo al centro, la servilleta sobre el brazo, la cucharita de espiral segura entre sus dedos. Y el cliente saborea el buen coctel (Amer Picón, angostura Bitters, Vermouth y hierba buena, hielo frappé y ron Carta Blanca), el cliente paladea, agradece, celebra la habilidad y la frescura del cantinero Enildo, excelent barman, maestro coctelero, tan ágil, tan seguro, tan profesional, ¿cuánto es? ¿44.20? Cobre 50 pesos. ¿Cuánto es? ¿16.80? Cobre 18 dólares. Y mañana lo mismo. Y pasado lo mismo. Y el sábado volveremos a salir, al Monseñor, al Capri, a donde tú propongas, no te preocupes que yo pago, Yindra.

Pero no siempre Yindra estará al alcance de la mano. No es amor exclusivo de nadie, no es propiedad de nadie, ni de Enildo. Y hoy sábado está todo bien dispuesto: el bolsillo de Enildo repleto de billetes, el Chevrolet de tío Bárbaro en la puerta, la fiestecita en casa Vladimir, en Párraga: todo a pedir de boca, menos Yindra.

Esto lo molestaba. Apenas tuvo tiempo de girar el timón y la

rueda entró, bruscamente, en un tremendo bache lleno de agua fangosa, suciedad y grasas, opacidad y arco iris de aceite. El agua saltó fuera del hueco y cayó sobre la gente sorprendida en la parada, mujer y niños que reculan, señor de lentes que grita ¡hijo de puta!, demasiado lento para evitar que el agua le manchara el blanco pantalón, la guayabera. Pero Enildo se alejó con petulancia, sin oírlo. Solo escuchaba su propia voz interna. ¿Dónde estaría Yindra? ¿Dónde, dónde?

19

Lo exasperó el semáforo en Dolores y luego el embotellamiento provocado por las barreras y el tren Palos-Habana. Con impaciencia, tamborileaba sobre el timón inmóvil. El tren pasaba lento, mortificador. Se entretuvo leyendo los letreros y los números pintados sobre sus paredes: Ferrocarriles Cuba, F.C., Peso: 1.324, Longitud: 718, Altura: 232, Tren nº 172845, Ferrocarriles Cuba, F.C. Ruido y ruido. Ruido en cámara lenta. Enildo piensa que es increíble la paciencia de los otros choferes, que se recuestan o hablan o miran y cuentan desordenadamente los vagones del tren, el penúltimo, el último.

Ahora solo faltaba esperar a que pasaran los dos Ladas y el Fiat. Luego sacar la mano, sacarla bien, y doblar bruscamente, cañoneándole a un ciclista, hacer una espectacular curva en la curva Carretera del Cuervo y avanzar unos metros, unos metros solamente, y frenar chirriando gomas, a lo Burt Reynold, junto a una muchacha que extendía la mano, sorprendido él mismo de su pie tan hábil.

—¿Qué te pasó, muñeca?

Él sabe. Él la vio parada al borde de la calle con el galón plástico en la mano, delante de su pequeño carro gris y enfermo. La muchacha pone voz lastimera, voz Betty Boo en *Quién mató a Roger Rabbit*, habla y sonríe, está sin gasolina y sonríe, "singa-solina" y sonríe (sonríe Enildo y piensa: "Ya te jodiste, Yindra"). Eso no es nada, mi vida, ¿vas muy lejos?, ¿no?, ¿a Mantilla?, ¿vives en Mantilla?, ¿Nora?, ¿como la del portazo? Bien, yo te llevo.

—Pero ¿y el carro?

—Bueno… eh…

—¿No tienes ni un litrico, mi cielo? —y ahora ha puesto voz de mulata del teatro vernáculo, fugada del Teatro Alhambra, con risa de Rebeca Martínez y pestañeo de mala actriz interpretando putas.

Enildo insiste en que la lleva: mira el reloj y la lleva; con esos ojos hasta el fin del mundo la lleva; sonríe y la lleva; no te rías, la lleva; después mandamos por el carro, la lleva; bueno, está bien…

pero la lleva. Ella insiste en que lo que necesita es un litrico nada más, y ahora el del portazo es él, molesto, para qué coño frenó, pero mira que está buena la mulata, ese perfecto híbrido genealógico, alquimia secular que ha enriquecido la raza de Eva. Además, se inclinó tan así sobre la ventanilla, y la entrada del pecho era color crepúsculo, y habló y el pecho se le movió bajo la blusa a cuadros:

—Un litrico, mi vida, solamente un litrico.

Enildo abrió el maletero, sacó un pedazo de manguera, dio un segundo portazo (qué mulata, mi madre), abrió el tanque de la gasolina y la miró risueño, le hizo chistes para que el pecho le saltara al reírse y metió una punta de la manguera en el tanque. Pero antes le dijo que él se llamaba Enildo y le preguntó de qué fiesta ella venía, que si estaba aburrida, y aseguró que él no había parado por gusto, que eso no era casual, que él nunca para, pero algo le había dicho ahora que parara y paró, eso ya estaba escrito, Nora, iban a conocerse, si no era hoy sería mañana, pero fue hoy, y él lo dejaba todo, Nora, los planes, los compromisos, todo, para que conversaran, para que fueran no a Mantilla sino a Párraga, a casa de Vladimir, un amigo, una fiestecita, te vas a divertir, qué lindo ríes. Y ella contestaba que no venía de fiesta alguna, que sí, que se aburría un poco, pero que no era mística ni creía en el destino, y silencio-silencio, viendo cómo él procede a darle la gasolina, viéndolo y pensando que el muchacho no está mal, que si quiere conversar conversan, que si quiere ir a fiesta fiestean, que si fiestean beben, que si beben, bailan, que si bailan se miran, se acercan, se besan, que si se besan se besaron y punto. Enildo succiona la manguera, pero nada. Succiona otra vez, más fuerte, pero nada. Boca Enildo-succión-galón de Nora. Boca Enildo-succióngalón de Nora. Boca Enildo-succión—… Fue tan súbito el chorro que no le dio tiempo a nada, tosió, escupió y lagrimeó al mismo tiempo. Ella palmeaba suavemente, compasiva, sobre su espalda, y él tosía y escupía intentando reír, doblado hacia delante, sin que ella viera la boca abierta, la lengua gruesa, los ojos húmedos: tosía sin soltar la manguera y taponándola con la yema del pulgar, pidiéndole con gestos el dichoso galón para acabar de darle la cabrona gasolina que ahora le quemaba la lengua, la laringe, la tráquea, la boca del estómago.

Ella lo mira y sonríe coqueta: —¡Pobrecito!—. Él la mira y resopla haciendo bailotear los labios, como si fueran belfos, labios más rosados ahora, más húmedos, manteniendo la boca medio abierta. La mira. Lo mira. Se miran. Y luego de verter el

combustible en el auto de ella, él vuelve a ser el mismo joven que no paró por gusto y ella vuelve a ser la mulata más linda que ojos humanos vieron, y él un tipo solo y aburrido que la invita a conversar, a conversar no más, como buenos amigos, y ella sonríe y escucha callada, pero el que calla otorga.

Él exagera el efecto de la gasolina y ahora le enseña la lengua quemada, roja, ensalivada. Ella, cuando lo vio frenar pensó, qué suerte; cuando lo vio apearse pensó, qué bien; cuando lo vio escucharla, decir que sí, invitarla, toser, escupir, y echar la gasolina no pensó nada: y ahora tampoco piensa.

—Pero… ¿y el carro?

—Podemos ir juntos —propuso él recostándose a la carrocería del auto de ella, un Polsky—: seremos un cortejo de dos, caravana de dos —dijo, sonriendo, acodado sobre el techo curvo, gris, a la altura de sus costillas.

—Pero, ¿y la gasolina?

—Ah, verdad —comprendió él. Pero eso es fácil: irían hasta Mantilla, guardarían el Polsky y continuarían en el Chevrolet 56 rojo escarlata. A fiestar, a conversar, a divertirse.

Vladimir y Bombino, un primo suyo, estaban en el portal con dos vasos mediados de Legendario y hielo. Eran vigías y como tal actuaron:

—Hey, hey, miren quién llegó —y fueron a su encuentro, brazos abiertos y bocas alunadas—. Enildo, coño, pensé que no vendrías.

—Ella es Nora —dijo él y aprovechó para tomar su mano, y ella aprovechó para turbarse un poco y dejarse guiar por toda la sala: Yo soy Nora, soy Nora, Nora, Nora, Nora.

La sala era espaciosa y ventilada. Vladimir se alejó a buscarles tragos y Bombino se detuvo a conversar con una muchacha que bien pudo llamarlo para saber quiénes eran los recién llegados. Ellos dos avanzaron y ocuparon el único espacio disponible en el diván. Lo primero que los sorprendió fue la música: tambores batá de Jesús Pérez, Merceditas Valdés haciendo gala de su gracia negra, de su aché inconfundible, inundando la casa, los muebles, los vasos, la sangre. Todos —sin excepción— se movían sin quererlo al compás de la música, como una ola de cabezas y hombros en ritmo yorubá, un hombro hacia adelante, stop, otro hombro hacia delante, stop, como sintiendo un corrientazo repentino. Enildo y Nora sentían que el cuerpo les temblaba, se insubordinaba ante los rezos y los cantos a los orishas: Ochún la casquivana, Changó el bravo guerrero, Obatalá en la boca privilegiada de Merceditas, Yemayá en su diafragma, Babalú Ayé en su lengua contagiosa, lamedora de

tímpanos.

Vladimir regresó con los vasos y con su madre, la anfitriona, la festejada, la hija de Obatalá, una mole blanca y risueña.

—Mira, mamá, este es Enildo.

—Pero si yo lo conozco, hijo —y Enildo le da un beso en uno de los pocos espacios de su cuerpo donde no hay encaje, esa fresca tela blanca que la cubre toda: cabeza, torso, muslos, piernas, pies: pañuelo, blusa, manta, saya, medias panty de encaje, de puro encaje blanco; y los zapatos blancos de charol, y el espíritu blanco de aquella madona gentil y bondadosa. Pasen, pasen para que coman, y ya Nora está sintiendo la mano de la mujer sobre su brazo, vengan, vengan. Y al quedar las dos mujeres solas en el pasillo, Nora se llama Nora, es amiga de Enildo, sí, está contenta, y la madre de Vladimir es Odelma García, Obdula Mi para los santos, Odi para los hijos, los parientes, los vecinos, y para ella también, claro, puede llamarla Odi.

Sobre el suelo del comedor la mesa: sobre la mesa el níveo mantel con entredoses y tejido a crochet; sobre el mantel las fuentes: de cristal, de porcelana, de barro, de aluminio; en las fuentes los dulces: arroz con leche pecoso de canela, cascos de guayaba en almíbar, flan de calabaza para Ochún, merenguitos para Obatalá; pudín, natilla, buñuelos almibarados; harina dulce para Changó; capuchinos para la dulce Ochún; dulce de coco, cake, tatianov, malarrabia, dobosh, panetelas; y en un plato ámbar plátanos y mameyes de Changó; y en otros platos frutas y dulces blancos para Obatalá, anón, guanábana y arroz con leche para Obatalá que comparte con Enildo y Nora, coman, coman, sin pena; Yemayá da melones y Elleguá da naranjas, no tengan pena, sírvete Nora, coge más, Enildo, no importa, y cojan queso, mucho queso, queso amarillo y queso blanco, platos con queso en las esquinas de la mesa, queso en trocitos, en lascas, en cuñas. Y sobre los quesos, las frutas y los dulces, caen perpendiculares las miradas de ellos, el hambre de ellos, sus bocas, lenguas, dientes, estómagos. Que en estos tiempos no es como para apenarse. Una fiesta de santos es el único espacio disponible para las comilonas, en ningún otro sitio se encuentran ya mesas servidas con tanta variedad de dulces, con tanta buena voluntad hacia los comensales, toda el hambre del mes resuelta en unas horas, qué dineral tiene que haber costado, y luego la caldosa, y luego la comida, porque no va a faltar el pollo, el arroz moro, la vianda con mojo, coman, coman, sin pena, sin vergüenza, gracias Obatalá, Dios te bendiga, alcánzame otro dobosh, Nora.

Ahora llegaba a sus oídos el jazzeado final de Babá, en sonido

Síntesis, canto de Carlitos Alfonso a Obatalá, Obatalá con piano acústico y eléctrico. Enildo y Nora comen a ritmo, mordidas rítmicas, platos percutivos. Ahora es una fiesta de Yyessá (tierra de Oggún y Ochún) a Ochosi, Dios de la cacería, son sus "campanas jimaguas" con el sabor inconfundible de Síntesis.

Enildo satisface la curiosidad de Nora con respuestas aproximativas y hasta improvisadas sobre la fiesta, para que ella no sospeche la curiosidad suya. Le cuenta que Odelma está celebrando el Día de las Mercedes, que Odelma "se hizo santo", se hizo Obatalá, para que no hubiera guerra entre Yemayá y Ochún, hijas de las dos aguas. Y ella se siente a gusto pero rara, cierta incomodidad que solo atenúan la presencia de Enildo y la estilizada interpretación de Síntesis, con esa grandiosa locura de invocación antifonal, codas a batería, toques complejos y aire jazzístico-barroco. El sonido le hacía digerible una cultura a la que estaba ajena. Lucía Huergo y Carlitos Alfonso no eran esos negrones de bembé a puertas cerradas, ceremonias secretas; eran los mismos jóvenes de canciones de amor y poesía, del rock suave y erótico, por eso a ella se le iban los pies ahora, desprejuiciada ante el fraseo afro, agitándose a la vez que mastica un ocho buñolar en almíbar, siguiendo con los pies y la mandíbula el ritmo de Odudúa, y dejándose instruir por Enildo, tan ignorante como ella en materia de santos pero haciéndose, explicándole, diciéndole que a Odelma la cantaron el ittá, que Odelma tiene que estar un año entero vestida de blanco, que Odelma no podrá ya jamás vivir con un hombre borracho, ni comer carnero, ni harina de maíz, ni beber rones blancos a no ser que los tiña, y si se faja no podrá golpear al otro con un palo, con todo menos con un palo, y no vestir de rojo ni de negro ni a cuadros, para toda la vida. Todo lo que Vladimir le había contado a él, y que a Vladimir le habían contado otros —entre ellos Odelma, para animarlo con la ceremonia—, ahora era conocimiento, sabiduría religiosa de Enildo a los ojos de Nora, tema de conversación para lucirse.

Recorrieron la casa. Caminando de una pieza a otra, por los pasillos, oyeron el canto de Lázaro Ross, su voz inconfundible, ancestral pero fresca, perforando la casa con su *Titi-layé*. Entraron a un cuarto donde se gastaban dos velas sobre el suelo, luminosas custodias de las flores, los dulces y los hierros. Vasos con agua, cocos y quilos sobre un tapete blanco. Santa Bárbara de pie en una esquina, toda vestida de colores brillantes, con su espada dorada y su porte arrogante. Enildo llevó a Nora hacia la sala, tomándola del brazo, como si fueran novios de toda la vida y no la chica hermosa

del Polski averiado y el joven guapo que le dio gasolina. La sala estaba llena de parejas bailando, todos absortos por el ritmo místico y sexual del *Titi-layé*, por la magia del canto.

—Esta casa es una verdadera iglesia mixta —dijo Enildo, en tono bajo, con la boca llena de flan de calabaza—. Tú ves que Odelma "se hizo santo"… Bueno, ella tiene siete hijos y ninguno la sigue en esto… Hay uno que es católico, otro que es adventista, otro Testigo de Jehová, otro, el médico, es fanático del yoga, Xiomara y Ever, el que nos saludó en el pasillo, no creen ni en su sombra, ella es militante y él es cualquier cosa; y de los hermanos de Odelma, tíos de Vladimir, uno es palero y el otro se casó con una judía y ahora es más hijo de Aarón que hermano de Odelma —sonrió, bajó más la voz y le dijo al oído—: Después de viejo, hasta la circuncisión se hizo… Y Vladimir lo que hace es vacilar este politeísmo de familia.

Pusieron los vasos sucios de almíbar y de moscas sobre la mesa de centro y fueron a sentarse a un rincón, sobre sillas de hierro pintadas de blanco y con cojines hechos de retazos de todos los colores, bajo una foto amplia de Vladimir y Sonia, su novia de entonces, abrazados sobre la nieve de Kiev, forrados como dos esquimales, sonriéndole tontamente a la cámara.

—El Vlado es el mediador de la familia —continuó Enildo—, un ateo-creyente de corcho, el apaciguador de todas las discordias.

Nora escuchaba a Enildo y recorría la sala con la vista, miraba con extrañeza a aquellos seres de vasos con ron, risas, saludos y seudobailes africanos con Síntesis.

—Esto es una iglesia loca —dijo Enildo, hablándole al oído, acercándose más no tanto por no ser oído como para que su aliento la erizara un poco—. A veces a la misma vez te encuentras a Manolo leyendo la Biblia, a Frank sentado en el suelo con las piernas en equis, llegando al nirvana, al tío palero cantando "Uriá, uriá, Nganga /uriá, uriá, Nganga", a Felipe tratando de no gritar porque su religión se lo prohibe, y a Odelma con las yemas de los dedos pegadas al suelo, inclinada ante el trono y pidiendo a los santos que Xiomara apruebe el examen de marxismo.

Nora sonrió y alzó la vista al cuadro de Vladimir y Sonia.

—… y a Vladimir lo encuentras oyendo la pelota y a Ever escuchando a Bob Dylan o a Phil Collins…

—Tráeme otro trago —dijo ella y Enildo comprendió que quizás se aburría, que había dilatado demasiado la discreción inicial de la conquista. Volvió a pensar que la mulata estaba muy buena y le echó menta al ron de ella, falso afrodisíaco femenino, para que se embullara, para poder besarla dentro de unos minutos, para

sentarse más cerquita esta vez, bajo el cuadro de los otrora novios esquimales. La foto era tan solo nieve, nieve y nieve, y entre la nieve Vladimir y Sonia, dos figuras forradas de negro, menos los dientes, dejando ver tan solo eso, los dientes, para que los demás supieran que eran felices y personas y ellos, porque de no reírse entre tanta nieve pasarían por ser nieve negra.

Enildo y Nora se acomodaron en ese rincón bajo la nieve, y como hacía frío se fueron acercando más, se abrazaron, se besaron, se estrujaron, ay qué frío, Jesús. La nieve amenazaba con cubrirlos, pero ellos se protegían mutuamente (no se congelarían) y bebían una pócima increíblemente descongeladora: Legendario sin hielo, straight, salpicado con menta. Lo habían comprendido: pronto quedarían sepultados bajo la nieve si no se abrazaban, si no se apretaban, si no se metían la mano aquí y allá y acullá, porque está oscura la sala, da vueltas la sala, y los demás deben de haberse congelado ya porque no se ven, no se ve nadie, nada, solo la nieve y ellos, ellos y la nieve, ni la nieve ni ellos.

Y vencieron la congelación. Y se pararon eufóricos a celebrarlo. Los demás ya habían bailado y ahora bailaban ellos. Lázaro Ross y Merceditas Valdés se habían cansado de girar en el disco y ahora se oía a un joven-viejo brasileño, con voz melosa y nostálgica, que los hacía girar igual que el disco y creerse a ciegas lo que estaban oyendo, catequizante erótico, los iba aislando del mundo, los iba adoctrinando. Estaban solos. Los tres. Roberto Carlos y ellos. Él frente a ella y Roberto Carlos detrás de ella, a su izquierda, a su derecha, en sus oídos, sus senos, sus labios, sus pies, su sexo. Ella lo busca (a él no, a Roberto Carlos) y lo aprieta (a Roberto Carlos no, a él) y lo siente (a él no, a Roberto Carlos) y lo muerde (a Roberto Carlos no, a él) y *de mañana mi amor / pediré el desayuno tal vez / te haré el amor y después / dormiré en tus brazos… / y entre abrazos…*

Nora, mi amor, ya es de mañana, mi amor, despierta, mi amor. Ella se mueve, caderea un poco, abre los ojos, está desnuda, ¿dónde estoy? ¿No recuerdas? Se alza sobre los codos y lo mira: ¿Nos quedamos?

—Nora, mi amor —e intenta, como en la canción, hacerle el amor otra vez, pero ella se incorpora, mareada, desnudísima, se aguanta la cabeza y comienza a vestirse apurada: suben el blúmer y la saya, baja el pelo y se reordena, la blusa a cuadros se abotona hasta el pecho, pero olvidó el sostén y él se lo alcanza.

—¿Cuál es el apuro?

—Es el trabajo, Enildo, ya voy a llegar tarde.

Él cree que está molesta pero ella se acerca, lo besa y le dice: —

A las cinco, ve a buscarme a las cinco… o llámame.

Y él se vuelve a dormir, tras sentir el portazo, sin darse cuenta de que no sabía, en fin, dónde buscar ni a qué teléfono llamar a… eh… ¿cómo se llama?… ¡Bah! La memoria es un don que el alcohol jode.

No pudo dormir mucho. Miró el reloj y aún era muy temprano, pero ya Vladimir no estaba, y… ¿eh?, ¿Nora?, ella también ya se había ido. Solo entonces recordó que tenía que devolverle el carro a tío Bárbaro para que fuera a trabajar. Llegó a Monterrey y Bárbaro aún dormía. Dejó el Chevrolet frente a la puerta y puso las llaves sobre una mesita de la sala, bajo la jaula del sinsonte. Tenía resaca. Le dolía la cabeza y no sabía qué hacer exactamente. Bebió café y una aspirina. Sentía, una vez más, la vacuidad de esas conquistas: ¿por qué tuvo que ligar a Nora? Si él lo que deseaba era encontrar a Yindra. Siempre era lo mismo. ¿Por qué coño tenía que demostrarse a diario lo conquistador que era? Te estás poniendo viejo, le había dicho Cristóbal cuando le comentó estas dudas por teléfono. No sé, se había limitado a decir él, para no ahondar más en si estaba cansado de tanto donjuanismo o enamorado como un tonto de Yindra. “Voy a buscarla”, pensó. Se cambió de ropa, se puso una camisa nueva de su tío, su mejor pantalón y sus zapatos Amadeos. Se perfumó, se peinó. Cerró con cuidado la puerta para no despertar al tío Bárbaro. Y caminó hasta la parada de la ruta 10, lentamente.

20

Demasiado intelectual Alicia y demasiado vulgar Nilka. Enildo había conocido a Alicia Pereyo un miércoles lluvioso a las tres de la tarde, cuando coincidieron bajo el mismo portal y decidieron irse bajo la lluvia al mismo tiempo, sin previo acuerdo de ninguna de las partes. Y había conocido a Nilka Gandarilla un viernes soleado al bajar de una 5, cuando ella venía con un maletín demasiado pesado y él se brindó para ayudarla. Alicia disfrutaba el agua cayendo sobre su cabellera y su espalda y Enildo comentó que era mejor mojarse un poco que esperar parado allí a que se inundara como siempre la Virgen del Camino. Nilka aceptó que el joven le cargara el maletín y sonrió coqueta, libre ya del peso, haciendo comentarios banales sobre las guaguas, el calor, lo mala que estaba la situación y lo extenuada que ella estaba. Alicia dijo que le gustaba empaparse de lluvia y Enildo dijo que a él también, que cuando niño nunca lo dejaban y ahora se desquitaba, pero que era asmático y solo podía hacerlo en las tardes de fuerte sol, y que además, cómo iba a dejarla andar sola por esas calles que se inundaban con una escupida. Gracias, Emilio, dijo Alicia. Emilio no, Enildo, aclaró él y se detuvo a remangarse los bajos del pitusa para cruzar la anegada calzada de Güines. Nilka se recostó al hombro de Enildo para descansar y Alicia se descalzó, se arremangó también los pantalones y se anudó las puntas de la blusa a la altura del vientre. Vieron cómo el agua, cada vez más sucia, subía, ganaba velocidad y turbulencia, y los autos se quedaban apagados en medio de la calle. Nilka se detuvo a contemplar a Enildo y dijo que ya escaseaban los jóvenes caballerosos. Enildo dijo que las mujeres hermosas también escaseaban y Nilka rio con toda la boca y dio las gracias coquetamente, mientras Enildo aprovechaba para mirar bien el pantalón ceñido, el pecho modesto, los gruesos labios de Nilka Gandarilla. El agua sobre el pelo y sobre el rostro acrecentaba la belleza de Alicia, le daba otros matices. Enildo la sostenía por el brazo evitando que tropezara o resbalara, y oía que la muchacha vivía en California y trabajaba en la biblioteca de la calle Mayor;

era filóloga. Nilka le dijo, entra, y en escasos minutos apareció en bata de casa con dos vasos de ron en las manos. Alicia se detuvo frente a la puerta de su casa, chorreando agua, y lo invitó a pasar, a secarse, a esperar que escampara. Enildo aceptó el ron y contempló el cuerpo de Nilka a través de la fina tela a cuadros. Enildo miró cómo el agua goteaba del mentón de Alicia y le dijo, no, gracias, prefiero seguir con el impulso, algún día te haré la visita. Nilka entró a darse un baño refrescante y Alicia entró a zafarse tanta lluvia del cuerpo, mientras Enildo bebía ron y contemplaba la sala de Nilka, mientras Enildo se alejaba seguro de estar al otro día, a las doce en punto, en la biblioteca de la calle Mayor. Nilka salió del baño, volvió a servir ron para ambos, y Enildo preguntó si vivía sola. Nilka reunió toda la coquetería y toda la malicia de las mujeres de su edad, cruzó las piernas y dijo, sola-sola. Enildo se dio cuenta de que pisaba terreno conocido y no tardó mucho en estar junto a Nilka, besándola, y luego sobre ella, poseyéndola, o siendo poseído. Tampoco tardó ni veinticuatro horas en regresar a ver a Alicia Pereyo, esa joven hermosa, intelectual, que hablaba despacio, en voz muy baja, y que aceptó ir con él hasta el Museo Hemingway pese a conocerlo ella también de memoria, y aceptó el primer beso bajo la sombra de los mangos, con una candidez inusitada. Nilka resultó ser una mujer volcánica, aunque también un poco tosca; trataba a Enildo como si fuera un aprendiz de los trucos sexuales, intentaba extenuarlo, llevaba la iniciativa, lo volteaba, le decía así no, así sí, ¡ahora!, vociferaba ayes a horcajadas sobre él, aplastándolo. Alicia luego lo invitó a la cinemateca, a ver *La ópera de Malandro*, y Enildo fingió no aburrirse pero disfrutó más el muslo tibio de Alicia en su mano que la buena música y la coreografía de proxenetas brasileños. Nilka estaba ebria y paseaba desnuda por el cuarto, mostrando toda su madurez corporal, los glúteos duros, los muslos bien tallados, los senos pequeños, el vientre estriado y el pubis boscoso y oscuro. Alicia le enseñó versos ininteligibles, llenos de un lenguaje incoherente, hermético, y Enildo confesó no entender mucho la poesía moderna. Nilka envolvía con sus brazos a Enildo y lo besaba en plena boca, delante de todos en las paradas de los ómnibus. Alicia escribía notas en forma circular, notas concéntricas con increíble simetría mientras esperaban que los atendiera el dependiente de la cafetería La Pelota. Nilka hablaba del sexo sin tapujos, lo mismo decía pene que su equivalente más vulgar e íntimo, lo mismo decía felación que mamada. Alicia Pereyo lo arrastraba al Gran Teatro a ver *Giselle* dos y tres veces, a ver a su tocaya Alicia Alonso estremeciendo el aire, Giselle, Albrecht,

Hilarión y Bathilde haciendo que la joven se erizara y se excitara mucho más que con los besos de Enildo en su cuello: ¡Oh, mira! Giselle acaba de perder la razón entre Hilarión y Albrecht, delante del príncipe de Courtland, y mientras una Alicia vuela, gira, enloquece, la otra Alicia llora estremecida y aplaude viendo cerrarse las cortinas. Nilka se volvió insoportable, celosa, vigilante. Le succionaba el cuello, el pecho, el vientre, dejándole marcas grandes y oscuras que le impidieran estar con otras mujeres. Y Alicia lo arrastraba a la iglesia de Paula a escuchar jazz durante una noche interminable para luego hacer el amor imitando el ritmo de los dedos de Gonzalito Rubalcaba. Nilka ponía a todo volumen Los Van Van, La Original de Manzanillo. Alicia tarareaba a Silvio, a Chico Buarque, a Serrat, y luego encendía el tocadiscos con Beethoven, Bach, Vivaldi. Nilka tuvo tardes y noches de borracheras y escándalos, ¡a templar, a singar, coño!, toda ella cuerpo, libidinosidad, orgasmo. Alicia tuvo noches de puro tedio intelectual, noches té literario donde Enildo tuvo que soportar pedanterías, poses y poemas horribles, y una noche de concierto sinfónico, violines, pianos, flautas, clarinetes, oboes hasta la medianoche, y otra noche de tertulia literaria en La Madriguera, donde un joven aprendiz de escritor leyó fragmentos de una novela rara, la historia de un joven asmático que se iba en una balsa por el único motivo que nunca saldría en la prensa, por el único motivo que no daría de qué hablar a los políticos, ni a los gusanos ni a los comunistas: por el amor de una mujer. Enildo soltaba una sonrisa incrédula: “Eso no se lo cree nadie”, pensaba, “si aquí lo que sobran son las hembras… Además, ese muchacho no tiene ni idea de lo que es ser asmático”. Pero Alicia parecía no escucharlo, seguía hundida en una ciénaga de verbos, adjetivos, preposiciones, sustantivos, adverbios, hasta que el joven escritor terminó y todos aplaudieron, y comenzó el debate, comentarios muy cultos, polémicas a sablazos de intelectualidad en las que Alicia llevaba la voz cantante, y se usaron palabras raras como ‘digresión’, ‘intertextualidad’, ‘posmodernismo’, y alguien habló de dirty realism, de barroquismo contracultural, del boom y del posboom, todo con tanto aire de inexactitud y de pedantería que a Enildo le pareció que aquello nada tenía que ver con la novela que habían leído. Mira, Enildo, este es mi hijo Freddy, dijo Nilka, presentándole a un Freddy ancho de hombros y con bozo de inminente bigote, un Freddy apenas unos años menor que Enildo. Mira, Pimienta, este es mi novio Enildo, dijo Alicia presentando a Enildo y al joven escritor que acababa de leer el fragmento novelístico. Me gustó, dijo Enildo como un simple

cumplido, yo también soy asmático. Y sonrió viendo cómo el joven asentía sin hacerle mucho caso y se alejaba hacia donde lo llamaban otros, a seguir con sus chácharas intelectuales. Nilka le espetó un beso en plena boca, ante la cara disgustada de su Freddy. Alicia lo tomó del brazo y lo invitó a sentarse. Nilka lo fastidiaba, y se lo dijo. Alicia era distinta, le gustaba mucho, sentía por ella respeto, admiración, cariño, pero lo aburría, y también se lo dijo. Así que a partir de ahora llovería a cántaros, se inundaría como siempre la Virgen del Camino, y Enildo dejaría que Alicia se fuera sola bajo el agua; él seguiría escampando. Y a partir de ahora Nilka pasaría por su lado, sudada, sin resuello, con el maletín tan pesado sobre el hombro, y Enildo seguiría de largo, sin mirarla, sin ayudarla. Tomaría la ruta 10 rumbo a El Vedado, como siempre, para tratar de encontrarse con Yindra.

21

Enildo se siente un desgraciado nadador en salmuera. Swimmer in brine, man in brine, Enildo Niebla in brine, sin precio, sin lote, sin net weight siquiera. ¿Gibara? ¿Gustavo? ¿Lorenzo al Cubo? ¡Ah! Un gran cubo era el mar, el océano, y Enildo un corcho humano, abrasado por un sol mortificante, flotando en medio de ese gran cubo de salmuera sin saber dónde quedan las paredes pero presintiendo la presencia de su cuerpo en el fondo; presintiendo que su cuerpo se agotará, se rendirá, los hemisferios cerebrales comenzarán una huelga burocrática y ya no ordenarán ni a brazos ni a piernas, ni izquierda ni derecha, ni bracear ni patalear, nada.

Jode morirse ahogado. Enildo siente que su cuerpo cede. En este instante, inexplicablemente, le viene a la memoria Alicia Pereyo, la delgada poetisa de notas circulares con increíble simetría y poemas exóticos e ininteligibles. Ahora sentía como si estuviera él, Enildo Niebla, interpretando *El lago de los cisnes*, oh, qué piruette, qué fouté, qué giro. Y Alicia erizada, emocionada, aplaudiéndolo. Fue esta la última imagen que vino a su mente cuando decidió que ya no podía más, rendirse, morir ahogado, adiós, good bye, Enildo. E inmediatamente recordó aquel verso de su exnovia: "Morir es desandar lo ya vivido, llegar a cero después de estar en uno". Y comenzó a ceder frente al cansancio, a bajar, a bajar, a tragar, a tragar, a ahogarse.

¿En uno, había estado en uno? ¿A cero, había llegado a cero? Cabrona agua, maldita agua, salada y mentirosa. Esto es morir: abrir la boca, la nariz, los pulmones, el cuerpo que pronto estará lleno del líquido precioso, precioso y agorero, el cuerpo que pronto será bocado de los peces. Esta idea le hizo mover la cabeza y recordar algo más prosaico que los versos de Alicia: No naden todo el tiempo, había dicho Lorenzo, no naden todo el tiempo, no naden todo el tiempo. Lo recordó, y tomó un segundo aire, un metafórico segundo aire, se sacudió, y ambos hemisferios cerebrales decidieron a la vez dar órdenes a piernas y brazos, recuperar los centímetros de agua que el cuerpo había perdido, devolverlo a la superficie.

El cuerpo volvió a ser, entonces, menos denso que el agua, coronada de sorpresiva espuma la cabeza, contenta la piel de sentir el sol de nuevo. Tomó aire, sacudió la cabeza, se abolló sobre la superficie. No naden todo el tiempo, había dicho Lorenzo. Hay que virar, había dicho Gibara. Despacio, había dicho Gustavo. Y ahora Enildo los comprendía más que nunca. Abriría los brazos, relajaría el cuerpo, contendría suavemente la respiración, relax, relax, abollado sobre la superficie de salmuera, flotante cruz humana, los brazos abiertos hacia sabe Dios qué puntos cardinales y las piernas unidas hacia ninguna parte; los ojos al sol, la frente, la boca, el pecho, el vientre, al sol, sobre la nata azul del agua, sí, al sol, de nuevo, again, vivo, alive, descansando.

¿Morir yo? ¿Enildo Niebla? ¿Yo? Sonrió por primera vez en mucho tiempo, y se mantuvo flotando en cruz, respirando a pulmón y a cojón lleno. Sí. Descansaría, volvería a nadar, descansaría, nadaría otra vez, sin desespero, y regresaría a Cuba (¿ya se había ido de Cuba?; ¿haber entrado al mar era irse de Cuba?; ¿querer irse era irse?). Regresaría, claro. Volvería a la costa, al Diezmero, a las novias, a las fiestas, a Electra, al niño… Regresaría, Enildo Niebla volvería, a nado, braceando y descansando, sin desesperarse. Como Lorenzo al Cubo, como Gibara, como Gustavo. Regresaría sin Miami y sin Yindra. Pero regresaría.

22

Se le había aliviado la cabeza. No sabía si por la aspirina o por el simple hecho de pensar en Yindra, de salir a buscarla. Ni gota de asma: nada. Sus pulmones se sentían a gusto, oxigenación plena y exacta. Su rostro transparentaba bienestar. Ahora, en este instante al menos, podía competir con la salud de Santos Coheira, podía lucir su prototípica figura de hombre del trópico, joven, esbelto, fornido, bronceado por el sol. En el bolsillo el tubo de salbutamol parecía anacrónico, estúpido fetiche de su respiración, presencia obligatoria pero molesta en este instante, anunciadora de que algo podría ir mal, pájaro de mal agüero, coño, si hoy parece un día de signos favorables.

Estaba seguro: encontraría a Yindra, vería a Yindra, tenía que estar en el Habana Libre, ella le había dicho que por las mañanas casi siempre estaba en el Habana libre, que tenía amigos, bueno, okey, "un amigo", que si quería verla… Y él claro que quería. Y claro que la vería, y conversarían, y beberían y comerían, no te preocupes, linda, que yo pago, y acabarían en una habitación, como otras veces. Ya Enildo sabía lo del viejo O'Neil. Claro que no me importa, linda, había dicho él con evidente tono falso. Es tan bueno conmigo, Enildo, había dicho ella con evidente tono de comedia, pero tú eres mi macho, Enildo, había dicho luego, con toda la zalamería del mundo, no te pongas celoso, Enildo, terminó diciendo ella y él sonrió como diciendo ¿celoso yo?, y le tomó una mano, acariciándola, con evidente gesto enamorado.

Ahora se sabía elegante. Andaba lentamente y a cada rato se estiraba la camisa, se alisaba el pantalón: solo le molestaban los zapatos. Eran zapatos buenos, pero no zapatos para ese ambiente, para los hoteles y los bares en los que se mueve Yindra. Se sentía como el pavorreal. Solo recuperaba la marcialidad del paso al mirarse en los cristales de los autos parqueados a lo largo de la calle, mirada reticente, de espejo en espejo, de parabrisas en parabrisas, devolviendo a sus ojos su propia imagen de la cintura para arriba, esta sí reconfortante. No podía evitar su narcisismo.

Llegó a los espejos tremendísimos de 23 y O, y se detuvo a contemplarse, de cuerpo entero, de perfil, de frente: esta vez vas a caer rendida, Yindra Skármeta.

Disminuyó el paso a la entrada del hotel. Se limpió los zapatos con la parte posterior de las patas del pantalón, paradójica forma de limpiar una pieza ensuciando la otra, guajirada de Enildo, pero no quería tener ni una gota de polvo. Tenía que estar a la altura del sitio. Así y todo, no lo dejarían entrar si no era con Yindra. O con un extranjero, claro. Pero con qué extranjero entraría él. ¿Con O'Neil? ¡Ja! Estaría bueno coger al vejete para eso. Con Yindra sí. Yindra hasta pasaba por francesa, italiana, cualquier cosa, y además, la conocían. ¿Pero él?, ja, ¡y con esos zapatos! Se le salía el barrio por encima de la ropa. Caminaba lentamente por el espacioso portal del hotel, sin atreverse a entrar, mirando, buscándola, temeroso de que algún policía le dijera algo. Y qué iba a hacer sino alegrarse, sentir cómo latía su corazón y sonreír al verla, Yindra sentada de perfil —su perfil único—, no en el hotel, sino frente al hotel, mascando chicle como casi siempre. Y qué va a hacer sino avanzar hacia ella, uno, dos, tres pasos, y qué va a hacer sino frenar en seco, detenerse atónito, incrédulo de lo que ven sus ojos: Yindra se ha levantado porque llegó hasta ella un muchacho peludo, con un periódico en la mano, se ha levantado y se ha vuelto a sentar pero esta vez sobre las piernas del muchacho. Y ahora se besan. Y ahora se acarician. Y Yindra está riéndose, abrazándolo. Alguna vez lo pensó, algunas veces calculó que podría pasarle y creyó que no le importaría. Pero ahora le molesta: Yindra, su Yindra, como una colegiala sentada en las piernas de Aquel, en pleno día, y frente al mismo hotel, y en sus propias narices, y mira cómo Aquel besa su espalda, Aquel que tiene el pelo más largo que ella, recogido en trenza, como un mariconcito, Aquel que continúa besando su espalda semidesnuda, y ella se eriza, se retuerce lindamente sobre sus rodillas y sus muslos. Qué podía hacer sino quedarse helado, con la respiración cortada, mirando a todos lados como si temiera o escapara, sintiendo que por todas las ventanas del hotel asomaban bocas risueñas e índices burlones, brazos que lanzaban almohadas, calzoncillos, condones, cornamentas. Lo que más le jodía era el pelo de Aquel, la trencita y la argolla en la oreja derecha. Y la imagen coqueta y aniñada de la única mujer que le dolía tanto. No sabía por qué tanto rollo con Yindra. No sabía por qué le jodía que Aquel le hiciera a él lo que él le hacía a O'Neil, y a Electra y todas las mujeres. ¿Con O'Neil él era el ofensor y con Aquel el ofendido? ¿Pero ofendido de qué? ¿Yindra lo está engañando a él, o está

engañando a O'Neil, o los está engañando a O'Neil y a él, o está engañando a Aquel que ignora todo? Estaba confundido. Fue alejándose, como un autómata, marcha atrás, sin dejar de mirarlos, pero rezando para que ellos no lo vieran. ¿De qué se preocupaba? Yindra no era suya. Ni de O'Neil. Ni de Aquel. Ambos habían dicho, esto es sin compromiso, Enildo/Yindra. Ambos se habían prometido, en silencio y a gritos, no enamorarse, no celarse, no exigirse uno al otro más que la pasión necesaria para las horas de estar juntos. Sin embargo, ahora veía aquello como una traición. Sacó el fetiche del salbutamol: ya le faltaba el aire. Todos pasaban con indiferencia. ¡Hay que ver! Yindra allí, sentada sobre Aquel, y todos pasaban con indiferencia. Pensó, con calma, que estaba dramatizando demasiado el hecho. Comenzó a sosegarse. Durante el viaje de regreso al Diezmero trató de olvidarlo. Se entretuvo pensando frases en inglés y cantando las últimas canciones de Sting y de Steven Wonder. Al carajo con Yindra… pero estaba preciosa.

Y al atardecer no pudo evitar llamarla. Y no le sorprendió que Yindra dijera, Enildo… cómo te he extrañado, por qué no vienes esta noche, estoy en el Habana Libre, O'Neil no está, quiero verte, quiero hablar contigo, estar contigo, te extraño tanto, Enildo. No le sorprendió en absoluto: le pareció estar oyéndose a sí mismo al otro lado del teléfono. Si Yindra hubiera pasado su curso, habría terminado por sentarlo a él en un pupitre y enseñarle secretos que desconocía. Una vez ella misma se lo había dicho. Y Enildo le creyó. Sobre todo cuando le contó, sentada desnuda sobre la cómoda del cuarto, con una vaso de cerveza en una mano y las piernas abiertas desfachatadamente, que una vez había coincidido en una fiesta con cinco de sus amantes, activos todos, no pretéritos, y que ella había estado toda la noche bailando y conversando con cada uno de ellos (besos furtivos, pequeños toqueteos incluidos), convenciéndolos por separado de que era Luis quien engañaba a Pedro, y Pedro a Carlos, y Carlos a Juan y Juan a Pablo y Pablo a Luis, de modo que voy a bailar con Pedro para que no sospeche, y déjame bailar con Carlos para que no sospeche, y voy a conversar con Juan y con Pablo y con Luis, si no, se darán cuenta, y los cinco se sentían los reyes del mambo, cada uno poniéndole los cuernos al vecino, y ella, feliz, burlándose de todos.

Tal vez por eso le atraía tanto. Quizás era pasión profesional más que amor u otra cosa. Por eso no dudó en colgar el teléfono y tomar un taxi y abrazarla en la puerta del Habana Libre y subir otra vez a Las Cañitas, a beber, a comer algo antes de desnudarse.

Ahora Yindra tardaba en el baño y Enildo se entretenía leyendo

una tarjeta de turistaxi:

TRANSTUR le envía este taxi que usted necesita al lugar preciso y…
Solo $1:00 US por la recogida

Miró a su alrededor. Yindra podía estar ahora secándose o lavándose las manos, tal vez se retocaba la pintura.

TRANSTUR will send you the taxi you need where you need it. US $1:00 for delivery

Bebió otro bucheo de cerveza y sorbió, con el labio inferior, la espuma adherida a las puntas del bigote.

TRANSTUR vous enverra un taxi qui vous prendra á l'endroit désiré pour 1:00 dollar seulement

Sin tener que levantar la vista de la tarjeta sintió que Yindra ya venía. Al final de la tarjeta, hacia la derecha, estaba el logotipo, una T blanca de trazos curvilíneos, la mitad superior con fondo rojo y la inferior azul, todo compuesto en forma de círculo pequeño. Tres eslóganes llegaban hasta el logotipo y completaban la lectura:

Identifíquenos por la gran
Look for our big
Reconnaissez-nous au grand

Yindra venía despacio, disfrutando que la contemplaran, y se sentó frente a Enildo. Enildo, inclinándose hacia ella, le enseñó la tarjeta y le dijo en inglés, parodiando el eslogan, look me for my big…, con el puño cerrado y colocado de forma vertical el antebrazo: un inequívoco logotipo fálico. Ella sonrió, le mordisqueó los nudillos y Enildo bajó su logotipo ya reconocido y comenzó a acariciarle el antebrazo.

Media hora más tarde estarían en la habitación, ella quitando de en medio las ropas del gordo O'Neil, él burlándose del ancho calzoncillo, ella diciendo, ya, chico, y desnudándolo, y comenzando a enloquecerlo con sus gestos gatunos, él insistiendo en verla diariamente, o al menos más seguido, ella diciendo que no, que era imposible, que O'Neil se iría pronto, que ahora no, Enildo, ah,

Enildo, ah, dejando caer la última prenda que llevaba puesta.

Enildo comprendió que Yindra era… muy Yindra, y que lo suyo era más que atracción profesional… bueno, eso mismo. Tenía que insistir, tenía que convencerla, no podía seguir tantos días sin Yindra. Pero era inevitable. Esto es sin compromiso, Enildo/Yindra. ¿Lo recuerdas? Unos días después ella estaría en Sol Meliá, en Varadero, y él estaría en el oscuro bar Las Vegas, frente a Radio Progreso, ella con Jeffrey O'Neil tomando sol y whisky, y él con Vladimir y Cristóbal, tomando Legendario: ¡Pon otro doble aquí, mi hermano!, cabizbajo, con el ron quemándole la lengua y el recuerdo de Yindra quemándole el espíritu. Ah, siempre Yindra, la escurridiza, la desaparecida, y nadie sabe a dónde va, ni tú mismo, bróder, imagínate, bróder, si anda siempre con el yuma ese, olvídate de Yindra, asere, bróder. Yindra en trusa revuelve Varadero: finísimo el bikini sobre la piel bronceada, finísimo el camino de vellos que baja del ombligo y se pierde dentro de la fina tela, finísima sonrisa y ademanes finísimos. La risa gorda del gordo O'Neil atrae la atención de todos y a Yindra le gusta que llame la atención y que la miren. Todos miran a Enildo que grita con voz ronca: ¡Pon otro doble aquí, mi hermano! Y el supuesto hermano pone otro Legendario doble para él, y otro para Cristóbal, Vladimir no quiere más, pero pónselo, pónselo.

—Oye, Enildo, esa jeba te está volviendo loco —la voz de Cristóbal huele a ron y las palabras se atropellan—: Vasatenerque…

Un manotazo de Enildo sobre la mesa interrumpe a Cristóbal y hace que los vasos salten y que se bote el agua sobre el mantel.

—¡Yo soy Enildo Niebla, coño!… Tú lo sabes, Vlado, qué loco ni un carajo…

—Enildo, vamos al Malecón; a refrescar, anda… —dice Vladimir.

Cristóbal lo impide:

—El malecón es pa ir con jeba… Pairconjeba… Enildo, vamos a ligar tres niñas, y al carajo…

Enildo tiene los ojos achinados, los oye y los mira sin hablar, de Vladimir a Cristóbal, de Cristóbal a Vladimir y de los dos a Yindra. Yindra se sacude la arena mientras O'Neil sigue tendido junto a ella, en un ángulo desde el que el cuerpo de Yindra es más exuberante. Se quita las gafas de sol y avanza rumbo al agua. O'Neil la mira. Camina como las modelos, dando leves saltitos. Tiene la cadera izquierda ligeramente más alta. Tiene vellos en la parte posterior de los muslos. O'Neil la mira. O'Neil siempre la mira. Yindra chapotea sobre el agua y salpica los ojos de unos niños que juegan en la

arena. Los niños se estriegan los ojos, sorprendidos por las salpicaduras. Y Vladimir se estriega y restriega los bajos del pantalón, sorprendido por las salpicaduras del vómito de Enildo. Cristóbal lo sostiene por los hombros, y Vladimir sigue sacudiéndose, se aleja, busca agua. Le echan agua sobre la cabeza a Enildo, en la cara. Vladimir se enfrenta con el capitán del bar que quiere echarlos. Yindra se enfrenta con las olas que quieren tumbarla. O'Neil, a unos diez metros de arena y mar, la mira. Bebe un sorbo de cerveza y se le mueve graciosamente la papada. Le hace señas para que regrese. Yindra vuelve a salpicar los ojos de los niños. Ahora el camino pubescente del ombligo al bikini está más lacio, pegado a la piel y ordenadito. Yindra chorrea agua entre las piernas. El gordo O'Neil la mira. El gordo O'Neil le alcanza la toalla y ella se seca el rostro y el cabello. Se demora unos segundos con la toalla sobre la cara, sostenida con las manos. En esta posición los senos se le yerguen, se le adelantan. O'Neil la mira. O'Neil siempre la mira. De pronto extiende una mano y le despeina los vellos de los muslos. Esta caricia, esta mano trepando muslo arriba, le recuerda a Yindra que Enildo Niebla existe. Baja los brazos y deja caer la toalla húmeda sobre la cara de O'Neil, que ríe complacido. Ella, de espaldas al mar, de frente a O'Neil que se quita la toalla del rostro —los ojos detenidos en el montículo del pubis—, mira a los lejos, toma aire y mira a lo lejos, pero no logra zafarse de los muslos la mano de Enildo. Y Vladimir no logra zafar las machas del pantalón, y Cristóbal no logra acostar a Enildo, y Enildo no logra zafarse de la memoria a Yindra, la piel de Yindra, su sonrisa. Pero Yindra también pensará en él toda la tarde, y por la noche deseará cambiar tanta piel adiposa por la tersura de la piel de Enildo, cambiar el español chapucero de O'Neil por el inglés bien hablado de Enildo. Yindra también se dio cuenta, por primera vez, de que lo de Enildo con ella era más que una atracción profesional. Pero… ¿y lo suyo? Para qué engañarse más. Lo suyo también era… bueno, eso mismo. Pero era imposible, claro que era imposible, ella no renunciaría, ella no podía renunciar a todo por un simple capricho amatorio. Decidió que debía decírselo, no debía engañarlo y engañarse por más tiempo, en cuanto llegara a La Habana se lo diría: se acabó, Enildo, me caso con O'Neil, me voy a vivir con él en Manhattan, me quedan muy pocos días en Cuba, así que olvídame, Enildo, entiérrame, arráncame de tu cuerpo como yo lo haré, o lo intentaré, como lo hago o lo intento ahora mismo en Varadero.

—¡Basta ya, Enildo!

—What?

—Oh, esqúismi… Nada, nózin… ¿Me das otra cerveza, Yefri?

—Oh, yes, yes.

Yindra se pasa la mano por los muslos y cierra los ojos al oír cómo O'Neil abre la lata de cerveza.

23

La Abuela había criado a Enildo insuflándole adoración por su padre, recordándole el orgullo que era tener un mártir en la familia, un hijo mártir ella, y un padre mártir él. Y además, quizás el primer mártir de la revolución después del triunfo, muerto en combate el mismitico primero de enero, el mismitico día de tu cumpleaños. La Abuela decía esto diariamente, invariablemente, a cuanto visitante llegara, a los vecinos, a sus demás hijos y parientes, pero sobre todo a Enildo, desde que el nieto tenía tres, cuatro, cinco años, siempre. Y Enildo había crecido adorando a su padre, respetándolo, admirándolo, amándolo casi como los católicos a Dios, mezcla de amor y miedo, haciéndole un altar dentro de sí y comparándolo gradualmente con todos los otros personajes históricos que iba conociendo.

Muchas veces en su vida había reconstruido para él los acontecimientos de la muerte de su padre: la fuga de Batista, el triunfo de Fidel, el pueblo en la calle, los esbirros huyendo, los chivatos huyendo, la fiestecita de su cumpleaños y su padre buscando al fotógrafo. Reconstruía los hechos basándose en lo que La Abuela le contaba: todos en la casa estábamos contentos, por tu fiesta y por el año nuevo, estábamos contentos y un poco ajenos a lo que pasaba, todos, menos tu padre, Enildo había salido so pretexto de buscar al fotógrafo, pero él sabía, él sí sabía que estaba naciendo una nueva etapa y que tenía la obligación de hacer algo, así era él, mijo, tenía que hacer algo por él, por ti, por mí, por todos. Así que se lanzó a la lucha, se olvidó incluso de tu fiesta y se unió al pueblo revolucionario, como todo un héroe, y no supimos de él hasta el otro día, hicimos la fiesta sin él, sin el fotógrafo, y al otro día… La Abuela no tenía los detalles precisos, todo era confusión en su memoria y en su dolor de madre. Pero Enildo ya se había imaginado muchas veces los heroicos últimos momentos de su padre, se los imaginaba de distintas maneras, según su edad y sus conceptos de heroísmo: el padre mosquetero, él contra todos; el padre pistolero acorralado por miles de bandidos, con un solo

revólver al que no se le acababan las balas nunca; el padre defensor de un niño o de una dama o de un anciano indefenso; el padre temerario, asumiendo él solo las misiones más riesgosas. Y creció con ese orgullo en lo más hondo. Los demás niños hablaban de las pequeñas heroicidades de sus papás, y Enildo les callaba la boca con su padre El Mártir y les narraba todas las heroicidades que su imaginación infantil fabricaba. Hasta que un día un niño que se sentía en desventaja porque su papá era policía y capturaba ladrones, asesinos, hombres malos que les hacían daño a los niños, pero no era mártir, como el padre de Enildo, dolido y envidioso de no ser el gran huérfano, le lanzó una pregunta que atormentaría a Enildo largo tiempo. Aquel niño seguramente no intentó atormentarlo, torturarlo, sino encontrar un lado flaco en la grandeza del padre de su amigo, pero no pudo ser mayor la desazón en el hijo del mártir.

—Bueno —le preguntó— ¿y dónde está la escuela con el nombre de tu padre?

Enildo se quedó de piedra, mirándolo a los ojos.

—Porque yo no he visto ninguna escuela, ni hospital, ni fábrica, ni calle, que se llame Enildo Niebla.

Enildo no supo qué responder, lo dejó solo, y toda esa tarde, y toda esa noche, y al día siguiente, y cada uno de los próximos días se preguntó lo mismo: ¿Escuela Secundaria Enildo Niebla? ¿Hospital Pediátrico Enildo Niebla? ¿Fábrica de Tabaco Enildo Niebla? ¿Avenida Niebla? Y cuando el niño le volvió a preguntar, seguro ya de haber hallado un lado flaco en el Gran Mártir, al menos no había sido tan grande como para que le pusieran su nombre a ningún sitio, Enildo juró, una y mil veces, que sí, que lo había, y no una escuela sino varias, y cooperativas y centros laborales. Se lo repitió hasta hacérselo creer, hasta convencerlo. Pero él estuvo repitiéndose la misma pregunta mucho tiempo. Una noche se lo dijo a La Abuela. Y ella suspiró hondo, le aseguró que Cuba era muy grande, que había cientos, miles de escuelas, primarias, secundarias, preuniversitarios, universidades, politécnicos y tecnológicos, y miles de hospitales y de policlínicos, y miles de calles, calzadas y avenidas, y otros miles de centros laborales y de cooperativas, es imposible revisarlos todos, Enildo, pero por ahí debe de haber algún lugar con el nombre de tu padre, no te preocupes, algún día te llevarás la sorpresa. Pero así y todo, ya Enildo no podía sustraerse a esta duda. Leía, preguntaba, veía la televisión y escuchaba la radio, husmeando, cazando los nombres de las instituciones para ver si escuchaba el suyo propio, o sea, el de

su padre. Volvió a imaginarse el heroico momento de su muerte y concluyó que sí, que claro que su padre merecía un reconocimiento oficial, si no una estatua, al menos que su nombre identificara alguna institución pública. Se lo dijo al maestro, en plena clase, y el maestro le dijo que pensara en cuántos héroes anónimos había dado Cuba desde las guerras de independencia contra España, habría que hacer una escuela en cada metro de tierra, dijo. Y entonces Enildo sonrió y sacudió la cabeza, miró al niño de la pregunta, no sin ironía, como diciéndole ¿estás oyendo?, ¿comprendiste ahora?, y volvió a recuperar la adoración por su padre, dejó de buscar un busto simbólico, una tarja recordatoria, ese algo que debería complacer al niño del padre policía. Y luego se autocriticó muy fuertemente por haber cedido a la tentación del vedetismo histórico, a la vanidad de ver el nombre de su padre —el suyo propio— rotulado en grandes letras en la entrada de una institución pública. Pensó que había sido indigno de su padre, del ejemplo de su padre, muy mala la actitud que había tenido. Le daba vergüenza mirar el retrato del mártir en la sala de la casa, los duros ojos fijos en él, recriminándolo. Y así se lo comentó al tío Bárbaro, muchos años después, una de sus noches de bohemia y ron, haciéndole el recuento de todo, de los más tristes momentos de su infancia, contándole cuánto él había llegado a martirizarse cuando tenía diez, once, doce años, y ahora se lo contaba sonriendo, ya pasó. Pero tío Bárbaro se echó a reír, se dobló de la risa, sorprendido. Enildo, al principio, se echó a reír también, tenía razón tío Bárbaro, se veía a sí mismo ridículo buscando aquella tarja, aquel busto a su padre, su nombre en las fachadas de las escuelas y centros laborales; o peor aún, anclado tembloroso ante su cuadro. A él también le dio risa. Pero luego se quedó perplejo viendo que el tío Bárbaro no se podía contener, lloraba de la risa, se desternillaba. Habían bebido, pero no para tanto. Tío Bárbaro quería hablar y no podía, ¡pero Enildo!, y se doblaba, y tosía, ¡pero Enildo!, y se ponía colorado. Enildo fue dejando poco a poco de reírse, lo miraba como diciendo ¿dónde está el chiste, tío?, alzó el vaso y bebió, lentamente, muy serio. Bárbaro se fue apaciguando y repitió tres veces más, en tonos gradualmente descendentes ¡pero, Enildo!, moviendo la cabeza en negación:

—Pero qué daño te ha hecho tu abuela, mi hijo… —bebió un trago, se puso él también serio—. Tú padre murió el primero de enero, sí, en el 59, sí, el mismo día de la fiesta de tu cumpleaños y del triunfo de la revolución; todos estábamos allí, habíamos pasado la Navidad juntos, todos estábamos en la casa y él salió a buscar el

fotógrafo, sí, y lo mataron en un tiroteo, sí, pero no fue mártir ni un carajo… ¡Fue un accidente! ¡Fue una bala perdida!… ¡Pero Enildo..!

Y la risa no dejó que acabara. Y se fue, riéndose. Y Enildo se quedó sentado frente al retrato de su padre, serio, bajo el peso de sus ojos duros que le decían, no le creas, Enildo, el rostro más amarillento que nunca, no le creas, hijo, y él, con el vaso de ron en una mano, claro que no le creo, viejo, claro que no, no te preocupes. Y acabó el ron de un trago. Era demasiado tiempo, era toda la vida: desmoronar ahora el heroismo de su padre sería deshacer su infancia, sería quedarse huérfano de nuevo, esta vez más que nunca, porque viéndolo bien, su orfandad hasta hoy había sido parcial, solo parcial: siempre había tenido a su padre mirándole en la sala, el héroe de la revolución Enildo Niebla, mártir de la revolución Enildo Niebla.

—¡Vete al carajo, tío Bárbaro!

Esta fue, quizás, la primera gran desavenencia con su tío. Pero no la última.

24

Sin Miami y sin Yindra, pero regresaría… O a lo mejor no regresaría, no se abollaría sobre el mar Caribe, ni siquiera bracearía hasta ganar la costa, ni siquiera nadaría, ni siquiera caería al agua porque la balsa no se reventaría. Lorenzo al Cubo, Pepe Gibara, Gustavo Enríquez y Enildo Niebla serían felizmente los cuatro balseros del sábado en la noche, los balsinautas, Lorenzo con la linterna y con la brújula, Gustavo con el pan y con los rezos, Gibara con los pomos de agua y con la pierna herida, Enildo con el asma y con el peso abrumador de la memoria. La balsa intacta avanza sobre el mar, y ellos otean el horizonte, llenos de miedo, pero también de esperanzas.

Están en altamar. Enildo recordando y ellos sin acordarse de nada, o de casi nada, y sin martirizarse tampoco por ningún presentimiento de nostalgia. Ellos pueblan la balsa con una alegría de presente y una felicidad premonitoria de futuro, sin ayer, sin antier, sin mes pasado, cada uno tratando de hacer chistes y espantar al miedo, ese duende nictálope y travieso que tanto hace zozobrar la balsa.

—¡Imagínate que esto naufrague ahora! —dijo Gibara reventando una risa estentórea.

—No seas pájaro de mal agüero —contestó Lorenzo al Cubo y miró, otra vez, la brújula—: Vamos bien, ya estamos llegando a la milla cincuenta.

El viento seguía soplando desde el Sur, hinchando con fuerza la vela y arrastrando la balsa. Los cuatro iban, sin darse cuenta, en la misma postura: habían dejado de remar y se cubrían del fuerte sol inclinados hacia delante, sobre sus rodillas, abrazándose las piernas, con el mentón apoyado entre rótula y rótula, debajo de alguna sábana o de algún nailon. La sed era agobiante y el hambre hacía estragos, pero el poco pan que aún quedaba terminaría poniéndolos sedientos, y ya habían tenido que racionar el agua. Gibara era el más protestón. Lorenzo y Gustavo hacían planes, o miraban intermitentemente del mar a la brújula. Enildo se entretenía

hincando el mar con un bichero, sin interés ninguno de pescar, solo para hacer algo. El viento iba arreciando y las olas crecían, mortificaban, tambaleaban la balsa. Gustavo comenzó a desesperarse, pensaba en alta voz, quería ver ya las luces de La Florida, que apareciera ya la nave salvadora, rescatadora, milagrosa, quería llegar ya, pero ya, a Cayo Hueso, a Miami, al Paraíso. Lorenzo le hacía burlas remando con fuerzas, soplando fuertemente la vela, gritando, Oh, yes, yes, thank you, thank you very much, I love you, usa, I love you, se ponía las manos en la cara y terminaba: Oh, my God: we've arrived!. Enildo sonreía. Los escuchaba y sonreía. Miraba las olas, el bichero hundido y tambaleante, las aletas de unos tiburones que llevaban horas escoltándolos, y sonreía, tontamente, sin saber por qué.

—¡Ya no nos cogen, coño! —dijo Gibara y levantó los brazos quitándose la sábana—. ¡Ahora sí, Enildo Niebla! ¡Yuma estrí!

La alegría de Gibara acabó por contagiarlos y cada uno golpeó alegre la rodilla de otro, o el hombro o el pecho de otro. Se quitaron las sábanas; salieron al sol, al viento, a las salpicaduras de agua, y chocaron las manos en el aire.

—Ya no tengo miedo —se atrevió a decir Enildo.

—¿Miedo?, ¿dijiste miedo? —fingió sorprenderse Lorenzo al Cubo y para joderlo le incrustó la luz de la linterna en los ojos.

Enildo encendió también su linterna y alumbró los ojos de Lorenzo al Cubo, luego los de Pepe Gibara y luego los de Gustavo, e hicieron zozobrar la balsa con su risa, sus manoteos, su repentina dicha. Se calmaron. El capitán Lorenzo al Cubo había llamado al orden. Volvieron a remar cubriéndose del sol cada uno con su pedazo de sábana sucia. Se impuso el silencio. El silencio había sido, hasta ahora, otro invisible pasajero de la balsa. Allí estaba: entre los cuatro. Era invisible como el miedo, pero distinto a este: todos sabían que el silencio estaba ahí, en cada uno, y lo respetaban. Con él volvía cada uno a sí mismo, a sus pensamientos y premoniciones. Gibara ya se veía por la Pequeña Habana, tomando coca-cola y reventando pompas de chicle sobre su boca abierta, ese era su gran sueño americano, además de la pierna de jamón y las grandes tetas de las rubias norteamericanas. Gustavo y su silencio eran un poco más incoherentes, alocados, lo mismo iban hacia atrás que hacia adelante: ahora andaba en un Rolls Royce escandaloso por el Express Way, y ahora estaba en su casa abrazando a mamá Lidia y a papá Gustavo; ora algún scout lo descubría pitchando en una barriada de Kendall y se lo llevaba con él a las Big Leagues; ora estaba escondido otra vez de los Boinas

Rojas en el sótano de su tío, en Marianao, porque a él sí que no, a él que le dieran un fusil y una trinchera si venían los yanquis, pero no estaba para eso de tres años pelado al rape, ganando siete pesos, sin mujeres, con mil jefazos sobre él, levantándose a las cinco de la mañana, y guardia y cuádrese y ordene y arréglese el uniforme recluta Gustavo; él no estaba para eso, a él que le dieran un fusil o una pincha como extra en Hollywood. Lorenzo al Cubo con su silencio no sabía qué hacer y lo que hacía era interrumpir los silencios ajenos: lanzaba chistes que nadie reía, canturreaba, pensaba en voz alta, decía la hora sin que le preguntaran, decía qué hambre o qué sed, buscando comentarios, y encendía, siempre, por gusto, la linterna. Enildo y su silencio eran los más unidos. El silencio se acomodaba bien a eso de recordar en lugar de ser premonitorio. Su silencio estaba lleno de La Abuela, de Enildito, de Electra, de Nilka, de Alicia, de Yindra, de sus amigos y vecinos en Cuba. Las veces que intentaba mirar hacia adelante, como ellos, su silencio se volvía tormentoso. No sabía, en verdad, si imaginarse sentado en un buen auto, o en un burdel, o en una cabina radial hablando mal de Fidel y de la Revolución cubana; o, lo idóneo, lo deseado: en Wall Street ahora, en Quinta Avenida luego, en calle Sesentaicinco y en calle Ocho y en calle sabe-Dios-qué-número, preguntándole a cualquiera, fuera cubano o yanqui o chicano o prófugo o narcotraficante o aspirante a presidente o pornógrafo o simple negociante o humilde ama de casa o judío o protestante o turista japonés o actor de cine; preguntándoles a todos por una muchacha así, mire la foto, llamada Yindra, Yindra Skármeta Llórenz, dando sus señas, yendo de puerta en puerta, describiéndola, olfateándola, él por un lado y el silencio por otro. No sabía cómo imaginarse, pero estaba seguro de que la buscaría. La buscaría como un detective endemoniado, pesquisaría cuanto pelo rizado hallara en su camino, decomisaría ojos azules, labios Sara Montiel, pieles sedosas y piernas imposibles. Y la encontraría. Manhattan es grande, pero la encontraría. Desandaría la ciudad de punta a cabo, viraría la ciudad al revés hasta encontrarla, como Sérpico, como Marlowe, como Holmes, como un buen detective privado —o más bien, íntimo— digno de Dashiell Hammet.

Esto haría en cuanto los rescataran de altamar y tocaran suelo norteamericano. Solo que la nave salvadora, rescatadora, milagrosa, no sería, por desgracia, el lujoso yatch de algún rich man of New York City, sino, por suerte, el camaronero Singleton de un cubano residente en West Palm Beach, que aparecería justamente cuando ya no les quedaba nada de agua, nada de pan, nada de espíritu

optimista, cuando ya los mareos y los vómitos hacían insoportable la estancia en la balsa, Gibara muy agresivo, Gustavo desfallecido, viendo cada cinco minutos espejismos de tierra, islas y cocoteros solitarios, Lorenzo al Cubo mirando la brújula tontamente, con la boca abierta, los labios cuarteados por la sed, y Enildo cabizbajo, salpicado de sus propios vómitos y de los de Gustavo, con apenas fuerzas para ponerle la mano en el hombro a Gibara, para que el grandulón amigo de la infancia no acabara lanzando al mar a quien pensaba que estorbaba en la balsa, que vomitaba mucho, que lloriqueaba mucho, que había comido y bebido a escondidas de los otros, ¡estate quieto, Pepe!, pero Pepe mirando de reojo, el ceño fruncido y la gran boca abierta, mirándolos con odio a todos, hasta al propio Enildo, deshumanizado, gruñendo de impotencia y de dolor por su rodilla herida; y los cuatro ardidos de insolación, totalmente desesperanzados.

Pero al ver la nave mágica sacaron fuerzas recónditas, gritaron, agitaron las camisas, saltaron en la balsa, hasta Pepe Gibara con su pierna sangrante, ¡agárrense a la escala!, ¡agárrense a la escala! No lo podían creer, pero estaban a salvo. En escasos minutos los cuatro balsinautas miraban desde las tapas de regala, desde las barandas del camaronero, cómo se alejaba cada vez más la mejor balsa del Diezmero, la mejor del mundo. Gracias.

25

Bárbaro Niebla, su tío más joven, siguió siendo su amigo hasta la noche aquella de El Floridita, hasta que Yindra comenzó a flirtearle. El bar de El Floridita estaba honrado, perfumado, ornado con la presencia de la Gran Muchacha del Cabello Rizo y los Ojos Celestes, magnética sonrisa detrás de la alta copa con guinda roja y Manhattan Cubano, silla ladeada frente a Bárbaro Niebla, so pretexto de ver, de vigilar, de perseguir al cantinero Enildo, al elegante barman de filipina blanca sobre camisa blanca de bieses oscuros en el cuello, en los puños, en la bien planchada solapa; silla ladeada y pierna cruzada sobre pierna, todos los ojos encuadrados, desde distintos ángulos, hacia la juntura de muslo con muslo, línea fina y oscura que se pierde allende el filo del vestido, minifalda de satén negro y brillante, muy ajustada al cuerpo; silla ladeada y ojos celestes que brillan, pícaros, y se mueven nerviosos, van del Enildo portador de copas, vasos, absorbentes, cucharitas, servilletas, palillos, hasta los ojos negros y glotones que tiene delante, ¡así que tú eres el famoso tío Bárbaro!, Bárbaro Niebla de camisa Christian Dior, Citizen dorado en la mano derecha, y un vaso de Ron Collins con dos onzas más de brandy, porque para eso él era el tío Bárbaro, para eso él era El Señor de la Mesa. Bárbaro Niebla es divertido como su sobrino, bien parecido como su sobrino, apuesto y fuerte como su sobrino, pero más sobrio que este, más maduro, más misteriosa esa mirada honda. La Gran Muchacha de los Muslos Perfectos se divierte llamando al cantinero cada tres minutos, haciéndolo venir hasta su mesa por nimiedades, un cenicero, por favor, una servilleta, un vaso de agua, un autógrafo, por favor, no había visto nunca a un barman tan buen mozo, riéndose, contenta de mirar lo solícito que Enildo trae otro Manhattan Cubano con menos hielo que el anterior, otro Ron Collins para el tío Bárbaro con más brandy que el anterior, o un daiquirí hemingwayano, de esos que llaman Papá Hemingway. El Señor de la Mesa jaranea sobre lo lindo que le sienta el lazo negro a Enildo. La Gran Muchacha de los Senos Turgentes se inclina hacia adelante para reír

el chiste de El Señor de la Mesa, y el Señor de la Mesa no pierde chance, mete los ojos oscuros y glotones en el suave escote, y el cantinero Enildo ve cómo los ojos del Señor de la Mesa se hunden, resbalan, se acuestan, se voltean, se acomodan entre un seno y otro, y ve cómo la risa de La Gran Muchacha de Perfumes Exóticos se alarga, no termina nunca, La Gran Muchacha del Escote Abierto no se echa hacia atrás ni el escote se cierra ante la vista atónita de El Gran Testigo. La Gran Muchacha de la Piel Sedosa deja al fin de reír, y sacude la ceniza del cigarrillo en el redondo cenicero de cristal ahumado, aplasta suavemente la colilla contra el vidrio, y tomando ahora la mano de El Señor de la Mesa —sin reparar en la mirada sordomuda y pálida de El Gran Testigo, que, aunque se encuentra en otra mesa, no les quita la vista— intenta ver, o finge intentar ver qué hora es en su reloj, y El Señor de la Mesa deja pasar adrede unos segundos, para poder saborear la seda de esos dedos, de esa mano tibia, para que su mano derecha se relama tal como hacen sus ojos con los ojos azules de La Gran Muchacha; luego, al fin, alza el Citizen brillante y dice diez y veinte, es temprano. Pero entonces la suave mano en vez de levantarse, de separarse con prudencia, se desliza, resbala insinuadora sobre el dorso velludo e incrédulo de la mano del Señor de la Mesa. Desde lejos, El Gran Celoso de Filipina Blanca ve cómo La Gran Muchacha del Cabello Rizo y los Ojos Celestes bebe su daiquirí sin absorbente, la húmeda lengua tocando el borde de la copa, los finos labios arrebolando de creyón el cristal transparente, los finos dedos impidiendo que el absorbente se resbale, los grandes ojos clavados en los ojos empequeñecidos de malicia del Señor de la Mesa. El Señor de la Mesa saborea aquellos fucilazos en sus ojos oscuros, pero también ha visto la mirada de El Gran Celoso del Lacito Negro y no ha podido evitar una ironía, póngame otro daiquirí, barman, y póngase uno para usted también. El Señor de la Mesa ríe descaradamente, mientras La Gran Muchacha de Mirada Atrevida ríe también, y se inclina de nuevo, abierto el escote, indefenso el desafiante pecho. El Señor de la Mesa —nada inexperto en flirteos femeninos— esta vez se contiene, solo deja caer el rabillo del ojo derecho por el magnífico y magnético valle pectoral y se levanta so pretexto de ir al baño.

Fue suficiente. El resto de la noche ya El Gran Testigo no fue el mismo. Parecía aprendiz, se convirtió en el más torpe émulo del famoso Constante, usando mal la cucharita de espiral, la de madera, las tenazas, tropezando con todo, armando un inaudito escándalo de vasos, cubetas, pomos goteras, copas; rascándose, nervioso,

delante del cliente, intentando todo el tiempo escuchar de qué hablaban El Señor de la Mesa y La Muchacha de la Voz Melosa. Ella seguía con su flirteo, velado unas veces, altisonante otras, mortificador y ambiguo siempre. El Gran Celoso del Escándalo de Copas los miraba y lamentaba el momento en el que se le había ocurrido que tío Bárbaro acompañara a Yindra, que viniera con ella porque se aburriría, él tenía que trabajar, imagínate. Aunque todo no había sido culpa suya, la verdad. Había sido mucha casualidad también que Bárbaro se peleara la noche anterior con La Baronesa, porque la idea primaria era haberse encontrado allí los cuatro, las dos parejas; mira que armarse precisamente ayer esa tremenda bronca con La Baronesa, su amante más antigua, una dama museable con porte de lady, de high life, rubia y pecosa como una austriaca, pero con cuerpo de negra hotentote bajo la elegante vestimenta. Bárbaro la chuleaba, a un alto costo, pero la chuleaba. La Baronesa era esposa de un capitán de la marina, un tipo gruñón, celoso, escandaloso, corpulento como dos hombres juntos, que decía, gritaba, recalcaba que él sí era hombre a todas, varón-varón, varonísimo, hombre de pelo en pecho y puño férreo con una esposa más joven que él, y más fuerte que él, definitivamente, ella sí que era varón-varón, como él decía, por eso Enildo y Bárbaro le pusieron La Baronesa, dándole un título nobiliario que la colocara a la altura de tan excelso marido. Aquella dama posesiva y culona cayó en las garras de Bárbaro Niebla por una de las borracheras del varón-varón, pero después el tío Bárbaro fue quien se vio preso en sus garras, incapaz de escaparse o de imponerse, fortísima madame de encajes y collares, tan poderosa o más que el capitán cornudo, tan celosa o más que el capitán borracho. Su posesividad con Bárbaro no tenía parangón alguno, era como su propietaria, llevaba el celo hasta los límites. Lo vigilaba, lo interrogaba, lo asediaba. Y un día, borracho Bárbaro de ron y sabe dios qué cosa que le echó en la bebida, La Baronesa se llenó de valor y de astucia, y colocó, bisturí en mano, un candadito de oro 22 en el prepucio de Bárbaro Niebla, reminiscencia vengativa del cinturón de castidad antiguo, un candadito de oro 22 para que su amante no metiera “la cosa” en otras partes, ella misma enfermera y luego ama de llaves. Al despertarse, tío Bárbaro solo sintió el típico dolor de cabeza de la resaca, pero puso el grito en el cielo cuando fue a orinar y vio que no podía verse el glande, que la orina caía desparramada por los bordes de un prepucio sellado con oro. Bárbaro se asustó, y se enfadó, y peleó, pero no tanto como para perder su acomodo proxenético, que La Baronesa lo tenía como a un rey, la verdad, le

compraba de todo, le daba de todo, se gastaba con él el sueldo del marido. Lo que hizo fue robarle una noche la llavecita de oro, sacrificar una de sus sortijas, llevarla a un cerrajero y sacar en secreto una copia para poder seguir sus correrías. Y ahora, aquella aventura loca del candadito de oro en el prepucio era el mayor, más eficaz y más original encanto de tío Bárbaro para sus conquistas, su banderín e imán frente a las hembras. Como en aquel cuento del tipo que decía tenerla cuadrada: todas las mujeres querían saber si era mentira, verla. Pero qué jodida casualidad que ayer La Baronesa sorprendiera a tío Bárbaro cometiendo un delito, abierto el candadito y presto a meter la mercancía en otra caja fuerte, y se armó la tremenda, La Baronesa puso a hervir su musculoso cuerpo de hotentote rubia y la caja fuerte salió corriendo con la puerta abierta, sin echar bien la cerradura, y La Baronesa bufó, pateó, gritó que no lo perdonaba, que esta vez sí que no lo perdonaba, y que olvidara lo de El Floridita, que fuera con la puta esa y su sobrino, y que no le daría ni un centavo más, y que no, y que no, y que no. Bárbaro al principio se afligió, pero después se echó a reír igual que Enildo, se abrazaron riendo, qué jodedores somos, y fue cuando Enildo propuso lo de El Floridita, que por qué no venía él solo, que así conocería y acompañaría a Yindra mientras él trabajaba, para que ella no se aburriera. ¡Mierda, coño! Y ahora seguramente le está contando lo del candadito de oro en el prepucio, atizando su curiosidad (mira cómo se ríe), candadito de oro 22 (mira cómo lo mira), esta es la llavecita, mira, tómala (no lo puedo creer, no puedo…), en serio, me lo puso una amante (están cuadrando el sitio para verse), ¿no me crees, Yindra? (¡se están burlando de mí, coño!), ¿quieres verlo? (¡yo no soy un cornudo ni un carajo!). Y El Testigo Furioso deja caer al suelo dos copas, de las grandes, de las de cuatro onzas, se arranca el lazo negro de un tirón, se acerca a donde está el Señor de la Mesa, y empieza a discutir con él, a gritarle, descompuesto, señalando siempre hacia la Gran Muchacha de los Ojos Muy Abiertos. Parece estar borracho Enildo Niebla, borracho, ciego, drogado, loco. El bar completo ha centrado su atención en el apuesto cantinero, tan dócil hace un rato y tan desencajado ahora, protagonista de un raro espectáculo con tío sentado, sorprendido, y sobrino bufando, retador, ofensivo, gritando los dos y señalando hacia la Gran Muchacha de la Cara Purpúrea que se levanta bruscamente para irse, pero bruscamente el barman la toma del brazo y la obliga a sentarse, y bruscamente El Señor de la Mesa se levanta de la silla, y bruscamente El Tremendo Celoso de la Camisa Abierta le deja caer el puño, con toda su fuerza, en medio

del rostro, y con una brusquedad inusitada se enredan sobre la mesa, ruedan, desparpajo de copas, vasos, ceniceros, cubos de hielo, agua, ron, daiquiríes. Caen al suelo: sangre, gritos, sudor, lucha libre y boxeo, puños, uñas, dientes, y otras manos que los toman por los hombros y los levantan, los separan. Enildo patea y grita, Bárbaro lo mira y se sacude, dice que ya está bien, que no ha pasado nada, y se ríe, y se aleja sin oír lo que le grita su examigo, su exsobrino, el excantinero de El Floridita Enildo Niebla, que antes de salir rompe un último vaso de catorce onzas sobre la húmeda tabla corrediza, calmándose, arreglándose la ropa, dándose cuenta de cómo lo miran sus compañeros de trabajo, y los clientes, y el capitán, y el administrador, ah, qué pena con Cristóbal que hoy está descansando y que fue quien le había resuelto esa pincha, pero encogiéndose de hombros y dándose cuenta de que falta Yindra, buscando inútilmente a La Gran Muchacha Desaparecida y saliendo como un bólido, adiós contrato, adiós turismo, adiós dólares, adiós propinas, adiós Yindra: adiós todos y bienvenida el asma.

26

Y para colmo la salud de La Abuela. Tenía miedo. Cada día le preocupaba más. Ya apenas podía arrastrar los pies, los callos parecían púas en la planta de los pies y le impedían apoyarse totalmente en ellos. El quiropedista solo con gran cuidado y dificultad podía rebajarlos, y le mandaba baños de pie con aspirinas y pomadas calmantes, suavizadoras. Andaba siempre con tenis rellenos de esponja o de algodón, o en chancletas, y al caminar parecía que pisaba vidrios, pasos saltarines y lentos. Pero lo que más preocupaba a Enildo eran sus problemas renales, el mal funcionamiento de su órgano excretor, como decía tan médicamente Santos Coheira. Hacía unos diez años ya, meses antes de la primera permuta, que le habían extraído uno de los riñones, tan atrofiado ya que tornaba insoportable la vida de la anciana, aquellos cólicos nefríticos, aquellos cálculos renales, aquel dolor que hacía que sufriera y adelgazara y no durmiera por las noches. Luego de la operación mejoró, aunque siguió haciéndose exámenes periódicos y tomando cocimientos diuréticos. Pero en estos últimos meses habían vuelto los dolores y las interrupciones de micción. Las tisanas no parecían ayudarla y los calmantes solo funcionaban de día: la noche era terriblemente larga y quejumbrosa.

Enildo le pasaba la mano por el pelo canoso, la besaba, y la ayudaba a sentarse en su butaca añosa, para que descansara, yo hago el almuerzo, deja.

Y para colmo Electra embarazada. Electra no merece que le hagas una mierda, ella merece que la ames, Enildo, es tan distinta a todas, es tan distinta a Yindra, es, en definitiva, el resumen de todas las que te han amado: Electra no merece lo que le estás haciendo, Enildo.

La conociste aquella vez del viaje a Matanzas con Vladimir, y desde entonces te ama. Llegaste, la observaste, viste su ingenuidad, su pureza de espíritu, su forma limpia de entregarse al juego de los desconocidos que acabarán tomados de la mano unas horas más tarde. La descubriste hermosa, simpática, sin circunloquios inútiles

ni coquetería barata: era, sencillamente, una muchacha dispuesta a conversar, a sonreír, a amarte. Era matancera, pero estudiaba en La Habana, en la Cujae, así que podían verse muy a menudo, ella solo iba a Matanzas los fines de semana, iba los viernes y regresaba los domingos, a ver a sus padres, sí, sí, en el tren de Hersey, o cogiendo botella, claro, y se reía infantilmente. ¿Qué? ¿Ingeniería Química?, sí, en primer año, me gusta mucho, ah, no, no, yo estoy becada pero vivo en casa de una tía, en el Cerro, solo uso la beca algunas veces por el estipendio y el almuerzo. Tú la mirabas gesticular, la oías decir, y no sabías cómo penetrar tanta ternura, ingenuidad, belleza. Vladimir se dio cuenta. Descubrió que no estabas con la postura acostumbrada, tu mítica postura de Seductor Supremo, que no querías, o no te atrevías o no te parecía justo engatusar a esa muchacha, pero que era ella, sin querer, quien te iba engatusando, no había trampas, no había pruebas de fuerza seductriz, era ella con su ternura y con su desprejuicio, con la naturalidad con que aceptaba el riesgo de que la sedujeras, quien acababa siendo la seductora.

Claro, reconozcámoslo: tú te sentías débil por una de las tantas escapadas de Yindra. Hacía una semana que no sabías de ella y ese vacío te anonadaba, te restaba ánimos e ímpetu, por eso, entre otras cosas, habías aceptado acompañar al Vlado.

Y por eso también Electra te encontró con la guardia tan baja, un sencillo galán a merced de su encanto. Durante sábado y domingo bebieron juntos, conversaron juntos, fueron a un guateque a casa de sus primos, comieron juntos, hicieron cuentos juntos, y se besaron, y se apretaron, y no hicieron el amor pero sintieron como hervían sus pieles. Y solo cuatro días después, ya en La Habana, te diste cuenta de que pensabas en Electra mucho, que tenías deseos de ir a verla al Cerro, de que esa guajirita había llenado el vacío de Yindra. Y fuiste a verla. Y continuaste viéndola. Y ella seguía conquistándote de una forma distinta: sana, sincera, limpiamente. Te sentiste atado a ella con un sentimiento indefinido. Ella te amaba como si fueras un Dios, infalible y perfecto, halagaba con ingenuidad tu inteligencia, valoraba como acto único las flores que le dabas, los poemas. Y tú no sabías cómo romper aquel encanto. Electra no merecía el abandono, la traición acostumbrada, el olvido paulatino y planificado tras las primeras citas. Electra exhalaba paz interior, dulzura. Dolía mentirle. Te fuiste acostumbrando a ella. Y cuando Yindra apareció otra vez, con todo su halo de belleza ecléctica, de hechizo liberal, resaltó más la belleza contenida de Electra, su encanto provinciano. Yindra. Electra. Eran distintas, pero

eran como dos existencias complementarias: como dos aves, una fuera de la jaula y la otra dentro. Pero mientras Yindra seguía siendo Yindra, Electra cada día se convertía en más Electra, llenaba más vacíos, daba pequeñas alegrías cotidianas. Ibas a verla a la beca o a casa de su tía, la acompañabas los viernes a ver a sus padres en Matanzas, con el miedo y el mareo que te daba la lanchita de Casablanca, con lo incómodo que era el viejo tren de Hersey, solo soportable porque estaba Electra, la sonrisa de Electra, sus manos pequeñitas y tibias. Así que un poco se emparejaron los desencuentros Yindra-Enildo. Ya no eras un cuerpo siempre disponible para La Gran Muchacha del Habana Libre, a veces tú también faltabas, te perdías todo un fin de semana: eras, también, el ave fuera de la jaula.

En esta dualidad —¿por qué, si siempre habías tenido dualidades, trialidades, tetralidades, enesimidades, te preocupaba esta?; no lo sabías—, en este doble amor tan idéntico y tan diferente, todas tus fuerzas se concentraban en que Electra no supiera lo de Yindra. Al ave fuera de la jaula que eras tú, no le preocupaba la otra ave fuera de la jaula que era Yindra, pero no quería hacer sufrir al ave dentro de la jaula. Te sentías, por primera vez, confuso. Aunque, en el fondo, nunca te habías propuesto olvidar a Yindra. Cuando el ave fuera de la jaula aleteaba cerca de tu ventana, o en el teléfono, o en la entrada al hotel, el otro ave fuera de la jaula (el que tú eras) se convertía en ave dentro de la jaula otra vez, y la jaula eran las piernas largas y antropófagas de Yindra Skármeta, jaula envidiable, jaula deseable, jaula de inevitable Síndrome de Estocolmo. Estabas convencido de que era imposible olvidarla. Yindra se había metido mucho dentro de tu cuerpo, en tu sangre, tus huesos, tus vísceras. Tenías que comparar, que deslindar, o enloquecerías. Amabas a Yindra de una manera enfermiza, abstracta y dependiente. Amabas a Electra desde lo mejor de ti, te sentías en deuda por tanto amor de ella. Electra te evitaba depresiones, te ayudaba a sobrevivir cuando Yindra faltaba. ¿Pero entonces? ¿A quién amabas de verdad? Mirabas a Yindra y desaparecías bajo su influjo lúdico y casi macabro. Mirabas a Electra y no podías evitar unos deseos enormes de abrirle la jaula.

Yindra era cada vez más inasible pero, paradójicamente, cada vez más necesaria. Como si te hubieran embrujado, Enildo Niebla.

—Lo tuyo no es amor ni un carajo, es orgullo herido —dijo Cristóbal una noche.

—A ti esa jeba no te gusta tanto como tú crees, lo que pasa es que te jode —dijo Lorenzo al Cubo.

—Tumba eso, asere —dijo Pepe Gibara.

—Esa muchacha es lindísima, preciosa, pero no creo que te merezca —dijo Santos Coheira.

—Olvídala, bróder, tú estás mejor que ella —dijo Gustavo.

—Cuídate, Enildito, de la tal Yindra esa —dijo La Abuela.

—Ya tú sabes lo que pienso, Enildo, a mí ni me hables de esa jeba —dijo Vladimir.

—Además, anda con extranjeros; como está el sida, Enildo —continuó Santos Coheira.

—Ya es un capricho, bróder —continuó Cristóbal.

—Cuídate, mijo, cuídate —recalcó La Abuela.

—Pero Enildo… Pero Enildo… Pero Enildo… —dijeron todos, en distintos momentos y lugares.

—¿Qué te pasa, mi amor? —fue lo único que dijo Electra, pasándote la mano por el pelo. Pero no respondiste. Ni a ella ni a ninguno. Solo dijiste, donde nadie te viera ni te oyera, para ti mismo, que era imposible, que a Electra la querías mucho, sí, pero cómo extrañabas a Yindra, coño.

—Estoy embarazada —dijo Electra una tarde, risueña, danzando a tu alrededor, y tú, después de la sorpresa, no supiste qué decir ni qué sentías, pero sonreíste y la besaste como si hubieran logrado, al fin, el objetivo de sus vidas. Y a partir de entonces todas tus angustias y preocupaciones desembocaron en el embarazo de Electra como en una ría de alivio: la salud cada vez más maltrecha de La Abuela, el amor cada vez más difícil de Yindra, las crisis de asma, los problemas en El Floridita, la pelea con Bárbaro. Todas esas tensiones encontraban ciertas horas de paz en la piel tersa del vientre de Electra, en su ombligo estirado, en los saltillos del niño bajo el vientre. Cuando La Abuela estaba cinco o seis días sin poder orinar, el vientre inflado como una balsa, el dolor constante y la incómoda sonda fastidiando; cuando Yindra seguía sin aparecer y el tío Bárbaro seguía sin hablarte, evitándote, no había mejor refugio que el vientre de Electra, su entusiasmo maternal, su reposo obligado, sus medicamentos, los pies hinchados y los senos crecidos, el rostro con esas manchas que según La Abuela anunciaban que venía un varón, un niño, un nuevo Enildo Niebla, y los ultrasonidos, los pañales bordados, los cálculos matemáticos para saber si el poco dinero que tenías alcanzaba para la canastilla.

27

A bordo del Singleton los recibirían siete pescadores, unos con curiosidad, otros con verdadero entusiasmo, y el capitán con cierta indiferencia. Los recibirían, los abrazarían, les cambiarían la ropa mojada y les darían de beber, poca agua, muy poca, apenas para mojarse los labios y la lengua, además de untarles pomadas para la insolación y decirles descansen, descansen, después nos cuentan. Todos menos el capitán, el dueño del camaronero, que los seguiría mirando con indiferencia. Luego comerían fritadas de bonito con galletas, beberían un ron tonificante y reirían y volverían a abrazarse con sus salvadores, todos cubanos residentes en Miami, todos muy buenos, gracias, gracias, todos menos el capitán, que apenas habla. Por boca de ellos se enterarían que ese mismo Singleton había estado en Cuba, cuando lo del Mariel, en el ochenta, que por eso a Luis, que era como se llamaba el capitán, ellos no le hacían gracia: él estuvo en el Mariel y hubo un naufragio a casi veinte millas de la costa habanera, y (bajando la voz y mirando a los lados) él había querido cobrarle quinientos dólares a cada náufrago por el rescate, y los cobró en definitiva, pero al llegar le hicieron la denuncia y pasó un gran aprieto, casi pierde hasta el barco. Por eso no le simpatizan los náufragos ni los balseros. Los recogimos gracias al contramaestre, dijo un gordo de barbas, que se secaba las manos constantemente en un delantal sucio y que debía de ser el cocinero. Y luego se enterarían de que sus rescatadores algún día tumbarían a Castro y pasearían por Varadero y Guanabo, como antes. Y luego sus rescatadores sabrían que sus rescatados habían salido de La Habana, de la costa de Cojímar, el sábado en la noche, y hoy era lunes, llevaban más de dos días bregando, ¡qué bárbaros!, a la deriva, ¡están locos!, remando ya sin fuerzas y sin saber a dónde iban, ¡Ave María!, y ellos improvisarían allí, sobre cubierta, su primera rueda de prensa en el exilio, con verdades y mentiras y exageraciones.

En Coral Gable los atendieron bien, y rápido: ¡qué eficiencia, Dios mío, esto es capitalismo! Un médico y una enfermera se

hicieron cargo de su salud maltrecha, aunque no tan maltrecha como otros, hay que ver lo fuertes que somos los cubanos. Claro que el asma de Enildo los alarmaría, y las pomadas para la piel serían obligatorias, pero la dulce enfermera había visto a otros en peor estado, y ya quisiera ella ver a algunos gringos pasando por todo esto, a los mismiticos Stallone y Arnold, se descojonarían con seguridad, concluyó Gibara.

Lorenzo al Cubo y Gustavo estaban locos por entrevistarse, por mandar saludos a través de radio Martí a sus familias y a la gente del barrio, por hablarles y narrarles a los reporteros del Miami Herald los avatares de los héroes de la última balsa. Reían, exageraban, decían estupideces y falacias de moda, hablaban de política y de economía y del pésimo desarrollo social cubano, ellos que ni siquiera asistían a las reuniones del comité y que, cuando lo hacían, eran un brazo más levantado por mimetismo, aprobando por unanimidad cualquier cosa. Ahora les gustaba tener importancia, tener opinión, ser el centro de algo.

Enildo no: Enildo permanecía callado.

Cuando tocaron tierra cada uno había tenido actitudes distintas. Gibara había reído tontamente, mirándolo todo, saludando a todo el mundo, caminando con más guapería y altanería que nunca, como si hubiera acabado de bajar de La Sierra. Enildo no. Lorenzo al Cubo había besado la tierra de La Florida y había dado gracias a Dios, thanks, my God, él que nunca había entrado en una iglesia, que hasta sería capaz de masticar la hostia, incatequizable, excomulgable por tanto gritar ¡me cago en Dios, coño! (o ¡me cago en Diez, coño!, eufemismo barato, disfraz poco confiable). Besaba la tierra y lloraba de emoción, lloraba de verdad, lágrimas de felicidad y no de cocodrilo, lágrimas por haber llegado al Paraíso, a La Tierra Prometida, a la Yunai, coño. Enildo no. Gustavo había estado todo el tiempo peinándose, arreglándose la ropa que le habían dado y envidiando, de pura y sana envidia, las cadenas de oro, las sortijas y los dientes de oro, los zapatos, los jeans y los pulóveres de todo el que veía, diciendo yes, yes, okey, igual que un loro, sin darse cuenta de que los que hablaban con él habían nacido en Guanabo o en Rancho Boyeros o en Holguín, quién sabe. Enildo no. Enildo pisó tierra menos risueño que los tres, con menos fuerza que los tres, atacado por el asma y desorientado ahora que sí había llegado, perdido entre la sorpresa, el miedo, la nostalgia, las premoniciones y el asma insoportable que lo obligaba a darse continuos aerosoles en la enfermería del centro.

Allí estuvieron dos días. Gustavo, Gibara y Lorenzo alardeando

de todo, cada uno a su manera, y Enildo soportando el asma y la memoria. Los trataban bien, y los demás cubanos en Coral Gable parecían koalas adaptados a su cautiverio: el lento caminar, la paciencia para comer, para moverse, para mirar a quienes les dirigían la palabra, paciencia traducible en apatía, o en tranquilidad, o en desespero, tantos meses metidos tras esas cercas, esperando a que alguien reconociera sus rostros en los anuncios televisivos y vinieran por ellos, oyendo por la radio canciones de Celia Cruz y de Olga Guillot, de Gloria Estefan y de Willy Chirino, escuchando de los viejos guardianes del centro sus alabanzas a la Pequeña Habana, su orgullo de tener, ellos también, una Antigua Chiquita, una Esquina de Tejas, una tienda El Encanto, una Primera de Muralla, todo, no les habían podido arrebatar a Cuba, esa está aquí, mira, y se golpeaban con la mano derecha el pectoral izquierdo varias veces. Pero ellos no comentaban nada, no agregaban nada: la tienda El Encanto para ellos era tan solo una lejana referencia histórica, el sabotaje aquel, el gran incendio que le costó la vida a Fe del Valle; y La Antigua Chiquita qué era, y en La Primera de Muralla qué había, y la Esquina de Tejas no dejaba de ser la sucia esquina de Monte e Infanta, punto de referencia para apearse de la 10 las noches que se iban al Estadio.

Lorenzo al Cubo dijo, desde el primer momento, que no se preocuparan, que su tío vendría a buscarlos. Pero a Enildo no parecía importarle. Seguía extraviado. Lo que más lo perdía era la búsqueda infructuosa e inconsciente de Yindra, de algún rasgo de Yindra entre los rostros. Tosía, se mareaba. Todavía se sentía en altamar. ¿Era eso lo que los marineros llaman “mareo de tierra”? Todo se le movía ante los ojos: los edificios, los árboles, los postes, los autos, las personas detenidas, todo conservaba el mismo vaivén, la insoportable inestabilidad de la balsa sobre el agua. Y el pavimento se hundía como si a cada paso cayera en un hueco. Y el chorro de la ducha no encontraba a su cuerpo o su cuerpo no encontraba el chorro de la ducha, la mano jabonosa contra la pared, los ojos allende la ventana, fijos en los contornos de la cerca, que también se mueve. Los demás decían lo mismo. Gibara y Lorenzo intentaban andar poco, sentados miraban hacia un punto fijo del refugio, hacia el horizonte. Gustavo vomitaba a cada rato, nada, agua, bilis, una simple arcada y un eructo asqueroso. A Enildo la boca se le llenaba de saliva y escupía continuamente. Esto le recordaba a Electra embarazada. Sacaba entonces la foto del niño y le parecía irreconocible, feo y muy rosado para ser su hijo. Se sentía todavía en medio del océano, pero sin brújula, sin reloj, sin nadie a

quien decirle que tenía miedo. Pero no. Estaba en Coral Gable, había llegado, se había ido de Cuba para siempre. Le daban deseos de gritar, no sabía qué, pero de gritar tan alto que se oyera en la calle Primera del Mirador del Diezmero. Sentado en un rincón estrechaba, como un zombie, las manos de los zombies que lo saludaban, o miraba retorcidamente a los que lo miraban a él, allí, acomodado en un rincón, casi catatónico, contemplando con apatía a los jugadores de dominó, que bebían, golpeaban la mesa, alardeaban contando sin mirar las fichas y exageraban sus historias. No había remedio. Tenía que jugar su papel de recién rescatado, de último prófugo del comunismo. Eso eran todos ellos ahora: los rescatados, los salvados, los prófugos de la tiranía de Castro. Y veían, y hablaban, y tenían que admirar a sus rescatadores, recibidores, salvadores, engordados ya y suntuosos, la prueba testifical de la promesa.

El aerosol había logrado sosegarlo un poco pero no calmarlo. Seguía mareado, no veía claro en aquella telaraña de rostros. Lorenzo al Cubo seguía siendo el líder de la balsa, el timonel experto que había guiado su pequeño Granma hacia La Florida, y se pavoneaba abrazando aquí, riendo allá, tirando besos con las manos como los cantantes de moda, acercándose a los rescatadores, congraciándose y piropeando a algunas de las rescatadoras, sin darse cuenta de que su olor a marisco molestaba a los gentlemen, que su boca aún oliente a cigarro Popular apestaba sobre los rostros de las ladies, sobre sus narices de celofán y poliespuma. Enildo no. Enildo los miraba e intentaba imaginárselos en un trabajo voluntario, o haciendo la guardia. Las miraba a ellas e intentaba imaginárselas caminando por la Calzada de 10 de Octubre, haciendo cola en la Casa del Pan de la Esquina de Toyo, sencillas, cubanísimas, con sayas de algodón a cuadros, blusas semiescotadas y zapaticos de correas laterales. Sin duda, habían tenido suerte estas señoras, vestidas con finas telas, finos aretes, pelucas y esencias carísimas, y modales de gente aplatanada a la high life, gente sin una guagua llena en el pasado, vanagloriándose de ello. Los trataban bien, pero distinto. Al fondo de cada una de sus frases había un “al fin”, explícito o implícito:

—¡Al fin se fueron…!

—¡Al fin llegaron…!

—¡Al fin huyeron del comunismo…!

—¡Al fin… de Castro…!

—¡Al fin…!

—¡Al fin…!

—¡Al fin…!

Como si de veras les importara algo. Enildo veía todo aquello como si fuera una obra teatral, pero sin el distanciamiento brechtiano, al estilo griego, con coro y todo. ¡Al fin se fueron…!, decía uno de los protagonistas y el coro repetía los demás "al-fines", haciendo que el recién llegado, recién rescatado, recién poblador del Paraíso, creyese que al fin estaba en casa, después de muchos años.

Enildo se había vuelto un ser de respuestas lacónicas, de monosílabos, evasivas y justificaciones asmáticas para no hablar: silencio, silencio, ssst. Observaba a esa gente. Le molestaban. Sin duda, los veían a ellos como pobres diablos pescados de la corriente tragagente del golfo, y actuaban con una lástima y un asco solapados, atrayéndolos y a la vez repeliéndolos, como si hubiera un imán en el mar, en el musgo, en el salitre de los arrecifes, y otro imán en los dólares, los grandes edificios, la ropa buena, los automóviles; dos imanes pero ninguno de los dos más fuerte que el otro, un magnetismo equílibre para que ellos flotaran en medio.

Enildo sospechaba que todo aquello era el gran primer acto de una farsa mal escrita y peor actuada, y veía cómo Lorenzo al Cubo aprovechaba al máximo los buenos bocadillos, las lindezas de su personaje. Gustavo estaba más narcisista que nunca, y se reía imaginando cómo deberían de estar los Boinas Rojas en La Habana, locos buscándolo, y le lanzaba ya las primeras chinitas a las cubanas recluidas en Coral Gable. Gibara era más receloso, no confiaba mucho en los wellcome, man, ni en los estrechones de manos y las sonrisas; comenzó a andar solo, a mirar de medio lado y a decirle a Lorenzo, ¿cuándo coño va a venir tu tío? Y Enildo, que creía conocer el desarrollo y el final de esa farsa mediocre, se entretenía mirándole las piernas y las nalgas a las ladies que pasaban allende las cercas y a las cubanas de dentro, evaluándolas como en los viejos tiempos, hembras de 3, de 4, de 5, de 3-, tratando de recuperar así la frecuencia y la calma respiratorias.

Al otro día —la noche llegó a parecerles demasiado corta: ¡tantas horas había durado la noche en altamar, al salir de Cojímar! —, Lorenzo al Cubo apareció abrazado a un hombre de cara bonachona, alto y fuerte, peinado con una raya partida sobre la oreja izquierda, lo que le daba un aspecto demasiado infantil a su cabeza grande, puerilidad desentonante con aquella manaza que ahora estrechaba Enildo y con aquel vozarrón que decía: Mucho gusto, yo soy Walpi Lorenzo, para servirle en lo que mande. A Enildo le dio risa ese "para servirle en lo que mande", tan propio de

los guajiros de Cuba, y se dio cuenta de que ese grandulón de dientes pequeñitos y separados no era más que eso: un guajiro bien vestido.

Walpi era tío paterno de Lorenzo al Cubo, vivía en Miami desde el 79 y sí, estaba esperándolo, pero le habían avisado demasiado tarde. "Así que estaba esperándonos", pensó Enildo, que no entendía por qué Lorenzo al Cubo había mantenido esto en secreto. Walpi era dueño de un pequeño bar en las afueras de Miami, ganaba buen dinero y tenía fama de persona honrada y guajiro "buenagente". Al parecer, Lorenzo al Cubo le había avisado, de alguna manera, el día y el lugar desde donde saldrían, y luego habían calculado, cada uno por su parte, cuándo llegaría la balsa a La Florida, para que Walpi los sacara del centro, son mis sobrinos, son mis hijos, son míos, vamos. Enildo sentía envidia de Lorenzo al Cubo. Miró al Walpi bonachón y no pudo evitar pensar en Zoila. Al pensar en su madre, por primera vez desde el momento en que decidió irse, se le hacía un nudo en la garganta y volvía el asma. En un tremendo ahogo de tos y rostro colorado y venas del cuello a punto de reventar, logró infiltrar dos lágrimas por Zoila, por el vaguísimo recuerdo de Zoila.

—Tiene asma —le dijo Lorenzo al Cubo a Walpi, y trató de apoyar a Enildo tomándolo del brazo. Enildo lo repelió con suavidad y se alejó tosiendo, lagrimeando por el esfuerzo. Pensándolo bien, él también pudo avisar que vendría. Pero es que todo había sido así, tan repentino. El asma fue apaciguándose lejos del tumulto, tranquilo, pensativo, hasta que Walpi Lorenzo terminó el papeleo, sí, él se responsabiliza, él se hace cargo de gastos, seguridad social, alimentación y hospedaje, todo, y los sacó de Coral Gable como si fueran presidiarios que iban a ver al fin, de nuevo, el sol, la libertad, la vida.

Los montó en su furgoneta y les prometió llevarlos a beber y a comer algo. Quería que conocieran Miami, que vieran bien la que sería su ciudad a partir de ese momento.

—Tienen que olvidar La Habana grande —dijo Walpi sentado al volante, y señalándoles algunos lugares de la Pequeña Habana—. Aunque bueno, a decir verdad, esa nunca se olvida. Ni nosotros. Todo lo que ven aquí es irónicamente nuestra forma de olvidarla: copiándola, repitiéndola, pero qué va, como la grande… —y negó con la cabeza repetidas veces.

Bajaban por la calle Ocho, la vía principal de la Pequeña Habana y Walpi hablaba como un loro:

—Todo esto es el centro de la ciudad, entre Flager y Ocho, y

entre Avenida Octava y Veintidós: todos esos son comercios de cubanos.

No podía disimular la emoción de estrenar a "sus sobrinos" en el descubrimiento del desarrollo, de las oportunidades. Lorenzo al Cubo intentó decir algo, pero el tío Walpi volvió a interrumpirlo.

—No, no, después me cuentan lo del viaje, ya habrá tiempo. Ahora miren, esto es la sagüesera, así le decimos al souvues o suwest yanqui, qué sé yo. ("Southwest", pensó Enildo). Todos son comercios cubanos. Pero estos no son muy ricos. Los ricos viven en Uecheste o Keibisken ("Westchester o Key Biscayne", pensó Enildo), soleándose, dándose la buena vida,¡ja!

Conducía y a la vez señalaba con una mano los lugares, y lo explicaba todo, como esos guías turísticos a los que les importa un bledo si el personal está o no oyéndolos. Gustavo y Lorenzo miraban los sitios con suma atención, tratando de grabar los nombres y las direcciones.

—Miren, ese es el Versalles, mi restaurante preferido (¡después del mío, claro!, ja, ja), no lo olviden, sobrinos, está en la calle Ocho y Treintiséis, en la esquina, es un lugar precioso, lleno de espejos y lámparas con canelones. Y se come muy bien. Ah, y al frente, ¡cuidadito, eh!: es el Huerjós (Warehouse, leyeron Enildo y Lorenzo en el cartel lumínico), una discoteca para maricones, jajajá.

Enildo escuchaba en silencio y miraba más a la gente que a los edificios. Los veía pasar como si él estuviera sentado en el cine, viendo el último estreno de la Metro Goldwing Mayer, o algún documental de Estela Bravo sobre los marielitos. No podía evitar mirar con cierto prejuicio, cierto recelo y ajenidad todo aquello. ¿Qué hacía él, Enildo Niebla Freire, dentro de la furgoneta de Walpi Lorenzo, mirando y admirando el centro de Miami? ¿Qué hacía él entre tantos miamenses, marielitos, gusanos del coño de su madre? Seguía turbado. Las mujeres pasaban, evidentemente, como si estuvieran en un filme, pero esta vez un filme de Gutiérrez Alea u Octavio Cortázar producido por Spielberg o por George Lucas: muchos efectos especiales de perfumes y telas, tacones y peinados, pero demasiada voluptuosidad en la forma de andar, los culos remeneándose, las caderas ocupándolo todo, un boato y una sensualidad indisimulables, realzados por tantos recursos de utilería y maquillaje. Enildo se acordó de Yindra. La voz del tío Walpi comenzó a sonar como una música grotesca ante aquellas actrices, extras o protagonistas en dependencia de lo cerca que pasaran de la ventanilla, ante aquellos ojos, cabellos rizos y maneras de andar que le revelaban, al fin, la respuesta de su última pregunta: claro, estaba

ahí, en Miami, para buscar a Yindra Skármeta, para rodar su propio filme, en el que ella y él serían candidatos seguros al Óscar, para rodarlo y que luego Alicia Pereyo los viera desde una butaca de La Cinemateca, en Cuba, y aplaudiera su actuación de galán y el vedetismo y la belleza de su compañera de reparto; para que Electra los viera en La Película del Sábado, y se emocionara ante su capacidad de desdoblamiento, y se celara ante el desnudo de su compañera de reparto; para eso y por eso soportaba la cantilena del buenazo de Walpi Lorenzo, que conducía por la calle Ocho lentamente, más despacio que el carro del helado por las calles rotosas del Mirador del Diezmero, mostrándoselo todo.

—Y esa es una librería —decía Walpi como si ellos no hubieran visto jamás una, como si las vidrieras llenas de libros no delataran la función de ese establecimiento—. Es la mejor de Miami, hacen tertulias y todo.

Aminoró más la marcha.

—Esto es la Royal Trust Tower, desde aquí se trasmite La Cubanísima. Y ese es un almacén de santos y cosas de santos.

Doblaron por Avenida Diecisiete, a la derecha, y Walpi señaló La Ermita de la Caridad, una especie de tienda de campaña hecha en mampostería, que señala hacia Cuba, según dicen.

Enildo seguía buscando a Yindra. Ya no le importaban La Ermita, ni los periodicuchos que vendían en todas las esquinas, ni los comercios de Avenida Dieciocho, ni le dio risa, como a los otros, que a la esquina de Ocho y Dieciocho le llamaran "la esquina del pase" por lo de la venta de cocaína; nada: él seguía ensayando las futuras escenas de su filme con Yindra, pensaba en los desnudos, en los diálogos, él mismo haría el guión, sería una película de actores, solos los dos, y en una sola locación, un solo set: la cama. Comenzó a sonreír tontamente. En la esquina de Ocho y Quince vieron a unos viejos que jugaban al dominó, en chancletas, con las camisas abiertas y el tabaco en la mano, como en los portales de Luyanó y La Víbora.

—Y allá abajo, dos cuadras más abajo, van a ver el monumento a Playa Girón, a los que cayeron combatiendo.

Aquí Enildo se salió del set, corten, corten, le soltó la mano a Yindra y miró con curiosidad al monumento. "Qué ironía", pensó, "nosotros le hacemos monumentos a los nuestros y ellos a los suyos"; pero inmediatamente se dio cuenta de la vaguedad de los términos nuestros/suyos, ahora que él estaba ahora allí, dentro de aquella furgoneta (¿suya/nuestra?). Volvió a extraviarse, ya no escuchó ni entendió la explicación de que en esa esquina se habían

encontrado Howard Hunt y "Macho" Barker, que allí había comenzado a tejerse el Watergate y el fin de Nixon.

—Tengo hambre —se atrevió a decir Pepe Gibara. Había estado todo el tiempo en silencio, llenándose de asombro, constatando que no era mentira todo lo que decían de la Yuma en el barrio.

—Ya, ya, man —se rió Walpi—, vamos a parar aquí mismo. Esto no es Cuba. Aquí comida sobra. Mira, ese restaurante es La Esquina de Tejas… sí, como en La Habana, no me gusta mucho, pero vamos a comer, man, yo también tengo hambre.

Walpi comía, bebía cerveza y se reía como un niño. Pidió bistecs para los cinco, grandes bistecs de palomilla con muchas papas fritas, y dos raciones de congrí para Pepe, tomate para todos, cervezas para todos, menos para él, coman sin pena, y no podía faltar el chiste, coman sin-vergüenzas. Luego pidió un hot dog para él, un jot dog, man, sin mostaza pero con mucho kepchut, y otra ración de papas fritas. Lorenzo al Cubo, que ya estaba más suelto gracias a la cerveza, pidió, para él también, otro perro caliente, y masticaba groseramente, apurado, como si el perro fuera a salir corriendo.

Comían, y Walpi hacía cuentos sobre ese restaurante. Insistía en que a él no le gustaba, mucha politiquería, mucho chisme, aquí se tumba a Castro todos los días, decía, por eso le llaman El Pentágono. Y seguía haciendo cuentos sobre la fama de La Esquina de Tejas, que, comprobaban poco a poco, nada tenía que ver con la mítica esquina de Monte e Infanta, cuentos reales de personajes reales que habían hecho famoso, años atrás, el restaurante: un hombre que se paseaba todas las tardes con un retrato de Batista en el pecho; o Kiko Prieto, que repartía tabacos con anillos que tenían la foto de Fidel impresa, cuando no andaba por las calles con un cuadro de Stalin; o "el loquito de la Calle Ocho" que daba discursos más largos y más locos que el mismísimo Castro, ¡ah, si lo hubieran visto!, decía que los Estados Unidos estaban controlados por dos emisarios castristas: Jimmy Carter y George McGovern; decía que Jimmy Carter era de Santos Suárez y George McGovern de Luyanó, que él los había conocido a ambos en La Esquina de Tejas, la original, y que Fidel los había infiltrado. Apenas podían comer de la risa. Enildo tosía poniéndose la mano en la boca, pero sin poder evitar escupitajos. Lorenzo soltaba trocitos de pan húmedo con sus carcajadas y trataba de explicarle a Gibara quiénes eran Carter y McGovern para que él también pudiera entender el chiste. Gustavo y Walpi bebían cerveza y se reían, no se sabe cuál de los dos con aspecto más infantil y franco. Walpi pidió otras cervezas para ellos

cuatro, él no, estaba manejando.

Salieron a caminar un poco, a eructar el almuerzo, a hacer la digestión mirando de cerca, desde dentro, la Pequeña Habana. Enildo lamentó no estar otra vez tras la cámara de la ventanilla, pero sí le venía bien una caminadita, sentir Miami, verla, tocarla, una ciudad que odió durante tantos años y que ahora le había dado de almorzar y le permitía acercarse a su Yindra. Se sentía mejor.

Caminaron dos cuadras. En el fondo Gustavo y Lorenzo al Cubo se sentían un poco desilusionados: no hubo gran ceremonia, no hubo procesión triunfal por el centro de Miami ni la noticia de su llegada había sido lanzada al aire por los canales televisivos. Todas sus perspectivas de vedetismo social se habían quedado, en los dos primeros días, como simples ensoñaciones románticas, se habían reducido a torpes charlas en Coral Gable, un buen almuerzo en La Esquina de Tejas, y ahora esa caminata relajante. Al rato, como quien no quiere las cosas, Lorenzo al Cubo le preguntó a Walpi por Radio Martí, y se desilusionó más todavía cuando supo que se trasmitía desde Washington.

—Pero… no te preocupes, mandamos la noticia, y si quieres saludar a tu gente llamamos por teléfono.

Pobre Lorenzo, pensó Enildo, se quedó con las ganas de protagonismo. Pero tío Walpi cumplió la promesa, y al tercer día Lorenzo Lorenzo Lorenzo hablaba en nombre de los cuatro para toda Cuba, y Enildo imaginaba la clandestinidad de los oyentes en el barrio, bajando el volumen de la radio para oír las noticias en el intermedio de la radionovela, y la alegría que deberían de sentir sus amigos y parientes al pasar de la voz maquiavélica del doctor Malabé y de las lágrimas de Esmeralda a saber que ellos estaban bien, que habían llegado, Lorenzo al Cubo, Gustavo Enríquez, Pepe Gibara, Enildo Niebla, y escuchar que los cuatro les mandan saludos y besos, antes de que comience otra vez la musiquita que identifica a la emisora, la que obliga a todo el mundo a bajar el volumen de la radio, por si pasa cerca un policía, o alguien del comité (que debe de oír también *Esmeralda*, pero muy bajito, solo como estrategia, para comparar lo que escucha en su radio con lo que escucha la vecina de enfrente y poder descubrir quiénes oyen la emisora enemiga en la cuadra).

Y al cuarto día hubo una escueta nota en el *Nuevo Herald*, en un pequeño espacio intitulado “Los balseros cubanos”, en la página 8, entre la continuación de un extenso “Obituario” que venía de la página 4 y una entrevista al champion hitter de la temporada. Enildo tomó el periódico y constató, primero con sorpresa y luego

con una tristeza indefinible, que el "Obituario" estaba lleno de cubanos; había una mujer de origen español, un estadounidense, y todos los demás eran muertos cubanos. Tomó esa hoja, la dobló, y la guardó en la chistera que le había regalado el tío Walpi. La guardó con cuidado entre las dos fotos de Yindra, la de su hijo, sus papeles de identificación y el tubo de salbutamol inseparable. Cinco días más estuvieron unidos, en casa de tío Walpi, viviendo de sus bondades y conociendo más de cerca la ciudad, con su ayuda. Pero a la quinta noche Pepe Gibara dijo que se iba, que lo despidieran de Walpi Lorenzo, pero que él se iba, sí, tenía el número de teléfono, los llamaría alguna vez, y se alejó como un explorador curioso a buscar nuevos mundos, con su vistoso paso de guanabacoense, de guapo de barrio, volviéndose y diciendo adiós cada dos o tres metros antes de perderse en una esquina. Gustavo y Enildo se quedaron junto a Lorenzo al Cubo, apoyados por él, no se desesperen, tío Walpi nos va buscar alguna pincha, brothers, no te desesperes, man, le insistía a Gustavo que no dejaba de llamar a New Jersey, a casa de sus primos, para que vinieran a buscarlo. Lorenzo sí estaba a sus anchas, felicísimo, con los suyos, y ante este argumento no podía decirle nada a Gustavo Enríquez. Enildo se mantenía callado, pasaba los días en un total amodorramiento, solo hablaba sobre Yindra Skármeta y sobre Manhattan, mirando mapas, calculando distancias, pensando cómo haría para llegar a ellas, a la ciudad y a Yindra. Se distraía poco. Lo más que hacía era leer: revistas y periódicos, y algunos párrafos de una novela de Stephen King que alguien de la casa había comenzado a leer, el marcador en la página 28, el libro hinchado, entreabiertas las páginas por el manoseo. Su amodorramiento era una mezcla de tristeza, impotencia, inutilidad, nostalgia. Y contra esto luchaban, denodadamente, todos: Lorenzo al Cubo, Walpi Lorenzo, Loida, su esposa, y Jennifer, su hija, que era quien, se enteraba ahora Enildo, estaba leyendo la novela de Stephen King, pero no le gustaba, le parecía truculento y peliculero, reía, echaba el cabello hacia atrás, cruzaba una pierna, gesticulaba histriónicamente, y hasta ensayaba flirteos y poses, tal vez verdaderos, tal vez para alegrarlo, pero en fin, inútiles.

El asma aparecía con brutal puntualidad, al caer el crepúsculo, y con el asma volvían sobre él Yindra, Manhattan, Cuba, la tristeza. Gustavo hacía dos días que se había ido a New Jersey, con sus primos. Lorenzo al Cubo y Jennifer deambulaban por la ciudad, paseaban, bebían, se divertían y dejaban por incorregible al huésped asmático, melancólico y solitario que era Enildo Niebla. Él

tampoco quería estropearles la noche. Vayan ustedes, no tengan pena, yo me quedo leyendo. De nada valían tampoco las conversaciones domésticas de Loida, las anécdotas de Walpi, las ofertas de televisión tan alabadas por ambos pero tan sosas para Enildo. Miraba los partidos de béisbol de las Grandes Ligas, todo un sueño entre la gente de su barrio, por si en las gradas encontraba a Yindra. Miraba los programas de participación por si en el público encontraba a Yindra. Los miraba, pero no los veía, ni los oía, ni le interesaban. Home rum to right center!, gritos, aplausos y chiflidos, pero esa rubia a la que casi golpea la pelota no tiene el pelo rizo ni los ojos azules. Mucha risa y aplausos en el plató, alguien ha dicho una burrada y se han reído todos, algunos enseñando dientes de oro, o colmillos de oro, pero ninguno tiene la dentadura tan blanca y tan pareja, nadie los labios tan sensuales, basta ya de paneos, basta ya de zoom in y de zoom back, que mierda de programa, Yindra.

Una noche, Walpi Lorenzo invitó a cenar en el restaurante Tropical. "¿Pero por qué siempre dirá Trópical?", pensó Enildo, "¿por qué le forzará el acento de esa forma, si se escribe igual?", pensó Enildo, "no es como el caso de los pescadores del Singleton que alardeaban de haber hecho con nosotros "la mejor pesca de la season", pensó Enildo, "en ese caso estaba más justificado; ¿por qué Walpi, y los demás, todos, no dirán Tropical en vez de Trópical?", se remordía los sesos Enildo, "¿y por qué usarán el vocativo man en cada frase? Bueno, son muchos años viviendo aquí, eso de man se pega, nuestro como el asere en el Diezmero; Pepe Gibara, por ejemplo, dentro de poco no dirá asere, bróder ni monina, dirá man, choca esos cinco, man, vamos a echarnos un litro, man, pero eso sí, seguramente no dirá nunca Trópical, seguramente no", seguía pensando Enildo.

Fueron a la cena todos: el matrimonio Lorenzo, la hermosa Jennifer, Lorenzo al Cubo y el afligido Enildo Niebla. Enildo, en realidad, ya era como de la familia. Lorenzo al Cubo, a sus espaldas, había contado su historia de niño huérfano, de niño abandonado por la madre, de niño criado por su abuela que había muerto hacía poco, un buen muchacho, un buen amigo, inteligente y buena gente, y está solo en el mundo, tío Walpi, está solo de veras, tía Loida, y triste, Jennifer, hasta la mujer que ama lo ha dejado. Y no era lástima lo de la familia Lorenzo. Era solidaridad, algo que Enildo jamás hubiera pensado encontrar en Miami.

El Tropical era un restaurante espacioso, con comida criolla, y contaba con un grupo de poetas repentistas que amenizaba la cena

con sus décimas. Enildo recordó a La Abuela. Le sorprendió que en Miami, en Estados Unidos, hubiera algo tan rústico como el punto guajiro. La comida, otra vez, era exquisita. Pidieron churrascos, aguacate, congrí, plátano chatino, cervezas. Y a Lorenzo al Cubo se le escapó un ¡coñó, qué grande!, cuando vio el churrasco, ornado con rodajas de cebolla blanca, humeante, desparramarse por los bordes del plato. ¡Coñó, qué grande!, y hasta Enildo tuvo que reírse, el comentario llegó a las otras mesas, y la camarera dijo, como en Cuba ¿no?, sonriendo, y Lorenzo al Cubo se apenó de veras, había sido una imprudencia suya, pero comenzó a reírse él también, como en Cuba ¿no?, y le hizo un guiño cómplice a la camarera que se iba.

Comieron bien, conversaron sobre Cuba y sobre el viaje y sobre el Período Especial y sobre Castro, decía Walpi, sobre Fidel, decía Lorenzo, que pese a estar en Miami ya no sabía qué decir contra "el Fifo" y sobre la vida cotidiana en Cuba, ya había repetido todos sus argumentos, ahora se limitaba a decir que sí, a mover la cabeza afirmativamente como prueba de apoyo a los argumentos de su tío. Luego Enildo dijo, sí, pero qué va, estos aguacates no saben como en Cuba, les falta sabor, vaya. Y Walpi Lorenzo, como siempre que alguien le decía esto mismo, contestó lo mismo, con el mismo tono justificativo, con los mismos gestos de hombros y ojos:

—Es la tierra, man, les falta el sabor de la tierra.

Continuaron conversando, bebiendo cerveza. Era esta la primera vez que Enildo soltaba la molicie, el ensimismamiento.

Los músicos tocaban y los poetas seguían enfrascados en la controversia. Sus décimas eran todas de tono nostálgico, hablaban de La Habana, del Malecón, del arado, la carreta y las palmas guajiras, lanzaban saludos y referencias a los comensales, y a veces elogiaban puerilmente a algunos con metáforas exageradas y melosas. Vestían guayaberas blancas, algunos con sombreros y otros no. Enildo bebía lentamente su cerveza y se quedaba embobecido escuchando el punteo familiar del laúd y el tres, el racaraca del güiro y el tap-tap de las claves. Nunca pensó que aquella guajirada le estremeciera tanto. Ahora recordaba a Electra, las visitas a Matanzas y los guateques en casa de sus primos, sus burlas descorteses frente a los poetas. Los repentistas eran cuatro, pero destacaba un tal Pablo León, un guajiro alto, de cara triste, voz de falsete y tonada melancólica. Era el más famoso, le gritaban y aplaudían mucho, pero Enildo no recordó haberlo visto nunca en *Palmas y Cañas*. Comenzó a deprimirse. Era demasiado fuerte el ambiente criollo, la comida, la cerveza, la voz melancólica y las décimas tristes de aquel Pablo, su cara de guajiro extraviado entre

aquel lujo. Enildo comenzó a mirarlo como a un espejo que le improvisara: ese Pablo era él mismo, esa voz falseteada era su voz, ese aire compungido era su aire, y esos versos de total desarraigo eran los versos que alguna vez tendría que cantar en el futuro. Estaba callado, y cuando Lorenzo al Cubo reparó en él se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Qué pasa, Enildo? —dijo Jennifer, al otro lado, poniéndole una mano inocentona sobre el muslo. Y Walpi Lorenzo pidió más cerveza. Y Loida Lorenzo dijo, déjenlo, déjenlo, que se desahogue. Y Enildo sintió que la frase era exacta: sí, se estaba ahogando, tenía que sacar la cabeza de aquel charco nostálgico, turbio y borrascoso, para des-ahogarse. Walpi Lorenzo llamó al mejor poeta y le puso un pie forzado: "La llegada de un amigo", señalando a Enildo que estaba en pleno acto de des-ahogo. El poeta regresó hacia el grupo e hizo una seña al laudista para que cambiara el tono. Comenzó entonces una melodía suave, más triste aún, más lenta. Pablo León le daba vueltas al cable entre las manos y movía, pensativo, el zapato derecho sobre el suelo. Ahora todos hacían silencio, lo miraban. Cerró el punto:

> Siempre que llega un cubano de Pinar o de La Habana…

Hizo una pausa, recomenzó la música, y todos los ojos se clavaron en él, y en el laudista que tocaba haciendo movimientos extraños con la cara y los hombros. Cerró otra vez el punto y volvió Pablo, ahora dando un paso hacia el frente:

> Siempre que llega un cubano
> de Pinar o de La Habana
> trae olor a palma cana
> y a guateque en cada mano.

Se hizo silencio, solo los instrumentos llenaban todo el salón del Tropical, las calles aledañas, las memorias. Los dependientes se habían detenido y escuchaban también, con expectativa, al repentista. Volvió su voz, con énfasis:

> Yo que vivo tan lejano
> y apenas vivir consigo…

Calló el poeta, cerró un poco los ojos, volvió la música, hubo murmullos, sonrió el laudista, y Walpi Lorenzo miró a Enildo con rostro de satisfacción, como si fuera él quien cantara la décima.

Ahora Pablo León pareció, de pronto, despertarse, se adelantó un poco, hacia Enildo, abrió mucho los ojos y extendió la mano en un gesto ambiguo, languideciendo todavía más el timbre de la voz:

> Cuando converso conmigo,
> nazco, canto, crezco y lloro,
> porque en tu voz corroboro
> la llegada de un amigo.

Los aplausos fueron estruendosos, acrecentados por la buena acústica del restaurante, y Enildo sonrió, sonrió de veras, emocionado, aplaudiendo. Los instrumentos se callaron de golpe y en medio del silencio musical, entre la bruma acústica de los comentarios y los ruidos de la cubertería, sorprendió la voz borrosa de Enildo Niebla:

—Quiero que cante otra… —dijo, alzando la mano como si estuviera en una reunión o en un aula—. Quiero que ahora termine… "Por una mujer ausente".

Walpi y Loida aplaudieron entusiastas pero Lorenzo al Cubo y Jennifer se miraron y miraron a Enildo, como buscando la punta de aquella madeja de sentimientos ebrios. El laúd volvió, con más fuerza que antes, a introducir el punto, y casi de inmediato se sumaron el tres, la guitarra, las claves y el güiro, y aquello parecía una orquesta guajira, acrecentado el efecto sonoro por las palmadas de algunos comensales. Se oyó otra vez la voz triste, nasal, interrumpir la música:

> La enfermedad del amor
> es tan dolorosa y grave

e hizo una pequeña pausa, miró a Enildo fijamente a los ojos, y continuó, acelerando el ritmo

> que el que la tiene no sabe
> si es alegría o dolor.

Algunos comensales aplaudieron y otros continuaron mirando al poeta, como esperando la continuación de la estrofa. Enildo estaba embobecido entre el punteo del laúd y la mirada absorta, en éxtasis, del tal Pablo. Volvió a escucharse su voz lánguida:

> La distancia es la peor
> enemiga de la mente…

Y el laudista rompió de nuevo el punto, estremeciéndose todo, haciendo muecas de placer musical.

—¡Ya lo tiene! —susurró Walpi, acércandose al oído de Lorenzo al Cubo. Loida y Jennifer asintieron risueñas y Enildo siguió mirando a Pablo, sin moverse. Pablo tenía otra vez la mirada fija en el suelo, frente a él, y movía el pie como si aplastara algo sobre el suelo, concentrado, sosteniendo el micrófono con la mano derecha:

> y el amante, lentamente,
> si el amor no lo consuela…

y ahora hizo mayor énfasis, abrió los brazos en gesto teatral, mirando a Enildo

> se gasta como una vela
> por una mujer ausente.

Ahora los aplausos eran mayores, pero Enildo sonreía menos y aplaudía menos. La cera derretida le corría por la frente, por los pómulos, iba goteando y manchando la mesa, el restaurante. Ahora su cabeza estaba llena de recuerdos incoherentes y desordenados, Yindra, La Abuela, *La Parranda* de Radio Rebelde, Manhattan, *Palmas y Cañas*, Jeffrey O'Neil, *Fiesta Guajira* de Radio Progreso, los guateques con Electra en Matanzas. Ahora su corazón estaba muy lejos del Tropical, también derritiéndose. Tomó la copa con una mano y la mano de Jennifer con la otra, apretándola sobre su muslo.

—¿Qué pasa, man? —repitió Walpi Lorenzo palmeándole con cariño y brusquedad el hombro.

—Está borracho —dijo Lorenzo al Cubo viendo cómo Jeniffer, con la mano que tenía libre, le secaba las lágrimas.

Enildo se levantó, fue al baño, y al pasar junto a Pablo León le dio la mano, agradecido, pero no le dijo nada. Al regresar, vio cómo Walpi Lorenzo le metía un billete en el bolsillo de la guayabera al viejo poeta que había dicho por él aquellos versos. Se sentó, tomó la copa, se acercó al oído de Lorenzo al Cubo y le dijo lo mismo que le había dicho la noche anterior antes de acostarse:

—Yo tengo que ir a Manhattan, Loren —tomándole la cabeza con la mano—, tengo que ir —pegándose tanto que ensalivaba la oreja de Lorenzo al Cubo—, tengo que hallar a Yindra, díselo al tío Walpi, díselo —soltándole la cabeza y separándose.

Lorenzo no contestaba. Ahora era él quien ponía la mano sobre el muslo de Enildo y le daba palmaditas persuasivas, suaves.

—Que me preste dinero, Loren —volvió a decir Enildo desde su asiento, sin acercarse tanto esta vez—. Yo se lo devuelvo en cuanto…

—Okey, okey —se apuró en decir Lorenzo al Cubo, como para que los otros no se dieran cuenta, y volvió a prometer, como la noche anterior, que hablaría con Walpi, cuando llegaran a la casa, cuando no estuvieran bebiendo.

Pero era demasiada la cerveza, demasiada la nostalgia, demasiadas las ansias contenidas. Enildo esperó un momento en que Lorenzo al Cubo había ido al baño, se acercó a Walpi Lorenzo y le habló claro: él se había ido de Cuba solo por eso, solo para eso, él tenía que encontrar a Yindra, que ir a Manhattan, Walpi tenía que ayudarlo, por favor, please. Walpi Lorenzo estaba también ebrio y se echó a reír, ¿pero eso es todo, man?, riendo y abrazándolo, apartándose con él hacia detrás de las últimas mesas. Enildo insistió, insistió, quiso explicarle y enternecerlo con la palabra amor, con la palabra soledad, con la sonoridad del nombre Yindra Skármeta Llórenz, con la voluptuosidad y la belleza de aquellas dos fotos que guardaba como una reliquia, pero Walpi Lorenzo estaba ebrio y llevó su propia copa de cerveza a los labios de Enildo y casi le gritó en la cara, okey, man, no hay problema, no problem, man, y le ordenó —le dijo: “fíjate: te lo ordeno”— que nunca más se hablara del asunto.

Walpi Lorenzo estaba ebrio, demasiado ebrio. Por eso a Enildo Niebla le parecía mentira que a los tres días de aquella conversación en el Tropical él estuviera acomodado en uno de los asientos del vuelo Miami-New York, asiento 24-D, fasten seat belts, no smoking, él solo, feliz, cruzando, sobrevolando las nubes y los rascacielos de la ciudad más cosmopolita de Estados Unidos, la vista aérea más famosa del mundo, acordándose una vez más de La Película del Sábado. Le parecía mentira que en tan poco tiempo, como en el clásico abrir y cerrar de ojos, estuviera, él, Enildo Niebla Freire, mareado, con un pequeño repunte de asma, bajo el desconocido cielo de Manhattan, junto a los ultramodernos hangares del aeropuerto Kennedy, atravesando viaductos y túneles, entrando al puente Triborough, mirando embobado la papada del taxista, de perfil, mientras este paga el peaje para entrar a la ciudad, ¿todos los neoyorkinos serán así, papudos?, mirando los semáforos de Primera Avenida como si en Cuba no hubiera semáforos, como si fuera la primera vez que una luz roja hiciera intermitencias delante de sus ojos, ¿todos se parecerán tanto al Papa O’Neil?, mirando las escalas mecánicas para casos de incendio, los porches de Harlem, el

caminar lento de los portorriqueños, la elegancia barroca de Quinta Avenida, las luces de Central Park, el fresco Riverside Drive, y sintiendo el olor penetrante del Hudson, y los rascacielos, oh, los rascacielos, a qué poca distancia estaba ya de Yindra.

28

No te mueras, Abuela, no te vayas. Aguanta un poco más, por Dios, una hora más siquiera, canosa, pálida, menuda, estrujada y débil como nunca, pero no importa, aguanta, sigue boqueando, Abuela, busca aire. Tienes frías las manos, esas manos de adioses mañaneros, de caricias sedosas, manos de endulzar el desayuno y sazonar almuerzos, cenas. Tienes hielo en los flacos dedos que ya ni tiemblan, así de quietos sobre la sábana terrible, sobre la cama dolorosa, número 6, sala A, tercer piso. No te vayas, Abuela, no me dejes. Díselo a tu riñón, pídeselo en nombre de los dos, que aguante, que segregue algo más, que te deje vaciarte. Ha sido duro. Ese vientre inflamado de orina, estos diez días sin micción, ese verte gemir, mirar sin ver, despedirte. Ayer hablaste con tus muertos. Antier hablaste con tus muertos. La semana pasada hablaste con tus muertos. Abuelo Estanislao te dijo que rieras, y tu hijo Enildo, el Mártir, te dijo que lloraras. Tus muertos se sentaron en la cama, a tu lado, te tocaron el vientre doloroso, lo oprimieron para que orinaras a la fuerza, y tú sufriste, temblaste, sudaste, pero el jodido riñón no te hizo caso, no les hizo caso a ellos.

Ya no hablas, Abuela. Eres como una estatua hinchada entre sueros, fantasmas y parientes. Los médicos dijeron, a la casa. Santos Coheira dijo, llévenla a la casa. “A morirse”, pensamos nosotros. Lo pensé yo, Abuela: solo dos días, o un día, o quince horas. Te vamos a llevar al Mirador del Diezmero, a la calle Primera, tu lugar en el mundo. Tía Humbelina vino. Estanislao José, el coronel, vino. Tío Bárbaro no se apartó un minuto de tu lado. Los primos vinieron. Los nietos y los bisnietos vinieron. El barrio, por separado, también vino. Electra vino. Tu próximo bisnieto, en el vientre de Electra, también vino. Vladimir, con su hermana Xiomara, vino. Pepe Gibara vino. Lorenzo al Cubo y Cristóbal no faltaron ni un día. Todos, Abuela, todos, hemos llorado junto a la cama 6, sala A, tercer piso, todos hemos hecho silencio, todos te hemos tocado una mano, te hemos mirado sin decirte nada. Esta es la hora difícil: no hay pésame aún, no hay condolencia aún, el cuerpo agónico no

permite ataques lloricones ni histerias femeninas, un “cómo sigue” parece un mal cumplido, un “cómo está” es una cosa estúpida. Solamente los ojos, los lagrimales, los mohínes del rostro hablan. La aspiración repentina de la mucosidad quiere decir “yo sufro”; un rostro ladeado y cabizbajo quiere decir “lo siento”; un pañuelo que enjuga un pómulo húmedo quiere decir “aguanta un poco más, Abuela, no te mueras”; hasta el silencio es traducible: no tener qué decir, ni a quién mirar, ni a dónde, la mirada sobre el suelo o en los zapatos y las uñas propias; tanto mutismo familiar quiere decir “se muere, se está muriendo ya, se va La Abuela para siempre”.

(Y tus peinetas de carey las guardo. Y tu libreta de apuntar medicamentos, visitas y llegadas tardes, la guardo. Y tus chancletas, tus anchas sayas de piqué, tus medias finas, tu delantal, tu imagen arrollando pelotas de fideos, tu odio a retratarte o a verte en el espejo, tu amor a las permutas, tu plática incansable, tu prótesis dental, tus vasos de agua, tus oraciones a todos los santos, tu botiquín abierto todo el día, tus fotos de Fidel, tu radio Vef, tu recetario de tisanas verdes, tu colador manchado de café, tu insomnio por mi asma, tus cuentos de ciclones y de hambrunas, tus tonadas, tus décimas, tus últimos dolores y silencios, los guardo bien, en el fondo de mí, los guardo).

Vamos a permutar de nuevo, Abuela, anímate. Sonríe, por favor. No permitas este llorarte a gritos, este sentirte fría, estática, en la sala de tu propia casa, este llevarte de la casa al hospital, del hospital al necrocomio, del necrocomio a la funeraria, de la funeraria al cementerio, marmórea tú entre mármoles, florida tú entre flores, sola, muy sola, entre satín, cristal, madera, tierra, lágrimas, desmayos y gritos de Humbelina, dolor de todos, impotencia de todos, y resignaciones, y pésames, y miradas oblicuas, y silencios frontales, tanto vacío en tu última morada. No lo permitas, no. Vamos a sorprenderlos, Abuela. Que no vengan mañana vecinos condolientes, que no esté tu fogón humeando solo, que tu ventilador telarañoso no se sienta huérfano, la foto de tu hijo el mártir que no se sienta huérfana, y tu nieto, Abuela, tu Enildito, que no sienta que se muere también, que se cae a pedazos, sin padre, sin madre, sin Yindra, sin Abuela, tu nieto que no tenga que hacer un relicario con tus cosas íntimas, que no baje de peso, que no le dé asma, que no tenga que tomar diazepán para dormir, que no sienta tu fantasma deambular por las oscuridades de la casa. No te mueras, Abuela, no te vayas.

Díselo a ese riñón tan egoísta. Si soportó diez años solo, glándula secretora divorciada, doble función nefrítica durante

tantos años, que no se rinda ahora, precisamente ahora que eres tan necesaria. Arrastra más tus pies callosos, tus alpargatas y chancletas. ¿Acaso la otra vez no te escapaste? ¿Acaso ya la muerte no te retó una vez y la venciste, le entregaste un riñón, pero ganaste? ¿Acaso no te agrada la idea de permutar de nuevo, Abuela? ¿Qué tal a Veracruz, qué tal para la Virgen del Camino? Desperézate, Abuela, haz arroz imperial, o de fideos. Creo que te toca el prodectín, el dipiridamol, la insoxuprina. Vamos, viejita. Qué decirle a San Lázaro mañana, a Santa Bárbara, a Changó, al indio de la clara de huevo en tus vasos de agua; qué decirle al sillón cuando rechine, al viejo butacón cuando pregunte, al equipo Industriales cuando pierda un juego, a los poetas de Radio Progreso; qué decirle a la sección "Clasificados" de la revista *Opina*, y a los ojos durísimos de tu hijo en el cuadro. Por favor, por favor, por favor, no te mueras, Abuela, no me mates.

29

Estado de ansiedad llaman los médicos a esa forma de vida que Enildo ha llevado en los últimos días. Se come las uñas, se va de los lugares apenas llegar, cambia constantemente de posturas, se altera, se ensimisma, duerme mal y poco. La muerte de La Abuela sigue siendo un vacío demasiado grande. ¿Acaso pensaría que siempre iba a tener cerca aquellas canas, aquellos ojos detrás de los cristales, aquella maternal presencia? Pero bueno, sus cosas están ahí, y ella está en sus cosas. Todavía los meses sin La Abuela parecen aquellos intervalos de separación de cuando él iba hacia la beca, en Batabanó, o cuando ella iba a casa de la tía Humbelina o el tío Estanislao; pequeñas ausencias acotadas por la certidumbre del reencuentro. Pero esta definitiva, total, última ausencia, lo ha dejado impedido de definiciones, extraviado y ansioso. Aunque su estado de ansiedad tiene otras causas. O al menos, otra causa, enorme. Es la otra ausencia, definitiva también, total también, última también, pero sin flores, de Yindra. El dolor por Yindra no es ese dolor marmóreo por La Abuela, pero es hondo, acrecienta su estado de ansiedad, su desamparo. Compresión de dos recuerdos aplastándolo: su corazón entre dos bloques de dolor, desolación, tristeza. Enildo siente que está hueco por dentro, que es ingrávido, vive flotando en su propio humo, humo de la memoria y de las cosas sobrevivientes de La Abuela y de Yindra, humo denso y oscuro, toda la casa como un gran crematorio. Yindra en New York. La Abuela muerta. El humo es denso y los bloques se cierran cada vez más, lo aplastan. Su única válvula de escape es Enildito, tan pequeñito e indefenso, Enildito y Electra, gracias, Dios mío, gracias. Pero la humareda es mayor cada día, y tose y se asfixia y le da asma. Los grandes bloques se cierran más, lo aplastan más. Y entonces una nueva válvula de escape le llega el sábado con la visita de sus buenos amigos, sus camaradas en las buenas y en las malas, aquí estamos, socio, bróder, brother, asere, no te vamos a dejar solo, Enildo. La nueva válvula de escape la propone Pepe Gibara, la aplaude Gustavo Enríquez, la prepara, la piensa, la

calcula, la dirige Lorenzo al Cubo, su amigo de los años, his true brother.

—Embúllate, Enildo, qué vas a hacer aquí, mi hermano.

Claro que ellos lo entienden, le dan palmadas en el hombro, claro que hay un imán pequeño dentro de una cuna, con apenas seis meses de nacido, y está el amor de Electra, amor desenfrenado y firme, y está su vida, sus recuerdos, los ojos duros del retrato del padre, la bóveda fría y reciente de La Abuela, claro, Enildo, compadre, claro, bróder, brother, asere, pero por eso mismo: ahora estás solo, solo, y además, sin pincha… y además, aquella jeba, piensa en Yindra, Enildo. Pepe Gibara y Gustavo son muy buenos socios, socios de años, pero Lorenzo Lorenzo Lorenzo es más que eso, es casi su hermano, en las buenas y en las malas, en las maduras y en las podridas: Lorenzo al Cubo siempre. Pepe Gibara dice, es la mejor balsa del Diezmero, asere, y la describe con aspaviento y entusiasmo: neumáticos, maderas, cordaje, cables, lonas. Ahora todos callan, la voz de Pepe se los va tragando. Pepe Gibara es alto como un poste, musculoso, la dentadura grande y cariada, la voz de cañón colonial a las 9:00 p.m. Pepe Gibara es socio de la infancia, pero no le inspira mucha confianza a Enildo: ha estado preso varias veces, por robos, desacatos y contravenciones, pobre muchacho criado sin su padre, con distintos y peores padrastros, en distintos y peores barrios, Atarés, el Diezmero, Guanabacoa, dándole dolores de cabeza a su madre Luisa, a la difunta Luisa, pero él no era culpable. Enildo lo mira. Pepe Gibara parece inofensivo: tan torpe de ademanes, tan grandote, tan risueño siempre. Enildo siente lástima por él, y miedo. Aunque… miedo no: incapacidad de enfrentársele, cierto respeto a la brutalidad perfecta. Pepe Gibara intenta, en vano, hablar en voz baja, dominarse, porque los vecinos pueden oír, en este país todo se sabe, Pepe, pero su vozarrón retumba, y cuando dice balsa Enildo escucha ¡balsa! y cuando dice vámonos Enildo y Lorenzo y Gustavo escuchan ¡vámonos!, y Lorenzo al Cubo se le acerca con el índice en los labios, bajando la cabeza y siseando. Pepe sigue hablando con el vozarrón contenido y Enildo sigue diciendo que no, que no, estás loco, Pepe, estás loco, Gibara. (Reflexiona: nunca sabe por qué unas veces le dice Pepe y otras veces Gibara. Teoriza: quizás sea algún aspecto contextual, ligado a los acentos y fonemas, quizás simple arbitrariedad suya).

—Pero Pepe —y ahora no puede evitar pensar en la causa fonética: cacofonía de las consonantes: *pe pe pe*…—, yo no me voy ni muerto; cállate.

Lo ha dicho con tal convicción, con tal rictus de burla y tal respingo, que Pepe cierra la bocaza —o lo intenta— y se encoge de hombros. Pero luego sigue hablando incoherentemente, con su brutal nerviosismo, mirando de hito en hito a Enildo, con una expresión que pudiera traducirse así: ¿No vas? Pues yo no he dicho nada ¿eh?, si tú no vas problema tuyo ¿eh?, pero yo, Pepe Gibara, el negro, no ha dicho nada ¿eh?, así que la palabra balsa bórrala, nunca la oíste, ¿eh, eh, eh? Y Enildo lo ha mirado con una expresión que quiere decir: okey, no has dicho nada, tú eres mi socio, negrón, puedes irte si quieres, es más, pueden irse todos si quieren, Enildo Niebla no va, pero es sordo, ciego, mudo.

Lorenzo al Cubo y Gustavo solo escuchan. Pepe Gibara había jurado que él convencería a Enildo, que Enildo era su socio de la infancia, que quién mejor que él, y Lorenzo al Cubo y Gustavo decidieron que era mejor dejarlo que lanzar pedradas contra el muro de aquel vozarrón oriental y guanabacoense. Pero Pepe falló, y ahora hablaría Gustavo. Puso una mano sobre el hombro de Enildo como diciendo, llegó mi turno, socio, y Enildo, aunque acostumbrado, no pudo sustraerse a contemplar risueño el nuevo disfraz de Gustavo esa semana. Gustavo se había vuelto todo un personaje. Prófugo del Servicio Militar, tenía alma de artista: andaba siempre disfrazado y tenía mil paraderos y escondrijos. A Enildo le cae bien Gustavo, siempre le cayó bien, desde que era el benjamín y el monitor de los conquistadores. Solo no le perdonó aquello de las revistas porno. Pero Gustavo es buen muchacho, es inteligente, sabe hablar, a pesar de haberse criado en los barrios bajos solo dice asere de vez en cuando: sus vocativos preferidos son compadre, bróder, socio, y eso lo diferencia. Además, Gustavo es un incondicional admirador de Enildo: fue su mejor alumno de seducción, audaz y decidido, precoz, buen mozo, de un natural porte seductor y galante. Enildo también lo admiraba. Gustavo se le parecía mucho. Le gustaban las aventuras, era una especie de Errol Flint del Diezmero, sin más capa que una sonrisa zalamera ni más espada que un desenfado inusual a esas edades, la ropa siempre bien ceñida al cuerpo, el pelo siempre bien peinado, el bolsillo siempre lleno de billetes. Para eso papá Gustavo es el Gran Carnicero de La Marialuisa, el hombre de la balanza prodigiosa y del cuchillo mágico, buen padre divorciado con un hijo adolescente para el que nunca faltan veinte pesos, porque él sí sabe lucharlos, él los lucha. Y mamá Lidia es la típica madre divorciada, renuente a nuevas nupcias, no apta para el concubinato ni para la aventura, demasiado ocupada en criar y atender a su único hijo. La clásica

madre que se hala los pelos por cualquier problema y que siempre aconseja-aconseja-aconseja, y de tanto hacerlo, jode. Y el niño Gustavo era una especie de dandy pequeño, de duende travieso, con buen carácter y muy buena suerte. Gustavo no solo había sido el mejor y más precoz alumno de Enildo Niebla, sino que poco a poco se fue haciendo su amigo de romerías y jolgorios, en horarios extra, cofrade y hasta rival en algunas conquistas. Pero Gustavo Enríquez tenía un problema: le "gustavan" demasiado esos años de plena libertad, de muchachas y fiestas y bebida. Y odiaba, aborrecía, la Oficina de Reclutamiento Militar: ese desnúdate, mídete, pésate, regístrate cada órgano del cuerpo: los pies, los músculos, el pene, las muelas, los ojos, ¡hasta el ojo del culo! Y ya usted es el prerrecluta Gustavo Enríquez Cárdenas, candidato a soldado de la patria desde la adolescencia. Y a partir de ahora —nadie lo mandó a dejar de estudiar, le dimos la oportunidad de ser alguien en la vida y no quiso— usted será el recluta Gustavo Enríquez Cárdenas, aún vestido de civil pero parado frente a una larga mesa de oficiales fríos que lo miran y conversan y le dan las gracias, ya usted es parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y le entregan ceremoniosamente una carta en la que le agradecen a la familia haber entregado a uno de sus miembros para la defensa de la patria. Ahora lamentas no haberte graduado, haber dejado la carrera ya en el último año, pero es tarde. Pensaste que se habían olvidado de ti, pero mentira: todo está controlado, en este país todo se sabe, todo. Tú los miras. Todo es muy serio. Es un honor estar en el Servicio. Preséntese el próximo lunes con un cepillo dental, ropa interior y un jarro. Felicidades. Todo es muy serio. Se supone que ahora te abracen al llegar a la casa, que hagan fiesta en el barrio, que tus amigos te vitoreen y te sientas feliz, Miembro de Honor de la Legión de Honor, el pecho lleno de aire y brillo en la mirada. Se supone que irás uniformado —qué lindo te ves en uniforme, mi hijo, dirá mamá Lidia, llorando—, que madrugarás para ir al Juramento de Bandera, y que harás las caminatas y cavarás trincheras y dormirás a la intemperie y sobrevivirás como los grandes héroes de la historia, como Alexei Maresiev, o los doce del Granma. Todo esto se supone. Pero quién podía suponer que ahí mismo, en Ciudamar, tres cuadras más allá de la oficina, sentado sobre un quicio mugriento de un portal mugriento, dirías, en voz baja, solo para ti mismo, que no, que nunca serías el recluta Gustavo Enríquez Cárdenas, y que te esconderías para siempre, la policía buscándote, las far buscándote, el minint y el comité preguntando a tus padres, a tus amigos, a tus novias, olfateando tu rastro. Para ti todo esto no dejaba de ser como

un juego, una extensión del curso de Enildo. Esta era la mayor aventura. Dormir un día aquí, otro día allá, en casa de un amigo o de una amiga, en el sótano de un tío en Marianao, en la finca de un tío en Villa Clara, en casa de una novia y de otra novia y de otra, y siempre disfrazado de maneras que ni ellas mismas te reconocían al principio, largo capítulo de disfraces y maquillajes y nombres falsos, como en las películas. Pero han pasado muchos meses. Ya estás cansado de dormir de préstamo, de comer de préstamo, de vivir de favores. Ya estás cansado de temer. La palabra deserción duele en tus tímpanos. Y la palabra calabozo te asusta. Ya la aventura se te fue de las manos. Y pobre mamá Lidia durmiendo a base de sedantes y bajando de peso. Pobre papá Gustavo que roba cada vez más en la carnicería, pero no adrede, discúlpelo usted señor usuario, es que tiene problemas personales. Papá Gustavo juró que como te cogiera te entregaría él mismo, que en el Servicio es donde se forjan los hombres. Y mamá Lidia se volvió a halar los pelos y comenzó a aconsejar-aconsejar-aconsejar a papá Gustavo. Toda La Marialuisa ya lo sabe, todo el Diezmero. ¡Que levante la mano un habitante de San Miguel del Padrón que no lo sepa! El recluta Gustavo Enríquez Cárdenas es el más célebre prófugo del Servicio. ¡Ay, que vergüenza!, se queja mamá Lidia. ¿Pero dónde se meterá este niño? Porque todos ignoran que el exalumno de Enildo Niebla es, además de aventurero contumaz, maquillista increíble, especialista en disfraces. Ese señor de bastón y espejuelos, es Gustavo. Aquel peludo extravagante y desgarbado, es Gustavo. Y el calvo es él. Y el pelirrojo es él. Y esa muchacha que dos veces al mes viene a casa de mamá Lidia, toda ella gangarrias y pinturas, muy delicada y sexi, también es Gustavo. La primera vez mamá Lidia se dio un buen susto. La muchacha de pelo negro hasta los hombros y carmín encendido, dijo llamarse Lourdes, y, en voz muy baja, dijo ser amiga de su hijo Gustavo, le traía noticias. Y Lidia, asustadísima, la haló hacia dentro de la casa y cerró la puerta de un tirón. Y así varias veces. Lourdes-Gustavo le contaba falsos paraderos de su hijo, y le decía que estaba bien, que no se preocupara, haciendo oídos sordos a los tantos consejos que le enviaba mamá Lidia. Pero una de esas veces mamá Lidia cerró la puerta, como siempre, para hablar con su amiga, la compañera de su hijo, y entonces Lourdes-Gustavo la agarró por la cintura, por detrás, la abrazó y besó tiernamente su mejilla. Mamá Lidia primero se quedó estupefacta, y luego forcejeó, pero Lourdes-Gustavo la alzó en vilo y giró con ella en brazos, sin oír sus gritos, para luego soltarla, quitarse la peluca y secarle el llanto. Lloró mucho, y como

tenía las manos ocupadas en secarse las lágrimas no se pudo halar los pelos, pero eso sí, comenzó a aconsejar-aconsejaraconsejar a Lourdes, a Gustavo.

Por eso Enildo no se había sorprendido cuando vio aparecer a Pepe Gibara y a Lorenzo al Cubo acompañados por un señor canoso y de espejuelos verdes: él lo sabía, era Gustavo. Lo que más le extrañó fue que estuvieran tan amables entre sí el señor de espejuelos y Pepe Gibara. Pepe y Gustavo se habían conocido a través de Enildo, pero no se caían bien. Eran distintos, con intereses y caracteres diferentes, pero bueno, si es tu amigo es mi amigo también, y punto. Enildo era el núcleo de sus relaciones y, en definitiva, ninguno de ellos le estorbaba al otro para relacionarse con Enildo. Lo de Pepe era el barrio, la guapería, el dominó, el ron; lo de Gustavo eran las mujeres, la jodedera, el ron también y el esconderse.

Por eso le extrañaba tanto que ahora Pepe Gibara viniera a decirle, de sopetón, delante de Gustavo y de Lorenzo al Cubo, que quería irse en una balsa. Y todavía más, que Gustavo le tocara el hombro para intentar convencerlo, hazle caso a Gibara, Enildo, bróder. ¿Los tres? ¿En una balsa? Yo no voy, Lorenzo. Lo dijo sin convicción, sin mirarlos. Enildo no podía imaginarse a Lorenzo al Cubo enrolado en algo así con Pepe Gibara. Y a Gustavo menos. Los tres eran incompatibles. Pepe Gibara no se daba cuenta, pero a Lorenzo al Cubo tampoco le caía bien, le molestaba. Lorenzo odiaba las maneras de Pepe Gibara, su torpeza y escándalo, su rostro hosco, su forma de existencia en bruto.

—Enildo, queremos cómplices y no testigos —dijo Lorenzo al Cubo tratando de ser ingenioso, la vista fija en los ojos de su amigo.

—No vamos a dejarte —dijo Gustavo—. Hemos venido a proponerte, a pedirte, a rogarte, que vengas con nosotros.

La discusión se hizo brumosa. La palabra balsa fue dicha una y mil veces, de una y mil maneras distintas, y las palabras Miami, soledad, vámonos, Yindra. Pero Enildo dijo que no, después que no, y ya en la puerta, cuando se iban, no, es mi última palabra: yo me quedo.

Cuatro días después volvió Gustavo, y no. Volvió Gibara, y no. Todos los días venía Lorenzo al Cubo, y no, tampoco. Eran días de terremoto interior, de ideas aciclonadas, de asma. Días de fantasmagorías y alucinaciones, de cierta claustrofobia que lo obligaba a huir, a huir, a huir, sin saber de quiénes ni hacia dónde. Tomaba ómnibus. La ruta 7 hasta el Cotorro. La 107 hasta La Virgen del Camino. La 10 hasta El Vedado. La 8 hasta La Habana

Vieja. Caminaba. Se acostaba tarde. A medianoche, en sueños, llegaba el espectro de Lorenzo al Cubo con Yindra en los brazos, montados los dos a caballito sobre Jeffrey O'Neil, y luego La Abuela, con aliento etílico, arrastrando una cuna por el cielo. Su cama era como una gran balsa tibia, gelatinosa, que se lo tragaba, hasta que las grandes manos de Gibara y Gustavo —eran ellos, aunque no sus caras— venían a sacarlo del fondo, y Jeffrey O'Neil ponía la grupa para que él también montara junto a Yindra, y Yindra se reía besando a Lorenzo, que ya no era Lorenzo sino el tío Bárbaro con lentes y barbas al estilo John Lennon. Despertaba orinado. Bebía café y se quedaba a dormir en la butaca, debajo del cuadro de su padre. Sentado allí, apenas soñaba. Borrosamente pasaba Yindra con ropas disímiles, con gestos disímiles, pero muy fugaz, indetenible.

Estaba asustado. Nunca había pensado en irse del país como una solución a su vida estancada. ¿Era una solución? ¿Irse, buscar, llegar a Yindra sería la tabla salvadora? ¿Recuperarla acabaría con su crisis? Días de asma y de molicie. Releyó fragmentos de *Paradiso*, párrafos sueltos de *Orgullo y prejuicio*, en inglés, una vieja edición que le había regalado Alicia Pereyo. Leyó periódicos viejos, *Bohemias* viejas, *Dedetés* y *Pa'lantes*. Y *Manhattan Transfer*, también a saltos. No podía concentrarse en ninguna lectura. Ahora solo quería que John Dos Passos le entregara a Yindra, que la pusiera vecina de Nellie, seductora de George Baldwing, sueño idílico de Bug y de los otros parias sin Yindras posibles. El pobre huérfano Jimie nunca ha visto una Yindra de cerca. Ni el borracho Joe Harland. Ponla cerca, Dos Passos, hazla cruzar las calles y mirar hacia el Puerto, entretenla mirando los tranvías. No tiene que ser en una página específica, en un capítulo específico, pero déjala, please, a la vista de Enildo.

30

El Diezmero sigue siendo un lugar monótono, vacío, insoportable, y Yindra sigue siendo un fantasma obsesionante. Enildo no sale de la casa. Continúa leyendo desordenadamente. Y luego se refugia en Enildito. Ahí está, su hijo. Tercera generación de Enildos Niebla. Tan pequeñín, oloroso a jabón y a talco perfumado. El pelo escaso y brilloso, pegado a los débiles huesecillos craneales, la graciosa y minúscula boca en un esporádico simulacro de risa. Enildito, su hijo. Patalea, llora, orina, duerme, mama. Electra está feliz. Electra es la heroína del pezón dilatado, areola gigantesca y blanda. Cuánto cuidado, cuánto mimo, cuánta asepsia: no fumen, no toquen, no hablen alto, no lo miren dormir que le hacen daño: "No te preocupes, pequeñín, yo sí puedo mirarte mientras duermes, porque los padres no hacemos mal de ojo". Cuánta fragilidad en la criatura. Enildo sonríe. Ahora lo mira patalear, los piececitos enfundados en medias de hilo sito. Y no lo pongan boca arriba porque lo ahoga un buche. Y no fumen al lado de la cuna. El culito empinado y las rodillas recogidas. Electra se contiene la leche de los senos con culeros doblados. Está radiante. Parece más mujer ahora, con esa ancha bata de botones grandes y muy separados, dejando ver un muslo aquí, el vientre allá, más arriba un culero doblado sobre el seno. Electra ríe todo el tiempo, y si se queja lo hace sonriendo, de modo que la queja parece una finta, un ardid gracioso para que sepan que ya es madre. Se sienta, casi siempre, ladeada en el sillón, y en la punta, con leves muecas de molestia. Enildo trata de imaginarse la herida vaginal, los puntos, y siente lástima. Electra habla bajito, sin mirarlo. Electra no dice nunca hogar, ni matrimonio, ni ayuda económica. Electra solo dice que lo ama, que si el niño, que si la leche, que si la malanga… Y Enildo lo más que hace es poner una expresión boba y mirar hacia el cuarto, hacia la cuna, bajo el mosquitero donde duerme un pedazo de él. Luego se va, y promete regresar al otro día, regrese o no regrese, y le da un beso.

31

Electra. Yindra. Lorenzo al Cubo. Gustavo y Pepe. Yindra. El Diezmero. La balsa. La tumba de La Abuela. Enildito. El retrato del padre mártir. Yindra. Yindra. Yindra. El asma.

—¿Otra vez, Enildo? —la voz de Santos Coheira es francamente amistosa y preocupada. En los últimos días los ataques de asma son demasiado frecuentes y fuertes, sin haber cambios climáticos: ni frentes fríos, ni temporales de lluvia. Enildo solo atinaba a abrir los ojos como si inhalara con los párpados, y el doctor maniobraba, como siempre, hábil y diligente entre la asfixia del amigo-paciente y todo el instrumental médico.

—Aún no he conseguido el Asmacán —dijo Santos Coheira, como si hablara solo, sin mirarlo.

Enildo tampoco habla, contempla a Santos Coheira, la gran cabeza de calvicie brillosa, la media barba y el bigote canosos, los lentes pequeños montados al aire. Enildo no puede hablar, siente el frío cristal entre los labios, siente el ruidito familiar del salbutamol dentro del tubo y oye, como si se alejaran, como si se fragmentaran y le cayeran sobre la cabeza, palabras como lunes, asma, Enildo, yo, de, la, por si, cuidado, asma. Santos Coheira es un conversador impenitente, locuaz y efusivo. Enildo le ha dicho alguna vez que su charla es lo que alivia el asma, no el aerosol, y él, riéndose, ha inventado el término “charloterapia”. Son amigos. Más que médico y paciente, amigos. Sobre todo desde que Enildo había resuelto, a través de una de sus “amigas”, la matrícula en la escuela de música para el hijo menor del médico, un rubiecito endeble y cejijunto que soñaba con ser percusionista de Irakere, injustificada vocación en el hijo de un médico, de dónde habrá sacado toda esa afromanía, decía el padre. Se apreciaban. Enildo admiraba el porte médico, la seriedad y la salud férrea de aquel hombre noble y corpulento que nunca se enfermaba, ni dolores de cabeza, ni gripes, ni desórdenes estomacales, nada, y que alardeaba de ello, como si al saber medicina pudiera predecir y evitar todos los males. Y Santos Coheira admiraba en Enildo cosas tan triviales como que fuera

joven, y buena gente, y buen mozo, y que supiera inglés, y que tuviera tanta suerte con las hembras.

—Suerte no, arte —decía Enildo siempre, y sonreía.

Pero ahora Santos Coheira continuaba hablando mientras Enildo salía de la bruma de la asfixia, sin oírlo, apenas sintiendo un bronco cuchicheo junto a él, como telón de fondo.

Electra. Yindra. Lorenzo al Cubo. Gustavo y Pepe. La balsa. El Diezmero. La tumba de La Abuela. Enildito. La foto del padre mártir. Yindra. Yindra. Yindra.

32

Sobre las losas del portal, enrollado y doblado por la punta, encontró el Granma. Lo recogió, abrió la puerta, la ventana, y se sentó en el sofá. Él era uno de los pocos privilegiados que recibían la prensa en el barrio, suscripción que La Abuela había impuesto porque hay que estar al día, mijo, y además, luego el papel sirve pa'l baño.

En primera plana hay una foto de Fidel y otra de Javier Sotomayor detenido en el aire, sobre la varilla a 2.44, toda la página en tres colores únicos: rojo, negro y blanco. Enildo abre el periódico, pero no lee ni los titulares. Mira las páginas sin ver. Está muy lejos. "Yindra. Enildito, Lorenzo al Cubo. Electra. Electra y Enildito. Yindra". Se despereza. Vuelve a hojear el periódico. "Deportes/Culturales". Un grabado sobre la obra de Mozart con fragmentos de la partitura de *El Fígaro*, un comentario sobre el cine español y Antonio Gades, los resultados de la serie nacional de béisbol y una foto de Sotomayor y Sjioberg en el aire, estáticas y arqueadas las espaldas sobre las varillas a más de dos metros. Ahora tampoco lee. Mira las fotos, los signos, los espacios en blanco, los colores. Pasa las hojas y se deleita con el ruido del papel. "Hilo Directo/Nacionales"… Deja el periódico y va al cuarto. Se tira sobre la cama y por la persiana abierta entran, fragmentadas, las voces del barrio.

Dicen: El mar está erizado de tiburones y las olas miden diez, once, doce metros.

Dicen: De cada cinco que salen llegan tres; dos quedan en el agua: bocados de los peces.

Dicen: Los guardacostas los cogen a todos; sin excepción: a todos.

Dicen: ¡Las corrientes del golfo, las malditas corrientes del golfo!

Dicen: Salieron por Cojímar y se extraviaron durante horas y horas. Ya el sol dolía sobre sus espaldas cuando vieron la costa. ¡Tierra… tierra! (Bienvenidos a Pinar del Río).

Dicen: Siempre, al final, un barco te recoge.

Dicen: Hay que estar loco… ¡con un niño!

Dicen: Si te ahogas: de algo hay que morirse; si te cogen: mala suerte, una multa, unos meses de cárcel y otra vez a la calle; pero, ¿y si llegas?

Dicen: Z. y F. ya hablaron por la radio… Si ellos llegaron, por qué yo no.

Dicen: Oye, asere, allí cualquiera trabajando se hace rico, mira a mi tío H.

Dicen: Compadre, ¿y el racismo?

Dicen: Un Rolls Royce, un buen Mercedes, una casa con piscina, buena ropa, una pierna de jamón en la cocina, ¡y money, mucho money!

Dicen: Las olas llegan a veinte, treinta metros…

Dicen: Michael Jackson andrógino, Eddy Murphy millonario, ¿y el Ku Klux Klan?

Dicen: Te llamarán
gusano
antisocial
escoria
lumpen
delincuente
apátrida
traidor
desertor
disidente.

Dicen: L. mandó una foto en camiseta, tomando cerveza, ¡cerveza de latica!, junto a tremendo carro…

Dicen: (Lo dicen tan bajito que no puede oírse.)

Dicen:
Oye, tú que dices que tu patria no es tan linda,
oye, tú que dices que tu cielo no es tan bello,
yo te invito a que busques por el mundo,
otro cielo tan azul como tu cielo…

Dicen: Es tan fácil, asere: con dos o tres neumáticos, madera y sogas, una vela o un motor fuera de borda, agua para beber y suerte.

Dicen: New York, la capital del crimen: drogas, sida, homeless al pie de un rascacielos.

Dicen: Más círculos infantiles, más hospitales, más escuelas… ¿y la jama, asere?

Dicen: Allí cualquiera tiene un carro, bróder…

Dicen: Cuba es uno de los países de mayor consumo de calorías per cápita.

Dicen: Las olas voltean las embarcaciones, se las tragan.

Dicen: Si se tiran quedan… ¡Socialismo o Muerte!

Dicen: Cinco libras de arroz, cuatro libras de azúcar, siete onzas de frijoles, la sal por la libre…

Dicen: Esto no hay quien lo tumbe, pero no hay quien lo arregle…

Dicen:

Yo me quedo, con todas esas cosas,

pequeñas, silenciosas,

con esas, yo me quedo…

Dicen… dicen… dicen… rumian… chismean… vuelven a decir… comentan… opinan… advierten… requetedicen… persuaden… aconsejan… animan… vozbajidicen… callan.

Y una vez callado el barrio la cabeza de Enildo gira. Está tirado sobre la cama y su cabeza da vueltas como un trompo, cargada de vocablos viscosos, pegajosos, de frases e ideas caóticas y fragmentadas. Vía crucis del verdadero solitario. Se sentó en el borde de la cama.

—Pero… ¿por qué te vas a ir, si aquí lo tienes todo: tu pasado, tus recuerdos, tu hijo? —gritó Enildo caminando nerviosamente frente al otro.

—No sé, no sé por qué… pero tampoco sé por qué quedarme —respondió Enildo, sin levantar los ojos, sintiendo solamente la presencia furiosa del otro. —Piénsalo bien, Enildo —dijo Enildo suavizando el tono.

—Es Yindra, Enildo, ¡entiéndeme!

—Pero si mujeres es lo que te sobran, no jodas… ¿Y Electra, a ver? Es más, ¿y tu hijo?

Enildo volvió a bajar los ojos, apretó los labios.

—Es Yindra… —la voz de Enildo parecía lejana, como si hablara tras una gran pared de tiempo, o de agua.

—Tú sabes lo que es un hijo sin padre, Enildo, no seas egoísta, piensa en él, piensa en ti mismo un poco.

Enildo se traqueó los dedos de una mano con los de la otra. Estaba nervioso y respiraba, otra vez, con dificultad.

—Además, piensa en tu abuela, en la historia de tu padre…

—¡Mi padre, mi madre, mi abuela, mi hijo…! ¿Y yo? —le gritó Enildo— ¿Y en mí quién piensa ahora? ¡Estoy solo! ¿Te das cuenta?

—¿Y Electra? ¿Y el niño? —respondió Enildo, sin inmutarse—. Además, ¿y tu país, Enildo? No es un teque, pero esta es tu tierra, tu patria, te vas a desarraigar, vas a llegar vacío y entonces estarás más solo que nunca.

—No. Tendré a Yindra —respondió Enildo más tranquilo, con la voz apagada.

—Si la encuentras —advirtió Enildo, en el mismo tono.

Enildo bajó la vista, traqueó los dedos de la otra mano, y Enildo aprovechó para acercarse más.

—No va a ser fácil, Enildo —dijo, y Enildo lo escuchaba cabizbajo—. Estados Unidos es muy grande, Manhattan es muy grande, y desconocida, habrá mil Yindras y mil gordos papudos de apellido O'Neil.

Enildo se estaba desarmando. Sin mirarlo, hundía la cabeza sobre el pecho.

—Piénsalo… ¿Y la tumba de La Abuela? —se iba creciendo Enildo mientras Enildo se empequeñecía bajo el peso de su voz persuasiva—, ¿y Enildito qué culpa tiene de todo esto?, ¿y la pobre Electra que te ama más que diez mil Yindras juntas?

Enildo alzó la vista y se encontró los ojos fijos de Enildo en los suyos.

—A tu padre no le hubiera gustado que su hijo traicionara, Enildo —dijo con tono grave—, ¿y su sangre?

Los ojos de Enildo se llenaron de lágrimas, sus fuerzas fueron cayendo como ropa rota al suelo y comenzó a llorar sobre el pecho de Enildo, que lo palmeaba paternalmente, también con un nudo de llanto en la garganta.

—¡Enildooo!… ¡Enildooo!… —era la voz tronante de Pepe Gibara, vozarrón que atraviesa la verja del jardín, el portal, las paredes. Enildo se secó la cara con la punta de la misma sábana sobre la que estaba sentado, respiró hondo, se alzó con movimientos rápidos, nerviosos, y fue a abrir la puerta.

Pepe Gibara estaba ante la puerta, alzado en sus casi dos metros de musculatura, estirando en su boca una sonrisa amplia, fresca, contagiosa. Lo abrazó.

—Ya terminamos la balsa, asere —le rumió al oído, prácticamente empujándolo con el hombro hacia dentro de la sala y cerrando la puerta—. Ahora mismo llamé a Lorenzo al Cubo… todo está —e hizo un círculo pequeño con el pulgar y el índice de la mano derecha, eufórico signo de okey, all right, perfecto, la boca abierta en una sonrisa de satisfacción y júbilo.

Enildo reculó tratando de sonreír, le dio la espalda, fue al refrigerador y sacó agua, bebió sin tener sed, le brindó a Pepe, que no quiso, guardó el pomo de nuevo y se sentó en el sofá, para decirle a Pepe, para repetirle, despacito, que le dijera a Lorenzo Lorenzo Lorenzo, y a Gustavo Enríquez, y a sí mismo, que él, Enildo Niebla Freire, no iba.

—¡No seas pendejo, asere, no te rajes! —gritó Pepe Gibara alzando toda su negrura oriental, abriendo los brazos con aspaviento y deformando en una mueca rara los gruesos labios húmedos.

—Que no voy —repitió Enildo, seguro.

—No seas pendejo, asere —repitió Pepe Gibara, con la misma furia pero en voz más baja—. Qué coño te pasa, si todo está resuelto, si lo hacemos por ti, pa ayudarte. Pepe Gibara era una mole embestidora, furiosa, pero Enildo conocía la inocuidad de su violencia, era solo un recurso supremo de convencimiento. Habló, gritó, gesticuló, gruñó. Pero Enildo insistió en que no iba, lo pensé bien, es por mi chama, Pepe, y Pepe caminaba, se sentaba, gesticulaba, aconsejaba, argumentaba, qué van a decir Gustavo y Loren, piénsalo más, asere, hoy es lunes, el sábado nos vamos.

Era lunes. El sábado se irían. Pero el jueves, el jueves por la noche, volverían los tres: Pepe Gibara, Gustavo Enríquez y Lorenzo al Cubo, el líder.

—No vamos a dejarte solo, bróder.

—No te abandonaremos, brother.

—No seas pendejo, asere.

Los tres mosqueteros buscando a d'Artagnán, ¡todos para uno y uno para todos!, la botella de ron alzada como un sable.

Enildo se emborrachó con cuatro tragos. El verdadero narcótico lo tenía dentro: su memoria, su corazón, su soledad, sus dudas. Se emborrachó y se soltó a llorar sobre el hombro de Lorenzo al Cubo, y en su llanto alcoholizado jorobó palabras como patria, hijo, abuela, amor, país, miedo, soledad, desarraigo, abandono, traición, padre, peligro, amigos; las jorobó todas, unas a la derecha y otras a la izquierda, las trenzó, las untó de ron, de saliva y de lágrimas, pero al final no pudo más, se derrumbó, aceptó lo que decía Lorenzo al Cubo con su porte de sabio de barriada, lo que gruñía Pepe Gibara con sus malas palabras y sus aspavientos, lo que argumentaba Gustavo Enríquez con ingenuidad. Y cuando solo quedaban cuatro dedos de ron en la botella, alzaron en el aire los cuatro vasos, bien servidos por el excantinero Enildo Niebla, líneas perfectas sin necesidad de medidor alguno, los alzaron en el aire,

tan cercanas las caras que se mezclaban los alientos, y chocaron los vasos y brindaron por Enildo Niebla, por la mejor balsa del Diezmero, del mundo, por el viaje, por el sábado, y en voz muy baja, por la Yuma, coño.

Enildo los despidió risueño y ebrio, se sentía cansado como si hubiera estado cortando caña. Y se dejó caer sobre la cama, atravesado, arrugando y destendiendo la vieja sobrecama de chenilla que ya no volvería a arrugar ni a destender después del sábado.

33

A primera vista Manhattan es una larga faja de concreto, con los rascacielos más altos del mundo apuntalando un cielo gris y escurridizo. Enildo sacó el salbutamol e intentó atenuar el asma que le provocaba aquella ciudad tan imponente. Pero el asma iba arreciando a medida que iba acercándose al corazón de Manhattan, al corazón de la esperanza, al encuentro con Yindra. Sus ojos, intermitentes y abobados, recorrían las ventanas del Rockefeller Center y luego el gigantismo gemelar del World Trade Center, esperando que de un momento a otro apareciera King Kong ametrallado por los helicópteros, herido y tambaleante sobre la célebre cúpula. Trató de calcular, sumando bloques aproximativos, la cantidad de pisos que tenía el rascacielos, pero su ordenador biológico estaba muy jodido, él no era como Lorenzo al Cubo que contaba el dominó a vuelo de ojos. "Rascacielos", pensó, "linda metáfora rascar el cielo". Se acordó de Alicia Pereyo.

"¿Habrá pedido el cielo que lo rasquen? ¿Le picará alguna nube al cielo?". Sonrió. Alicia Pereyo seguramente habría dicho alguna sandez intelectual sobre la construcción de esa metáfora. Guardó el tubo de salbutamol que aún tenía en la mano. El asma seguía molestándolo, respiraba abriendo exageradamente la nariz. No sabía hacia dónde iba. Solo le había dicho al taxi que lo llevara al centro. Pensó en Yindra. ¿Le faltaba el aire o le faltaba Yindra? Con Yindra no habría asma. Nada mejor que el aerosol de sus ojos azules atravesándole los poros. Soñó meses enteros, meses que parecían siglos, con venir a Manhattan, buscarla, hallarla, recuperarla, pero ahora que estaba ahí no sabía qué hacer, cómo empezar la búsqueda. Pasó por delante del Lower Manhattan y se entretuvo mirando los ventanales limpios. Consultó el reloj. Ya llevaba más de cinco horas en New York, y estaba aturdido de rostros, autos, novedad, edificios, asma, desorientación, desamparo y ausencia de Yindra. Ahora, estando allí, su ausencia era mayor, más terrible: a mayor posibilidad mayor angustia. Se acordó de Cortázar, del juego de Oliveira y La Maga a no citarse y encontrarse fortuitamente en

los alrededores del Sena, pero se sintió en desventaja de probabilidades: ellos lo intentaban en una ciudad que conocían y en un área específica; él no conocía Manhattan, ni sabía el área en que vivía el matrimonio O'Neil, y estaba solo en este juego loco: su Maga lo ignoraba. Recordó entonces que en alguna parte había leído —¿dónde será, dónde será?, ¿estaré perdiendo la memoria?— que todo encuentro fortuito es una anterior cita. ¿Borges? ¿Cortázar? No podía recordarlo, pero pensar en todo esto complacía su ego, se demostraba a sí mismo que era una persona culta, recordaba cuántas veces La Abuela se vanagloriaba de ello, de lo distinto que era su nieto comparado con Pasi o con Pepe Gibara. Sintió hambre. Llevaba en el hombro un bolso que le habían equipado los Lorenzo con ropa, dinero, dos sándwiches y coca-colas, para que no tengas que gastar hoy, había dicho Loida. También llevaba libros, una revista, medicamentos contra el asma —incluso el Asmacán que nunca conseguía Santos Coheira, y del que Walpi Lorenzo tenía más en la despensa de su casa que todas las farmacias del Diezmero en sus estanterías—. Cambió el bolso de hombro para aliviar el peso y la molestia de la correa. Sacó una foto de Yindra y la miró de nuevo. Ya le había preguntado a varia gente, en vano. En New York se sentía extranjero, caminando Manhattan se daba cuenta de lo distinto que era estar en Miami: allá era uno más, aquí era El Otro. Volvió a guardar la foto y sacó la hoja del *Nuevo Herald* que llevaba guardada en el bolso. Abrió una coca-cola para atenuar el hambre sin tener que recurrir aún a los sándwiches. Se sentó sobre la acera, recostado en la pared, a releer la vieja página. Entre el largo "Obituario" que venía de la página 4 y la entrevista al champion hitter, estaban ellos, "Los balseros cubanos". Enildo constató, una vez más, que el "Obituario" estaba lleno de cubanos: "Obdulia Ramírez Limia, de Pinar del Río, Cuba, 87 años; Felicio Díaz Arteaga, de Artemisa, La Habana, Cuba, 78 años; Eulogio Pablo de la Cuesta Meriño, de Santiago de Cuba, Cuba, 59 años; Ana María García Pérez, de Jovellanos, Matanzas, Cuba, 85 años". Decenas de difuntos que le faltarían al cementerio de Colón o al Santa Ifigenia o a otros, y que le sobrarán a cualquier usa cementere. Algo le sobrecogía el pecho. Siguió leyendo: "Julia Álvarez González, de Vertientes, Camagüey, Cuba, 77 años; Domitila Caballero Arcaño, de Marianao, La Habana, Cuba, 75 años; Santa de las Mercedes Iribarren Muñoz, de Júcaro, Camagüey, Cuba, 94 años; Carlos Sánchez Gutiérrez, de Bauta, La Habana, 47 años; Gustavo Enríquez Cárdenas, de…". Se detuvo. Por una trampa óptica las líneas del "Obituario" y las de "Los balseros cubanos" se

habían unido, y Enildo había continuado la lista fúnebre con el nombre de uno de sus compañeros de la balsa. De haber seguido el orden lineal de la transposición ahora vendrían "Lorenzo Lorenzo Lorenzo, La Habana, Cuba, 34 años; José Piloto Pérez, Gibara, Holguín, Cuba, 31 años; Enildo Niebla Freire, La Habana, Cuba, 33 años". Se puso tenso y un hondo escalofrío recorrió su espalda. ¿Ellos eran los personajes del "Obituario" que venía de la página 4? ¿Domitila Caballero, Santa de las Mercedes, Pablo Eulogio y los otros eran ahora los balseros cubanos de la página 8? La sopa de letras le había creado una rara confusión sentimental, un sentimiento indefinible. Hundió el rostro en la hoja, el papel fuertemente apretado entre las manos y la cara, y aguantó todo lo que pudo la respiración, ahogo voluntario para desahogarse, descompresión anímica. No quería saberse, desde ya, un viejo octogenario confesando sus deseos de una tumba cubana, no quería polvo extraño sobre su osamenta, ni epitafios nostálgicos. Solo ahora, sentado sobre una acera en Broadway, cerca del famoso cruce con 42, debajo de un cartel en el que anunciaban *El fantasma de la ópera* como el musical más importante de los últimos años, bebiendo coca-cola y releyendo el *Nuevo Herald*, se daba cuenta de que esta aventura era loquísima. Solo ahora que veía su nombre impreso en papel periódico (¿cuándo había leído su nombre en el *Granma*, o en el *Tribuna de La Habana*, o en el *Trabajadores*?, ¿qué hacía él, Enildo Niebla Freire, en la página 8 del *Nuevo Herald*, entre un negro risueño que ganaba dólares bateando hits y un centenar de muertos "mal moridos"?); ahora que los cuatro balsinautas no eran más que unos nombres a merced de las trampas de la vista, comprendía que el paso que había dado era definitivo, irreversible. Llevaba varias noches sin dormir, después de aquella cena en el Tropical maldurmió algunas siestas, pero de noche lo dominaba un insomnio indomable. Se sentía débil. Y ahora la fría nota, la absurda confusión visual le había espetado en plena cara su indefensión, su desamparo espiritual y físico. Lorenzo al Cubo tenía a tío Walpi y familia; Gustavo tenía a los primos de New Jersey; Gibara se había perdido y había telefoneado diciendo que estaba bien, con una jeba, asere. Pero, ¿y él? Estaba solo. Pero, ¿y Zoila? ¿Zoila? Ni siquiera había hablado de ella a los Lorenzo. ¿Zoila Freire? Ni siquiera les había dicho que ella, su madre, vivía en Hialeah. Cuando Lorenzo al Cubo quiso hacer la historia bastó una seña suya para que no dijera nada sobre Zoila y Diosdado. (Y nunca supo que Lorenzo al Cubo lo había contado todo a sus espaldas). ¿Zoila y Diosdado? ¿Y Yindra? ¿Mamá y el descarado de Diosdado?

¿Y Yindra? ¿Zoila, dónde? ¿Yindra, dónde? La buscaría. No perdería el tiempo tratando de encontrar a Zoila Freire, no iría a pedirle favores ni ayuda después que se había hecho un hombre él solo, con La Abuela, sin los besos ni los consejos ni los regaños de su madre. Zoila no. Ir a pedirle pan y techo al chulo, y aceptarle las lágrimas y el remordimiento a la madre de nunca, no, eso no, Zoila no, definitivamente. Ahora comprendía que estaba más solo que nunca. De verdad solo. En un desierto sin beduinos ni perros San Bernardo ni Pequeños Príncipes. La avería de este Saint Exupery había sido en el desierto Manhattan, en la admirable y bulliciosa Big Apple, a escasos metros del edificio de la onu y de la voz de Frank Sinatra: *Love to New York, love to New York*. Solo. Alone. With nothing. Pero Zoila no, buscaría a Yindra, solamente a Yindra Skármeta. A eso había venido.

Se desperezó, arrojó la lata de coca-cola al depósito de basura, y también, luego de estrujarla, la hoja del *Nuevo Herald*. Yindra. A eso había venido. Por ella había roto con todo: con su familia, su país, su pasado. Atravesó culebreando la avenida Broadway, toreando los autos, y comenzó a caminar, a buscar a Yindra. Los ojos azules de la muchacha eran su Santo Grial, y él se portaría como todo un Caballero de la Tabla Redonda con las más modernas técnicas de pesquisaje y búsqueda, hasta encontrarla y devolverla a sus brazos de origen. El pelo rizo de Yindra comenzó a caer sobre el rostro de Enildo, sobre sus ojos. Sacó el salbutamol y se dio dos bombazos. Ahora el ahogo era por la alegría de estar buscándola. Con ella no habría asma. Con Yindra no. Sacó la foto y volvió a contemplarla: él y ella, abrazados, risueños, posando para la cámara de Vladimir en el lobby del Habana Libre, junto a una calcomanía que rezaba "Viaje con Viajes Cuba". Se entretuvo, y un muchacho que huía de alguien chocó con él, violentamente, pero Enildo logró atrapar la foto antes de que cayera al suelo. Yindra y él y el Habana Libre no cayeron sobre la acera, pero el muchacho sí, y Enildo ni se dio cuenta de que había sido la causa accidental de aquella golpiza a un presunto ladronzuelo que miraba desde el suelo, con odio, al son of a bitch que se había interpuesto en su camino.

Cuando Enildo alzó la vista de la foto lo primero que vio frente a sí fue una valla imponente, de unos tres metros de alto, donde una joven desnuda, de espaldas (¿será Yindra?), miraba sobre el hombro derecho (no, no es ella), con una mano ingenuamente en el mentón y un estudiado aire indefenso, con los cuatro dedos de la otra mano asomando sobre el nacimiento de la cadera, y parecía gritar aquel eslogan, en letras rojas sobre fondo blanco: *we have your clothes*.

Enildo miró dos o tres veces el anuncio y se encogió de hombros. Luego anduvo largos tramos de Avenida Maddison, calle Cuarentaicinco, calle Cuarentaiséis, calle Cuarentaisiete. Estuvo más de una hora preguntando por Yindra y enseñando una y otra foto a jóvenes y a viejos que patinaban en la Plaza Rockefeller Center, y a todo aquel que bajaba o subía por Broadway. Hablaba a unos en español y a otros en inglés, a veces en inglésñol, en spanglish, tartamudeando un poco. Pasaban las horas, y las esperanzas. Entró en Quinta Avenida y se dio cuenta de que las luces artificiales de la ciudad ya se habían encendido, y de que el apuntalado cielo de New York ennegrecía. Tenía en un papel el teléfono y la dirección de una pensión barata para pasar la noche. Se detuvo ante el edificio de Airlines y se bombeó salbutamol dos veces. Ya era vicio: no tenía remedio. Sobre su cabeza una banderita norteamericana identificaba, junto al letrero Airlines, el edificio. Enildo miró la bandera y trató de adivinar por cuál de aquellas estrellitas andaría Yindra. Pero se tranquilizó recordando que ella había dicho que en Manhattan, New York, viviría en Manhattan, y al señor O'Neil, al gordo O'Neil, lo dejaría plantado en pocos días, nada más llegar. Y que le escribiría, claro que le escribiría. Pero no le escribió. Pasó una semana, un mes, pasaron dos meses, y no escribía. La Abuela murió y Yindra no escribía. El niño nació y Yindra no escribía. Y ni siquiera había querido que él fuera a despedirla aquella tarde al aeropuerto. No, que no fuera, que el gordo O'Neil era celoso. Esta es la despedida, la última vez, Enildo. E hicieron el amor, y por primera vez Yindra lloró como una niña sobre el pecho de Enildo.

—Yindra, yo nunca le he dicho a una mujer que la amo —dijo Enildo, aún desnudo, acariciándole tiernamente el pelo.

—Pues no lo digas —respondió Yindra que parecía que iba a mancharse la cara de azul con tantas lágrimas—. Pues no lo digas, tonto —y lo abrazaba para poder llorar sin que él viera sus mohínes desfiguradores.

—Yindra, yo…

Pero el dedo índice de una mano de Yindra se posó suavemente sobre sus labios, y la otra, como sierpe tierna, se escurrió en puntillas de yemas por el velludo surco de los pechos de Enildo, y descendió hasta la frontera de la pelvis.

—Yo también te amo, Enildo, lo que pasa es que yo tampoco se lo había dicho nunca a nadie.

Segundos de silencio. Enildo, sorprendido, suspiró como nunca en su vida, como un niño. Yindra lo amaba, Yindra estaba con él porque lo amaba. Y clavó la vista en el techo de la habitación 215

del Hotel Vedado, en donde ella había resuelto esa última cita. Y a partir de ese instante no supieron qué decirse, y entre sollozos y balbuceos y rejuegos manuales, acabaron cobrándose corporalmente el tamaño de aquellas confesiones mutuas, primeras revelaciones de verdadero amor en tantos años.

Esa noche fue toda de amor, sexo y amor, Cupido y Eros en una comunión llena de lágrimas y de promesas. Amanecieron muy abrazados, pidieron al servicio de habitación bocaditos de jamón y cervezas para el desayuno, e hicieron el amor otra vez, salvajemente, esta vez Eros desplazando a Cupido, dejándolo al servicio posterior del recuerdo. Se ducharon como tantas veces, juntos, retozando bajo el agua y lavando cada uno las partes más profundas del otro. Se mantuvieron largo rato abrazados bajo el chorro discontinuo de la ducha.

—Nos saldrán escamas —bromeó Enildo, que ahora se sentía prisionero del agua y de la piel de Yindra.

Eran los últimos minutos, los últimos besos. Yindra se iría esa misma tarde, a las cuatro y treinta, para Manhattan, con Jeffrey O'Neil, el viejo bailarín norteamericano que venía cada año al Cubadanza y que se había enamorado locamente de ella desde el año anterior, cortejándola primero, amándola después, manteniéndola siempre en los mejores hoteles de La Habana, preferentemente en el Habana Libre. El Papa O'Neil, como le decía Yindra haciendo burla a su aspecto pontificial y a sus papadas, era considerado un promotor del curso porque matriculaba todos los años decenas de participantes en la Agencia Cubatur de México. Por eso Cubadanza lo invitaba en calidad de observador, con los gastos pagados, hotel, playa, viajes, comodidades, desayuno y cena, además de la opción de las clases de danza. Pero la danza que le gustaba al Papa O'Neil era la *Gisselle* de Yindra, con partenaire de buen brandy y movimientos pelvianos sobre una cama muelle (coreografía de Yindra y Papa O'Neil, luces y escenografía de Papa O'Neil y Yindra), pieza de un solo acto, muchas veces inconcluso o interrumpido por falta de fluido erótico. Yindra decía que el viejo era un empedernido lamedor de las profundidades femeninas, agitaba la lengua imitándolo y se reía como solo ella sabe hacerlo, con una morbosidad tan suave, tan velada, que parecería una lección, una clase magistral para hedonistas. Esa risa también, seguramente, acabó por enloquecer al viejo bailarín de Manhattan, que una noche se bajó con aquello de casarse con Yindra y llevársela. Se la llevaría para que ella bailara *El lago de los cisnes* solo para él, su papitico, y una comparsa y un zapateo y un mambo

en su genial e inigualable versión nudista, solo para él, su papitico, y Yindra se dio un largo trago de brandy y lo miró como tigresa de ojos celestes para preguntarle, ¿hablas en serio?, y Papa O'Neil puso a gozar la papada, se le acercó redondo de la risa, dejó su vaso sobre la mesita, la cargó, y se dejó caer con ella en brazos sobre la muelle cama:

—Of course, nena, yes, you vas conmigo, nena.

Y Yindra se echó a reír desordenadamente, con fuerza, con la misma fuerza y locura con la que lloraría, el día de la despedida, sobre el pecho de Enildo. Rio, se desnudó, bebió, saltó, le acarició el vientre y el rostro, estrenó chiqueos y ñoñerías lúdicas, estrenó sonrisas y toqueteos eróticos, y le hizo el amor al viejo, tan magistralmente, tan a lo Yindra pero sin exigencias, que consiguió media hora coital sin interrupciones ni flaccideces orgánicas; puso toda su sexi-psicología en ser la poseída y no la poseedora, en dejarlo hacer, en convencerlo con la maleabilidad de su carne de todo el poderío y el encanto que aún guardaba el viejo bailarín bajo aquellas amorfas y desgastadas formas. Le regaló —de modo que pareciera fortuito— los mejores paisajes de su cuerpo en los espejos de la habitación, y las más suaves y afrodisíacas guturaciones, como plañidos y gañidos placenteros, hasta que vio cómo el enamorado Pontífice Papudo se sentía dueño absoluto de la escena, capaz de convencer al público omnisciente y de regalarle luego, sin desespero, con maestría, sin tener que apelar a sus recursos linguales y fruitivos, una piruette clásica sobre el cuerpo de Yindra, un pas de deux algo esnobista y arriesgado sobre su ombligo, un último pasillo afro-hindú-sajón-americano, basado en la sorpresiva dureza de su glande, arrastrados los dos al infinito giro de los cuerpos, todo el cuarto girando alrededor del lecho, los espejos girando, las luces girando, las cortinas girando contra las manecillas del reloj, contra los años de O'Neil, contra sus músculos, contra su semen contenido. Y entonces Yindra fue atenuando el ritmo, lo dejó desahogarse, vaciarse dentro de ella sin exabruptos, con una condescendencia corporal bien calculada, y el viejo fue perdiendo ebullición, sosegándose, a la par que ella cambiaba el rostro de felina a horcajadas y nirvánica por el de joven enamorada y feliz, hembra satisfecha y exhausta que se deja caer sobre el pecho y el vientre de Jeffrey O'Neil, el pelo rizo y negro sobre la papada, la grupa hacia el espejo mostrándole al Papa el codiciado summum de su cuerpo, los rostros unidos, en una postura que, desde algún ángulo, debe guardar alguna semejanza con *Amor y Psiquis*.

Claro que O'Neil estaba convencido de que Yindra iría para

Manhattan. Y claro que Yindra también estaba convencida. Por eso lloró tan fuerte, tan de verdad, sobre el pecho de Enildo en el Hotel Vedado, aunque solo aquel día se lo dijo, Enildo era el único hombre que había amado en los últimos años, con el único que había vuelto a ser la Yindra Skármeta de antes, de la adolescencia, cuando ni Enildo ni O'Neil la sospechaban, Yindra la cándida, Yindra la ingenua, Yindra la enamorada de verdad. Amaba a Enildo. Se había empezado a dar cuenta una tarde en Varadero, mientras O'Neil le acariciaba los vellos de los muslos con la misma lentitud con que lo hacía Enildo algunas veces en el Habana Libre. O tal vez antes, cuando comparó, en un mismo día, lo diferente que era estar con Enildo a estar con aquel joven rockero de pelo largo, que le gustaba, sí, pero que solo hablaba sandeces musicales. No sabía exactamente por qué, pero amaba a Enildo. Y él juraba amarla también como nadie. Sí, se amaban. Lo repitieron muchas veces antes de despedirse. Lo repitieron como una letanía, en la cama, en la ducha, mientras desayunaban, en la puerta de la habitación, en el lobby, en la puerta encristalada del hotel y, por último, en la calle, ella tras la portezuela del Habanauto que la llevaría a encontrarse con su futuro esposo, él en la acera, te amo, te amo, dándose las manos por la ventanilla, él muy serio y ella aún con los ojos húmedos.

—Te escribiré —había dicho Yindra la noche anterior, y esa mañana, y ahora—: te mandaré mi dirección en Manhattan.

Pero no lo hizo.

Y ahora Enildo no sabe si entrar en el subway a seguir preguntando o si tomar en dirección a Harlem (le daba miedo, sin saber por qué, la idea de ir a Harlem). Así que fue al subterráneo del World Trade Center y se detuvo al pie de una de las escaleras mecánicas, con una foto de Yindra en la mano, preguntando por ella. Nada. Nada. Are you a policeman? ¿Es prostituta? Otros daban la espalda, o reaccionaban como si él fuera a pedirles limosnas. Vaya a la morgue, dijo un viejo gruñón que hablaba un español portorriqueño. ¿Cubana? Nada. Otros parecían no entender ni su inglés ni su español ni su spanglish. Nada.

Detrás de Enildo, sentado sobre el suelo con las piernas estiradas, a un costado de la escalera mecánica de bajada, un hombre con el rostro cubierto por muchos trapos oía, por auriculares privados, una canción que repetía en alta voz, se contoneaba y seguía el ritmo con la cabeza, haciendo ese movimiento pendular que Stevie Wonder puso de moda en medio mundo. If at last I've got a brain, canturreaba, If at last I've got a

brain, la canción de *El mago de Oz*, aquella película con Judy Garland que habían visto él y Alicia Pereyo en la cinemateca, recordó Enildo.

—Si al menos yo tuviese cerebro —tradujo siguiendo el ritmo de la canción, pero sin darle importancia.

Estaba cansado. Pensó que ya era hora de regresar, de buscar la pensión y descansar un poco. Estaba agotado. ¿Pero hacia dónde había que regresar? ¿Hacia dónde? Miró a la redonda. Ahora La Gran Manzana no le parecía muy distinta de la Pequeña Habana; el Central Park y el Parquecito de la Calle Ocho eran lo mismo para él: sitios desconocidos. No había dudas: enloquecería dando vueltas como un fantasma en la fantasmal ciudad, entrando y saliendo de las mismas calles creyéndolas otras, de los mismos lugares creyéndolos otros, preguntando a las mismas personas creyéndolas otras, preguntándose a sí mismo por Yindra creyéndose otro. Enloquecería, repetiría como un disco rayado ¡YindraYindraYindraYindraYindra!, y al final tendría, definitivamente, dos únicas posibilidades y algunas variantes:

1) Encontrarla, y

a) que estuviera viviendo aún con Jefrey O'Neil y que no regresara —no pudiera o no quisiera regresar— a "sus brazos de origen";

b) que no estuviera ya con Jeffrey O'Neil, pero que tampoco pudiera o quisiera volver a sus brazos: que estuviera con otro;

c) que no estuviera con Jeffrey O'Neil ni con otro, que estuviera esperándolo y se arrojara a sus brazos, llorando como aquella vez en el Hotel Vedado, y que fueran felices como en una película de Hollywood.

2) No encontrarla, y

a) pasar el resto de su vida buscándola por Manhattan hasta convertirse en un homeless de los que duermen a los pies de los rascacielos, tapado con periódicos y abrazado a las fotos de Yindra, trazándose, como único objetivo de su vida, hallarla;

b) darla definitivamente por perdida, convencerse de ello, sufrir, recuperarse, regresar a Miami, a los Lorenzo y, luego, sin remedio, a Zoila;

c) darla por perdida, regresar a Miami (todo lo mismo del punto anterior), vivir un largo período de adaptación a su nuevo lugar en el mundo y

c.1) adaptarse

c.2) no adaptarse, y una noche, sin avisarle a sus nuevos y

efímeros vecinos de la calle Ocho, planificar el robo de una lancha, o de un bote, de cualquier cosa para volver a Cuba, a la costa, al Diezmero; y

c.2.1) lograrlo;

c.2.2) no lograrlo…

34

“No hay sábado sin sol”, dice el refrán… “ni domingo sin amor”, completa una versión muy popularizada. “Si salimos hoy sábado, que es mi día de suerte, podré llegar el domingo a los brazos de Yindra”, pensó Enildo.

No duerme. Son las seis menos diez de la mañana y no ha dormido nada. Hoy se da cuenta, por primera vez, de que en sus treinta y tres años de vida nunca había esperado el amanecer así, conscientemente, sin otro objetivo que ese: ver el crepúsculo matinal, sentirlo. No siente sueño, ni cansancio, ni nada. Ha llegado a un estado cero, estado de latencia, como si fuera un mueble más, una piedra más de la casa. Sabe que sigue vivo porque respira y porque piensa y porque recuerda tantas cosas. El aire fresco de la mañana le impregna cierto sentido de novedad a todo. Parece que por primera vez está en ese lugar, su casa, su eterna y única y verdadera casa, junto a todas esas cosas tan queridas. No amanece parejo. El cielo pierde intensidad poco a poco, y las cosas también, como imitándolo. Los muebles, las paredes, las ventanas, las puertas, todo se transfigura, salta a la vista como si nunca antes hubiera existido. Enildo está y no está. Su vista sigue fija en un punto indeterminado del cielo por el que piensa que debe de aparecer el sol dentro de poco. Está tirado sobre el suelo, meditando, pero su postura no es la clásica postura del budista, ni del taoísta, ni del yoga; ni es la postura anómala del enfermo catatónico. Simplemente descansa: piensa y descansa, memoriza y descansa, respira en paz.

“No hay sábado sin sol”, dice el refrán, “No hay sábado sin sol”, repiten una canción y un filme. Y este será su último sábado cubano, mi último sábado, Diezmero, y quiere vivirlo, sentirlo, las veinticuatro horas, segundo a segundo; por eso no ha dormido. No ha recogido nada, no ha preparado nada, solo dos fotos de Yindra, una de su hijo, y el tubo de salbutamol. Los demás prepararon la balsa, Lorenzo al Cubo, Pepe Gibara y Gustavo buscaron las provisiones, las sogas, la fecha, el lugar de salida, todo. Él,

simplemente, iba. Él ni quería ni tenía que preocuparse. No sabe bien qué hace, no sabe si hace bien o mal, pero confía en su suerte, en su capacidad para sobrevivir, en lo importante de su misión, hallar a Yindra.

La mañana del sábado es tibia y despejada. El sol comienza a destejer las sombras y a calentar árboles y portales. Enildo sale, lentamente, de la casa. Los vecinos aún duermen. Hay un silencio dulce, roto solamente por el piar de los gorriones. Se pasea por el Mirador, observa cada casa, cada poste, cada árbol; y gravillas, macadam, hierba, tierra, charcos. Baja calle Primera y sube por calle Catorce, baja Catorce, atraviesa el trillito que la une con Otero y sube y baja calle Otero dos veces; otra vez toma calle Catorce, baja, da la vuelta a la rotonda de la cafetería y sube por Primera hasta su casa. Pero no se detiene. Todos duermen. Un gorrión picotea migajillas de pan en el portal de Pasi. Dobla en José Martí y desciende. Contempla rejas, patios, tejadillos, toldos sucios y viejos porches, baños descascarados y paredes de cinc y de madera. Mira, con calma, como si no la hubiera visto nunca antes, la vieja iglesia, que parece anacrónica. Observa y admira la belleza de una casa de madera, pintada de verde, con tejado a dos aguas y grandes arboledas, sabe que allí viven los Noris, unos jabaos que conoce de vista y que siempre están jugando al taco en el patio, bajo los mangos. Mira las escuelas, la panadería, las bodegas, los grandes árboles, y unos gorriones que parecen ser los mismos pero que deben de ser otros. Esquiva perros escabiosos y famélicos, observa cómo un gato siamés, demasiado pequeño, no se atreve a saltar de una ventana al suelo. Siente cómo el Diezmero va desperezándose. Se abren ventanas, se encienden luces, se abren y cierran puertas, se oyen voces y timbres de despertadores, aumentan los carros que se cruzan con él y los ómnibus. Alguien, desde la ventanilla de una 8, le grita ¡Enildo!, pero solo logra divisar una mano que dice adiós, evidentemente femenina, y le parece demasiado blanca. Camina despacio, como si el viento lo empujara, como si él fuera uno de esos globos que se escapan en la feria y todos corren tras él pero nadie lo alcanza. Sigue mirándolo todo, detenidamente. El cine Central, el antiguo palacio de Pioneros, El Cuchillo, vieja ferretería para ir los Días de Reyes a buscar juguetes; el Edificio, famoso por su broncas intervecinales y por su eterno abastecimiento de agua, una especie de oasis en la entrada al Diezmero. La cafetería La Comarca, recién abierta, solo oferta infusión de caña santa y cigarros Populares. Enildo no compra nada. Mira, solamente mira. Hacia su izquierda están la famosa militar de la entrada al

Diezmero, la calzada de Güines, el semáforo que con su intermitencia parece hacerle guiños cómplices; frente a él la caseta del viejo limpiabotas y más allá la finca llena de mangos, zapotes, mamoncillos, palmas y trillos que llevan hacia Tejas y La Cumbre; a su derecha, la calzada, de regreso al Mirador. Camina lentamente. Pasa la barbería, la parada de la 213, la iglesia bautista, y, al frente, las viejas casas de alto portal de piedra, como murallas que las protegieran, y una casa amarilla, inconfundible porque siempre está ese muchacho con Down sentado en el portal, en un sillón de ruedas, babeándose y saludando a los transeúntes. Llega a la maltrecha y efímera escuelita "de palos", al lado de "la verde". ¿Por qué no le habrán puesto a una de estas escuelas el nombre de mi padre?, piensa Enildo, total, si todo el mundo les dice "la verde", "la de palos", nadie recuerda quién es el mártir que la nombra. ¡Bah! No quería pensar, no quería atormentarse. Solo mirar, mirar, sentir por última vez que algo le pertenece, que ese barrio mierdero y orillero, con mala fama en todo San Miguel, es suyo, es su sitio en el mundo. Anda despacio, con las manos en los bolsillos. Le dan deseos de caminar por el medio de la calle, como El Alcalde, aquel loco famoso en todo San Miguel del Padrón porque tenía complejo de guagua, y frenaba, arrancaba, tocaba el claxon, doblaba en las esquinas a una velocidad increíble, los grandes pies descalzos y endurecidos de andar sobre el asfalto, el labio inferior desproporcionado de tanto imitar bocinas y trompetas, alto y fuerte El Alcalde, negro como el asfalto que pisaba, los pantalones rotos en el fondillo y remangados, la camisa parcheada y sin botones, anudada a la altura del ombligo; El Alcalde, el pobre, una guagua humana que acabó sus días bajo las ruedas de otra guagua, una 8, bajo la culpa de un chofer que era nuevo en la ruta y que no lo conocía, que no sabía que El Alcalde salía precisamente de ahí, de la esquina de Otero, que se paraba sobre la acera y calentaba los motores durante tres minutos, y luego accionaba el claxon, la bemba salpicando la risa de la gente, daba dos o tres respingos en el mismo lugar, a manera de impulso, y arrancaba a la increíble velocidad de sus zancadas locas, y doblaba sin sacar la mano ni poner el intermitente. No lo sabía, era nuevo en la ruta y no se lo habían dicho. Los huesos y la sangre de El Alcalde lo sorprendieron tanto como a nosotros que él no dejara que el ómnibus humano pasara primero. Y así, como El Alcalde, quería Enildo atravesar todo el Diezmero, por el mismo centro de su curva calzada: este era un modo de entregársele más, de pertenecerle más, como la Loma del Mirador, como El Alcalde mismo.

A su derecha está ahora la finquita de Camagüey, ese viejo gruñón de carretón con mulo, sacos de hierba, cara hosca y nariz aguileña, ganchuda en la punta y aplastada en lo alto; un viejo con cara de pocos amigos, parco en palabras y con fama de azuzar los perros y disparar con su escopeta a los muchachos que entraban a robarle mangos. Camagüey era flaco y muy alto. A Enildo, de pequeño, le daba la impresión de que era un brujo, y aquel apodo, Camagüey, hacía que esta provincia pareciera un país muy lejano, escandinavo o nórdico. Pasa, casi sin mirarla, la escuela Humberto Sosa, en la que estudió de niño. Todo es tan chico ahora, qué bajo el techo del comedor, qué pequeñas las aulas, qué pequeño el terreno de jugar pelota. Ya está en el Mirador. Más allá, cerca, quedan la parada de ómnibus y la rotonda de la cafetería. Llega hasta ella y le da la vuelta como tantas veces en su infancia, pero esta vez despacio, caminando y mirándolo todo. Está sudado. Pide una limonada. La chica que despacha dice un chiste y Enildo sonríe, pero sin oírla. No se ha dado cuenta, pero ya es muy tarde, es casi mediodía. Ha demorado horas en recorrer un sitio que otras veces recorría en minutos. Se sienta en un banco de la rotonda, a la sombra de los árboles, y recuerda a los viejitos que se sentaban hace años, ahí mismo, a mirarlo correr a él y a los otros muchachos mientras los hombres arrastraban grandes tanques de agua. Suspira. Sobre su cabeza pían los gorriones. Uno le caga el pantalón, y él, lentamente, como si no entendiera, sacude con el dedo índice el pequeño montículo de mierda verdiblanca. Silba el aire. Hace calor. Es sábado. Dentro de pocas horas, cuando anochezca, por allí pasarán los jóvenes del barrio para sus fiestas de fin de semana. Recuerda sus años de adolescencia, de primera juventud, Pasi, Pepe Gibara, Lorenzo al Cubo y él, no había un sábado que no salieran, formaban parte de un gran maratón que iba a la caza de las fiestas de quince y de las bodas, cada uno creyendo ir más elegante que los otros, más juvenil, más “en la onda”: los negros y mulatos cuidando su spend-droom, que no se despeinara, velando cada uno por su tamaño y redondez, imitando y comparándose con el solista de los Boney M y con los Jackson Five; y los blancos vigilando la perfección de sus motas sobre las orejas, bien peinadas y tapando las hélices; todos velando el impecable filo de los pantalones, el impecable brillo de los botines, total, por gusto, si las “campanas” del pantalón impedían verlos; todos tan preocupados, todos tan diezmerenses, el pañuelo en la punta de la mano, las gafas redondas, claras u oscuras, en la punta de la nariz, mirándolo todo por encima de ellas; el vistoso y rítmico caminar de los más guapos,

la puntera apoyada y el talón levantado, los brazos alternando el movimiento, derecho arriba, izquierdo abajo, izquierdo atrás, derecho hacia adelante, siguiendo el ritmo con los pies y los hombros. Es el Diezmero. Enildo sonríe, recuerda y sonríe. Las mujeres, blancas, negras, mulatas, indias, moras, chinas, rubias hacen la proeza de mantenerse en pie sobre aquellos tacones por esas calles rotosas y mugrientas. Es el Diezmero. Enildo ríe. Solo, como los locos, en voz alta. De pronto se calla. Se pone serio. Se da cuenta de que lleva horas deambulando por el Diezmero, por su mundo, y que nadie lo ha interrumpido, nadie lo ha parado para decirle nada. Solo una mano anónima desde una ventanilla. Es un fantasma. Se ha convertido en un fantasma dentro del Diezmero. Ha visto las ventanas cerradas, las puertas entornadas, las casas vacías, las calles desérticas. Y luego las ventanas abiertas, las puertas abiertas, las radiograbadoras a todo volumen en todas las casas, la agitada y monótona vida de una mañana diezmerense. Se levanta y sube por calle Primera. Llega a la casa, entra, abre el refrigerador y calienta lo que quedaba de comida de la noche anterior. Almuerza sin mucho deseo, sin hambre. Luego se acuesta en el sofá, se amodorra escuchando el ruido de los niños en la calle, están jugando a la pelota o a las bolas, están gritando, discutiendo, corriendo. No tiene que verlos para saber que tienen las rodillas manchadas de polvo, los fondillos de los pantalones sucios, los viejos tenis rotos. Son ellos otra vez, Pepe Gibara, Pasi, él, son los niños de siempre. Se duerme. Pasan las horas y el sol del sábado se gasta, se va sin que Enildo lo vea. Solo lo despierta la insistencia del timbre de la puerta. Mira el reloj. Son las diez de la noche. Hoy es sábado. Pepe Gibara ha venido a buscarlo, como hacía años atrás para las fiestas, pero esta vez para algo muy distinto.

—Apúrate, bróder —acercándose, bajando la voz—, Lorenzo y Gustavo ya nos esperan con la balsa en Cojímar.

35

Pero, claro, todo esto ocurriría —el Singleton, Miami, Walpi Lorenzo, Manhattan, la pesquisa de Yindra—, todo habría ocurrido si aquella noche la balsa no se hubiera reventado a solo cuatro millas de la costa, si ellos no hubieran caído al mar y hubieran tenido que nadar durante tanto tiempo, primero juntos y después separados, primero oscuro y después a la luz del día, cada uno confiando en sus propias fuerzas y en su suerte personal, cada uno rezando y tratando de sobrevivir, cada uno dando por ahogados a los otros: Enildo Niebla a Lorenzo al Cubo, Lorenzo al Cubo a Pepe Gibara, Pepe Gibara a Gustavo Enríquez, Gustavo Enríquez a Enildo Niebla, Enildo Niebla a los tres juntos, y los tres juntos a Enildo Niebla, el pobre, asmático y con miedo.

¿Pero hacia dónde, en sí, estaba nadando? ¿Hacia el norte?, ¿hacia el sur?, ¿hacia otros lados? Sus brazadas eran cada vez más débiles, más lentas. Ya había tomado un segundo aire, pero le vendría muy bien tomar un tercero. El sol quemaba. El mar comenzaba a vencer en aquel enfrentamiento. Ya no podía más. Se daba cuenta de que su cuerpo cedía, de que no aparecería ningún barco salvador, ninguna lancha guardacostas que lo recogiera. Se daba cuenta: moriría estúpidamente ahogado. Siempre había pensado que lo más estúpido era la muerte estúpida. Nadaba. No sabía si avanzaba o si retrocedía, o si nadaba en círculos: simplemente nadaba. Hacía horas que no veía ni oía a los otros balsinautas, ni los restos de la balsa náufraga. Y de pronto la vio. No podía creerlo, pero la vio. No era la balsa rota, no era la espalda de Pepe Gibara, de Lorenzo al Cubo, de Gustavo: era la costa. Allí estaba, a lo lejos, la costa. Su corazón comenzó a latir fuertemente. Llegó su tercer aire. Pensó en Lorenzo al Cubo, en Gibara, en Gustavo, lamentó mucho que se hubieran ahogado y recordó que él era Enildo Niebla, que él había nacido en zurrón, él tenía buena estrella, carajo. ¡La costa! Lejana aún, borrosa aún, pero la costa, esa franja de tierra que tantas horas llevaba añorando, de la que había huido y a la que luchaba por regresar ahora, rezando por él,

por Yindra, por la memoria de La Abuela, por su hijo, por sus amigos muertos, ¡Virgencita de Regla, esa es la costa!; larga franja de rocas, arenas, cocoteros, espuma. Helo entonces, desesperado, nadando como un loco, manoteando el agua, como esos presos que la emprenden a golpes contra los barrotes de la cárcel, y sus barrotes eran los lomos de las olas. Helo ahí, desesperado, nadando hacia la costa, hacia la vida, solo. Pero lo último que alcanzó a ver fue un cocotero, ya casi nítido en la arena, un cocotero curvo y con las pencas batidas por el viento. Y lo único que pudo fue gritarle:

—¡Yiiin-draaa…! —antes de hundirse.

36

Enildo Niebla nunca sabrá que Lorenzo Lorenzo Lorenzo, Pepe Gibara y Gustavo Enríquez llegarán a la costa en el amanecer del domingo, después de estar varias horas nadando, desorientados también, perdidos; llegarán extenuados, muriéndose aún de miedo, separados, solos, sin saber ninguno que el otro había llegado. Y se tenderán, cada cual por su parte, sobre el diente de perro. Estarán diez, quince minutos tirados boca arriba, respirando con fuerza, los brazos muertos a lo largo del cuerpo, los tres tendidos como fakires sobre el diente de perro sin sentir ni siquiera los mordiscos de la roca, pensando cada uno, me salvé, gracias a Dios, ay, Virgencita, me salvé, y tratando de sonreír con la boca deforme en una mueca de dolor y asfixia. Enildo nunca lo sabrá. No sabrá que a los veinte minutos más o menos de saberse cada uno, por separado, sobreviviente del naufragio, será cuando Lorenzo al Cubo recordará, ¿Y Gustavo?, Gustavo Enríquez recordará, ¿Y Gibara?, Pepe Gibara recordará, ¿Y Lorenzo? y todos recordarán, ¿Y Enildo? Entonces cada uno se alzará de su colchón rocoso y comenzará la búsqueda de los otros náufragos. Andarán, gritarán, y se verán los tres al mismo tiempo, a pocos metros, deshechos, encorvados, llorosos: Gustavo, Gibara, Lorenzo al Cubo. Se abrazarán, se quedarán en triángulo, abrazados, descansando cada uno sobre el pecho y el hombro del otro. Pero Enildo no los verá, no lo sabrá nunca. No sabrá que fue Lorenzo al Cubo el primero en preguntar en voz alta, ¿Y Enildo?, y los demás desharán el abrazo y repetirán, ¿Y Enildo?, y estarán más de una hora buscándolo por toda la costa, entre el mangle, en la arena, sobre el diente de perro. ¡Enildooo… Enildo…!, gritarán, cada uno hacia un punto cardinal distinto. Pero no lo hallarán, no escucharán respuesta del otro balsinauta. Y luego se quedarán durante horas sentados sobre las duras rocas, en silencio, mirando hacia el mar que rompe sobre la costa como de costumbre, monótono espectáculo de espuma, sal, algas, arena revuelta. Estarán tres horas, cuatro, cinco, en silencio, las piernas recogidas y la mirada sobre el litoral amanecido, esperando el

arribo de Enildo, la llegada del otro balsinauta por algún sitio de la costa. Pero Enildo nunca lo sabrá. Nunca sabrá que seis horas más tarde fue que perdieron la esperanza, con dolor en el alma, con llanto de Lorenzo y frases lacrimosas e incoherentes de Pepe Gibara, dirán, Enildo se ahogó, Enildo no llegó, Enildo no pudo. Y luego no dirán nada más, estarán no se sabe cuánto tiempo sin decir nada más, mirando con odio al monstruo líquido, cada uno hundido en sus propios sentimientos de culpa y de dolor por el amigo. Se irán, cabizbajos, en silencio, casi molestos con su supervivencia. Gustavo pensaba en el Enildo seductor, el profesor de Seducción, el teacher; Gibara pensaba en el amigo de la infancia; Lorenzo al Cubo pensaba en el camarada de tanta aventura juvenil, en el recordista de los campeonatos: y él no quería venir, caballeros, qué desgracia. Pero nada de esto Enildo lo sabrá. Y ellos nunca sabrán que Enildo Niebla, durante esas horas en que ellos lo buscaban y lo esperaban sobre el diente de perro, todavía estaba abollado sobre el agua del Caribe, pensando en ellos, desorientado, haciéndole caso a lo que había dicho su camarada de aventuras juveniles, recuperando fuerzas para seguir nadando hacia donde su brújula instintiva pusiera la costa. Ellos tampoco lo sabrán. Mientras gritaban ¡¡Enildooo… Enildooo!!, él era claraboya humana, cruz humana sobre la nata azul del agua, el sol mordiéndole los ojos, la frente, el vientre, cada centímetro cutáneo, ellos lo daban por ahogado pero él estaba vivo, alive, solo, alone, flotando como un corcho relleno de esperanzas y memoria. Ellos no lo sabrán, no lo sabrán nunca. De la misma manera que Enildo nunca sabrá que su cuerpo aparecerá al tercer día, el martes, hinchado, con los ojos comidos por los peces, flotando a poca distancia de Jaimanitas. Lo hallarán unos muchachos pescadores a los que se les echará a perder el día, ¡mira que hallarse un muerto!, vomitando el más joven al meter con la red al ahogado en el bote. Los muchachos taparán lo que queda de Enildo con una lona, y lo llevarán como lúgubre pesca hacia la costa. Y luego vendrá la policía, el forense, la identificación, la búsqueda de los familiares. Enildo nunca sabrá nada de esto. No sabrá que su cuerpo dormirá en un frigorífico hasta el próximo sábado, y que ese día por la tarde la policía avisará al tío Bárbaro y a la tía Humbelina, y que ese mismo sábado se enterarán los vecinos del barrio, ay, pobrecito, pobrecito Enildo, se enterarán los amigos, las novias, los menos conocidos, los desconocidos, y habrá mucho alboroto y comentario, llanto, llanto de veras, las mujeres sacudiéndose mocos y recuerdos, los pañuelos doblados o estrujados sobre las narices sonrosadas y húmedas, los hombres llorándolo en

silencio, a su manera, ¡Enildo, coño, el nieto de La Abuela, tan bueno que era, qué mala estrella tenía ese muchacho, qué fatal era, el pobre! Y ese mismo sábado, más tarde, se enterará Gustavo y llamará por teléfono a Lorenzo, y Lorenzo se lo dirá a Pepe Gibara, y ninguno se sorprenderá porque ya lo sabían. Los trámites tardarán: ¿Madre?, no; ¿Padre?, no; ¿Abuelos maternos?, no; ¿paternos?, no. Y esa noche no habrá capacidad para el velorio, la tía Humbelina ocupando el sillón de la madre ausente, el sillón de La Abuela muerta, junto al féretro de su pobre sobrino, de lo que quedaba de él en aquella caja de madera que mandaron tapar para no ver su rostro tan deforme. Y este será un sábado sin sol, nublado y lloviznoso como pocos sábados. Y al otro día será un domingo sin amor, un domingo sin Enildo Niebla, un domingo distinto. Junto al llanto de la tía Humbelina, interrumpido y recomenzado cada vez que llegaba un pariente, un amigo, un vecino, un conocido, gente de Luyanó, de Párraga, Juanelo, San Matías, El Caballo Blanco; junto a su llanto estaba el llanto de los primos, los tíos, y el silencio maldito de Lorenzo al Cubo, y el dolor torpe, grande, de Pepe Gibara, y la mirada rota de Gustavo Enríquez, los tres en un rincón, sin hablar con nadie, a nadie habían dicho lo que había pasado, nadie sabía que ellos eran cómplices y testigos de la muerte de Enildo, no importaba la letánica pregunta de la tía Humbelina, ¿pero qué hacía ese niño en Jaimanitas?, ¿qué hacía en el mar, qué hacía?, los tres sobrevivientes callados como tapias, sus lenguas también comidas por los peces. Y junto a ellos el dolor de Nilka, el llanto incontenible de la pobre Electra, y junto a Electra, Tania, Karim, Yoana, Kiomi, Rosaura, Virgen, todas llorándolo, sin conocerse entre sí, pero llorándolo, un dolor que las comunicaba a través del cadáver del hombre que amaron en distintos momentos. El tío Bárbaro será el más fuerte. Deshecho de dolor, pero tranquilo, se pondrá al frente de todas las gestiones, dará órdenes, recogerá dinero para los cojines y coronas. Pero será domingo, y para colmo domingo 11 de mayo: Día de las Madres, día de Zoila en otros tiempos. Un día de las madres sin amor, sin Enildo, qué desgracia, Dios mío. Por eso no alcanzarán las flores para él, no habrá azucenas ni claveles ni rosas. Es normal: un Día de las Madres los jardines estatales no alcanzan. Así que el cuerpo hinchado de Enildo Niebla no tendrá flores junto al féretro, ni coronas, ni cojines, ni ramilletes sueltos. Y llegará la hora de sacar el cadáver, pero como será domingo y Día de las Madres tampoco habrá taxis de servicios fúnebres; no alcanzan las flores, no alcanzan los taxis, la familia que vaya como pueda. Y allá va el cuerpo de Enildo Niebla solo, dentro

del gris carro de muertos, alone, with nothing. Pero qué va, tío Bárbaro dará carreras alquilando a los particulares, si no hay flores el dinero hay que gastarlo en taxis, no importa cuánto cueste la carrera, vamos. Y los amigos, las amigas, las novias, todos recorrerán los jardines más cercanos arrancando rosas, claveles, jazmines, marpacíficos, alguna flor silvestre, robadas no, cogidas sin permiso, cada uno con su pequeña pucha de lágrimas y flores para tirársela en la tumba a Enildo Niebla. Entonces sí que llorarán con fuerza, los enterradores bajando la caja y el coro de dolientes bajando los ojos, bajando los brazos, bajando el corazón y poniéndolo en tierra. Nilka llorará y se desmayará en los brazos de Electra, Electra abrazará a Humbelina y gritará, ¡no se lo lleven, no se lo lleven, coño!, histérica, los mocos llegándole a la boca como a su hijo Enildito, llorando, gritando, culpando a los enterradores y a Dios y a las fatalidades del destino. Pero Enildo no sabrá nada de esto. No sabrá que Electra había tenido que dejar al niño con su tía, en el cerro, para ir a llorarlo, a velarlo, a despedirlo. No sabrá que Alicia Pereyo, la hermosa poetisa, se enterará tarde, ese mismo domingo, y llegará a la funeraria cuando ya se lo habían llevado, y llorará durante todo el trayecto al cementerio, y llegará cuando ya habían bajado el féretro, y abrazará a Lorenzo al Cubo y a Humbelina y a Electra y a dos desconocidos, que los dolientes no necesitan presentarse. Enildo nunca sabrá que Alicia Pereyo tendrá remordimientos por no haber llegado a tiempo, a tirarle un puñado de tierra con lágrimas, un fanguito íntimo, y que ese remordimiento se volverá un poema, una décima, que publicará veinte años más tarde. No quiso enseñársela a nadie, durante años se abstuvo de leerla en tertulias y recitales, todo su dolor en aquellos versos al donjuan fallecido: *En su pecho el corazón / era como un extranjero / siempre fingiendo un "te quiero" / ridícula profesión*… Y lo leerá siempre con un nudo en la garganta, como si no fueran estos los versos que Enildo mereciera, versos duros, con una rara mezcla de ternura y rabia, de dolor y celo: *Comensal de la pasión / depredador del placer / ahora no puede tener / besos, caricias ni mantas / después de matar a tantas / su tumba fue una mujer*. Pero Enildo no sabrá nada de esto. Ni sabrá que su entierro será casi solemne, multitudinario, con una hilera de viudas lloronas y parientes y amigos. Lorenzo al Cubo querrá decir las últimas palabras, despedir el duelo, se parará frente a la bóveda de la familia Niebla, y dirá, Enildo… yo…, pero no podrá continuar, llorará como un niño, y besará la caja. Lorenzo al Cubo se está mirando a él mismo, él pudo ser Enildo Niebla, lo están enterrando a él y a Gustavo y a Pepe

Gibara. Lorenzo al Cubo llora sobre el regazo de la tía Humbelina y Enildo Niebla nunca lo sabrá. Dejarán caer las flores: marpacíficos, rosas, picualitas, claveles. Electra y Nilka se abrazarán de nuevo, y la madre de Pasi las abrazará a las dos, las sostendrá para que puedan llorar a Enildo Niebla. Se acabó. Ya nunca más. Adiós, good bye, Enildo. Todos llorando a su manera, unos con los ojos, otros con las bocas, otros con el estómago, otros con todo el cuerpo. Enildo nunca sabrá del llanto de ellas. Y ellas nunca sabrán, tampoco, que Enildo las lloró antes de morir, las lágrimas confundidas con el agua salada, todo el mar una gran lágrima envolviéndolo. Las lloró cuando se dio cuenta de que ya no podía, gritó el nombre de Yindra al ver un cocotero pero las lloró a todas juntas cuando el agua comenzó a tomar posesión de sus órganos, cuando cedió ante el empuje del agua y se dejó atraer por la arena del fondo. Pensó en ellas, en todas ellas, en sus amigos, en sus parientes, y lloró despidiéndose. Quizás previó la escena del cementerio, el ataque de Electra, el llanto de Nilka, el desconsuelo de Alicia Pereyo. Previó la depresión de tía Humbelina, los remordimientos de tío Bárbaro, la compasión de los vecinos, la tristeza. Y también vio a La Abuela, llorándolo, recibiendo ella las condolencias por encima de su hija deprimida. Lo que no pudo prever fue el llanto de Lorenzo al Cubo. Ni siquiera la presencia de Lorenzo al Cubo en su velorio y luego en su entierro. Lorenzo al Cubo y Pepe Gibara y Gustavo Enríquez deberían de ser, en algún nicho arenoso del océano, vecinos suyos, compañeros suyos hasta siempre. Enildo fue descendiendo con calma, con los ojos muy abiertos, pensando en todos ellos y culpándose del dolor que iba a causarles. Y entonces se dio cuenta de que ahogarse no era algo tan terrible, que lo terrible era solo el desespero inicial, el forcejeo con el agua, que cuando uno, dócilmente, se deja guiar por ella, el ahogado no sufre, incluso llega a sentir un placer raro, una especie de laxitud corporal, de sublime abandono. El ahogado baja hacia la nada, va lentamente incorporándose al agua de la que, en algún remotísimo momento, había salido. El ahogado lo que hace es regresar. Y tiene, incluso —privilegio de este tipo de muerte—, tiempo para acordarse de los suyos, para darse cuenta de lo que está pasando. Muere a conciencia, sabe lo que sucede y puede, al menos, decir adiós, pedir disculpas, ver la muerte, odiarla o saborearla.

Si en ese instante, en ese último momento en el que su cerebro aún generaba —el cuerpo muerto y el cerebro vivo—, si por un milagro, pensaba Enildo, alguien lo sacaba del fondo del mar, él sería capaz de describir sus últimos minutos, la ambigua agonía de

ese tipo de muerte. Así, la muerte fue solo un irse perdiendo, un ir no viendo nada, un ir dejando poco a poco de pensar en ellos, de llorarlos, lentamente, hasta ya. La vida se fue yendo como el aire de un globo, sin dolor, sin angustia.

NOTAS

[1] Cita tomada de “Espacios geográficos e ideológicos en la novela cubana de la posrevolución: la zona intermedia de *Prisionero del aguade* Alexis Díaz-Pimienta”, *Entrehojas, Revista de Estudios Hispánicos*, volumen 3, número 1, http://ir.lib.uwo.ca/entreho jas/vol3/iss1/1.